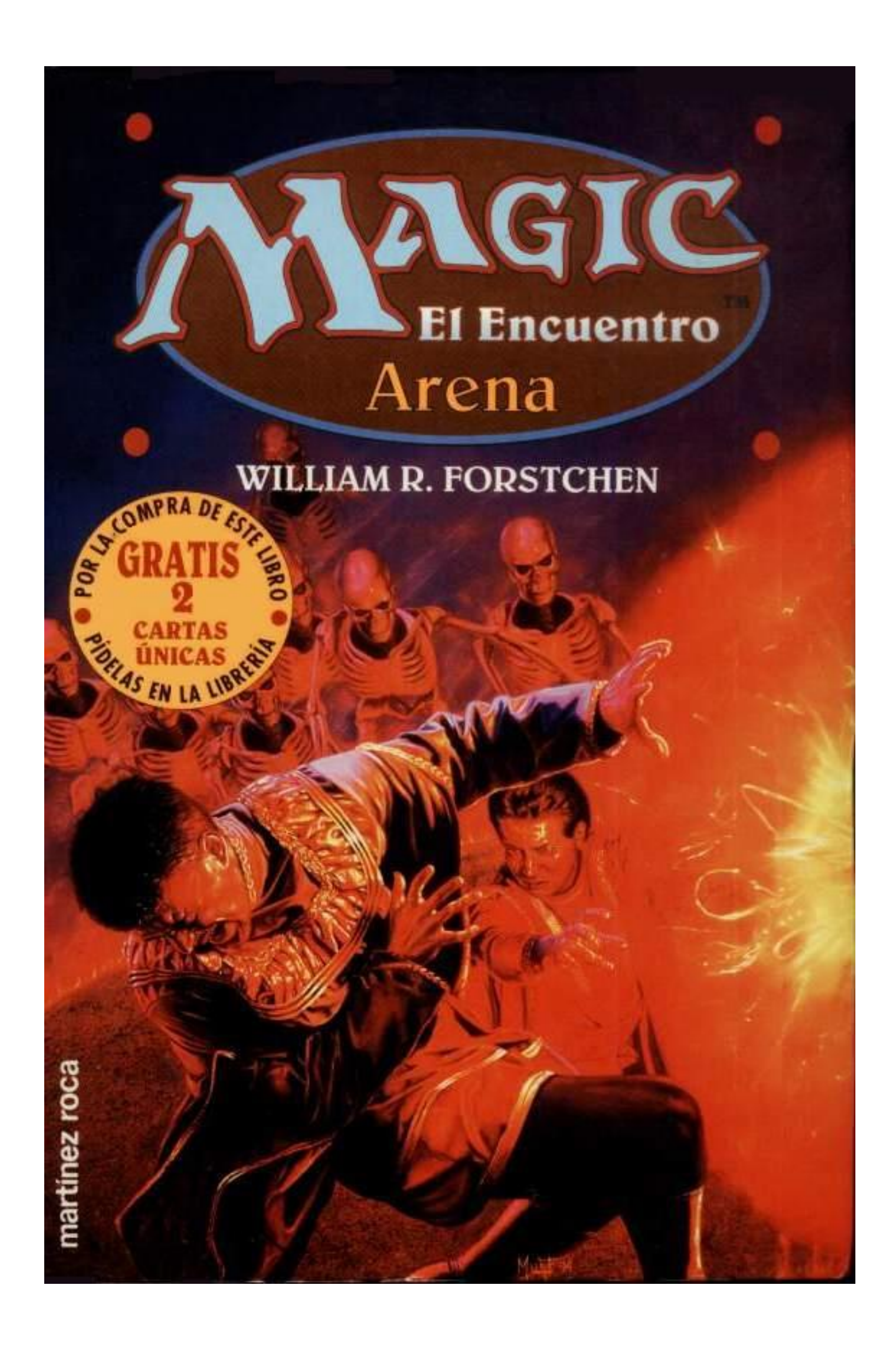

MAGIC
El Encuentro
TM
Arena
WILLIAM R. FORSTCHEN
POR LA COMPRA DE ESTE LIBRO
GRATIS
2
CARTAS
ÚNICAS
PÍDELAS EN LA LIBRERÍA
martínez roca

Magic, The Gathering:

ARENA

William R. Forstchen

1994, *Arena*

Traducción: Albert Solé

Digitalización: Kamparina

_____ 1 _____

--¡Retroceded! ¡Haced sitio!

Garth el Tuerto curvó los labios en una leve sonrisa y obedeció las órdenes del hombre harapiento que se había nombrado a sí mismo árbitro del círculo de combate. Desperezándose lánguidamente se movió hacia el fondo del creciente gentío. El dueño de un puesto de fruta contemplaba el ajetreo con gran interés, y Garth aprovechó su distracción para coger una naranja de Varnalca. Después se alejó del puesto, abrió la fruta con un tajo su daga y alzó cabeza hacia el cielo para beber su zumo y lavar su garganta del polvo del camino. Se puso bien el parche que cubría el hueco donde había estado su ojo izquierdo y empezó a dar una vuelta alrededor del gentío. Como no vio más oportunidades, se acercó para contemplar el espectáculo.

Los dos luchadores estaban en el centro de la calle, moviéndose con cautela y sin dejar de vigilarse el uno al otro mientras se iban despojando de sus capas para quedar expuestos al frío aire del anochecer. A su alrededor, entre gritos y risas, llegaba más y más gente desde los callejones y tugurios cercanos. Después de todo, ver un combate sin pagar no era algo que ocurriese cada día, y nadie queria perderse la ocasión pese al riesgo de salir malparados cuando los hechizos empezaran a volar por los aires. Muchas ventanas se estaban abriendo encima del gentío, y los mirones se asomaban para disfrutar de la diversión.

El hombre harapiento se había estado pavoneando de un lado a otro, sacando pecho y moviendo sus sucias piernas con tanta marcialidad como si fuese un auténtico Gran Maestre de la Arena. Cuando terminó su recorrido en torno a los luchadores ya había trazado un amplio círculo sobre el barro empleando su bastón.

--¿Nombres y Casas? --preguntó.

--Webin de Kestha --gruñó el más corpulento de los dos luchadores, abombando el pecho y golpeándoselo con un puño.

--Okmark, de la Casa Fentesk.

--¿Tipo de combate?

--De un solo hechizo, y con el hechizo como premio --dijo Okmark.

Webin asintió con visible irritación.

Entre el gentío se gritaron los nombres a los que estaban demasiado lejos para oir lo que ocurría. Ancianos, mujeres e incluso muchachos empezaron a recitar las victorias y derrotas de los dos combatientes, y enseguida surgieron discusiones sobre quién iba a ser

el vencedor.
El luchador de Fentesk, que superaba a su rival por más de una cabeza de altura, le lanzó un bufido despectivo. La capa que acababa de quitarse se la entregó a un chico de la calle que se había colocado junto al círculo. El bribonzuelo examinó los delicados bordados de la prenda y empezó a retroceder poco a poco. El luchador de Fentesk le fulminó con la mirada, y el chico se quedó inmóvil al instante.
Okmark volvió los ojos hacia su oponente.
--No hay ninguna necesidad de luchar --dijo en voz baja y tranquila.
Un atronador rugido de burla surgió de la multitud, pero Okmark no le prestó atención. Siguió sin apartar la mirada del luchador del jubón gris y después extendió lentamente los brazos con las palmas levemente inclinadas hacia abajo en el gesto de la reconciliación, pero de forma de que incluyera la sutil distinción del no sometimiento.
Webin escupió en el barro con una mueca de ira, y la multitud le vitoreó. Okmark se encogió de hombros, resignado a lo que iba a ocurrir.
El hombre de los harapos siguió pavoneándose alrededor del círculo, esperando mientras los dos luchadores llevaban a cabo el ritual e iban haciendo acopio de energías con las cabezas inclinadas y los brazos extendidos.
--Cuatro a uno por el Gris... ¡Cubriré vuestras apuestas si creéis que el Gris ganará! --gritó una voz en la última fila de la multitud, y al instante hubo un frenético movimiento de cuerpos en esa dirección cuando la turba se apresuró a hacer sus apuestas.
Garth permaneció en silencio y observó cómo los dos luchadores se preparaban mientras pensaba en lo obvio que resultaba todo aquello. Metió la mano en la faltriquera que colgaba debajo de su brazo derecho y acarició las pocas monedas de cobre que quedaban dentro de ella. Bastarían para pagar una cena y un alojamiento.
Garth fue hacia el apostador, sacó las monedas y esperó sin impacientarse hasta que pudo alargar la mano. El apostador contempló su apuesta con expresión despectiva.
--Por el Naranja --dijo Garth, refiriéndose al jubón de la Casa Fentesk.
Los ojos del apostador recorrieron a Garth de arriba abajo y el hombre abrió la boca para empezar a reírse, pero volvió a cerrarla al sentir el peso de la gélida mirada de Garth.
--Te sugiero que la aceptes --dijo Garth.

Los demás apostantes dejaron escapar risitas burlonas y algunos hicieron gestos de que Garth estaba loco, pero no les prestó atención.

--Sólo cubriré apuestas en favor del Gris --acabó diciendo el hombre--. No me molestes, tuerto.

Garth ignoró el insulto.

--¿Trabajas para él? ¿Qué ocurre, es que habéis amañado el combate? --replicó, sin inmutarse y sin apartar su mirada del rostro del hombre.

El apostador lanzó un furtivo vistazo al gentío, que se había quedado callado de golpe a pesar de que todos consideraban que Garth era un patán recién llegado, ya que sólo un ignorante podía tirar su dinero apostando contra Webin en un combate que estaba claro iba a ganar sin ninguna dificultad.

--Uno a dos --replicó sarcásticamente.

--Uno a cuatro --dijo Garth en voz baja y suave, y su mano fue hacia la empuñadura de su daga.

El apostador recorrió con la mirada los rostros que le rodeaban y vio que no podía contar con ningún apoyo por parte del gentío.

--Uno a cuatro --gruñó, y trazó su marca sobre un trocito de madera blanda que metió entre los dedos de Garth.

Garth se volvió para disfrutar del espectáculo, cruzó los brazos y se envolvió en los pliegues de su capa para protegerse del frío.

La multitud se fue quedando callada en cuanto se hubieron hecho las últimas apuestas, y todos aguardaron el final del ritual de preparación.

El luchador Gris fue el primero en terminar. Alzó la cabeza, extendió los brazos y dio un paso entrando en el gran círculo. El luchador Naranja todavía no había terminado con su ritual, pero el luchador Gris alzó las manos y el silencio se hizo absoluto. Garth meneó la cabeza desdeñosamente. Eso era una infracción, pero éste era un combate callejero, y quien creyera que aquí se seguirían las reglas era demasiado estúpido para vivir.

Una neblina empezó a formarse dentro del círculo agitándose en lentos giros, pero el luchador Naranja siguió sin moverse y ni siquiera parecía percatarse de que el Gris había iniciado su ataque. La neblina se volvió más brillante y su claridad se reflejó sobre los rostros de la multitud que aguardaba expectante. Después se oscureció de repente, y una oleada de frío emanó de ella extendiéndose rápidamente.

--Un no muerto... --jadeó alguien.

La silueta surgida en el centro del circulo avanzó, con sus carnes

putrefactas, hacia el luchador Naranja quien por fin se movió. Alzando la cabeza entró en el círculo y metió la mano en la pequeña bolsa que colgaba de su cadera. Al instante una cortina de fuego envolvió al no muerto, cegando a la multitud y haciéndola retroceder ante el rugido atronador que la acompañó. Un remolino de humo se expandió hacia fuera, y Garth se tapó la cara con su capa para protegerse de la pestilencia que salió de aquel ser reducido a cenizas.

Un murmullo de asombro recorrió la calle. Okmark, que seguía sin apartar la mirada de su oponente, permitió ahora que sus labios mostraran una sonrisa.

--Os he vencido, mi señor, por lo que reclamo vuestro hechizo.

Los ojos del luchador Gris recorrieron los rostros de la multitud, y Garth meneaba la cabeza mientras ponía cara de diversión. Hacía tan sólo un momento, el luchador Gris había sido su campeón, pero su héroe acababa de hacerles perder dinero. Garth se volvió para comprobar como el apostador había empezado a retroceder hacia la entrada de un callejón. Todo había sido una estafa, un timo para vaciar las bolsas del gentío y los visitantes que llegaban a la ciudad para asistir al Festival y ardían en deseos de hacer apuestas.

Webin contempló a la multitud con cara de preocupación.

--¡A muerte, a muerte!

El grito surgió de las últimas filas y fue coreado al momento por toda la turba, empujándose hacia el círculo, aullando y pidiendo ver sangre. Webin, cada vez menos altivo y seguro de sí mismo, movió la cabeza de un lado a otro y acabó volviendo la vista hacia Okmark.

--¿Lo deseas? --preguntó éste en voz baja, indicando que estaba dispuesto a volver a luchar mientras regresaba hacia su lado del círculo.

El luchador Gris vacilaba. Acabó dejando escapar un juramento ahogado. Metió la mano en su bolsa de hechizos y sacó un amuleto que arrojó al suelo, a los pies del luchador Naranja. Después giró sobre sí mismo y salió corriendo del círculo, huyendo bajo la lluvia de patadas, barro y despojos que la multitud lanzó sobre él maldiciéndolo.

Okmark, con expresión desdeñosa, se agachó y recogió el amuleto que había controlado el hechizo del no muerto. Después se volvió hacia el chico que le había estado sosteniendo la capa y la recuperó. El chico se quedó esperando una recompensa, pero el luchador Naranja le ignoró.

Garth miró a su alrededor. Se percató de la mirada de reconocimiento entre el hombre de las apuestas y el luchador Naranja.

Avanzó hacia el círculo.
--Paga sus servicios al muchacho --dijo, y su voz se abrió paso a través de los comentarios y discusiones sobre el combate que surgian de la multitud.
El luchador Naranja se volvió hacia Garth, y todo el mundo se quedó callado al instante.
--Págale tú, si tanto te preocupa --replicó el luchador Naranja.
--Si tú no quieres pagarle, quizá tu amigo pueda prescindir de alguna de las monedas que habéis ganado entre los dos --dijo Garth, y una sonrisa iluminó sus rasgos delgados y morenos mientras señalaba al apostador.
Todos los ojos se volvieron hacia el apostador, que permaneció inmóvil y en silencio durante un momento. Después acabó alargando la mano hacia su bolsa, sacó de ella una moneda de plata y la arrojó al interior del círculo.
--Tus ganancias, tuerto --anunció el apostador--. Tómalas y paga al muchacho con ellas.
Garth entró en el círculo sin vacilar, y un jadeo recorrió la masa de cuerpos apelotonados a su alrededor. El hombre de los harapos empezó a bailotear con excitación.
--Ha entrado en el círculo... ¡Un desafío, un desafío!
La multitud empezó a corear su cántico y el apostador sonrió.
Garth se inclinó, cogió la moneda y se la metió en la bolsa después de haberla limpiado de barro.
--Sigo creyendo que le debes una recompensa al muchacho.
Okmark le contempló con una mezcla de desdén y fría superioridad.
--Dicho dentro del círculo, eso es un desafío --replicó--. Será mejor para ti marcharte antes de que salgas malparado, tuerto.
Garth empezó a quitarse la capa mientras andaba lentamente hasta el otro rincón neutral al borde del círculo. Acabó de quitársela mientras el muchacho que había motivado su discusión se le acercó para recogerla.
--Espero volver a verla cuando esto haya terminado --dijo Garth, y el chico asintió con una sonrisa.
--Si te mata... Bueno, ¿podré quedármela?
Garth sonrió.
--Claro --dijo--. Si me mata, entonces la capa es tuya.
Okmark se encogió de hombros como si estuviera harto de todo aquello. El apostador clavó la mirada en Garth durante un momento. El

hombre de los harapos fue hacia él.

--¿Nombre y Casa?

--Garth, y ninguna Casa. Trabajo por mi cuenta.

El hombre de los harapos se echó a reír.

--Garth el Tuerto de ninguna Casa, de ninguna Casa... --y bailoteó alrededor del círculo, repitiendo las palabras en un sonsonete burlón--. ¿Tipo de combate? --preguntó mirando a Garth al ser él quien había lanzado el desafío.

--Un solo hechizo y el hechizo como premio, al igual que en el último combate.

El hombre de los harapos se volvió hacia el luchador Naranja, que asintió.

El apostador rió y alzó la mano.

--Dos a uno a favor del luchador Naranja, y sólo se aceptan apuestas a favor del Tuerto.

La multitud no reaccionó.

--De acuerdo... Cuatro a uno, entonces.

Nadie se decidió a apostar.

--¡Diez a uno! Diez a uno a favor del luchador Naranja... Sólo aceptaré las apuestas de quienes crean que este *hanin* sin Casa ganará.

Un grito surgió del gentío y los cuerpos se apelotonaron, haciendo nuevas apuestas y entregando una moneda de cobre con la débil esperanza de que Garth ganaría el combate. Garth esperó a que el frenesí de las apuestas se fuera calmando. Después sacó la moneda de plata.

--Apuesto por mí mismo --anunció.

Arrojó la moneda al apostador y la multitud se rió.

--Un auténtico luchador --canturreó el hombre de los harapos mientras bailoteaba alrededor de Garth--. Es tan pobre que apuesta por él mismo... ¡Sí, es un auténtico luchador!

La multitud volvió a reír y aumentó el frenesí de apuestas, pues no era común que un luchador que se rebajase apostando por el desenlace de su propio combate.

Garth bajó la cabeza, extendió los brazos y concentró su mente expulsándo todo pensamiento, llenándola de calma. Despues inició un sondeo hacia tierras y lugares tan vinculadas a él como su propio corazón. Percibió nítidamente su poder. Allí estaba el maná, origen de todos los hechizos, y comenzó a llamarlo para servirse de él.

Garth entró en el círculo y alzó la mirada.

El luchador Naranja también entró en el círculo. Garth esperó.

Pudo sentir la tensión, como el poder comenzó a surgir del luchador Naranja, que alzando los brazos empezó a dar forma a una bola de fuego. A medida que crecía adquirió una terrible intensidad ígnea, bañando toda la calle con un resplandor infernal, acompañada por el jadeo ahogado de la multitud.

Garth extendió su mano y de la nada surgió una nube acompañada de una ráfaga de aire frío que envolvió la bola del luchador Naranja justo cuando se la lanzaba. Toda la calle se oscureció y una ventisca cargada de nieve se arremolinó velozmente sobre si misma devorando la creación del luchador Naranja y, tras un parpadeo luminoso, volvió a expandirse por toda la calleja aullando como un vendaval. Un instante después todo había desaparecido y los rayos del sol crepuscular volvieron para reflejarse en las capas de hielo que habían aparecido en los muros de los edificios. Un manto frío que ya empezaba a desprenderse y hacerse añicos.

Los trocitos de hielo cayeron sobre la multitud, obligándola a protegerse las cabezas con los brazos. El tintineo del hielo se fue disipando hasta dejar la calle sumida en el silencio. Luego una salva vítores brotó del gentío. Aquellos que sólo habían apostado una moneda de cobre y que ahora ganaban una de plata lo aclamaban con todo su vigor, mientras los que habían pensado que era tirar el dinero se maldecían a sí mismos. Incluso hubo alegría entre quienes se habian arruinado en el primer duelo al ver al causante de sus pérdidas salir derrotado. Todos aplaudian al nuevo héroe.

Garth fulminó al perplejo luchador Naranja con la mirada.

--Has perdido. Ahora debes entregarme tu hechizo de la bola de fuego --dijo en voz baja y suave.

Okmark le miró, boquiabierto.

Garth aguardó en silencio.

Okmark se volvió hacia el apostador, cuyo rostro había empezado a hervir de furia mientras la multitud se agolpaba en torno a él para exigir sus ganancias. Después se volvió nuevamente hacia Garth. Alargó la mano hacia la daga que colgaba de su cinturón, la cogió y la arrojó hacia el centro del círculo clavándola en el suelo.

--A muerte --siseó.

Garth le miró y no dijo nada.

--¡A muerte, maldito seas!

El hombre de los harapos miró nerviosamente a su alrededor. Todo su entusiasmo anterior se había esfumado.

--Eso va contra la ley, solo puede hacerse en la Arena de los combates --siseó--. Si el Gran Maestre se entera, podríamos acabar arrestados.

--¿Quién eres tú para citarme la ley, basura de las calles? ¡Exijo un combate a muerte!

--¡El duelo aún no ha terminado! --gritó el apostador--. ¡Si se retira, el luchador Naranja gana!

--¡No es verdad! --replicó con voz quejumbrosa el hombre de los harapos--. El duelo había terminado. Ésas son las reglas del círculo.

El luchador Naranja giró sobre sí mismo y clavó la mirada en su rostro. A un gesto suyo el hombre de los harapos se desplomó con los ojos en blanco llevándose las manos a la garganta mientras un sonido gorgoteante brotaba de su pecho.

La multitud contempló como el hombre se debatía y revolcaba desesperadamente sobre el barro. Garth desenvainó su daga y la arrojó, haciendo que se clavara en el suelo muy cerca de la de Okmark.

--A muerte, pues.

El luchador Naranja se volvió hacia él. El hombre caído dejó escapar una tos entrecortada y pudo salir del círculo arrastrándose.

El luchador Naranja, prescindiendo de todo el ritual, saltó al interior del círculo lanzado su hechizo. Garth se tambaleó y retrocedió ante el avance un chorro de llamas. Mientras alzaba un brazo para protegerse la cara, con un gesto del otro trazó un círculo delante de él y la andanada de fuego quedó desviada como por un muro invisible. Garth pudo oír los gritos a su espalda, el gentío se apartaba pero muchos estaban por el suelo retorciéndose con las ropas envueltas en llamas y aullando de dolor. La lengua de fuego alcanzó incluso a un edificio, que empezó a arder.

Garth alzó una mano y surgió una silueta esquelética que empezó a avanzar entre las llamas. Okmark, cuyos ojos se desorbitaron al ver cómo al esqueleto no le afectaba el fuego, dejó disiparse la llamarada y empezó a retroceder gesticulando. Con un rugido atronador el suelo del circulo comenzó a abrirse, la grieta creció hasta alcanzar al esqueleto y éste se precipitó con repiqueteo de huesos. Pero Garth inclinó la cabeza y el esqueleto quedó suspendido en el aire, luego remontó y reanudó su implacable avance.

Okmark lanzó una maldición, alzó la mano señalando al esqueleto con un dedo... y una potente detonación hizo temblar las calles, de la criatura solo quedó un montón de polvo que se arremolinó en el aire.

Garth pareció encogerse ante aquel salvaje contraataque. Okmark, que había empezado a sonreír, alzó la mano y señaló a Garth. Un haz de luz cegadora salió disparado hacia él, pero al instante un espejo iridiscente se materializó delante de Garth. El haz rebotó en él.

El luchador Naranja apenas tuvo tiempo de gritar.

Las llamas le rodearon. Okmark se retorció de un lado a otro mientras hacía frenéticos esfuerzos para apagar aquel fuego que se negaba a extinguirse. Garth le observaba impasible con los brazos cruzados sobre el pecho. Los gritos se fueron debilitando a medida que Okmark se enroscaba sobre sí mismo hasta convertirse en una bola de carne ennegrecida, y se apagaron cuando murió. El fuego se desvaneció, perdiendo su existencia mágica después de que su conjurador hubiese muerto debido a su propio hechizo.

Un jadeo de asombro brotó de los espectadores, que permanecían quietos a pesar de que detrás de Garth una cortina de llamas subía por la pared del edificio mientras en la calle media docena de muertos yacían esparcidos y una veintena de heridos lanzaban quejidos lastimeros.

Con un salto Garth cruzó la grieta, se inclinó junto al cuerpo retorcido y quemado de su oponente para coger la bolsa que colgaba de su cinturón y que, sorprendentemente, no parecía haber sido afectada por el fuego.

--No tienes derecho a quedarte con ella --dijo secamente el apostador, entrando en el círculo--. Eres un *hanin* sin Casa, y acabas de asesinar a un luchador de la Casa de Fentesk. Sus propiedades pasarán a pertenecer a la Casa.

--Entonces, intenta detenerme --dijo Garth en voz baja y suave.

Clavó la mirada en el rostro del apostador y el hombre guardó silencio, titubeó durante unos momentos y acabó retrocediendo.

--¡Les contaré lo ocurrido, tuerto! --gritó el apostador--. Irán a por ti.

--Antes de que salgas corriendo, recuerda que debes dinero a estas gentes, y a mí.

La multitud, que había contemplado el enfrentamiento en silencio, cobró vida de repente y se apelotonó alrededor del apostador. Algunos de los que cruzaron el círculo a la carrera cayeron dentro de la grieta, aullando hasta chocar con el fondo.

Garth se inclinó y cogió la bolsa del luchador muerto. Después miró a su alrededor y vio al chico que seguía sosteniendo su capa. Volvió a cruzar la grieta de un salto, tomó la capa y metió la mano en

su faltriquera para coger una moneda..., y descubrió que no le quedaban más.

El hombre de los harapos surgió de entre la multitud que rodeaba al apostador y se puso al lado de Garth.

--Tengo tus ganancias --dijo, y extendió una mano mugrienta y la abrió para revelar nueve monedas de plata.

--Menos tu comisión como árbitro, naturalmente --dijo Garth.

Cogió las monedas y arrojó una al chico, que se la agradeció con una nerviosa reverencia y salió corriendo sin perder ni un instante más.

--Por supuesto. Lo lamento, pero te ha tocado pagarla... El luchador Gris ha desaparecido, y en cuanto al Naranja... --El hombre de los harapos volvió la vista hacia el cadáver--. Bueno, la única manera de cobrarle su comisión es descontarla de tus ganancias, ¿no?

Garth metió la mano en la bolsita de Okmark, hurgó en ella y se sorprendió ante la forma de algunos amuletos y las sensaciones que experimentó al tocarlos. Aquel hombre había sido bastante más poderoso de lo que Garth imaginó. Pero también fue estúpido al no prever que un oponente podía tener una inversión de hechizos para algo tan peligroso como el fuego que no muere. Seguramente creyó enfrentarse a un luchador de poco nivel que buscaba labrarse una reputación, y no quiso revelar hechizos que utilizaría más tarde en el Festival.

Garth acarició una moneda con las yemas de los dedos y la sacó. Era de oro, y un destello de codicia iluminó los ojos del hombre de los harapos.

--La comisión que te debía el luchador Naranja. Tómala y ocúpate de que su cuerpo sea tratado como se merece, que se disponga de él con todo mi respeto.

--El luchador Naranja ya no es asunto mío --canturreó el vagabundo, y agarró a Garth por el brazo--. Sus amigos ya están llegando y nos conviene buscar un lugar más seguro.

Garth alzó la mirada hacia el extremo de la calle que el hombre señalaba. Una falange de hombres venía por ella y, a juzgar por sus rostros, estaban de muy mal humor. Todos llevaban el atuendo de los luchadores: camisas cubiertas de bordados, holgados pantalones de seda que ondulaban por encima de sus relucientes botas de media caña, y capas de cuero adornadas con ribetes anaranjados que aleteaban de un lado a otro mientras avanzaban con paso decidido

que hacía rebotar sobre sus caderas las bolsitas doradas que contenían los hechizos. Detrás de ellos venían los guerreros de la Guardia que aunque no podían lanzar hechizos eran temidos matarifes.

Garth siguió al hombre de los harapos cuidando de no pisar a los heridos, y se metieron en un callejón. Detrás de él ya se podía oír el comienzo de un disturbio callejero, y el hombre de los harapos echó una mirada por encima de su hombro.

--Ah, adoro el Festival... --anunció.

La fachada del edificio en llamas empezó a derrumbarse sobre la multitud de la calle. Un diluvio de chispas salió disparado hacia el cielo del crepúsculo, y el vacilante movimiento de retroceso iniciado por el gentío para alejarse del edificio en ruinas hizo que unos cuantos cuerpos más cayesen por la grieta.

Se abrieron paso por una calleja llena de basura y barro, y Garth tuvo que reprimir las náuseas por la pestilencia de los desperdicios putrefactos, animales muertos y, en un caso, lo que parecía parte de un ser humano asomando bajo un montón de desechos. El hombre de los harapos se detuvo al ver el cadáver y lo contempló con expresión pensativa durante unos momentos.

--Vaya, me había estado preguntando qué sería de ella... --murmuró.

Después se encogió de hombros y continuó guiando a Garth hasta que terminaron por llegar a la entrada trasera de un edificio semiderruido, muy viejo, de color gris y de aspecto tan precario que parecía a punto de derrumbarse.

Garth contempló con cautela lo que le rodeaba mientras el hombre de los harapos abría la puerta y luego le miró sonriente. Una sonrisa a la que le faltaban unos cuantos dientes.

--¿Cómo? ¿es que no confías en mí, después de haber recuperado tu dinero y sacarte de ese lío? --preguntó.

--No confío en nadie --replicó Garth en voz baja, entrecerrando su único ojo en un intento de ver algo entre la penumbra.

--Ah. Hermanos, tenemos compañía --anunció el hombre de los harapos, y cruzó el umbral.

Garth pudo distinguir movimientos en la oscuridad y arrugó la nariz al percibir el desagradable olor de varios cuerpos sin lavar. Oyó ásperas carcajadas cuando un viejo empezó a reírse y no tardó en ser imitado por otro.

--Sugiero que entres de una vez o que te vayas, *Garth el Tuerto*

que no tiene Casa --dijo el hombre de los harapos--. Los luchadores de la Casa Naranja ya te están buscando, y estarán de un pésimo humor. Además, pronto se les unirá la guardia del Gran Maestre.

Garth fue hacia la puerta y su ojo empezó a acostumbrarse a la penumbra. Un pequeño fuego ardía en un hogar abierto a un lado, y una silueta encorvada removía el contenido de una marmita encima de las llamas. Garth inclinó la cabeza a un lado y escuchó atentamente. La falta de visión en su lado izquierdo le había enseñado a confiar en otros sentidos. Acabó cruzando el umbral, y después retrocedió con rapidez mientras saltaba hacia un lado en el mismo movimiento.

El golpe falló el blanco, y el cayado de madera siseó en el vacío. Garth, en una reacción de agilidad felina, agarró al hombre por la muñeca y de un tirón lo hizo salir de detrás de la puerta mientras con la otra mano empuñaba su daga y la alzaba hasta el cuello del hombre, haciendo que la afilada punta rozara su garganta.

--Haces demasiado ruido al respirar --murmuró--, y además hueles tan mal como para dar náuseas a un gusano.

El hombre de los harapos lo había estado contemplando todo con franca diversión, e inclinó la cabeza en un gesto de aprobación.

--Oh, sí, servirás, no cabe duda --dijo, y se rió--. Y ahora te ruego que sueltes a mi hermano, ¿de acuerdo?

Garth clavó la mirada en los ojos de su atacante, percibió su miedo y pudo oler la fetidez de su aliento. Movió la daga haciendo un pequeño corte debajo de su mentón y después le soltó. El anciano aulló de dolor, y los otros ocupantes de la habitación lanzaron rugidos de deleite.

--Eres hombre de valía, desde luego --dijo el guía de Garth, y movió una mano indicándole que viniera a sentarse al lado del fuego--. Se acabaron los trucos, ¿de acuerdo? Lo juro por el honor de mi hermandad.

Los otros ancianos de la habitación se rieron y Garth les contempló. Casi todos parecían espantapájaros que llevaran muchos años en un campo olvidado. A varios les faltaban dedos y a algunos la mano derecha, y al que estaba sentado junto al fuego le faltaban las dos manos.

--¿Ladronzuelos y hurgadores de bolsillos? --preguntó Garth--. ¿Acaso debo aceptar la palabra de la hermandad de los ladrones de bolsas?

El hombre de los harapos se rió.

--Créeme, Hombre Sin Casa, tiene tanto valor como la palabra de

cualquiera de las Casas que se enfrentan en los combates.

Hubo un coro general de murmullos de asentimiento, como si Garth acabara de lanzarles el más terrible de los insultos al dudar de su anfitrión.

El viejo movió una mano indicando a Garth que se sentara y un instante después alguien colocó una hermosa copa tallada delante de él. El hombre de los harapos cogió una pesada jarra que había debajo de la mesa, llenó la copa de su invitado con vino y después se llenó la suya. Garth cogió la copa y tomó un sorbo.

--¡Es vino borleiano! --exclamó sorprendido.

--Ah... Veo que entiendes de caldos.

--¿Cómo habéis conseguido echar mano a una cosecha tan magnífica?

--¿Y cómo es que un *hanin* sin Casa sabe reconocerla?

--He viajado bastante.

El hombre de los harapos dejó su copa sobre la mesa y miró fijamente a Garth.

--¿Cuántos años tienes? --Garth sonrió y no dijo nada--. Resulta difícil saberlo con alguien que puede controlar el maná, claro... Podrías tener los veinticinco que aparentas, o podrías tener más de cien años. Estoy dispuesto a apostar por los veinticinco.

--¿Y se supone que he de responderte?

El hombre de los harapos meneó la cabeza.

--Eres un *hanin,* ya deberías saber que venir a la capital durante el Festival es un suicidio --dijo--. No tienes Color que te respalde, y el Gran Maestre ha prohibido la presencia de cualquiera que utilice maná y no tenga gremio... bajo pena de muerte.

--El Gran Maestre... --dijo Garth en voz baja y suave, y el hombre de los harapos pudo captar una repentina dureza en su tono--. Cierto, pero antes ese bastardo tendrá que dar conmigo.

--Oh, el Gran Maestre tiene sus truquitos --replicó el hombre de los harapos.

Después recorrió con la mirada los rostros de sus amigos, que asintieron enfáticamente mientras el que no tenía manos alzaba sus brazos y dejaba escapar una risita deformada por los ecos de la locura.

Garth tomó otro sorbo de vino mientras el hombre obsequiaba a sus camaradas con la narración del combate y la victoria de Garth. Cuando hubo terminado su historia, deslizó la mano debajo de su túnica, sacó media docena de bolsas y las arrojó sobre la mesa.

--Te las has arreglado bien para sacar beneficio de los espectadores mientras hacías de maestre del círculo, ¿eh? --observó Garth en voz baja y suave.

--Oh, es una forma como otra cualquiera de ganarse la vida haciendo pequeños negocios.

--El Festival parece buen momento para esos pequeños negocios de los que hablas.

Las carcajadas hicieron vibrar las paredes de la habitación.

--Los habitantes de esta ciudad nos tienen muy vistos --dijo el hombre de los harapos--. Pero todos los idiotas que llegan durante el Festival... Bueno, aliviarles del exceso de equipaje es algo que hacemos con sumo placer. Si lo prefieres, llámalo impuesto para obras de misericordia. Durante los siete próximos días conseguiremos dinero suficiente para aguantar todo el invierno.

El hombre de los harapos volvió a llenar su copa y la de Garth.

--Así que has venido por el Festival, ¿eh? --preguntó después.

Garth no dijo nada. Posó su mirada en la copa, como si estuviera estudiando su elaborada trama de adornos de oro.

El hombre de los harapos se inclinó sobre la mesa y clavó la mirada en el rostro de Garth.

--¿Cómo perdiste el ojo?

--Una broma infantil que acabó teniendo consecuencias serias --repuso Garth sin inmutarse.

El hombre asintió lentamente sin apartar la mirada de su rostro.

--A juzgar por esa cicatriz de tu mejilla, diría que te lo sacaron con un cuchillo.

--Algo así.

El hombre de los harapos se reclinó en su asiento y contempló a Garth sin decir nada. Garth se echó hacia atrás, apuró su copa y la dejó sobre la mesa. El hombre se apresuró a volver a llenarla.

--Verás, podríamos ponerte un parche sobre el otro ojo... Una tela lo bastante delgada como para que pudieras ver a través de ella, ¿entiendes? Después te quitaríamos el parche auténtico, y eso te convertiría en un ladrón condenadamente bueno. --Celebró su chiste con una risita, pero siguió observando a Garth con gran atención. Garth dejó escapar un resoplido desdeñoso y tomó otro sorbo de su copa.

»Pero tú eres un luchador, no un ladrón de bolsas. La forma en que mataste a Okmark de Fentesk... Fue una inversión realmente magistral, un hechizo muy raro dotado de ese inmenso poder que sólo

un verdadero adepto es capaz de controlar. Okamar había obtenido catorce victorias en la arena y era un luchador del tercer nivel, eso como mínimo... ¿Cómo es que un Hombre Sin Casa como tú llegó a obtener semejante hechizo?

Mientras hablaba había estado contemplando la bolsa de hechizos de Garth con franca curiosidad, casi como haciendo un esfuerzo para reprimir la tentación de arrancársela y examinar lo que contenía.

Garth alzó la vista de su copa y clavó su único ojo en el rostro del hombre, este extendió las manos fingiendo estar horrorizado y se apresuró a retroceder.

--Nunca preguntes a un luchador dónde ha obtenido sus victorias y de dónde ha sacado sus poderes --dijo el hombre de los harapos--. Lo sé, lo sé... Conozco las costumbres.

Un anciano fue hasta la mesa y colocó delante de Garth una bandeja de plata mientras otro traía un pato asado del hogar. Garth arrancó una pata y empezó a masticarla con expresión pensativa.

--Tienes hambre, eso está claro --continuó diciendo el hombre mientras observaba como Garth cortaba rebanadas de carne del ave y las engullía con la ayuda de otra copa de vino.

--¿Eres el jefe de esta hermandad? --preguntó Garth entre un bocado y el siguiente.

El hombre rió y extendió los brazos en un amplio gesto como invitando a Garth a contemplar sus dominios.

--Soy el maestre de todos estos hermanos que aquí ves y de otros que se esconden en varias madrigueras. La leal orden de los ladrones de bolsas, con un linaje tan augusto como el de cualquiera de las Casas que luchan en la Arena, y tan antiguo como el de ellas... E incluso más honesto, podría añadir.

--¿Cómo es eso?

--Las Casas... Pues verás, Fentesk, Kestha, Bolk e Ingkara afirman ser las defensoras del honor, pero no son más que rameras --Los otros presentes soltaron gruñidos de asentimiento--. Desde la noche en que Zarel se convirtió en Gran Maestre las Casas ya sólo piensan en los beneficios, en exprimir todo el maná que puedan de las tierras para sustentar sus hechizos, y dejan que quienes carecen de poderes mágicos paguen el precio de todo eso. Al menos nosotros somos sinceros en lo que hacemos. Robamos y admitimos que robamos, y eso nos convierte en hombres honrados por comparación. No nos ocultamos detrás de misticismos y rituales que han perdido

todo sentido hace tiempo, y eso ya es algo.

Sus compañeros de latrocinios soltaron una ruidosa andanada de maldiciones, y el loco sin manos entonó con su voz cascada una canción obscena sobre el Gran Maestre mientras sostenía delante de él una copa que había sido tallada de tal modo que podía cogerla con los muñones.

Garth acabó el resto de su comida en silencio, escuchando cómo los viejos daban rienda suelta a su odio y su ira. Cuando hubo terminado se limpió los dientes con un trocito de hueso sin variar su gesto pensativo, y después echó su escabel hacia atrás y se puso en pie.

--Gracias por la comida, viejo. Es hora de que siga mi camino.

--Puedes pasar la noche aquí.

--¿Por qué?

--Porque te encuentro divertido, y un poquito misterioso.

--Ah, ¿sí?

--Me divierte que te costara tan poco acabar con Okmark, y desplumar a su compinche de las apuestas. Al principio pensé que eras otro patán recién llegado del campo... Ya sabes, el chico hinchado de orgullo que viene para demostrar su valía, con apenas un par de hechizos en su bolsa, y que suele acabar muerto antes de que el Festival termine.

--Mucho tiempo ha pasado desde la última vez que me llamaron «chico» --dijo Garth con voz gélida.

--Hijo, para mí sigues siendo un chico. Puede que matar a Okmark te haya hecho ganar sus poderes, pero ahora tienes un centenar de enemigos jurados buscándote para vengar la afrenta a su Casa. Además, en estos momentos el Gran Maestre ya debe saber que un *hanin* tuerto mató a Okmark. Todos los guerreros y luchadores que le obedecen también te estarán buscando.

--Ya me las arreglaré.

--Ah, y no olvidemos el gran misterio, naturalmente... ¿Qué has venido a hacer aquí? Si quieres un consejo, deberías salir hacia el sur antes del amanecer y alejarte lo más posible de esta maldita ciudad y su Festival. --El hombre sonrió y alzó la mano antes de que Garth pudiera contestar.

»Ya lo sé, ya lo sé. No quieres consejos, planeas quedarte en la ciudad, y prefieres morir antes que decirme lo que has venido a hacer aquí.

--Más o menos.

--Pues entonces pasa la noche con nosotros. El alojamiento es gratis, y además te he dado la promesa de la hermandad. Nadie te molestará.

--¡La Guardia!

Garth giró sobre sí mismo y vio a un mendigo sin piernas cruzar el umbral saltando ágilmente sobre sus muñones. La pésima imitación de centinela a quien Garth había herido debajo del mentón corrió hacia la puerta y la atrancó con un madero. La habitación quedó sumida en el silencio. Todos pudieron oír pesados pasos acercándose por el callejón. Los pasos se detuvieron un momento, y después siguieron adelante, alejándose en la noche.

--Pagamos a esos bastardos para que nos dejen en paz --dijo el hombre de los harapos con una risita--, pero nunca se sabe quién puede darles una suma mayor.

Se volvió hacia Garth.

--Creo que eres tú quien les ha puesto tan nerviosos --siguió diciendo--. Eres un criminal, Hombre Sin Casa. Incluso puede que los luchadores de la Casa Naranja se gasten algunas monedas para que te rajen el cuello discretamente y recuperar así los hechizos perdidos. Si eres un tonto de pueblo que ha venido aquí pensando en el honor y las reglas, ya puedes olvidarte de todo eso.

Garth meneó despectivamente la cabeza. Su mirada recorrió el refugio.

--¿Cuál es el rincón con menos piojos y pulgas?

* * *

Varnel Buckara, Maestre de la Casa de Fentesk, dejó su copa de oro sobre la mesa y clavó una gélida mirada en su anfitrión.

--No me gustan las implicaciones de lo que acabas de decir.

--Fue vuestro hombre el que inició el desorden librando un duelo ilegal, primero con Webin de Kestha. Es lamentable ver cómo dos luchadores se enfrentan entre la basura para diversión del populacho.

--Mis luchadores son impulsivos y arrogantes, pues de lo contrario no serían luchadores. No es eso lo que te molesta ¿verdad? No, lo que te irrita es que montaran una exhibición pública sin que tus agentes pudieran controlar las apuestas del populacho.

El Gran Maestre Zarel Ewine rió, haciendo temblar los pliegues de grasa de su abultado estómago. Después dejó su copa sobre la mesa e indicó al sirviente que volviera a llenar ambas copas y que se

marchara.

--Como si necesitara perder el sueño por unas cuantas monedas de plata --acabó replicando--. Esas cosas dejaron de preocuparme hace tiempo --añadió, inclinándose hacia adelante y mirando fijamente a Varnel.

Varnel no dijo nada, se limitó a contemplar ostentosamente la habitación, llevando su mirada de los tapices importados de Kish hasta las delicadas tallas en madera de la legendaria La y posándola luego en las gemas que adornaban las manazas de Zarel.

--Sirvo al Caminante administrando las Tierras del Oeste, y supervisar los juegos es algo que va unido a la administración de todos esos lugares --siguió diciendo Zarel--. Como honor, eso es más que suficiente.

La hipocresía de su réplica hizo que Varnel sintiera ganas de reír a carcajadas, pero el miedo se lo impidió. No temía a Zarel, sino a lo que podía estar acechando a su espalda en aquel mismo instante, aguardando invisible entre las sombras.

Miró nerviosamente a su alrededor, y se dio cuenta de que Zarel había notado su fugaz momento de miedo.

--No, no está aquí... No vendrá hasta el último día del Festival, cuando acuda para la ofrenda anual y para llevarse al vencedor de los combates.

--Y entonces este incidente... --insinuó Varnel, llegando por fin a lo que importaba.

--Ah, viejo amigo... Has sido generoso en el pasado. Bien, esta noche no te será necesario recurrir al desagradable ritual del soborno para que el asunto sea olvidado. Considéralo un regalo. Algunos combates se libran fuera de la arena, cierto, y si hubiese intentado acabar con ello... Bueno, hace tiempo que ya habría enloquecido. Lo que tú y los demás Maestres de las Casas hagáis en vuestros territorios es asunto vuestro. Durante el resto del año podéis mataros como os plazca, y contratar a quien deseéis. Es la tradición. Pero ahora os habéis reunido en mi ciudad para poner a prueba las habilidades de vuestros luchadores, y eso sí que me concierne. Puedo aceptar alguna que otra pelea, incluso con apuestas, pero un duelo a muerte librado ante los ojos de las turbas... No, eso queda descartado. De lo contrario el caos se adueñaría de todo, y no voy a tolerarlo. Ese tipo de combates son para la Arena, y si los campesinos y gentes de más calidad quieren presenciarlos, siempre pueden pagar la entrada. Eso también es tradicional.

Varnel sintió el deseo de replicar que el populacho no pagaría por entrar en la arena si pudiera ver todos los combates gratis en las calles.

--¿Nos hemos entendido el uno al otro? --acabó preguntando Zarel.

--Sí, nos hemos entendido --replicó Varnel en voz baja y suave.

--Bien, y ahora pasemos al otro asunto. Ese luchador sin Casa, ese *hanin...* ¿Tenéis alguna descripción de él?

--Nadie de los míos estaba allí.

--Venga, venga... ¿Qué fue del apostador de vuestro combatiente?

Varnel se removió nerviosamente en su asiento.

Zarel rió y tomó otro sorbo de su copa.

--O vuestro hombre era un idiota que peleó únicamente para obtener un hechizo más, o contaba con un apostador encargado de desplumar a la multitud --dijo--. No me gustaría pensar que tus combatientes son idiotas.

--El apostador fue arrojado a la grieta por la turba, cuando se le acabó el dinero para pagarles sus apuestas después de que mi hombre fuese derrotado --replicó Varnel.

--Una reacción comprensible, desde luego. Y ya que hablamos de eso, ahora hay una enorme grieta en una de mis calles más concurridas... ¿Sabes cuánto me costará taparla? Además, ardió un bloque de casuchas y hubo casi medio centenar de muertos.

--Bueno, después de todo no son más que campesinos.

--Son mis campesinos, y son cincuenta campesinos menos a la hora de pagar tributos. Eso sin mencionar que estos campesinos hacían su pequeña aportación en maná con su mera existencia. Vamos, vamos, Varnel... La cuenta de gastos crece. No estoy hablando de sobornos, sino de compensar daños. No sé cuántas carretas de tierra se necesitarán para rellenar ese enorme agujero que creó tu hombre. Los gastos de los funerales, reconstruir el bloque de casuchas...

--Como si ese dinero fuera a salir de tu bolsa --replicó Varnel sin inmutarse.

--¡No, maldición! --rugió Zarel--. Saldrá de la tuya, y esto no es un soborno. Según el compromiso que tu Casa y las demás han asumido, teneis la obligación de cargar con los daños que se le hagan a mi ciudad durante el Festival.

--¿Y qué hay de la Casa de Kestha? Fue el hombre de Kestha el

que empezó la pelea --replicó Varnel.

--Oh, te aseguro que Tulan y su Casa también pagarán --dijo Zarel con dulzura.

«Apuesto a que lo harán», pensó Varnel con irritación mientras cogía el jarro de vino y se volvía a llenar la copa, pensando que por lo menos esos pequeños gastos corrían por cuenta de Zarel.

--Ese guerrero sin Casa también debería cargar con las consecuencias de lo que ha hecho, ¿no? --preguntó después.

--Oh, lo hará --replicó Zarel--. Antes de ordenar su descuartizamiento por haber luchado en mi ciudad sin contar con la sanción de una Casa, él también contribuirá a reparar los daños del combate. El problema es que nadie sabe quién es ni adonde fue.

Varnel se sonrió.

--Seguramente los leales súbditos del Gran Maestre arderán en deseos de ayudar a la ley --dijo.

--Son escoria, eso es lo que son... Piensan que fue un espectáculo muy divertido. Les ha hecho ganar dinero y eso le ha convertido en su héroe... ¡Escoria repugnante! Se están riendo por las calles, y tu Casa también tiene parte de la culpa. Oh, cuento con las descripciones de costumbre, desde luego... Era alto, bajito, gordo, flacucho, tenía la cara marcada por la viruela, era de piel muy blanca y sin una sola señal en ella, con dos ojos, con un solo ojo... Lo único en lo que todos están de acuerdo es en que no pertenecía a ninguna Casa.

Varnel se reclinó en su asiento y desvió la mirada.

--¿Qué ocurre? --preguntó Zarel de repente.

Varnel se sobresaltó y se volvió hacia su anfitrión.

--Nada... No, nada.

Zarel miró fijamente a su invitado.

--Algo de lo que he dicho te ha puesto nervioso --dijo.

--No, es sólo que... Bueno, estaba haciéndome preguntas a mí mismo, nada más.

--¿Como cuáles?

--¿Quién es ese hombre? Mató a un luchador de tercer nivel, y eso es inusual para un *hanin.* Normalmente cuando llegan a ese nivel de habilidad ya han conseguido entrar en alguna Casa..., o que les maten. Debe ser bueno, tan bueno como un adepto del tercer nivel... Y sin embargo no tiene Casa. Qué extraño...

Zarel desvió la mirada durante un momento.

Varnel tenía razón. Era algo muy extraño, y también estaba el

hecho de que el hombre se hubiera esfumado sin dejar rastro. Y había algo más, tenía un presentimiento indefinible, una sensación de que algo no andaba bien y de que aquello no era meramente otra pelea estúpida. Zarel no sabía con claridad de qué se trataba, pero ese desasosiego era una advertencia a la que prestar la debida atención.

--Daremos con él --acabó diciendo con voz gélida.

Varnel le contempló por encima del borde de su copa y respondió a sus palabras con una sonrisa.

_____ 2 _____

--Bien, ¿qué planes tienes para hoy?

Garth, rascándose las mordeduras nocturnas de las pulgas, recorrió con la mirada la habitación llena de viejos que empezaban a removerse mientras la primera claridad del amanecer se infiltraba a través de las rendijas de los postigos y las grietas del techo.

--Para empezar, salir de aquí.

El hombre de los harapos dejó escapar una risita.

--Para hacer aquello que te ha traído a la ciudad, sea lo que sea... Ah, sí, tu gran empresa envuelta en el misterio, ¿verdad?

--Algo por el estilo --replicó secamente Garth.

--Iré contigo.

Garth bajó la mirada hacia el viejo desdentado.

--Presentía que lo harías --dijo en voz baja, y el hombre de los harapos le contempló con sorpresa.

--¿Por qué?

--Porque te fascinan los misterios --replicó Garth--. Quieres averiguar qué ocurrirá después.

El vagabundo se meció de un lado a otro sobre su escabel al lado del fuego, y soltó una carcajada de puro deleite.

--Pues sí, quiero disfrutar de la diversión --dijo--. Creo que alguien acabará perdiendo la vida, y estaré allí cuando ocurra. Esas situaciones siempre ofrecen buenas oportunidades comerciales.

El viejo se inclinó sobre el fuego y cortó dos gruesas tajadas del asado que se había estado dorando sobre el montón de ascuas. Arrojó una a Garth, que la pilló al vuelo y se la pasó de una mano a otra hasta enfriarla lo suficiente para empezar a comerla. El viejo acabó su desayuno, abrió la puerta y echó un receloso vistazo por el hueco.

El mendigo sin piernas estaba sentado al otro lado de la calle. Al verles, movió una mano como si estuviera espantando una mosca.

--No hay peligro --anunció el hombre de los harapos--. Bien, vamos...

Cogió un báculo apoyado junto a la puerta, salió a la calle, giró sobre sí mismo y orinó en la pared del edificio. Garth le contempló sin ocultar su desdén, pero también comprendió que no tendría más remedio que imitarle y se reunió con el viejo.

--Por cierto, éste es un momento tan bueno como cualquier otro para presentarse --dijo el hombre de los harapos--. Me llamo Hammen de Jor.

Acabó de orinar, se abotonó sus pantalones manchados de grasa y mugre y le ofreció la mano.

Garth, que también había acabado de orinar, se abotonó y bajó la mirada hacia Hammen, que le sonrió mostrando una dentadura amarillenta que hacía pensar en postes de madera putrefacta clavados en una caverna tenebrosa. Aceptó la mano de Hammen sin entusiasmo, y después no intentó ocultar sus acciones mientras se la limpiaba en una pernera.

Hammen se rió.

--Te lo aseguro, es un apretón de manos más limpio que el de cualquier Maestre de una Casa --dijo.

Garth no pudo reprimir una sonrisa.

--¿Hacia dónde puedo encontrar la Casa Gris? --preguntó.

--¿Y por qué quieres ir allí?

--Por echarle un vistazo. Curiosidad, nada más.

Hammen alzó su báculo en un aparatoso arco y señaló al callejón repleto de basura, y los dos emprendieron la marcha.

Garth siguió al viejo que se había nombrado a sí mismo guía suyo sin dejar de lanzar cautelosos vistazos a los callejones laterales que iban dejando atrás. Ya hacía un buen rato que había amanecido, y sin embargo la ciudad apenas mostraba ninguna señal de actividad. Parecía que el bullicio de las celebraciones del inminente Festival habían consumido las energías de los ciudadanos. Hammen se detuvo para empujar con el pie varias siluetas que yacían al lado de un barril para recoger agua de lluvia. Una de ellas se removió levemente, las otras dos permanecieron inmóviles.

Garth bajó la mirada hacia ellas. Enseguida se dio cuenta de que los tres hombres estaban vivos, pero también supo que no tardarían en lamentar su penosa situación económica cuando despertasen.

--Ya les han limpiado --anunció Hammen.

Dejaron atrás el sucio callejón, y siguieron avanzando, ahora hacia una amplia avenida.

Garth se volvió y echó un vistazo al otro extremo de la calle, del que todavía brotaban hilillos de humo como recordatorio de la diversión del día anterior. Los vendedores callejeros empezaban a abrir sus puestos y desplegaban su género. Unos cuantos clientes madrugadores ya estaban comprando comida y Garth avanzó lentamente por entre ellos, asombrado ante la variada multitud de mercancías a la venta.

Hammen se volvió hacia él.

--Me parece que no has tenido muchas experiencias con las ciudades.

Garth asintió.

--Sí, ya me había dado cuenta... --siguió diciendo Hammen--. Sólo un idiota me habría seguido por un callejón, tal como hiciste tú después de habernos conocido. Esa confianza sólo se encuentra en los patanes del campo. Ningún habitante de ciudad sería tan estúpido.

--Puede que estés tratando con un estúpido, pero también puede que sea alguien capaz de cuidarse --replicó Garth con voz gélida.

Hammen alzó la mirada hacia Garth y asintió.

--Sí, te creo capaz de cuidar de ti mismo --murmuró--. Pero sobrevivir en la ciudad... Bueno, será interesante ver si lo consigues.

Hammen empezó a ir más despacio y señaló un puesto de fruta.

--Ah, granadas de Esturin... --dijo--. Mi fruta favorita.

Hammen fue hacia la vendedora, que colocaba montones de granadas, naranjas, filagritos exóticos traídos del otro lado del gran océano, exquisitos y delicados lollins y otras delicias vegetales que tenían los tonos rojo, verde, anaranjado y azul más intensos que Garth había visto.

La vendedora alzó la mirada hacia Hammen, meneó la cabeza mientras curvaba los labios en una sonrisa de exasperación y le arrojó una granada. Hammen señaló a Garth, pidiéndole en silencio que extendiera la amabilidad a su acompañante.

Garth pilló la fruta al vuelo, la mordió y sonrió al sentir cómo el zumo se deslizaba por su garganta.

--Es muy buena --dijo.

--Nunca la habías probado, ¿eh?

Garth no dijo nada mientras terminaba la fruta, y escuchó distraídamente cómo Hammen y la vendedora, que estaba claro se conocían desde hacía tiempo, comentaban las últimas noticias de la ciudad.

--Los guardias del Gran Maestre pasaron por aquí anoche tan deprisa que parecían un enjambre de moscas siguiendo el olor de la carroña --anunció la vendedora sin apartar la mirada de Garth--. Andaban buscando al luchador.

--¿Y consiguieron dar con él? --preguntó Hammen.

--Oh, arrestaron a los sospechosos habituales.

Hammen se rió y le dio la espalda disponiéndose a irse. La vendedora sonrió, arrojó tres granadas más hacia las manos de Garth y le guiñó el ojo. Garth se guardó las granadas debajo de su túnica.

--Ayer hiciste ganar dinero a esas personas, y además te cargaste a un luchador de la Casa Naranja --dijo Hammen--. Podrás comer gratis durante una temporada.

Hammen movió la cabeza señalando los sucios estandartes marrones que aleteaban sobre muchos tenderetes a lo largo de la calle.

--Como ves, la gente de este barrio es partidaria de los Marrones.

--¿Por qué? --preguntó Garth--. A las Casas les importa un comino lo que el populacho piense o haga.

--Mucho desconoces sobre el alma humana, mi tuerto amigo --replicó Hammen--. Para la mayoría de estas gentes, el Festival es el único gran acontecimiento en sus vidas. Los combates lo son todo para ellos.

»Puedes ir a cualquier puesto callejero o tugurio donde sirven bebidas --siguió diciendo señalando una taberna--, y hasta los mendigos te recitarán la lista de victorias y hechizos de su luchador favorito, sobre todo si les ha hecho ganar algunas monedas en las apuestas. Gana dinero para la turba, y pasas a ser un héroe.

--Menudos héroes... --resopló Garth--. Hoy en día un luchador es capaz de quemar vivo a un campesino sólo para probar un nuevo hechizo, y después sentirá menos remordimientos que si hubiese aplastado una cucaracha con su bota.

--¿Qué quieres decir con eso de «hoy en día»? --preguntó Hammen.

--Oh, he oído historias de los viejos tiempos, cuando las cosas eran distintas y cuando los luchadores debían peregrinar para servir a quienes necesitaban ayuda.

Hammen escupió en el suelo.

--Los viejos tiempos están muertos, *hanin* --dijo--. Si crees otra cosa estarás muerto antes de acabar el día... Sólo un idiota pensaría que a los luchadores les importamos.

--Bueno, ¿y entonces a qué se debe ese interés hacia los luchadores?

--A eso iba --replicó Hammen--. No entiendes el alma humana. Las turbas ya saben todo eso, pero siguen vitoreando a su héroe, y al hacerlo tienen la sensación de participar un poco en su gloria. Durante el Festival pueden olvidar las miserias de sus brutales vidas. Asistir a la arena y escuchar el rugir de los cánticos es como si fueran ellos los que libraran duelos de poder, por alcanzar el prestigio de ser el ganador que acompañará al Caminante para servirle en otros

mundos... Cada año la turba puede vivir ese sueño maravilloso durante tres días.

Garth lanzó una mirada interrogativa a Hammen, cuya voz se había vuelto más suave y seria, con un tono en el que se notaba la sombra de un acento de alta cuna.

--Hablas como si hubieras estado allí --dijo Garth mirándolo fijamente.

Hammen le devolvió la mirada, y durante un instante Garth tuvo la sensación de caminar junto a una persona muy distinta del ladrón acostumbrado a vivir entre ruinas. Percibió algo lejano, como si aquel hombre pudiera controlar el maná, fundamento del poder de todos los luchadores. Hammen aflojó el paso y Garth percibió una tristeza infinita, pero un momento después Hammen volvió a convertirse en el viejo de los harapos con tanta rapidez como se derrite la escarcha bajo la luz del amanecer, y empezó a toser, escupir en el suelo y soltar risitas mientras iba señalando las maravillas de la ciudad a un forastero.

Siguieron caminando por la calle, que estaba empezando a llenarse. Garth sacó dos de las tres granadas que se había guardado debajo de la túnica y arrojó una a Hammen. Después hundió los dientes en la fruta y la fue comiendo mientras seguían avanzando. Pasaron junto a la calle de los aceros, y Garth se detuvo un momento para ver cómo los comerciantes colgaban sus hojas baratas delante de las tiendas. Se paró delante de una para inspeccionar el interior sumido en la penumbra, y vio las armas más hermosas colgadas dentro y a los guardias del comerciante sentados entre las sombras. Cimitarras, enormes espadas para ser manejadas con las dos manos y estoques reflejaban el resplandor palpitante de las forjas que mantenían su incesante actividad en las profundidades del local, donde los herreros daban vida a sus creaciones a martillazos.

--Las mejores hojas siempre están en la parte de atrás. Son hojas con largas historias y nombres sólo conocidos por entendidos en armas refinadas, capaces incluso de abrirse paso a través de un campo de hechizos para derramar la sangre de un luchador... --susurró Hammen.

Después llegó la calle de los que trabajaban el estaño, y después la de los plateros y los orfebres, donde cada puesto estaba vigilado por hombres armados y hasta se podía ver algún que otro lanzador de hechizos del «primer nivel»: el más bajo, pero suficiente para conjurar a alguna criatura sobrenatural capaz de liquidar a los ladrones. Garth

contempló a aquellos hombres del primer nivel y meneó la cabeza. Casi todos eran ancianos que nunca habían ido más allá porque carecían de las habilidades y el poder innato que permitía manipular el maná, sin el que sólo se podían controlar los poderes más sencillos. Si libraran un duelo con un auténtico luchador perderían su único hechizo y probablemente también la vida, por lo que se veían condenados a los callejones y a proteger los tesoros de los avaros mercaderes. Garth sabía que la mayoría ocultaban en su corazón el temor a verse desafiados por algún enemigo más serio que un campesino armado con estilete.

Dejaron atrás el barrio de los metales y avanzaron hacia el corazón de la ciudad. Hammen miró cautelosamente a su alrededor y fijó su atención en el paso de una patrulla de luchadores del Gran Maestre, no muy lejos de ellos, con sus jubones y capas multicolores despidiendo reflejos iridiscentes bajo el sol de la mañana. Ni uno solo de ellos volvió la mirada hacia Garth, y su compañero dejó escapar una risita.

--Esos petimetres presumidos sólo saben pensar en su atuendo... --murmuró--. Seguramente tienen ordenes de buscarte, pero son demasiado altaneros para rastrear pistas que les lleven hasta ti.

Garth se dio cuenta de que el color de los estandartes que flotaban sobre la calle había empezado a cambiar. Durante varios bloques hubo una mezcla de marrones y grises, con algún que otro estandarte naranja o púrpura perdido entre ellos.

--Estamos casi en el centro de la ciudad, donde se juntan los cinco distritos. El palacio del Gran Maestre está justo delante de nosotros, en el centro de la Plaza, y los cuarteles de sus luchadores y guerreros también están allí... Las Casas de los cuatro colores flanquean la Gran Plaza.

Garth volvió la mirada hacia el final de la calle. La enorme Plaza tenía forma de pentágono, con varios cientos de pasos de anchura. Pero lo que más destacaba era la gran pirámide de cinco lados que se levantaba en su centro, la residencia del Gran Maestre. El edificio, que medía de largo al menos sesenta varas y casi otro tanto de altura, estaba recubierto de piedra caliza tan pulida que despedía una intensa claridad, como la de unas llamas, al reflejar los rayos del sol. Flanqueando al palacio por sus cinco lados estaban los cuarteles de la guardia del Gran Maestre, en edificios más oscuros y achaparrados. Todo ello rodeado de fuentes en las que el agua bailaba bajo la luz matinal.

Garth aflojó el paso al entrar en la Gran Plaza, en cuyos lados eran visibles otros cuatro palacios. Cada uno era distinto, y ostentaba el color de cada una de las grandes Casas. Fentesk, al otro lado de la Plaza, era un edificio no muy alto y poco agraciado, pero imponente por su fachada llena de gigantescas columnas y enormes estandartes color naranja ondeando en sus cuatro esquinas. Junto a él se alzaba la Casa de Ingkara, con poco que destacar salvo su gran arco de entrada del que colgaba un estandarte púrpura. Al otro lado de Fentesk estaba la Casa de Bolk, que parecía una fortaleza con torres almenadas y baluartes; y finalmente, al lado de la Casa Marrón, estaba la de Kestha, cuya fachada estaba adornada con colosales estatuas representando a luchadores alzando las manos al cielo como si lanzaran hechizos contra los otros edificios.

--Mejor habría sido ahogar en sus cunas a los artesanos que levantaron estos palacios..., para evitarnos su mal gusto.

--Son Casas de luchadores, no palacios para potentados. Las antiguas Casas eran distintas, pero las cosas han cambiado mucho, y erigieron estas nuevas edificaciones.

Garth fue hacia la Casa de Kestha, y Hammen apretó el paso para no quedarse atrás.

--¿No irás a hacer alguna estupidez, verdad? --bufó Hammen--. Te están buscando por toda la ciudad.

--Tanto mejor.

Siguieron andando hacia la Casa de Kestha, pero Garth aflojó el paso y se volvió hacia el quinto lado de la Plaza. Allí había tiendas, casas de comidas y también unos cuantos palacios menores, de comerciantes lo bastante acaudalados. Garth giró sobre sí mismo, avanzó hacia esos edificios hasta llegar al borde de la Plaza y miró a su alrededor.

--Aquí es donde estaba la quinta Casa --dijo Hammen en voz baja.

Garth se volvió hacia él.

--¿La quinta Casa?

--Sí, la Casa Turquesa... Hace veinte años había cinco Casas.

--Ya lo sé.

--Pues entonces también sabrás que las otras Casas masacraron a la Casa de Oor-tael la noche del último día del Festival, con el antiguo Gran Maestre y su ayudante Zarel al mando de todas las fuerzas combinadas. Cayeron sobre ellos al amparo de las tinieblas, quemaron la Casa y asesinaron a casi todos los luchadores.

--Has dicho «casi todos».

--Se supone que algunos escaparon --replicó Hammen. Guardó silencio durante unos momentos y miró fijamente a Garth--. Bueno, por aquel entonces quizá eras demasiado joven para preocuparte de esas cosas --dijo secamente Hammen, con una sombra de ira en la voz.

Garth no dijo nada y siguió contemplando ese rincón de la Plaza que parecía tan fuera de lugar entre el esplendor de los otros cuatro lados.

--Y el último Gran Maestre --dijo Garth, con un tono más de afirmación que de pregunta.

--¿Kuhtuman? Ah, ese bastardo... --dijo Hammen, murmurando la imprecación--. ¿Quién infiernos crees que es el Caminante? ¿Dónde crees que robó el maná que le abrió las puertas a otros mundos? --Hammen movió la cabeza señalando el lugar en el que se había alzado la Casa Turquesa--. La Casa Turquesa era la más poderosa de las cinco, y se negó a apoyarle. Así que mataron al Maestre de Oor-tael, a su familia y a todos los sirvientes, y saquearon sus reservas de maná.

--¿Y Zarel?

--¿Por qué te interesa tanto todo esto?

--Él se interesa por mí, ¿verdad?

Hammen meneó la cabeza.

--Algunos dicen que Zarel odiaba al Maestre de Oor-tael y que eso fue la causa de todo --le explicó--. Que fue Zarel quien sugirió la idea y que el Caminante acabó dejándose convencer a pesar de que Cullinarn, el Maestre de Oor-tael, era un viejo amigo suyo y de que le había salvado la vida en una ocasión.

--¿Y entonces por qué lo hizo?

--Antes te dije que no estaba seguro de si eres condenadamente bueno o de si eres un estúpido --replicó Hammen--. Pienso que debería inclinarme por lo segundo... Cuando se trata del poder, la amistad suele ser la primera víctima. Kuthuman anhelaba tener el poder de un Caminante de Planos, y Zarel sabía que ayudándole le sustituiría después como nuevo Gran Maestre.

»Zarel organizó y dirigió el ataque. Con lo robado a Oor-tael y las aportaciones de las otras Casas, Kuthuman reunió maná suficiente para atravesar el Velo entre los mundos, y se fue. Zarel se hizo con el poder, y todo ha cambiado con él. Los Maestres de las otras Casas le ayudaron o miraron hacia otro lado mientras el Maestre de la Casa Turquesa era asesinado, y desde aquel entonces sus sobornos han

llegado con tanta regularidad como salen los excrementos del trasero de un ganso obligado a comer sin parar.

»El tesoro de la Casa Turquesa sirvió para edificar esa monstruosidad de palacio --siguió diciendo, y movió la cabeza señalando la pirámide--. Todo el mundo salió beneficiado.

Garth permaneció en silencio durante un momento. Después giró sobre sí mismo y se abrió paso a través del gentío. Fue hacia la Casa de Kestha, y no aflojó el paso hasta que las losas que pisaba cambiaron de color y pasaron del rojo de la caliza que pavimentaba la mayor parte de la Plaza al gris oscuro de la pizarra. Garth se detuvo y alzó la mirada hacia las seis imponentes estatuas de luchadores que dominaban la entrada principal de la Casa.

Después meneó despectivamente la cabeza y siguió avanzando. La mano de Hammen le agarró...

--¿Qué infiernos quieres hacer ahí dentro?

--Si no tienes redaños para esto, viejo... Bueno, entonces mejor vuelve a tu agujero --siseó Garth, y se retorció desasiéndose de Hammen.

Por el resto de la plaza abundaba el gentío, pero ahora era escaso. Como si una barrera invisible marcara la zona en la que el populacho ya no debía acercarse más a las Casas de los luchadores.

Garth atravesó el semicírculo de piedra gris que delimitaba el recinto de la Casa Gris, y fue hacia ella con tranquila despreocupación. Oyó pasos que se apresuraban a seguirle y miró por encima del hombro para ver a Hammen tratando de alcanzarle. El viejo estaba resoplando y golpeaba el pavimento con su báculo.

Media docena de luchadores emergieron desde las sombras de las grandes estatuas. Llevaban túnicas grises, y sus capas de fino cuero estaban adornadas con runas y signos místicos. Lucían fajines, desde el hombro a la cadera, adornados de complejos bordados y de los que colgaban bolsas doradas para sus amuletos y hechizos. Dentro también guardaban los diminutos paquetitos de tierra envuelta en seda que ayudan a los luchadores a mantener su conexión psíquica con lejanos territorios que controlan y de los que extraían maná. Los luchadores avanzaron hacia Garth, altivos y sin prisa, se detuvieron ante él para obstruirle el camino.

--Fuera, mendigo. Acabas de entrar en nuestra propiedad --siseó uno de ellos, al tiempo que le daba a Garth un empujón en el hombro.

Garth retrocedió un paso, pero no se fue.

--¡He dicho que te vayas!

--Vengo a unirme a esta Casa --dijo Garth sin inmutarse.
Los seis luchadores se miraron los unos a los otros poniendo exageradas expresiones de sorpresa en el rostro.
--¡Un espantapájaros tuerto seguido por un mendigo! --rugió el luchador que había empujado a Garth--. Insultas a nuestra Casa trayendo aquí tu suciedad, y lo pagarás limpiándola con tu lengua. Pero antes veremos tus dientes esparcidos por el suelo...
El hombre dio un paso para golpear a Garth, pero éste se hizo a un lado cuando el puño ya iba hacia él y agarrando al hombre por la muñeca lo derribó al suelo. Garth se agazapó y giró sobre sí mismo anticipándose a un ataque por detrás, extendió una pierna y golpeó a su segundo agresor en un lado de la rodilla. Se oyó el chasquido seco de un hueso que se rompe y el hombre se derrumbó entre aullidos de dolor. Garth se incorporó y oyó un nuevo crujido, vio por el rabillo del ojo una daga que resbalaba sobre el pavimento y a un tercer luchador que retrocedía tambaleante mientras se agarraba una muñeca rota. Hammen movió su báculo en un elegante arco, golpeó al hombre en la espalda y le derribó. Los otros tres luchadores empezaron a retroceder. El del centro hurgó en su bolsa de hechizos, sacó algo de ella y extendió los brazos. Comenzaba ya a oirse un confuso clamor de la multitud avisando a gritos de que había un combate.
Garth avanzó hacia el luchador que se preparaba para señalarle y lanzar un hechizo.
--¡No! --exclamó--. No lo intentes... llegan otros enemigos que combatir.
El hombre se sobresaltó, y su concentración quedó rota por las palabras de Garth. Un instante después chillaba de dolor, pues había cometido el error de recurrir al maná sin redirigirlo hacia un hechizo. El luchador se llevó las manos a la frente y se tambaleó de un lado a otro bajo los efectos de la quemadura de maná, mientras Garth contemplaba con expresión compasiva semejante exhibición de torpeza.
--¡Ese hombre es nuestro! --gritaba alguien entre la multitud.
Garth mantuvo la mirada en el luchador Gris.
--No lo repitas --dijo--. Ahora hay asuntos más importantes de los que ocuparse.
Después le dio la espalda como si no le importara en lo más mínimo que estuviera allí.
Un grupo de luchadores de la Casa Naranja cruzaba la Plaza con largas zancadas llenas de decisión. El que parecía ser su líder llevaba

una capa adornada con bordados de oro y plata, símbolo de un nivel muy alto.

Garth extendió lentamente los brazos preparándose para un combate, y el hombre aflojó el paso.

--Un testigo te ha reconocido, ayer mataste a Okmark --dijo el recién llegado--. Eres nuestro.

--Pues entonces... cogedme --replicó Garth.

El luchador avanzó, como si hubiera decidido que Garth ni siquiera merecía la molestia de emplear un hechizo con él.

Garth sonrió y hizo un gesto con la mano. El hombre empezó a moverse cada vez más despacio, como si tropezara con una barrera invisible, y acabó retrocediendo mientras lanzaba una gruñido.

Después Garth alzó la mano hacia el cielo. Una nube negra surgió de la nada, y un remolino zumbante bajó rápidamente hacia el suelo. Avispas tan grandes como el pulgar de un hombre se lanzaron sobre los luchadores Naranja, clavándoles sus aguijones con tal ferocidad que pronto corrían hilillos de sangre por varios rostros.

El recinto pavimentado de la Casa de Kestha estaba ya rodeado por un gentío que rugía y gritaba. Los alaridos de placer y las carcajadas se hicieron más estruendosas cuando unas pocas avispas se apartaron de los luchadores a los que estaban atormentando y cayeron sobre algunos campesinos que empezaron a gritar y agitar los brazos para alejar los aguijones.

El líder de los luchadores de Fentesk lanzó un grito de rabia, se puso en pie y gesticuló con los brazos hacia el cielo. Las avispas empezaron a caer al suelo con sus alas envueltas en humo y llamas, pero aun así siguieron clavando sus aguijones en piernas y tobillos, haciendo que varios compañeros del líder dieran ridículos saltitos de un lado a otro.

Garth volvió a mover la mano y las avispas se incendiaron. Las llamas prendieron en ropas y botas de los luchadores y hasta en parte del gentío. Los campesinos huyeron gritando hacia las fuentes para mojar su calzado en llamas, y fueron seguidos por los luchadores Naranja. Su líder fue el único que no huyó. Se envolvió el cuerpo con los brazos haciendo aletear su capa, y una neblina empezó a formarse a su alrededor. Garth metió la mano en su bolsa y después volvió a extender el brazo en el mismo instante en que una niebla letal empezaba a avanzar hacia él. El líder de los luchadores de la Casa Fentesk se tambaleó, y durante un momento pareció como si un remolino palpitara a su alrededor, absorbiendo sus poderes y

arrastrándolos hacia un vacío en el que se disipaban. Garth movió las manos hacia atrás y hacia adelante como si estuviera agitando el remolino mientras el luchador se debatía dentro del sumidero de poder que estaba robándole toda su fuerza.

El líder acabó derrumbándose sobre el pavimento.

Hammen corrió hacia el luchador inmóvil en el suelo y alargó la mano hacia su bolsa de hechizos.

--Sólo uno --ordenó Garth--. Es lo que mandan las reglas, ya que no era un combate a muerte.

Hammen metió codiciosamente la mano en la bolsa del luchador y extrajo un anillo-amuleto de ella.

--Su hechizo repulsor de las criaturas voladoras... --dijo--. Lo utilizó contra tus avispas.

Garth asintió y después volvió la mirada hacia los luchadores de la Casa Gris, que permanecían inmóviles y boquiabiertos.

Un estruendoso trompeteo resonó por toda la Gran Plaza, y al poco otro similar le replicó desde el interior de la Casa Kestha. Ya había un grupo de túnicas grises alrededor del umbral, y unos momentos después aparecieron varias docenas de luchadores más.

La multitud que seguía presenciando el espectáculo gratuito se agitó y tembló como si una fuerza la golpeara por detrás. El gentío se separó en dos masas de cuerpos apelotonados, y más luchadores Naranja entraron en el semicírculo que rodeaba la Casa Gris. Casi al momento media docena de ellos estaban enfrentándose a otros tantos luchadores de la Casa Gris, y varios conjuraban hechizos mientras los demás se limitaban a desenvainar sus dagas para lanzarse sobre sus adversarios.

--Bien, «amo», ¿no creéis que convendría retirarnos?

Garth bajó la mirada hacia Hammen, que estaba muy ocupado escondiendo varias bolsas debajo de su túnica.

La multitud rugía de placer y aulló con histérico abandono ante el primer derramamiento de sangre, un luchador de la Casa Gris que se derrumbó con las manos engarfiadas alrededor de su garganta, rajada de oreja a oreja. Una bola de fuego chocó con su agresor cuando éste se inclinaba para coger la bolsa de su víctima, y le hizo caer al suelo y retorcerse envuelto en llamas hasta que uno de sus compañeros lanzó un hechizo de protección que las extinguió. Dos luchadores de la Casa Gris se apresuraron a ayudar a su hermano de logia, y utilizaron las manos y encantamientos para detener la abundante hemorragia.

Una andanada de relámpagos surgió de la cima del palacio de

Kestha y cayó sobre la plaza derribando hileras de luchadores de la Casa Fentesk. Garth se agachó para esquivarlos y se pegó al muro del edificio, a la sombra de una de las gigantescas estatuas-columna. Deslizó la mano debajo de su túnica, sacó la granada que le quedaba y empezó a comerla sin inmutarse.

--¡Por favor, amo! --gimoteo Hammen, apareciendo al lado de Garth y agazapándose junto a él--. Salgamos de aquí.

--Todavía no. ¡Eh!, creo que voy a apostar por los Grises... ¿Por qué no apuestas algunas monedas en mi nombre?

Se oyeron más trompetas, y Hammen miró a su alrededor.

--El Gran Maestre de la Arena se acerca. Debemos irnos ahora mismo.

--Dentro de un momento.

Una gran falange apareció en un extremo de la multitud, que reía y bailaba mientras contemplaba el espectáculo. Había por lo menos veinte hombres capaces de emplear la magia en el centro de la columna, y esos luchadores iban flanqueados por más de un centenar de ballesteros. El Gran Maestre de la Arena en persona cabalgaba al frente de la columna, y su capa polícroma destellaba reflejando todos los colores del arco iris.

Los ballesteros se desplegaron alrededor del semicírculo gris con sus armas preparadas para disparar. Algunos se volvieron hacia la multitud, que fue retrocediendo de mala gana, pero la gran mayoría se volvió hacia el interior del recinto apuntando con su ballestas a los combatientes.

Se oyeron más trompetas y hubo un redoblar de tambores. El combate empezó a perder intensidad.

--¡Sal, Tulan de Kestha! --rugió un heraldo, inmóvil junto al estribo del Gran Maestre.

Su voz debió amplificarla algún poder mágico pues se hizo oír incluso por encima del estrépito de la multitud, entre la cual ya había quienes gritaban de dolor y agonía después de ser asaetados por dardos de ballesta a bocajarro.

--¡Estoy aquí!

Garth giró sobre sí mismo y alzó la mirada. Un hombre, que supuso era el Maestre de la Casa de Kestha, acababa de aparecer en un balcón labrado sobre la cabeza de uno de los gigantescos luchadores de piedra. Garth acabó su granada y arrojó la piel a un lado.

--¡Este combate debe cesar ahora mismo, o serás colocado bajo

interdicto! --gritó el heraldo.

--Pues dile a esos bastardos de la Casa Naranja que dejen de ensuciar nuestro pavimento con su basura.

El Gran Maestre hizo volver grupas a su montura y contempló al grupo de luchadores de la Casa de Fentesk, que habían formado un círculo alrededor de sus heridos.

--Entrasteis en una propiedad ajena --dijo--. Habréis de pagar una multa por violar la ley, además de marcharos inmediatamente.

El líder que había luchado con Garth, que parecía estar ya bastante recuperado, fue ayudado a incorporarse.

--Hemos venido para arrestar al hombre que asesinó a uno de los nuestros --dijo.

--¿Quién es ese hombre? --preguntó el Gran Maestre.

El líder recorrió la plaza con la mirada.

--¡Ahora, amo, por favor! --gimoteó Hammen.

Garth se puso en pie y avanzó despreocupadamente hacia el Gran Maestre.

--Creo que soy el que anda buscando --anunció, alzando la voz para hacerse oír.

--¡Es él! --gritó el líder de los luchadores Naranja--. Es el que mató a uno de nuestros hombres ayer.

El Gran Maestre de nuevo hizo volver grupas a su montura. A una señal del heraldo varios ballesteros alzaron sus armas y apuntaron a Garth con ellas.

Garth no les prestó atención. Dio la espalda al Gran Maestre y alzó la vista hacia la cabeza de la estatua sobre la que estaba Tulan.

--He venido a unirme a la Casa de Kestha --dijo--. Estoy pisando tierra que no pertenece al Gran Maestre de esta ciudad, sino a la Casa de Kestha. ¿Vais a permitir que alguien que luchó por vosotros sea hecho prisionero y sacado a la fuerza del mismísimo umbral de vuestra Casa?

Tulan se asomó por encima de la estatua, y después se volvió para lanzar una nerviosa mirada al anillo de luchadores de alto nivel que tenía detrás.

--¡Oh, vamos! Estoy seguro de que no consentiréis semejante insulto a vuestra reputación y vuestro honor... --gritó Garth, con una ligera sombra de sarcasmo en su voz.

--¡Ese hombre es mío y está en mi propiedad! --acabó gritando Tulan, aunque el nerviosismo resultaba evidente en su tono.

El Gran Maestre detuvo su montura justo detrás de Garth.

--Ésta es mi ciudad --dijo--, y soy el Gran Maestre de la Arena.

--Si las cuatro Casas no estuvieran aquí para luchar en vuestra arena, no tendríais ni una moneda --replicó Garth, clavando la mirada en el rostro del Gran Maestre. Después giró sobre sí mismo y alzó la vista hacia Tulan--. ¿No es así, mi señor Maestre de Kestha?

--¡Así es, así es! --gritó Tulan--. Ponedle un dedo encima y nos retiraremos del Festival, y las otras Casas se nos unirán. No tenéis ningún derecho a hacer arrestos en nuestras propiedades.

La mera mención de estropear el Festival anual hizo que la turba que presenciaba aquel drama empezara a lanzar aullidos de protesta.

Garth giró sobre sus talones, contempló a la multitud y se inclinó ante ella en una espectacular reverencia que fue recompensada con estruendosas salvas de aplausos. Después alzó la mirada hacia los luchadores de Fentesk y vio que incluso ellos parecían dispuestos a renunciar a su pretensión de capturarle, incapaces de resistirse a la invocación de una solidaridad más alta que les impulsaba a proteger sus preciosos privilegios.

--¡Este hombre es ahora un luchador de la Casa de Kestha! --rugió Tulan--. Está en terreno de Kestha, y se halla bajo mi protección. No hay nada más que decir.

Garth se volvió y miró al Gran Maestre, que le contemplaba con expresión gélida desde lo alto de su montura.

--Lamento haberos causado tantos problemas, mi señor --dijo.

El Gran Maestre siguió contemplándole, pero su expresión se volvió pensativa, como si estuviera utilizando sus poderes mágicos en un intento de averiguar algo sobre él. Garth sintió el poder que se agitaba a su alrededor como el roce de una brisa helada. Pero el poder se retiró un instante después.

--No sobrevivirás al Festival --siseó por fin el Gran Maestre, y sus palabras apenas resultaron audibles.

Después tiró de las riendas de su montura, hizo que volviera grupas y la espoleó, poniéndola al galope mientras la turba se apartaba para dejarle paso.

Garth hizo una reverencia al Gran Maestre que se alejaba, y después giró sobre sí mismo y fue hacia la entrada de la Casa de Kestha. Cuando pasó bajo las sombras de las enormes estatuas buscó a su alrededor hasta ver a Hammen, agazapado y asomando la cabeza por detrás de los inmensos pies de la estatua más cercana a la puerta.

--Levántate, y mantente erguido --dijo Garth en voz baja--. El

«sirviente» de un luchador de Kestha debería mostrar más dignidad.

--Un sirviente, ¿eh? --dijo Hammen--. Que los demonios se te lleven... Eres peor que la peste. Quien se acerque a ti acabará muerto.

Garth dejó escapar una suave carcajada.

--Ahora necesito un sirviente --replicó--. El puesto es tuyo, con una moneda de plata a la semana como paga.

--Puedo ganar más que eso en una sola mañana con mi actividad habitual.

--Tengo la impresión de que el cambio te resultará tentador. Sólo te necesitaré para el Festival.

--Son las fechas de más trabajo en mi profesión.

--Si no vienes, siempre te preguntarás qué te has perdido al rechazar mi oferta.

Hammen bajó la cabeza y habló en susurros consigo mismo.

--Oh, maldito seas y vete al demonio... --dijo por fin--. De acuerdo, tú ganas. Pero tengo la exclusiva de todas tus apuestas fuera de la arena.

--Luchar fuera de la arena es ilegal.

Hammen echó la cabeza hacia atrás y se rió.

--Igual que lo era ayer y que lo es hoy --dijo.

--De acuerdo entonces.

Hammen salió contoneándose de su escondite y se puso detrás de Garth sin dejar de sonreír. Los luchadores Grises ya estaban volviendo a su Casa, ayudando a sus heridos. Todos miraron a Garth con franca curiosidad, pero ninguno intentó acercarse a él. Las puertas del palacio estaban abiertas de par en par, y Garth siguió a los luchadores. Una corpulenta silueta surgió de entre las sombras. Aquel hombre era solo un poco más alto que Garth pero debía pesar más del doble que él. Ya nadie esperaba que un Gran Maestre luchara en la arena, era evidente que aquel hombre no se preocupaba por esa posibilidad y había permitido que su estómago fuera creciendo a la sombra de esa seguridad. Sus gruesos carrillos y papadas temblaron cuando fue hacia Garth, y pudo ver que sus gordas manos relucían con el brillo de los anillos que adornaban sus dedos. Aquel hombre tenía mucho poder, Garth pudo percibirlo; y aunque lo había empleado para revolcarse en la disipación, seguía siendo capaz de vencer a casi cualquiera que se alzara contra él.

--Bien hecho, muchacho, muy bien hecho... --rugió Tulan mientras se plantaba ante Garth, que llevó a cabo el ceremonial de la gran reverencia.

Tulan le puso las manos en los hombros e hizo que se incorporase.

--Has sabido plantar cara a ese maldito Zarel, ese Maestre de la Arena al que ojalá se lleve la plaga... --dijo--. Un gran espectáculo, muchacho, un gran espectáculo.

--Todo ha sido hecho a vuestro servicio, mi señor --replicó Garth, y pasó por alto el ligero ataque de tos que sufrió Hammen al oír sus palabras--. Disculpad la apariencia de mi sirviente, mi señor... --siguió diciendo--. Le robaron la ropa esta mañana y por eso lleva esos harapos, y además ha estado enfermo.

Tulan volvió la mirada hacia Hammen, que le sonrió mostrando sus dientes amarillentos en una sonrisa torcida y llena de huecos. Tulan arrugó la nariz con expresión desdeñosa.

--Que alguien se encargue de que le bañen y le proporcionen ropas limpias --ordenó.

--¡Un baño! Pero... Yo... --balbuceó Hammen.

--Ya has oído a nuestro Maestre, Hammen --dijo Garth--. Obedece.

Hammen fue sacado de la estancia, y miró a Garth por encima del hombro e hizo un signo contra él como para evitar el mal de ojo antes de desaparecer.

Tulan, que seguía con la mano sobre el hombro de Garth, le guió por el pasillo principal de la Casa. Las paredes eran de gruesas planchas de roble que habían sido frotadas hasta conseguir que brillaran como espejos, y había soportes para armas colocados en ellas que contenían ballestas, lanzas, mazas erizadas de pinchos, hachas de combate y espadas. Garth alzó la mirada y pudo ver que había agujeros regularmente espaciados, indudablemente para dejar pasar dardos y otros proyectiles capaces de abatir a cualquiera que intentase tomar el palacio a través de la puerta principal. Una pesada lanza cayendo desde semejante altura sería un poderoso argumento, incluso contra un lanzador de hechizos del décimo nivel si lo pillaba desprevenido. Garth bajó la mirada y pudo ver que el suelo de tablillas de madera no era tan sólido como parecía a primera vista, seguramente algunas secciones podían abrirse si había visitas no deseadas encima de ellas. Garth pensó que debajo probablemente habría pozos llenos de serpientes, o tal vez incluso una araña gromashiana agazapada en su tela.

--He oído contar cómo mataste a Okmark. El hechizo de reflejo, una herramienta muy poderosa... --dijo Tulan, contemplando la bolsa

de Garth mientras hablaba.

--Era un estúpido --replicó Garth.

--Webin, mi hombre, era un luchador de tercer nivel. Pero hasta un luchador de segundo nivel tendría que ser lo bastante inteligente para no dejarse engañar hasta el extremo de acabar metido en una pelea callejera.

--¿Cómo está Webin?

--Ha sido degradado por semejante humillación --replicó secamente Tulan--, y ha perdido el último hechizo que adquirió.

Garth no dijo nada, aunque le sorprendía que un luchador se dejase despojar de un hechizo sin antes librar un combate.

--Oh, me costó un poquito hacerme con él, créeme... --dijo Tulan con una risita--. Si tengo un poco de tiempo libre, tal vez decida regenerarle la mano izquierda.

Los luchadores que caminaban detrás de Garth y Tulan dejaron escapar risas heladas. Tulan llevó a Garth a una habitación, y nada más entrar en ella Garth se vio envuelto por olores más agradables.

--Llegas a tiempo para disfrutar de un pequeño aperitivo antes de que sea hora de comer --dijo Tulan.

El Maestre de la Casa movió una mano indicándole que se sentara a la gran mesa de banquetes, que sólo contenía un servicio de vajilla y cubertería. Tulan dio una palmada y señaló a Garth. Unos sirvientes salieron a toda prisa de una pequeña habitación contigua y se apresuraron a colocar un plato a la derecha del de Tulan. Después Tulan indicó a sus consejeros que podían irse, dejó escapar un ruidoso suspiro y tomó asiento en un sillón de respaldo alto colocado en la cabecera de la mesa. Más sirvientes salieron de la habitación contigua trayendo bandejas que contenían faisanes rellenos, grandes anillos de morcillas, un cochinillo relleno de especias y ajos y recubierto de miel, y pescado ahumado que había sido cocido con limones y jengibre. Grandes copas de cristal fueron colocadas en la mesa y llenadas con el oscuro vino tarmuliano, el pálido hidromiel y un vino blanco en el que bailaban y centelleaban un sinfín de pequeñas burbujas. Tulan cogió una barra de pan, arrancó cinco trozos y los arrojó a los grandes poderes que sostenían los cinco confines del mundo, y después lanzó al aire cinco pellizcos de sal mientras Garth le imitaba. Cuando hubo terminado, Tulan extendió las manos sin decir palabra y cogió un faisán. Suspiró, le dio un mordisco y no tardó en comérselo entero. Después alargó las manos hacia el cochinillo, lo alzó y se lo ofreció a Garth por si quería algún trozo. Garth meneó la

cabeza y consagró su atención a un faisán. Tulan sujetó el cochinillo por los cuartos traseros y las patas delanteras, y procedió a devorar la parte central, utilizando el cuchillo únicamente para recoger el relleno, aún lo bastante caliente como para desprender nubecillas de humo. Cuando hubo acabado con él, arrojó los restos sobre una bandeja y después se lanzó sobre las gruesas morcillas, engullendo media docena de ellas antes de acabar volviéndose hacia el pescado, que masticó a toda velocidad mientras escupía los trozos de espina sobre una bandejita de plata colocada junto a su codo izquierdo.

Después se reclinó en su asiento y dejó escapar un eructo tan atronador que Garth temió por las vidrieras multicolores de las ventanas abiertas en la parte de arriba de los muros. A continuación Tulan apuró el contenido de las tres enormes copas sin detenerse apenas entre una y otra, engullendo los líquidos y dejándolas vacías tan deprisa como si estuviera acabando con una hilera de enemigos. Tulan suspiró y volvió a eructar, y después cogió una espina de pescado para limpiarse minuciosamente los dientes con ella.

Garth, que ya había terminado su faisán, cogió la copa de vino tarmuliano y se contentó con tomar un sorbo.

--Si venciste a Okmark con tanta facilidad, debes de estar en el cuarto nivel o tal vez incluso en el quinto --dijo Tulan.

Después guardó silencio durante unos instantes y miró a Garth como si esperase una réplica por su parte. Garth no dijo nada y Tulan se rió, pero era evidente que le molestaba un poco el que Garth quisiera tener sus pequeños secretos.

--Según la tradición, el contenido de la bolsa de un luchador sólo es conocido por su dueño --acabó diciendo Garth.

--Necesito hombres como tú --dijo Tulan, volviendo a comportarse como si él y Garth fuesen viejos camaradas--. En cuanto este Festival haya terminado habrá muchos contratos que cumplir, ciudades y comerciantes que proteger y guerras que librar, y puedes creerme cuando te digo que los de la Casa de Kestha siempre conseguimos la mejor paga a cambio de nuestros servicios.

--Una excelente paga de la que hay que descontar vuestra comisión y las tasas de la Casa, naturalmente --replicó Garth.

Tulan guardó silencio durante un momento en el que miró fijamente a Garth.

--¿Por qué viniste a nosotros? --preguntó por fin con voz gélida--. ¿Por qué no elegiste otra Casa?

--¿Y por qué no ésta? --replicó Garth--. ¿Queréis que os diga que

la fama de la Casa de Kestha supera a la de todas las demás, y que sólo los mejores luchadores acuden a vosotros? ¿Eso queréis que diga, como si fuese un acólito del primer nivel?

Tulan no dijo nada, y Garth soltó una carcajada llena de cinismo.

--No necesito el adiestramiento que pueda impartir esta Casa ni el de ninguna otra --siguió diciendo--. Aprendí todo eso por mi cuenta.

--¿Dónde? Nunca te había visto antes. Nunca he oído hablar de un *hanin* tuerto, de un luchador sin colores... ¿De dónde eres?

Garth sonrió.

--Veréis, mi señor, eso es algo que sólo me concierne a mí. Ya conocéis mis habilidades, pues visteis cómo las empleaba en la Plaza.

--¡Pues claro que me concierne! Debo saberlo todo sobre tu ascendencia y tus líneas familiares, he de averiguar si provienes de un linaje con la fortaleza necesaria para controlar el maná.

--No es asunto vuestro. Lo único que debéis hacer es sacar el máximo provecho de mis capacidades y conseguir que ambos nos beneficiemos.

--¡Cómo osas...! --rugió Tulan, poniéndose en pie y echando su sillón hacia atrás de una patada.

Garth también se puso en pie y le hizo una gran reverencia.

--Dado que resulta obvio que no conseguiremos ponernos de acuerdo, me iré a ofrecer mis servicios a otro sitio --dijo--. Me parece que los luchadores de la Casa Púrpura tal vez querrán contar con ellos.

--No saldrás vivo de aquí --gruñó Tulan, y empezó a extender las manos hacia él.

Garth echó la cabeza hacia atrás y se rió.

--Podríais matarme, mi señor --dijo--, pero puedo prometeros que antes de rematar la lucha toda esta sala estará ardiendo como una tea..., y no me gustaría estropear vuestros tapices. Parecen tejidos por los naki de Kish, y valen los salarios de cincuenta luchadores.

Tulan se quedó inmóvil con las manos a medio extender, y volvió la mirada hacia los enormes tapices de hilos de oro y plata que cubrían la pared enfrente de las vidrieras para poder capturar y reflejar la luz que entraba por ellas. Una sonrisa se fue extendiendo lentamente por sus labios mientras los contemplaba.

--Tienes buen ojo para el arte --dijo por fin--. Eso es bueno, sí, es muy bueno... Sólo un ojo, y aun así puedes ver mejor con él que la mayoría de animales con dos que tengo trabajando para mí.

Tulan se rió como si acabara de contar un chiste irresistible.

--Siéntate, Garth el Tuerto, siéntate... Creo que incluso acabarás cayéndome bien --dijo pasados unos momentos, y volvió a llenarle la copa.

Garth sonrió y se lo agradeció con una inclinación de cabeza.

--¿Cuál es vuestra comisión? --preguntó después.

--El veinte por ciento habitual por tus servicios a través de contratos exteriores, más el diez por ciento de cualquier bolsa que ganes en la arena durante el Festival. A cambio tendrás alojamiento y manutención, y toda la protección legal de la Casa. Y créeme, todos los contratos por tus servicios te favorecerán generosamente... Los luchadores de la Casa Gris reciben honorarios más elevados que los de las otras Casas --alardeó Tulan mientras se daba palmaditas en el estómago--. Nuestra reputación lo asegura, trabajarás para nobles y comerciantes que saben apreciar un buen servicio y que te tratarán con respeto. Ya debes de saber que durante los últimos veinte Festivales en nueve ocasiones la victoria final ha ido a parar a manos de un luchador de Kestha, nueve campeones que lograron ser iniciados al más alto poder, el del propio Caminante.

Tulan guardó silencio durante un momento, como si temiera que el más poderoso de todos los seres capaces de utilizar la magia pudiese aparecer de repente en aquella sala, invocada por la mera mención de su nombre.

--Ese historial de victorias garantiza que somos tenidos en la más alta estima por aquellos que contratan nuestros servicios, y nos da derecho a esperar ciertas ventajas --siguió diciendo--. Cuando no estés cumpliendo un contrato, dispondrás de la mejor comida y el mejor alojamiento..., y además también podrás compartir tu lecho con las mejores compañías sin ningún coste extra.

Garth sonrió y no dijo nada.

--Te buscaremos un empleo adecuado a tus habilidades y no tendrás que responder ante más ley que la mía... --Tulan se calló y tardó un momento en volver a hablar--. Ah, y además Zarel puede echar humo por las orejas pero no podrá tocarte..., una posibilidad que creo tal vez sea un pequeño motivo de preocupación para ti en estos momentos.

--La verdad es que no --replicó Garth.

Tulan le miró fijamente, no muy seguro de si su comentario era una fanfarronada o la verdad, y acabó dejando escapar una seca carcajada.

--Me gustan los luchadores que no se ponen nerviosos por

cualquier cosa, pero no dudes del poder de Zarel --dijo--. Sal de esta Casa sin colores, y una veintena de los mejores luchadores caerá sobre ti al instante. Necesitas una Casa, Garth el Tuerto: sin ella, estás muerto.

Garth acabó asintiendo lentamente con la cabeza.

--A cambio deberás obedecer todas las órdenes emanadas de la Casa, lo cual significa que deberás obedecer mis órdenes --siguió diciendo Tulan.

--De acuerdo.

Tulan sonrió como si ya tuviera en sus manos las comisiones que ganaría obteniendo contratos para Garth.

--Sólo debes luchar según las reglas, y no debe haber peleas motivadas por agravios personales o en beneficio tuyo --añadió--. No quiero que andes por ahí desperdiciando tus habilidades y hechizos sin que la Casa saque nada de ello.

--Esa orden podría resultarme un poco difícil de obedecer.

--¿Por qué?

--Bueno, me he unido a la Casa precisamente por eso. La mitad de los luchadores de la Casa Naranja quieren verme muerto.

--Oh... ¿Debido a ese pequeño incidente con Okmark?

--No. Por otras cosas.

--¿Qué otras cosas?

--He jurado no revelarlas --dijo Garth en voz baja y suave--. Bastará con decir que tiene algo que ver con esto --añadió, y señaló su parche.

--Una cuestión personal, ¿eh?

Garth se inclinó hacia adelante.

--Sois el Maestre de mi Casa, así que creo que puedo compartir el secreto con vos --dijo en un susurro de conspirador.

Tulan se apresuró a inclinarse sobre la mesa para escuchar lo que Garth iba a decirle.

--Ocurrió hace varios años --murmuró Garth--. Perder el ojo casi valió la pena, pero ahora saben que estoy aquí y vendrán a por mí. En parte por esa razón decidí dejar de ser un *hanin* y unirme a esta Casa. Sabía que la tirantez que hay entre Fentesk y Kestha me proporcionaría una cierta protección.

--¿Qué ocurrió?

--Seduje a la primera consorte del Maestre de Fentesk..., y también a sus hijas gemelas.

Tulan, que había empezado a apurar otra copa de hidromiel,

esparció la mayor parte de su contenido sobre la mesa y contempló a Garth con los ojos muy abiertos. Sus facciones se pusieron muy rojas, y después se echó a reír y empezó a golpear la mesa con los puños.

--¡No me extraña que el Maestre de Fentesk le rajase la garganta a su consorte el año pasado! --exclamó--. Qué delicioso, qué absoluta y totalmente delicioso... Y cuéntame, ¿qué tal eran en la cama?

Garth sonrió.

--El honor de las damas me prohíbe hacerlo, mi señor --dijo.

--¿Damas? Qué infiernos... Todas las mujeres de la Casa Naranja son unas zorras, especialmente sus luchadoras. Así que te pillaron y te sacaron un ojo antes de que pudieras huir, ¿eh?

--Algo por el estilo --dijo Garth en voz baja, y mientras hablaba desvió la mirada del rostro de Tulan, como si un oscuro recuerdo hubiera vuelto de repente a su memoria para acosarle.

--Estupendo, estupendo... Ah, ardo en deseos de ver la cara que pondrá Varnel Buckara cuando se entere de esto. ¡Y te aseguro que haré que se entere!

--Prefiero que no lo hagáis, mi señor. Por el bien de las hijas, ¿comprendéis? Después de todo, siguen con vida, y recordarle lo ocurrido podría reavivar su rabia contra ellas.

--Está bien, está bien, pero aun así... --Y Tulan contempló a Garth con el rostro iluminado por el orgullo--. Puedes hacer el juramento en la ceremonia de la mañana del primer día del Festival. Hasta que llegue ese momento, podrás llevar la capa de un iniciado de la Casa Gris.

Garth asintió y le sonrió por encima del borde de su copa.

--Aguardaré con impaciencia recibir ese honor --murmuró.

_____ 3 _____

--Doy gracias al Eterno porque hayamos salido de allí.

Garth bajó la mirada hacia Hammen y contuvo el impulso de echarse a reír. El ladrón ya no parecía el mismo hombre. Sus harapos habían sido sustituidos por una impoluta túnica blanca con un círculo gris sobre la parte izquierda del pecho. La cabellera sucia y despeinada también se había esfumado, y las tijeras la habían dejado todo lo corta que convenía al sirviente de un luchador. Hammen volvió la cabeza hacia la Casa y le lanzó una mirada llena de irritación.

--Puedes quedarte con todo esto, Garth el Tuerto. Ya no siento ningún deseo de seguir con este juego... Encuentra otro sirviente, porque yo me vuelvo a casa --anunció Hammen, y se abrió de un manotazo el ceñido cuello que le estaba asfixiando.

--Si lo haces, te perderás la diversión.

--Diversión... ¿Llamas diversión a esto? Inclinarme como un maldito sirviente; sí, amo; no, amo; permíteme que te limpie el trasero, amo... --Su voz se había convertido en un canturreo sarcástico--. Puedes meterte todo eso donde te apetezca. Yo no sirvo a nadie.

--Perfecto. Vete.

Hammen aflojó el paso y alzó la mirada hacia el rostro de Garth, que apenas era visible en la oscuridad.

--De acuerdo, me voy.

Garth metió la mano en su bolsa, sacó una moneda y se la alargó a Hammen.

--Tu paga de la semana.

Hammen cogió la moneda y se la guardó en una pequeña faltriquera que colgaba de su cinturón.

--Bien, pues hasta la vista.

Garth giró sobre sus talones y empezó a alejarse sin ninguna prisa.

--Tuerto...

Garth se volvió y le miró.

--¿Cómo perdiste ese ojo?

--Si te marchas no lo averiguarás nunca, Hammen.

Hammen guardó silencio durante un momento.

--Lo de mi ojo seguirá siendo un misterio para ti..., igual que todo lo demás.

Hammen le miró fijamente e intentó percibir alguna respuesta a los enigmas que le torturaban, tratando de sacar a la luz un

pensamiento que había sido enterrado hacía ya mucho tiempo. Tenía la sensación de que algo en Garth iluminaba recuerdos en los que era mejor no hurgar. Sintió una opresión, como si un dolor olvidado hacía mucho tiempo hubiera vuelto para torturarle de nuevo. Las sensaciones se esfumaron tan deprisa como habían venido, y ya sólo pudo percibir los sonidos de la noche, el ir y venir de la multitud por la Gran Plaza. Para Hammen todo aquello encerraba un profundo misterio, un vago y lejano recuerdo de risas, de otro tiempo que se negaba a desaparecer del todo, y que parecía emanar de aquel desconocido envuelto en sombras que permanecía ante él.

--¿Quién eres? --murmuró.

--Quédate conmigo y averígualo, Hammen de Jor, si es que ése es realmente tu nombre.

Hammen se envaró y un escalofrío de miedo recorrió su cuerpo, pero un instante después fue sustituido por un calor lejano que sólo duró un momento y también desapareció.

Hammen se movió por fin, despacio, y volvió al lado de Garth.

--Pues entonces invítame a una copa, maldición --acabó diciendo.

Hammen siguió andando en silencio, observando a Garth. Vio que se movía como casi todos los luchadores, con una deliberada fluidez felina, pero su cabeza siempre girando de un lado a otro para observar todo lo que le rodeaba. Estaba envuelto en el aura del maná, lo que otros podrían llamar carisma pero que, de hecho, sólo era poder en un estado puro que resultaba visible para el ojo adiestrado, como los relámpagos sobre el lejano horizonte y que solo son entrevistos o tenuemente oídos. Podía ser ocultado cuando era necesario hacerlo, pero estaba allí en abundancia y Hammen lo sabía.

Garth salió de la Gran Plaza hacia una calle lateral, atraído por las ruidosas carcajadas y el gentío congregado delante de una taberna, con varias personas sosteniendo antorchas. Cuando estuvieron más cerca Hammen pudo ver a dos combatientes enfrentándose en el centro de la calle. Uno era un luchador de la Casa Marrón, y el otro era una mujer, ni siquiera debía de ser una luchadora sino meramente una guerrera, que solo dominaba el manejo de las armas. El luchador Marrón no estaba usando sus poderes, y se limitaba a emplear la fuerza física. Habían trazado un círculo en el barro alrededor de ellos y estaban librando un combate de *oquorak,* el duelo ritual en el que las manos derechas de los adversarios quedaban unidas mediante un trozo de cuerda mientras la mano izquierda de cada uno empuñaba una daga.

El luchador Marrón sangraba por un largo tajo que le había desgarrado la túnica a través del pecho, y tenía otra herida más pequeña en la frente con hilillos de sangre deslizándose hacia sus ojos; pero estaba claro que era el más poderoso de los dos contrincantes. El luchador Marrón bajó su brazo derecho mientras atraía a la mujer hacia él, pero ésta giró sobre sí misma, se agachó por debajo del golpe que no llegó a darle y volvió a erguirse velozmente con una gélida sonrisa en los labios.

--Es de Benalia --susurró Hammen, señalando una pequeña estrella de siete puntas tatuada en la frente de la mujer--, lleva una marca de clan, del sistema de castas de aquellas tierras.

Garth se metió entre el gentío para presenciar el combate.

La mujer esperaba un nuevo ataque mientras mantenía grácilmente el equilibrio sobre los dedos de los pies. Su jubón de cuero y sus pantalones ceñidos eran tan negros como su corta cabellera. El luchador Marrón volvió a intentar la misma maniobra, intentando hacerle perder el equilibrio. Esta vez la mujer saltó hacia adelante, lanzándose al suelo y dando un salto mortal. Mientras lo hacía tiró con su brazo derecho, empleando la inercia de su cuerpo para añadir más potencia al tirón. El luchador Marrón giró sobre sí mismo y acabó cayendo al suelo. La multitud aprobó la maniobra con un rugido entusiástico.

El luchador Marrón lanzó una cuchillada a los pies de la mujer cuando ésta retrocedía, pero su oponente esquivó saltando por encima de su mano sin ninguna dificultad. El luchador Marrón se incorporó y atacó con el cuerpo encogido, buscando la ocasión de dar una puñalada a pesar de que ese movimiento iba en contra de las reglas del *oquorak,* que sólo permitían usar la daga para lanzar tajos.

El gentío se quedó repentinamente callado. El espectáculo había dejado de ser un entretenimiento para convertirse en un combate en el que se iba a derramar sangre. Empezaron a vocearse apuestas, y Hammen se metió por entre la confusa masa de cuerpos. Garth ignoró el frenesí apostador y se acercó al borde del círculo. Estudió al luchador Marrón con atención mientras los dos contrincantes iban girando cautelosamente el uno alrededor del otro. El hombre todavía empuñaba su daga en posición de asestar una cuchillada, y la mujer le observaba desdeñosa y continuaba sosteniendo su arma para usar el filo.

La mano izquierda de la mujer se movió de repente a la velocidad del rayo, y el hombro del luchador Marrón quedó surcado por un largo

tajo.

--Sangre de nuevo --anunció la mujer--. Ya van tres veces... Se acabó.

Su hoja volvió a moverse y cortó el trozo de cuerda de apenas dos varas de largo que unía a los contrincantes durante el duelo *oquorak.*

El luchador Marrón se quedó inmóvil ante ella, jadeando y con los rasgos contraídos por la rabia. La mujer le contempló despectivamente, con su esbelta figura silueteada por la luz de las antorchas.

--Se apostaron tres monedas de oro --dijo en voz baja y suave--. Paga.

--Has hecho trampas --replicó el luchador Marrón.

La mujer dejó escapar una carcajada fría como el hielo.

--¿Cómo infiernos puedo hacer trampas en un duelo *oquorak*? --replicó a su vez--. Paga.

El luchador Marrón dejó escapar un rugido y se lanzó sobre ella con su hoja brillando bajo la luz de las antorchas. La mujer se hizo a un lado de un salto, y su daga volvió a moverse con la velocidad del rayo. El luchador Marrón lanzó un aullido de dolor y retrocedió tambaleándose. Su oreja izquierda acababa de caer al suelo.

El hombre giró sobre sí mismo sin dejar de gritar y con una mano en el lado de la cabeza que acababa de perder la oreja, y entonces Garth vio cómo desviaba la mirada un instante hacia un hombre envuelto en una capa que se encontraba a la derecha de Garth.

El luchador Marrón retrocedió de tal manera que la espalda de la mujer quedó vuelta hacia Garth y el hombre que permanecía inmóvil junto a él. Después avanzó lentamente con su daga levantada, y la mujer se pasó la suya a la mano izquierda mientras cambiaba la manera de sujetarla para poder dar puñaladas.

--¿Ves? ¡Has hecho trampa! --rugió el luchador Marrón--. Has tomado parte en un duelo *oquorak,* pero eres zurda.

--Nunca lo preguntaste. El ritual te permitía hacerlo, pero estabas cegado por tu arrogancia --replicó la mujer en voz baja y suave--. Ahora paga de una condenada vez antes de que quedes malherido.

--Te arrancaré el hígado y te lo meteré por la garganta --gruñó el hombre, y dio un paso más hacia ella.

La mujer retrocedió un poco y cambió de postura, preparándose para enfrentarse a su ataque.

El hombre de la capa se movió de repente. Entró en el círculo, y

Garth vio un destello de acero en su mano.

Garth le golpeó en el cuello con el canto de la mano, y el fuerte impacto derrumbó sin sentido al hombre de la capa. La mujer lanzó una rápida mirada hacia atrás, y el luchador Marrón aprovechó esa aparente distracción para atacar.

Garth iba a gritar una advertencia, pero no fue necesario. La mujer esquivó diestramente el ataque, y la patada que lanzó contra las piernas del luchador Marrón hizo que éste se desplomara. Después la mujer cayó sobre él veloz como una serpiente y le arrebató la daga de la mano; y antes de que pudieran darse cuenta de lo ocurrido, la mujer ya estaba encima del pecho del luchador Marrón y tenía la punta de la daga en su garganta.

--Paga --dijo en voz baja.

El hombre la contempló con los ojos llenos de rabia asesina. La mujer empujó un poco la daga, y la punta atravesó la piel del cuello justo encima del rápido latir de su yugular.

--Puedo conseguir el dinero que se me debe tanto si estás vivo como si estás muerto.

--Mátame y mi Casa me vengará.

--¿Lo dices para asustarme?

Garth fue hacia ella y abrió la bolsa del luchador Marrón sin esperar la aprobación de la mujer. Ignoró los insignificantes amuletos guardados dentro, y hurgó buscando dinero.

--Sólo tiene un par de monedas de plata --anunció, y las sacó de la bolsa.

La multitud lanzó un burlón rugido de desaprobación ante un luchador capaz de aceptar una apuesta cuando no estaba en condiciones de pagar si perdía.

La mujer hizo avanzar un poquito más la hoja, y un hililllo de sangre empezó a resbalar por el cuello del hombre.

--Iré a tu Casa mañana por la mañana cuando suene la segunda campana, para cobrar lo que me debes --dijo--. Procura estar allí.

Después hizo girar ágilmente la daga entre sus dedos y golpeó la sien del luchador Marrón con la empuñadura, dejándole sin sentido.

La mujer se puso en pie, y la multitud la vitoreó y lanzó gritos de aprobación.

Garth sonrió y le entregó las monedas.

--Gracias, tuerto --dijo la mujer, y ladeó la cabeza en señal de agradecimiento.

--¡Tuerto!

Hammen acababa de aparecer a su lado y Garth se volvió hacia él. Hammen titubeó durante un segundo.

--Eh... Quería decir «amo» --murmuró.

--Maldita sea, Hammen, basta con que me llames Garth..., pero olvídate de que soy tuerto --dijo Garth mientras volvía a mirar a la mujer.

--Mis disculpas, Garth, y muchas gracias --dijo ella.

--No hemos ganado gran cosa. Las apuestas estaban a favor de ella... una moneda de plata contra cuatro.

Hammen se volvió hacia los dos hombres que seguían en el suelo.

--Ah, qué lejos quedan los tiempos en que aún había algo de honor --dijo, y meneó la cabeza con expresión entristecida--. Ahora en el mundo sólo queda corrupción.

Garth se volvió hacia Hammen poniendo cara de sorpresa, y el viejo encogió sus hombros como si le avergonzara decir tales cosas.

La mujer giró sobre sus talones como si se dispusiera a irse.

--¿Y si celebráramos lo que hemos ganado gracias a ti tomando un trago? --le propuso Garth.

La mujer se volvió hacia él, le miró y acabó sonriendo.

--Yo invito. Te agradezco que me ayudaras, aunque no lo necesitaba. Sabía que se estaba moviendo a mi espalda.

--Por supuesto.

--Tal vez sería mejor irse a otro sitio... --intervino Hammen, bajando la vista hacia el luchador y su compañero, que ya empezaban a removerse.

Echaron a andar. Hammen tosió, y lanzó un certero escupitajo contra el luchador Marrón. La turba cayó sobre los dos hombres, que podrían considerarse afortunados si al final no le sucedía nada aparte de desnudarlos y arrebatarles sus hechizos para venderlos en el mercado negro.

Hammen precedió a Garth y la benalita por un angosto callejón. Los puestos callejeros y pequeñas tiendas que lo flanqueaban ya estaban cerrados, y al pasar bajo las ventanas abiertas se podían oír risas, cómo se discutía o se hacía el amor y el resto de sonidos típicos de la ciudad, mientras que del suelo brotaban los olores, la mayoría nada agradables. Hammen siguió avanzando por aquel barrizal, y soltó una risita cuando la mujer hizo un visible esfuerzo para reprimir un acceso de náuseas.

--Menudo sitio para celebrar el Festival... --resopló la mujer.

--Todas las ciudades son alcantarillas que siempre atrapan a los peores --dijo Hammen.

Garth bajó la mirada hacia él y no dijo nada. El viejo le miró como si estuviera absorto en pensamientos inquietantes y se sintiera muy deprimido.

--¿Qué ocurre? --preguntó Garth.

--Nada, tuerto... Nada en absoluto --replicó Hammen en voz baja.

Garth volvió la cabeza hacia la mujer y descubrió que le gustaba bastante. Era una luchadora temible, eso estaba claro, pero también parecía haber en ella una especie de inocencia en lo referente a las realidades del mundo. Garth comprendió que había librado el duelo *oquorak* por necesidad de dinero, y que había esperado que el luchador Marrón se comportara de manera honorable. La mujer se movía con una delicada gracia femenina que no encajaba con el resto de su personalidad, y trataba de ocultarla bajo su armadura de cuero.

Hammen les guió a través del laberinto de callejas hasta detenerse delante de una pequeña taberna. El dintel estaba tan bajo que Hammen tuvo que agachar la cabeza para entrar. El tabernero les contempló con suspicacia.

--Estoy cerrando --gruñó.

--Lo que quieres decir es que no sirves a desconocidos, ¿eh? --replicó Hammen, y sus ojos recorrieron la estancia llena de gente que se había quedado en silencio apenas entraron.

Buena parte de la clientela se apiñaba alrededor de una mesa para ver cómo dos compatriotas jugaban con unas cartas que representaba un duelo de magia. Los mirones estaban tan absortos en el combate simulado que no prestaron atención a los recién llegados.

El tabernero miró a Hammen fijamente durante unos momentos y después echó la cabeza hacia atrás y se rió.

--¿Es que te has vuelto loco, Hammen? --exclamó--. Antes esperaría verte vestido de prostituta que convertido en sirviente de un luchador, y pensándolo bien... Bueno, que me cuelguen si es que hay alguna diferencia entre prostituirse y servir a un luchador.

--Entonces tu madre sería una magnifica sirviente de luchador, y también tu esposa y tus hijas --replicó secamente Hammen, y el tabernero rió todavía más estruendosamente y señaló una mesa vacía en un rincón de la sala.

Hammen fue hacia la mesa precediendo a Garth y la benalita, y los tres acabaron sentándose mientras el tabernero venía hacia ellos sosteniendo un grueso jarro de barro y tres jarras en una mano y un

atizador al rojo vivo en la otra. El tabernero dejó las jarras sobre la mesa y después metió el atizador dentro del jarro; el olor del ron hirviente brotó rápidamente de él.

--El mejor ron caliente con manteca de toda la ciudad... --anunció Hammen con un suspiro mientras la mujer metía la mano en su bolsa, sacaba de ella tres monedas de cobre, y las colocaba sobre la mesa.

El tabernero las contempló con evidente decepción, y después volvió la mirada hacia la mujer.

--En el sitio de donde vengo, un jarro de ron sólo cuesta tres monedas de cobre --dijo la mujer en voz baja y sin inmutarse.

--Bueno, pues aquí no --replicó el tabernero.

--Oh, sí, aquí también --dijo Hammen, y despidió al tabernero con un gesto de la mano.

--Odio las ciudades --murmuró la mujer, y se llenó la jarra y la apuró de un trago.

--¿Y entonces por qué estás aquí? --preguntó Garth.

La mujer le miró fijamente.

--Ya veo que formas parte de una Casa --dijo.

--De momento --replicó Garth.

La mujer dejó escapar un resoplido desdeñoso.

--Los *hanin* no son bienvenidos en la ciudad del Gran Maestre --le explicó Hammen--, especialmente durante el Festival. Las Casas se aseguran de que así sea.

--Bueno, pues no verás a nadie de Benalia sirviendo a un Color --dijo la mujer--. Somos nuestros propios dueños.

--Ya... En ese caso, ¿qué estás haciendo aquí...? --preguntó Garth, y esperó en silencio sin apartar la mirada de ella.

--Me llamo Norreen. Con eso bastará mientras siga aquí.

--De acuerdo, Norreen... ¿Qué estás haciendo en la ciudad?

--Era portadora del escudo de mi señor, pero... --Norreen hizo una pausa--. Ha muerto.

--No conseguiste proteger adecuadamente a tu señor y te has quedado sin empleo --intervino Hammen.

--Algo por el estilo --replicó ella en voz baja.

--Pues vuelve a tu casa --dijo Garth.

--Seguramente no puede hacerlo --dijo Hammen--. Es una cuestión de honor. El sistema de castas de Benalia es de lo más extraño. Al comienzo de cada año lunar, la casta más alta del año anterior se convierte en la más baja, y la que iba detrás asciende de categoría, y así sucesivamente... Los únicos que puede salirse del

ciclo son los héroes, un rango concedido a los guerreros portadores del escudo de un gran señor o que consiguen grandes honores y renombre. Apostaría a que su casta va a pasar al último escalón, y desea evitar esa situación. Ella ya no tiene el rango heroico, por lo que pasaría a ser una sirvienta..., y eso no le hace ninguna gracia.

Hammen la miró, pero la mujer no dijo nada.

--Permíteme acabar mis conjeturas --continuó Hammen--. Hay un hombre en algún lugar de todo esto... Siempre lo hay, un sapo gordo y repugnante. Las mujeres de la casta más baja no pueden rechazar las exigencias de alguien de clase más alta. Ese sapo te desea, y tu no soportas las verrugas; o quizás eres virgen y quieres salvar tu honor...¿eh?

La mujer le lanzó una mirada gélida, pero su rostro enrojeció levemente y Hammen soltó una risita.

--Es una locura --dijo Hammen--. Nunca entenderé a los benalitas.

La mujer se envaró.

--No me parece peor que este condenado Festival --dijo.

--Ah, pero al menos, aquí las cosas tienen algún sentido --replicó Hammen--. Las Casas se enfrentan para decidir cuál es la mejor, y eso influirá en los contratos para el año siguiente. Príncipes y comerciantes pueden evaluar a los luchadores que desean contratar, la turba se entretiene con los duelos, el ganador se va con el Caminante, aportando prestigio a su Casa. Todo resulta muy divertido... --añadió meneando la cabeza.

--Y el Gran Maestre gana montones de dinero --replicó Norreen con voz gélida.

--¿Y qué puede importarte eso? --preguntó Garth.

--Ni lo más mínimo, desde luego.

--Pero estás buscando un empleo en la ciudad porque todos los grandes príncipes vendrán a ver el Festival --dijo Hammen.

--¿Tendrías la bondad de ordenar a tu sirviente que cierre el pico de una vez? --dijo Norreen con irritación.

--Déjalo ya, Hammen --dijo Garth.

--Oh, amo, no me pegues, por favor... --gimoteó sarcásticamente Hammen.

Después dejó escapar un prolongado eructo, miró a la mujer y le sonrió lascivamente.

--Creo que mi amo se ha prendado de ti --siguió diciendo--. Si estás de acuerdo, podríamos librarte de ese pequeño problema de la virginidad. Tengo un primo que ofrece alojamiento para pasar la

noche. He oído decir que las benalitas son muy apasionadas, y solo pido que se me permita mirar por un agujerito. Mi primo alquila agujeritos a los que ya somos viejos.

Norreen desenvainó su daga y la clavó en la mesa, una inconfundible señal de desafío.

Hammen alzó las manos y fingió estar aterrorizado.

--No soy luchador de la magia ni guerrero, por lo que no hace falta que ensuciéis vuestra hoja conmigo, mi noble dama... --dijo, y volvió a reír. Garth miró a Hammen, reprendiéndole con un gesto. Norreen apuró su ron caliente, y dejó caer la jarra sobre la mesa con tal fuerza que la rompió.

--No estoy dispuesta a acostarme con un tuerto..., especialmente con uno cuyo sirviente tiene un aliento tan pestilente que da ganas de vomitar --dijo secamente.

Después se puso en pie y salió de la taberna hecha una furia. Garth lanzó una mirada gélida a Hammen.

--Muchas gracias --dijo.

--Oh, no hace falta que me la agradezcas, amo... --replicó Hammen--. Te he ahorrado un montón de problemas. Las guerreras de Benalia son famosas por su habilidad en romper corazones. Para ellas es una especie de deporte, especialmente con los hombres de casta distinta. Es una de sus maneras de obtener prestigio, ¿sabes? Además, esa chica quizá sí sea virgen y sólo dará dolores de cabeza. Siempre se enamoran del hombre que las libra de esa preocupación, y luego le siguen a todas partes y le imploran amor con grititos quejumbrosos. Pensé que debía protegerte de esas calamidades.

--No necesito tu maldita protección.

--La necesitabas, créeme --replicó Hammen en voz baja y suave--. Los de Benalia sólo traen problemas... Siempre metiéndose en peleas y siempre intentando escapar del ciclo de castas, especialmente cuando son mujeres y se ven arrojadas al fondo del pozo. Las que son como Norreen están medio locas.

»Si te interesa, mi primo el de la posada también tiene unas cuantas mujeres exóticas y bastante hermosas, yo podría conseguirte un poco de diversión. Con tu dinero, incluso podríamos conseguir un par de chicas --siguió diciendo Hammen, observando a Garth con esperanzada lujuria--. No te importará que alquile un agujerito para mirar ¿verdad?

--Volvamos a la Casa --dijo secamente Garth, y Hammen le miró en silencio, visiblemente alicaído.

Cuando salió a la calle Garth miró a su alrededor como esperando ver a alguien, y después se volvió hacia Hammen.
--Muchísimas gracias --murmuró con irritación.
--Serviros es un gran placer, amo --replicó Hammen con una risita ahogada, tirando de Garth y apartándolo así de la sombra inmóvil de una mujer al otro lado de la calle.

* * *

--Quiero saberlo todo sobre él --gruñó Zarel Ewine, Gran Maestre de la Arena.
Uriah Aswark, capitán de los luchadores del Gran Maestre, se inclinó temerosamente ante él. El Gran Maestre era famoso por descargar su rabia sobre quien tuviese más cerca, y este era uno de esos momentos de furia, pues la augusta presencia del Gran Maestre había sido humillada en público.
--Como deseéis, mi señor --murmuró Uriah.
--Recurre a nuestros contactos en la ciudad, y ve también a las Casas. Paga las sumas de costumbre, pero después querré una relación detallada de cada moneda... --El Gran Maestre hizo una pausa--. Ya sabes como castigo la negligencia.
--Jamás trataría de robaros, mi señor.
Zarel bajó la vista hacia su capitán y le lanzó una mirada despectiva.
--No, por supuesto que no... --dijo--. Porque si lo hicieras te arrojaría a la arena junto con los demás para entretenimiento del Caminante. Y ahora sal de aquí.
Uriah retrocedió hacia la puerta con la cabeza todavía inclinada en la postura de obediencia y los ojos apartados del rostro del Gran Maestre.
--Uriah...
El capitán de los luchadores se quedó inmóvil.
--¿Sí, mi señor?
--Te hago responsable de todo esto. Quiero a ese hombre. Quiero saber quién es y qué anda tramando. Hay algo extraño en él... No sé qué es. Intenté sondearle, pero fue capaz de bloquearme. No pude llevármelo porque ahora es miembro de una Casa, y gozará de su protección mientras siga llevando sus colores.
Uriah alzó cautelosamente la mirada hacia el Gran Maestre, sorprendido al oírle admitir que un mero *hanin* tenía el poder suficiente

para bloquear el suyo. Los rasgos del Gran Maestre adoptaban ahora una expresión absorta y distante, como perdido en un recuerdo borroso.

--¿Quién es? --preguntó de repente Zarel.

Uriah se sobresaltó al ver que el Gran Maestre le estaba mirando fijamente con el rostro lleno de duda.

--Lo averiguaré, Gran Maestre --se apresuró a asegurar.

--Hazlo. Prepara su expulsión para que pierda la protección de la Casa y pueda ser mío. Me da igual como lo arregles, pero hazlo. Y hazlo bien, Uriah, porque... Bueno, no te gustaría convertirte en un entretenimiento más del Caminante cuando llegue, ¿verdad? He de ofrecerle un buen espectáculo, y en esas fiestas siempre hay sitio para un invitado más. El tuerto o tú, ¿has entendido?

Uriah salió de la habitación, y no le avergonzó que los guardias apostados en la puerta vieran como le temblaban las rodillas. El Caminante siempre anhelaba el poder que podía ser absorbido de las almas, y el Gran Maestre solía proporcionarle esos banquetes... surtiéndolo con enemigos y con los que fracasaban en las misiones encomendadas.

Zarel contempló cómo el enano que había puesto al frente de sus luchadores salía de la habitación.

«¿Por qué preocuparme tanto de ese luchador?», se preguntó. Algo dentro de él había sido alertado por su presencia en la ciudad, y Zarel sabía que esas intuiciones casi siempre tenían una verdad oculta detrás de ellas.

¿Se había encontrado con él anteriormente?

Zarel rebuscó en su memoria. Aquel hombre era un luchador, controlaba el maná, por lo que su aspecto físico no era una pista fiable sobre su edad. Podía tener los veintitantos años que aparentaba, o podía tener más de cien años.

Acordarse de todas las enemistades a lo largo de los años era una tarea casi imposible. ¿Sería alguien de antes, de cuando Kuthuman todavía era el Gran Maestre? En aquellos tiempos de ascensión hacia el poder todavía como ayudante del Gran Maestre había dejado muchos cadáveres flotando en el puerto. Intentó concentrar sus pensamientos, y siguió buscando. Un tuerto. Sí, pero... ¿Cuánto tiempo llevaba siéndolo? Podía haber perdido ese ojo el año pasado, o muchos años antes. Un tuerto... Zarel había sacado los ojos de muchos hombres y mujeres, pues como ayudante del Gran Maestre tuvo a su cargo la administración de justicia. Ojos, manos, pies,

cabezas...

¿O había ocurrido después? Con la caída de la Casa de Oor-tael, Kuthuman obtuvo el poder para transformarse en un semidiós, un Caminante de Planos, y había dejado a Zarel a cargo de aquel reino como recompensa por su ayuda. Miles de personas habían muerto durante aquellos días, en un arreglo de viejas cuentas pendientes. Aquellas muertes habían asegurado su poder y también eliminaron las deslealtades. ¿Sería posible que el tuerto perteneciera a aquella época?

Zarel permaneció en silencio, cada vez más preocupado al ver que no hallaba la respuesta. Pero comprendió que debía ser encontrada, fuera como fuese, y antes de que empezara el Festival.

* * *

--Han estado haciendo averiguaciones sobre ti.

Garth asintió.

--Supongo que es el Gran Maestre de la Arena quien las ha ordenado, ¿verdad? --preguntó.

Tulan, Maestre de la Casa de Kestha, le contempló con expresión sorprendida.

--¿Acaso no es obvio, mi señor? --siguió diciendo Garth--. Le humillé en público, y vos tuvisteis el valor de respaldarme. Sé que el Gran Maestre y los Maestres de las Casas no se llevan nada bien, y que ahora estará buscando un medio de borrar la herida infligida a su honor. Debo suponer que se os ofreció un soborno para que me expulsarais de vuestra Casa.

Tulan se envaró ligeramente.

--Los Maestres de las Casas no aceptan sobornos --dijo.

--Por supuesto que no, mi señor --respondió Garth sin inmutarse.

--El mero hecho de sugerir semejante motivación ya supone un deshonor para mí y para mi Casa.

--No era ésa mi intención, desde luego --replicó Garth con suavidad--. Sé que os negasteis, naturalmente, pues ningún Maestre de Casa querrá que se lo considere un títere de Zarel.

Tulan apuró su copa de hidromiel y después se limpió los dedos manchados de grasa en su túnica. La media docena de platos que tenía delante contenía los restos de su desayuno.

--Aunque, de hecho, las preguntas del capitán fueron de lo más curiosas --dijo por fin.

--¿Como la de *quién soy*, por ejemplo?

--Exactamente --gruñó Tulan, y tras un silencio emitió un prolongado eructo--. Te presentaste ante mí siendo un desconocido, un *hanin...* Te acepté porque mostraste notables habilidades, no sólo en el umbral de esta Casa, sino también antes cuando recuperaste el prestigio de la Casa derrotando a ese bravucón Naranja. Y después, como guinda, te atreviste a mandar a los demonios al propio Gran Maestre... Si no te hubiese acogido en ese momento habría perdido mi honor y mi prestigio --Tulan volvió a quedarse callado y le miró fijamente--. A primera vista, el que te enfrentaras a un hombre de Fentesk por una pequeña cuestión de honor podría parecerme natural, y tampoco habría nada sospechoso en que un *hanin* como tú venga a mi Casa buscando empleo, y el que la confrontación posterior se desarrollara de la forma en que lo hizo...

--Pero pensándolo bien, también podría haber algo oculto en todo eso --replicó Garth con voz firme y tranquila.

--¡Sí, maldito seas! --dijo secamente Tulan--. Ayer todo me salió bien. Me burlé del Gran Maestre y de la Casa de Fentesk, y obtuve una ventaja en los juegos. Pero también me he ganado la enemistad del Gran Maestre por darte cobijo. Así pues, ¿fue todo tan inocente como parece?

--Por supuesto que sí, mi señor.

Tulan volvió a llenarse la copa, alzó la vista hacia Garth para contemplarle con expresión gélida y apuró la copa de un trago.

--¿Quién eres?

--Era un *hanin* de las comarcas más remotas de Gish, mi señor, cerca del Mar Interminable y de las Tierras Verdes.

--¿Quién fue tu *yolin,* tu maestro adiestrador? ¿Cuál era su Casa y el origen de su maná, y qué servidumbres tenía?

--No he tenido ningún *yolin,* mi señor. Descubrí sin ayuda que poseía el poder de utilizar el maná. Practiqué mis habilidades en la soledad y fui adquiriendo mis amuletos desafiando a otros *hanin.* Cuando por fin estuve preparado, busqué unirme a una Casa, con no muy buena fortuna. Mi combate con el luchador Naranja fue tanto una forma de exhibir mis habilidades, como una pequeña venganza por esa humillación del pasado relacionada con la esposa y las hijas del Maestre de la Casa Naranja.

--¿Y esperas que me crea eso? --rugió Tulan.

Garth se inclinó ante él.

--Mentir a un Maestre se castiga con la expulsión --replicó sin

apenas inmutarse--. Y dada la situación, si os mintiera sería un estúpido, pues sospecho que los agentes del Gran Maestre me están esperando y, si saliese de esta Casa sin colores, caerían sobre mí al momento mientras vos obtendríais una considerable suma.

--¿Cómo te atreves a sugerir que aceptaría un pago semejante? --gruñó Tulan.

--Vamos, mi señor... Podéis exhibir esta representación teatral ante los iniciados del primer nivel, que se quedan boquiabiertos ante idealismos tan triviales. Cualquier persona que sea idealista en este mundo, o está loca o es idiota. Vos tenéis vuestras necesidades, y yo las mías. Tenemos la fortuna de que unas y otras coinciden, y vos salís ganando gracias a ello. Habéis humillado a alguien a quien odiáis, ayer vuestra Casa ganó más prestigio, y creo que os conseguiré una victoria en el Festival.

Tulan guardó silencio sin apartar la mirada de Garth, y hubo un fugaz parpadeo de poder, un sondeo.

--¿Qué hay dentro de tu bolsa? --preguntó Tulan en voz baja--. ¿Qué artefactos, amuletos y hechizos controlas?

Garth dejó escapar una suave carcajada.

--Según la ley, ni siquiera el Maestre de una Casa puede hacerle esa pregunta a un luchador --replicó--. De hecho, ni el mismísimo Gran Maestre de la Arena puede hacerla.

Garth guardó silencio durante unos momentos antes de volver a hablar.

--Sólo hay una forma de averiguarlo --siguió diciendo--, pero debo recordar que va en contra de todas las tradiciones el que un miembro una Casa ataque a otro del mismo color.

Tulan volvió a llenarse la copa y la contempló con expresión ensombrecida.

--Y si lo hicierais y me matarais --prosiguió Garth--, los otros Maestres pensarían que os habíais doblegado ante las exigencias del Gran Maestre.

--Así que me has pillado, ¿eh? --gruñó Tulan.

--Más bien al revés --replicó Garth sin inmutarse--. Recordad que ahora estoy con vuestra Casa. Soy un jugador desconocido para el Festival. Deberíais obtener grandes sumas en las apuestas y de las comisiones sobre los premios. Creo que las ganancias superarán a cualquier soborno que ofrezca ese bastardo tacaño que ocupa el cargo de Gran Maestre para conseguir que se me traicione, mi señor.

Tulan vació su copa y volvió a eructar, esta vez no de manera tan

estrepitosa como antes.

--Empiezas a darme dolor de cabeza, tuerto. O eres un maestro de las intrigas, o un loco estúpido.

--Podéis escoger lo que más os guste, mi señor, pero siempre saldréis beneficiado tal como os merecéis.

Tulan acabó asintiendo.

--Vete.

Garth le hizo una gran reverencia y fue hacia la puerta.

--Si decides salir, te sugiero que tengas los ojos bien abiertos --murmuró Tulan.

--Siempre lo hago, mi señor.

_____ 4 _____

Garth miró expectante a su alrededor mientras sonaba la segunda campanada de la mañana. La Gran Plaza aún no se había recuperado de las celebraciones de la noche anterior, y por el suelo había abundantes ánforas de vino rotas y cuerpos esparcidos, algunos de ellos tendrían que ser llevados al campo de los pordioseros para ser enterrados a expensas de la ciudad. Una creciente multitud matinal ya empezaban a ir de un lado a otro, muchos mendigos buscaban monedas registrando los cadáveres y otros destrozos. Hammen bostezó cansinamente.

--Esto es una locura, Garth --murmuró--. Las benalitas sólo dan problemas.

--Tengo curiosidad, nada más --replicó Garth, y guardó silencio durante un momento antes de seguir hablando--. Además, puede que sea útil para mis propósitos.

--¿Qué propósitos? --preguntó Hammen en voz baja.

--Ya lo verás. Ah, ahí viene...

Garth movió la cabeza señalando una figura solitaria que cruzaba la Gran Plaza, bien envuelta en los pliegues de su capa para protegerse del frío de la mañana. Norreen caminaba con paso decidido, y el gentío se apartaba para dejarla pasar. Ya había un grupito siguiéndola, apostadores que en la presencia de una benalita intuían algún acontecimiento interesante.

Norreen fue hacia la Casa de Bolk, y sus seguidores se detuvieron donde empezaban las losas oscuras que marcaban el territorio de la Casa.

--Vamos --dijo Garth en voz baja, y salió de las sombras del callejón para seguirla.

--Cuántas tonterías por ir detrás de una mujer... --resopló Hammen--. Abandonas el calor de la cama antes del amanecer, después me haces ir por una entrada secreta para despistar a los centinelas del Gran Maestre, y ahora vas a mostrarte en público cuando es seguro que habrá pelea.

Norreen fue hacia la Casa de Bolk, hasta que dos figuras, un luchador y un guerrero que estaban de guardia en el umbral, le indicaron que se detuviera. Norreen se paró y apoyó las manos en las caderas en una postura desafiante.

--Quiero una audiencia con el Maestre de la Casa --anunció con una voz potente y límpida que pudo oírse en toda la Plaza.

--No puedes utilizar la magia, no eres más que una guerrera --replicó despectivamente un guardia--. Vete.

--Luché con uno de los vuestros en un duelo *oquorak,* y no hizo honor a la apuesta. He venido a buscar una satisfacción, ya sea en pago o en sangre.

--Debió de ser Gilrash --dijo el otro guardia. Miró a su compañero y meneó la cabeza--. Anoche regresó bastante maltrecho.

--Pues entonces traed a Gilrash aquí.

El guardia que había hablado miró a Norreen y comprendió que su reacción había sido poco inteligente.

--Vete y vuelve después del Festival --dijo--. Hemos de ocuparnos de cosas más importantes que esa reclamación tuya.

--Yo presencié el duelo --anunció Garth, avanzando sobre las losas marrones del pavimento de la Casa.

--Oh, amo, maldita sea... --suspiró Hammen, y siguió a Garth mientras éste iba hacia el trío.

--Yo presencié el duelo y registré a vuestro hombre después de que esta mujer le hubiera vencido --siguió diciendo Garth--. Todo ocurrió tal como ella ha dicho. Vuestro hombre violó el código de honor de un *oquorak* de tres maneras. En primer lugar, luchó sin dinero para respaldar la apuesta. Después intentó apuñalarla cuando iba a ser derrotado, y finalmente un cómplice suyo intentó apuñalar a esta mujer por la espalda.

Mientras hablaba Garth había ido alzando la voz para ser oído por el gentío. Enseguida hubo un coro de comentarios, pues el ritual del *oquorak* era tenido en gran estima, y el violarlo era un acto tan despreciable y vil como evacuar en las fuentes públicas.

Los dos guardias miraron nerviosamente a su alrededor, y Norreen volvió la cabeza para lanzar una rápida mirada a Garth.

--No necesito tu ayuda --siseó con voz gélida.

--Ya la has oído, larguémonos de aquí --le apremió Hammen.

--Gilrash es un ser repugnante, incluso un cavador de letrinas tiene más honor que él --insistió Garth--. Haced venir a vuestro Maestre para haga la debida restitución y castigue a ese despreciable luchador tal como se merece.

Un de los guardias, el luchador, escupió en el suelo.

--Has entrado en este recinto sin permiso, Tuerto Gris --dijo--. Vete, antes de que recibas una lección.

La mención de su apodo hizo que un jadeo ahogado se extendiera por la multitud cuando ésta reconoció al recién llegado, ya

que Garth se había mantenido de espaldas al gentío. Los gritos de los apostadores no tardaron en oírse. Garth lanzó una mirada por encima del hombro y vio que Hammen ya había entrado en acción metiendo la mano en su bolsa, y Garth lo aprobó con una rápida inclinación de cabeza. Después se volvió hacia el luchador de la Casa Marrón.

--Cuando estés listo --dijo, extendiendo las manos a los lados.

--No te metas en esto --gruñó Norreen.

Garth le indicó que retrocediese con un gesto de la mano, dejando claro que no quería que le estorbase.

El guardia Marrón miraba a Garth con nerviosismo e hizo un rápido gesto a su compañero, que giró sobre sus talones y entró corriendo en la Casa. Garth esperó, concentrando su maná y escogiendo su hechizo con cautela, pero el luchador empezó a retroceder poco a poco. Un rugido burlón brotó de la multitud, y se convirtió en un tumulto atronador cuando bajó las manos, admitiendo la derrota sin desencadenar ningún cruce de hechizos. Garth le dio la espalda con una mueca despectiva y se volvió hacia la multitud, inclinándose ante ella como si el populacho fuese el Gran Maestre y acabara de librar un duelo en la arena. Los ganadores de la apuesta prorrumpieron en ruidosas aclamaciones..., y un instante después se hizo el silencio más absoluto.

--Naru... --siseó alguien.

Garth giró sobre sí mismo, y la multitud se lanzó a otro frenesí de apuestas. Garth movió levemente la mano en un gesto dirigido a Hammen, y después se preparó para enfrentarse con lo que se estaba aproximando. Detrás de él, las voces que gritaban el nombre de su nuevo oponente se mezclaban con el ruido de pies que llegaban corriendo desde todos los rincones de la Gran Plaza para unirse a la multitud y presenciar un combate entre campeones.

Garth sintió la oleada de poder del maná de aquel hombre incluso antes de que su silueta saliera del umbral. El luchador era casi un gigante, con dos varas de altura y quizá otra de ancho. Tenía una constitución muy robusta, y unos hombros tan anchos que daba la impresión de que tendría que ponerse de lado para salir por la puerta. Emergió del umbral llevando un taparrabos como única vestidura, con su bolsa colgando de una tira recubierta por escamas de oro. Las nubecillas de vapor del sudor de los ejercicios matinales brotaron de su cuerpo cuando sus pies descalzos avanzaron sobre el pavimento de la Plaza. Su cabeza rasurada en forma de bala giró lentamente de un lado a otro y sus ojos recorrieron el gentío, y se oyeron algunos

vítores lanzados por aquellos que tenían a Naru por su luchador favorito. Detrás de él apareció una veintena de luchadores de la Casa de Bolk que se desplegaron formando un abanico a su espalda. Naru fue hacia Garth moviéndose con una impasible y decidida lentitud, como si Garth no fuese más que un insecto al que pisotear.

--Vete de aquí, tuerto --dijo. Su voz era como el retumbar de un trueno distante.

--Esta mujer reclama la deuda de un *oquorak* que uno de vuestros cobardes se negó a honrar --replicó Garth--. Págale y nos iremos.

Naru volvió la mirada hacia Norreen y soltó un bufido tan ruidoso como el chorro de un fuelle de fragua.

Su mano salió disparada como un árbol que cae, girando velozmente para asestar un golpe a Garth en su lado ciego. El luchador ni siquiera se había molestado en conjurar un hechizo. Pero Garth presintió el golpe y lo esquivó agachándose por debajo de él. Su pie se movió en una patada que formaba parte del mismo movimiento y que alcanzó a Naru en la ingle.

El gigante gruñó como un toro, y los ojos sobresalieron de sus órbitas dándole el aspecto de un pescado que agoniza. Naru cayó de rodillas.

Garth volvió a atacar con una patada bajo el mentón y Naru se desplomó de espaldas mientras un chorro de sangre y dientes brotó de su boca. Cuando el gigante se impactó contra el pavimento quedó inmóvil.

Un murmullo enronquecido surgió de la multitud. Los pocos que habían apostado por Garth lanzaron gritos de alegría, pues Naru yacía sobre el pavimento y la victoria ya era oficial a pesar de que el combate se hubiera librado sin usar la magia.

Un luchador Marrón dio un alarido airado y saltó hacia adelante, alzando la mano para señalar a Garth.

Un aullido atronador pareció emanar de la mano del luchador Marrón, un rugido estridente que creció rápidamente hasta una intensidad tal que Garth retrocedió tambaleándose mientras conjuraba una barrera protectora. El sonido quedó atenuado dentro del círculo de protección, pero Garth pudo oír los gritos de los espectadores que estaban a su espalda cuando el aullido demoníaco cayó sobre ellos. Garth movió la mano y extendió la protección sobre la multitud, entre la que ya había muchos cuerpos que se retorcían en una horrible agonía mientras la sangre brotaba de sus oídos destrozados, tan terriblemente devastador era el poder destructivo de aquel grito

invocado de los reinos demoníacos.

Garth contraatacó y el luchador Marrón empezó a mover las manos en frenéticos retorcimientos cuando su maná fue absorbido. El aullido demoníaco se fue disipando, aunque el luchador seguía agitando la mano, que había empezado a brillar como si estuviera ardiendo.

Otro luchador Marrón alzó las manos para atacar, y después los demás imitaron su gesto. La multitud empezó a dispersarse detrás de Garth.

--¡Venid a defender el color Gris!

Garth lanzó una rápida mirada para ver Hammen gritando a toda potencia mientras cojeaba hacia la Casa de Kestha, de la que ya salían a la carrera unos cuantos luchadores, atraídos por la excitación de la multitud y por la petición de ayuda que acababa de gritar Hammen.

Garth juntó las manos y las extendió, manteniéndolas en alto como si fuesen garras. Su hechizo cobró forma justo cuando ya se le echaban encima unas siluetas esqueléticas conjuradas por el luchador Marrón. Remolinos luminosos giraron a su alrededor, y de cada uno surgió un oso gigantesco que gruñía y resoplaba. Garth gritó una orden y los cuatro osos derribaron a los esqueletos y luego cargaron sobre la hilera de luchadores Marrones. Algunos de los luchadores echaron a correr mientras otro desviaba el hechizo con el que había estado apuntando a Garth y lo lanzaba sobre un oso, que estalló y desapareció. Otro oso murió al caerle un rayo encima, pero los otros dos osos ya habían atravesado la zona letal y se lanzaron sobre el primer luchador Marrón que había atacado a Garth, y que seguía incapacitado por a las quemaduras de su mano.

Los luchadores Marrones giraron para ayudar a su camarada y empezaron a lanzar hechizos, pero ya era demasiado tarde. Un oso agarró al luchador por las piernas mientras el otro cerraba sus fauces sobre su cabeza, ahogando sus chillidos. Los dos osos tiraron del cuerpo en direcciones opuestas y un instante después se alejaban con las mitades temblorosas del luchador muerto en la boca, meneando sus enormes cabezas de un lado a otro y esparciendo un diluvio de sangre y entrañas por la Plaza.

Los luchadores Marrones enloquecieron de ira y concentraron su ataque en Garth. Su círculo de protección fue azotado por andanada tras andanada de hechizos, y Garth se vio obligado a retroceder con paso tambaleante. A través de la calina de las explosiones pudo ver

que Norreen, moviéndose rápidamente como una mancha borrosa, se unía a la contienda espada en mano y acababa con un luchador Marrón mediante un tajo en la garganta. El luchador se tambaleó y se llevó las manos al cuello mientras la sangre arterial brotaba a borbotones por entre sus dedos. Norreen dejó atrás a su primera víctima con un movimiento fluido y, todavía corriendo, se lanzó sobre la siguiente. Su espada se movió a una velocidad increíble y le abrió el estómago, haciendo que soltara un aullido de dolor y cayera sentado. El luchador Marrón se debatió intentando levantar un artefacto mágico pero la hoja de Norreen le cercenó la mano, y el artefacto rodó sobre el pavimento. Los otros luchadores reaccionaron, y una nube negra surgió de la nada y rodeó a Norreen. Una sensacion impuesta de horror le desorbitó los ojos y la obligó a retroceder. Norreen agitaba su espada intentando herir a la pesadilla ilusoria que la estaba atacando.

Garth dio un paso hacia adelante para bloquear el hechizo lanzado contra ella, pero las andanadas de una docena de luchadores, algunos de ellos de quinto nivel o incluso mejores, eran demasiado potentes. Garth acabó bajando su protección un instante para eliminar el hechizo de terror que estaba atacando a la benalita, y Norreen se apresuró a alejarse reptando sobre las manos y las rodillas. Pero Garth tuvo que pagar un precio terrible por su acción, pues recibió de lleno el impacto de un nuevo hechizo de terror que casi le cegó, tan insoportable era el miedo que se adueñó de todo su ser. Los luchadores Marrones percibieron aquella ventaja momentánea y avanzaron hacia él ardiendo en deseos de verle muerto. Algunos ya habían empezado a conjurar demonios que despedazarían a Garth. Otros optaron por lanzar varios rayos, que fueron respondidos por lo que parecía una tempestad de hielo, de una cegadora claridad y que extinguió el poder de los demonios que ya habían empezado a rodear a Garth.

Garth terminó de recrear su círculo de protección, luego gastó un hechizo curativo sobre sí mismo para disipar el maleficio del miedo, y después miró hacia la izquierda. Un enjambre de luchadores Grises se acercaba con las manos levantadas concentrándose sobre los luchadores de la Casa de Bolk, que se volvieron para enfrentarse al nuevo ataque. Pero también más luchadores estaban saliendo de la Casa de Bolk. Además Garth pudo oír los familiares trompetazos de los clarines del Gran Maestre resonando detrás de él, y un instante después los luchadores del Gran Maestre corrían cruzando la Plaza para unirse a la batalla.

La sangre empezó a correr cuando los luchadores intercambiaron ataques a muy poca distancia. Algunos de ellos cayeron, y los vencedores daban el golpe de gracia y cortaban las tiras de las bolsas para reclamar sus trofeos. La confusión era tan grande que se dejaban de lado todas las normas de los duelos.

Garth cerró los párpados, alzó las manos hacia el cielo y, durante un momento, una potente invocación absorbió su poder. Volvió a abrir los párpados y sonrió al ver cómo sobre la Casa de Bolk se materializaba una gigantesca araña, cuyo enorme cuerpo medía al menos ocho varas de un lado a otro. La araña bajó la cabeza hacia la confusión de cuerpos que combatían en la Plaza y vio la oportunidad de darse un banquete. Se inclinó sobre la fachada del edificio, extendió sus peludas patas delanteras hacia el suelo y empezó a descender por la fachada, moviendo la cabeza de un lado a otro y lanzando chorros de veneno ácido. Muchos luchadores tanto Marrones como Grises, pillados por sorpresa, cayeron retorciéndose y lanzando chillidos de agonía. Garth miró a su alrededor, vio a Norreen que seguía alejándose del combate, y fue hacia ella.

--¡Salgamos de aquí! --gritó.

Garth deslizó la mano por debajo del hombro de Norreen para ayudarla a incorporarse. Después chasqueó los dedos liberando un encantamiento, y los dos quedaron envueltos en una nube de humo verdoso.

Garth echó a correr y Norreen se tambaleó intentando mantenerse a su altura mientras se metían entre el gentío, que corría hacia todos lados lanzando chillidos de terror ante las docenas de hechizos fuera de control que barrían la Plaza. El combate se había convertido en un enfrentamiento salvaje en el que muchos luchadores hacían una invocación tras otra, soltando a las bestias al azar para que atacaran cualquier objetivo cercano. Los no muertos se movían con paso tambaleante, y las manos gris verdosas de algunos de ellos aferraban los cuerpos de ciudadanos que no paraban de gritar. Enormes serpientes de diez varas de largo y tan gruesas como la cintura de un hombre se deslizaban de un lado a otro buscando a quien morder, algunas de ellas luchaban con sus víctimas y otra ya estaba engullendo una silueta que todavía agitaba las piernas. Los esqueletos iban de un lado a otro, persiguiendo carne humana en la que hundir sus blancos dedos. Los dos osos habían terminado de devorar su presa a un lado de la Gran Plaza, y echaban a correr a través de ella en busca de otro festín. Pero Garth movió la mano y les

ordeno tumbarse sobre los flancos.
Los luchadores del Gran Maestre se sumaron a la batalla maldiciendo y dando empujones, y algunos empezaron a ocuparse de las criaturas que perseguían a la multitud en frenética huida. Un luchador se volvió hacia Garth. Este anuló su control sobre los osos y se alejó. Casi al momento oyó los alaridos del luchador que había intentado detenerle.
--¡Amo!
Garth miró por encima del hombro y se detuvo al ver que Hammen venía hacia él.
El caos se había adueñado de la Plaza. Más de cuarenta luchadores de cada Casa se enfrentaban delante de la Casa Marrón y la araña, que ya había perdido varias patas, correteaba de un lado a otro con un luchador de Kestha que se debatía frenéticamente entre sus colmillos y otra forma envuelta en seda contorsionándose sobre su espalda. Una explosión en la parte superior de la Casa de Bolk arrancó una parte de la fachada e hizo caer un diluvio de piedras sobre una calle lateral mientras las llamas empezaban a lamer los muros de media docena de edificios cercanos. La Gran Plaza era un mar de confusión con centenares de cuerpos intentando huir de la muerte mientras se empujaban frenéticamente con otros muchos que llegaban tratando de no perderse la diversión.
Hammen se reunió con Garth y sacó una bolsa de debajo de su túnica.
--¿De quién es eso? --preguntó Garth.
--Oh, pertenecía a ese hombretón al que convertiste en eunuco --respondió Hammen.
Garth inspeccionó rápidamente los amuletos. Era un botín fabuloso, aunque no fuese del todo legal.
--Creo que deberíamos salir de aquí --anunció al ver una falange de guerreros que avanzaba a paso de carga con sus ballestas en ristre.
La primera fila de guerreros se desplegó y empezó a lanzar dardos contra la araña gigante, lo que sólo pareció servir para enfurecerla más todavía. La araña giró sobre sí misma, arrojó los restos del luchador Gris a un lado y se lanzó sobre los guerreros del Gran Maestre.
Entre estos, los que habían disparado apresuradamente se movían ahora con frenesí para volver a tensar sus ballestas, apoyándolas en el suelo y usado los pies sobre los estribos. El resto

de la falange disparó sus dardos, pero la araña siguió avanzando tambaleante hacia ellos. Los que estaban intentando recargar interrumpieron sus esfuerzos, giraron y huyeron a la carrera. La falange se convirtió en un hormiguero de hombres que huían en todas direcciones, y Garth, Hammen y Norreen se apresuraron a apartarse del camino de la enfurecida araña.

La enorme criatura extendió sus patas delanteras derribando a varios hombres y después siguió avanzando mientras continuaba lanzando chorros de veneno que burbujeaban y siseaban al chocar con el pavimento, el metal, el cuero y la carne.

Unos cuantos jinetes se abrieron paso al galope a través de la multitud, derribando ciudadanos que huían y apartando ballesteros aterrorizados. Iban seguidos por un carro, y el hombre sentado en el pescante azotaba a los caballos con su látigo. Un instante después tiró de las riendas e hizo que el carro se detuviera con un ruidoso rechinar de ruedas. En la parte de atrás había una gigante ballesta de campaña manejada por una dotación de enanos y ya preparada para hacer fuego. El jefe de los artilleros echó un vistazo a lo largo del dardo para calcular el disparo, y gritó a sus dos ayudantes que subieran un poco más el arma. La araña ya había visto el carro, y avanzaba hacia él. Los caballos piafaron de terror, y el conductor tuvo que ponerse de pie sobre el pescante y tirar frenéticamente de las riendas para impedir que salieran huyendo.

La ballesta gigante saltó hacia arriba cuando el artillero tiró de la palanca, y el enorme dardo cruzó la Plaza con un estridente zumbido y se hundió en el cuerpo de la araña.

La bestia se irguió sobre sus patas peludas y dejó escapar un potente alarido de dolor que creó ecos por toda la Plaza. Un chorro de sangre verdosa brotó de la herida, y la araña se desplomó sobre un costado agitando espasmódicamente sus patas.

--Creo que ya se acaba la diversión --dijo Garth, y sonrió--. Bien, salgamos de aquí.

Garth se abria paso por entre el gentío sin soltar a Norreen, que intentó liberarse y no cejó en sus esfuerzos hasta que Garth acabó soltándola.

--En nombre de todo lo sagrado, ¿qué estabas haciendo allí? --le preguntó secamente.

--Ayudarte --respondió Garth en voz baja y suave mientras seguía empujándola.

La multitud rugió detrás de ellos cuando una explosión hizo

temblar la Gran Plaza, y un instante después se oyó el tintineo cristalino de vidrieras haciéndose añicos.

--No fuiste allí para ayudarme --gruñó Norreen--. Andabas detrás de otra cosa, y la has conseguido.

Garth aflojó el paso y la miró.

--Fui allí para ayudarte --replicó sin inmutarse--, y la situación se descontroló, no pude evitarlo.

--No juegues a eso conmigo. Tú querías que ocurriera justamente lo que ocurrió, ¿verdad?

Garth no dijo nada y siguió andando.

--Todavía no he saldado lo que se me debe --dijo secamente Norreen.

Garth miró a Hammen.

--¿Qué ganancias hemos obtenido? --preguntó.

--Ahora tenemos veinticinco monedas de oro --le explicó Hammen con visible alegría--. Las apuestas estaban diez a uno en favor de Naru.

--Déjame ver.

Hammen empezó a sacar de mala gana algunas monedas de su bolsa, alargándoselas mientras apretaba el paso intentando no quedarse atrás.

Garth giró sobre sí mismo y se las ofreció a Norreen.

Norreen le apartó los dedos de un manotazo, y las monedas se desparramaron sobre el pavimento. Hammen lanzó un grito de consternación y se apresuró a recogerlas, chillando y desenvainando su daga cuando un chico agarró una de las monedas que rodaban sobre las losas y desapareció entre la multitud que se agitaba a su alrededor.

--El dinero no significa nada --dijo Norreen--. Fui allí por una cuestión de honor.

--De todas formas tienes que comer, ¿no? --replicó Garth, y cogió un par de monedas de la mano de Hammen y se las metió entre los dedos a Norreen--. Con eso podrás aguantar hasta después del Festival --siguió diciendo--. Todos vieron como tuviste el valor de desafiar a la Casa de Bolk. La gente se acordará de que todo empezó debido a una Heroína Benalita. Procura mantenerte alejada de los esbirros del Gran Maestre, porque a partir de ahora andarán detrás de ti.

Norreen le observó con expresión gélida y empezó a alzar la mano como si quisiera arrojarle las monedas a la cara.

--Tienes que comer --dijo Garth en voz baja y suave, y le dio la espalda y se alejó.

--Está loco --dijo Hammen, meneando la cabeza mientras alzaba la mirada hacia Norreen.

--¡Es un bastardo! --replicó ella con los ojos llenos de confusión.

Después giró sobre sus talones y desapareció entre la multitud. Hammen apretó el paso para mantenerse junto a Garth, y se agachó cuando de repente se oyó otra gran explosión que levantó hacia el cielo una nube de escombros que empezaban a caer por todos lados. La Plaza vibraba con los ecos de las explosiones y los estridentes sones de los clarines. Otra columna de guerreros salió por la puerta del palacio del Gran Maestre y avanzó a la carrera con las espadas y las ballestas preparadas. Detrás de ella venían una docena más de luchadores, con el poder de su maná tan activo que sus cuerpos parecían brillar mientras iban esparciendo hechizos de protección sobre ellos mismos y los guerreros. El Gran Maestre cabalgaba en el centro de la columna. Su rostro era una máscara de furia, y durante un momento concentró su atención hacia donde estaba Garth, que se quedó totalmente inmóvil.

Hammen le observó y durante un instante Garth pareció no estar allí, dando la impresión de haberse vuelto tan etéreo como una neblina. El Gran Maestre seguía buscándolo con la mirada, pero otra explosión hizo temblar el extremo opuesto de la Plaza y el Gran Maestre se removió como si acabara de despertar de un sueño. Después giró sobre sí mismo, meneando la cabeza confuso, y siguió cabalgando hacia la batalla, que seguía extendiéndose como si quisiera abarcar todo el recinto. Garth volvió a hacerse presente, y echó a caminar con paso rápido.

--Un hechizo muy astuto --jadeó Hammen, que seguía intentando no quedarse atrás.

--A veces resulta útil, sobre todo si quien te busca no se está concentrando --le explicó despreocupadamente Garth.

--¿Y ahora qué, amo?

Garth se volvió hacia Hammen.

--Amo, ¿eh?.

--Bueno, después de lo que hiciste en la Plaza... Fue soberbio, de veras.

--¿Qué quieres decir?

--Provocar toda esa batalla...

--No hice nada de eso --replicó Garth.

Hammen se limitó a toser y escupir como toda contestación.
Garth atravesó la Gran Plaza y fue derecho hacia la Casa de Ingkara. Delante de su fachada había docenas de luchadores observando la confusión que se había adueñado del otro extremo de la plaza y lanzaban rugidos de aprobación y placer.
Garth fue hacia ellos y durante un momento los luchadores apenas se dieron cuenta de que había cruzado el límite entre los dos pavimentos, y de que se adentraba en el semicírculo púrpura que rodeaba la Casa.
--Eh, un Gris tuerto... ¿Estás huyendo?
Garth se volvió hacia el luchador que acababa de hablar y que le observaba riendo.
--Quiero unirme a la Casa de Ingkara --dijo Garth con voz impasible.
Unos cuantos luchadores se echaron a reír y empezaron a burlarse de él.
--Hace demasiado calor por allí, ¿eh? Podrías acabar malparado, claro... Y saliste huyendo, así que ahora no puedes volver.
El hombre que se burlaba de él ya había empezado a darse la vuelta y estaba extendiendo las manos cuando un joven luchador Púrpura cuya túnica estaba ennegrecida y chamuscada surgió de entre el gentío y fue corriendo hacia ellos. El joven aflojó el paso, se volvió y miró a Garth.
--Es él... ¡Es el que lo empezó todo! --gritó el recién llegado.
El luchador que se preparaba para desafiar a Garth volvió la mirada hacia el maltrecho mensajero y le contempló con expresión sorprendida.
--Sí, él lo empezó todo... Derribó a Naru, y después luchó con una docena de ellos sin que consiguieran vencerle --jadeó el joven luchador Púrpura.
El luchador que antes parecía tan dispuesto a enfrentarse con Garth miró a su alrededor como no sabiendo qué hacer, y Garth bajó las manos en un gesto tan desafiante como lleno de confianza en sí mismo.
--¿Naru? --preguntó el luchador.
--Ahora necesitará dentadura nueva --anunció el mensajero, hablando tan lleno de excitación como si fuese él quien realizara aquella hazaña--, y tal cómo le pateó el tuerto tendrá que buscar los restos de su virilidad en algún sitio debajo de sus costillas.
Los ojos de los luchadores Púrpuras fueron del mensajero a

Garth, y los labios de algunos de ellos empezaron a curvarse en grandes sonrisas de placer. Los luchadores se separaron e inclinaron la cabeza en señal de respeto cuando una silueta esbelta y angulosa fue hacia Garth. Llevaba una túnica hecha del más fino terciopelo cubierta con gruesos bordados color oro.

Garth también inclinó respetuosamente la cabeza.

--Jimak, Maestre de Ingkara... --dijo.

La mirada de Jimak recorrió Garth desde la cabeza a los pies, como si examinara alguna obra de arte menor que tal vez decidiera adquirir si el precio le parecía justo.

--¿Venciste a Naru tal como acaba de decir Balzark? --preguntó.

--Todo ocurrió como él ha contado --replicó Garth.

--Y te enfrentaste tú solo a una docena de Marrones hasta que vinieron a ayudarte.

--Una benalita me echó una mano, pero... Sí, así fue.

Jimak asintió como si estuviera absorto en sus pensamientos.

--¿Y por qué has venido a nosotros? --preguntó por fin--. Debería enviarte a Tulan para que te castigara por quebrantar la paz del Festival.

--Vine aquí porque si he vencido a Naru puedo vencer a otros, y vuestra Casa saldría beneficiada --replicó Garth--. Además, aún no he pasado por la iniciación en la Casa Gris por lo que soy libre de irme cuando me plazca. Como bien sabéis, es lo que dicen las reglas y, francamente, preferiría evitar el castigo que se me impondrá por ese pequeño incidente.

Garth movió la cabeza señalando el otro extremo de la Plaza, que estaba envuelto en grandes nubes de humo iluminadas por los destellos de las llamas.

--Me atrevería a afirmar que gracias a mis esfuerzos ahora Ingkara tendrá un par de docenas menos de luchadores rivales en el Festival, y deseo beneficiarme de ello --siguió diciendo--. Además, vos también podéis beneficiaros, por lo que nuestra relación sería provechosa para ambas partes.

Jimak contempló a Garth con altivez durante unos momentos, y después una sonrisa casi imperceptible fue alterando sus rasgos de calavera.

_____ 5 _____

--¡Callad de una vez!

Tulan y Kirlen, Maestre de Bolk, lanzaron miradas llenas de irritación al Gran Maestre.

--Puede que seas el Gran Maestre, pero no eres quién de tratarnos como a tus sirvientes --dijo Tulan con voz gélida.

--Os trataré como me dé la gana --replicó altivamente Zarel Ewine--. Estáis en mi ciudad, y los dos... mejor dicho, los cuatro deberíais recordar que sé cosas sobre cada uno de vosotros que más os conviene dejar enterradas.

Tulan se removió nerviosamente, y Zarel sonrió para sus adentros. Tulan era un cobarde al que siempre se podía intimidar sin mucha dificultad.

--Si te refirieres al antiguo pacto para masacrar a la Casa Turquesa, recuerda que tú fuiste el instigador --replicó Kirlen sin inmutarse, mientras los anillos de sus dedos huesudos destellaban reflejando la claridad de las lámparas.

Después alzó la mirada hacia él y le contempló con gélido desdén apoyada en su báculo.

Zarel siempre había pensado que Kirlen tenía un rostro muy inquietante, parecía el rostro de la muerte. Había prolongado su existencia utilizando los hechizos implacablemente para exprimirles todo su poder hasta que la carne y el hueso sólo seguían unidos por la más fina de las hebras. Tenía la piel tan amarillenta como un pergamino viejo, y le colgaba del cráneo en flácidos pliegues llenos de arrugas que parecían a punto de desprenderse por la corrupción. Siempre se hallaba envuelta por una leve pestilencia a oscuridad, putrefacción y tumbas mohosas. Pese a ello, Zarel se encaró hacia la Maestre de la Casa Marrón sin inmutarse.

--Actué a petición de Kuthuman, y ahora soy el Gran Maestre --dijo por fin--. En cuanto a vosotros cuatro, nadie está al corriente de vuestro papel en todo aquello.

--Adelante, ve y cuéntaselo a la turba... Nada me importa lo que hagas --replicó Kirlen, y soltó una risita--. Además, eso es agua pasada y los idiotas de la calle ya lo han olvidado. Sólo les importa qué ocurrirá en el próximo Festival, no intentes asustarnos con tus viejas amenazas de siempre.

--¿Es cierto que tu hombre infringió las reglas del *oquorak*? --preguntó Zarel, decidiendo que sería mejor cambiar de tema.

--¿Qué importa eso? Ni siquiera estamos hablando de una luchadora... No es más que una guerrera, y encima benalita.

--Los duelos de magia están prohibidos en la ciudad --replicó el Gran Maestre con irritación--, pero el *oquorak* es legal y el populacho espera que los combatientes respeten las reglas de su código de honor.

--¿Y te dejas gobernar por las expectativas del populacho? --resopló Tulan.

--¡No, maldición! --replicó Zarel--. Pero hay medio millón de seres viviendo en esta ciudad, y casi otros tantos llegarán para el Festival. Si hay disturbios, las propiedades que se destrozan son las mías, y los que mueren son vasallos míos que han de pagar impuestos mientras vivan. El *oquorak* les mantiene entretenidos hasta que llegue el Festival, pero tiene que haber limites, de lo contrario pronto empezarían a lanzarse hechizos por las calles.

--Bueno, si te hace feliz ordenaré una investigación --acabó diciendo Kirlen con cara de aburrimiento--. Habrá que encontrar a los testigos para interrogarlos. La benalita ha desaparecido, al igual que ese tuerto tuyo...

La Maestre de la Casa Marrón se volvió hacia Tulan con una sonrisita burlona en los labios.

--Tu gente le asesinó, y espero una compensación --replicó secamente Tulan--. Era uno de mis mejores luchadores, de octavo nivel como mínimo, y veinte luchadores tuyos cayeron sobre él... Ni siquiera hemos podido encontrar un trozo de su cuerpo.

Tulan se volvió hacia Zarel y le fulminó con la mirada.

--Mucho te preocupas por las reglas del *oquorak* --siguió diciendo--, y en cambio pasas por alto que uno de mis mejores luchadores fuera cobardemente atacado y asesinado.

--Estaba en nuestra propiedad --replicó Kirlen--. Venció con engaños a uno de mis luchadores del noveno nivel, y lo que es peor: su bolsa ha sido robada.

--Suponiendo que a ese luchador tuyo se le pueda seguir llamando hombre después de lo que le hizo el tuerto, claro --dijo Tulan, y soltó una risilla.

--¡Quiero una compensación, maldito seas! --rugió Kirlen--. Mi Casa ha sufrido graves daños. Cinco de mis hombres han muerto destrozados o devorados, por lo que ningún hechizo puede revivirlos, y tengo a una veintena de heridos. Además, una docena de bolsas han sido robadas, incluida la de Naru, uno de mis mejores luchadores.

--¡Tú lo provocaste todo! --gritó Tulan con irritación, y golpeó la mesa con su robusto puño--. Mis bajas ascienden a ocho muertos y treinta heridos, por no hablar de las bolsas perdidas... ¡Quiero una compensación, o juro por el Eterno que tu Casa arderá hasta los cimientos!

--¡Los dos quedáis sometidos a interdicto! --gritó Zarel.

Los dos Maestres de Casa volvieron la cabeza hacia el Gran Maestre y le contemplaron sin inmutarse.

--Nadie pondrá los pies en la calle hasta el comienzo del Festival --siguió diciendo Zarel--. Cualquiera que salga de vuestras Casas será arrestado y despojado de sus hechizos, y no podrá participar en el Festival.

--Intenta quedarte con los hechizos de mi gente y tendrás una guerra entre manos --replicó secamente Kirlen.

Tulan se apresuró a asentir como si la Maestre de la Casa Marrón fuese ahora su más íntima amiga y estuviera siendo atacada.

--Nos retiraremos del Festival --anunció.

Kirlen volvió la mirada hacia su rival, y los dos asintieron.

--Sin nosotros no tendrás Festival, y no ganarás ni un cobre con las apuestas --dijo.

Tulan contempló al Gran Maestre, chasqueó los dedos y se echó a reír.

Zarel estaba tan perplejo y enfurecido que durante un momento sólo fue capaz de balbucear. Vio con incredulidad cómo Tulan y Kirlen se acercaban el uno al otro dejando de lado rivalidades pasadas.

--Salid de aquí ahora mismo --logró decir por fin--, y os juro que si surge otro incidente... ¡Ordenaré a mis hombres tirar a matar! ¡Fuera!

Los dos Maestres salieron de la habitación juntos, aunque empezaron a intercambiar feroces recriminaciones apenas cruzaron el umbral.

Zarel, con el rostro púrpura a causa de la ira, les vio alejarse. Luego fue hasta su escritorio, cogió una campanilla y la agitó. Poco después una silueta encorvada llegó hasta la puerta todavía abierta.

--Entra, maldito seas --ordenó Zarel.

Uriah entró caminando muy despacio y con la cabeza gacha.

--Anoche fuiste a ver a Tulan, ¿no? --preguntó Zarel.

--Tal como me ordenasteis, mi señor.

--¿Y bien?

--Le ofrecí cien monedas de oro por la cabeza del Tuerto. También le dije que ni siquiera tenía que entregarlo personalmente,

bastaría con hacerlo salir de la Casa después del anochecer y ya nos encargaríamos del resto.

--¿Y cuál fue su respuesta?

--Se echó a reír y me dijo que me fuera.

--Sí, pero... ¿Parecía dispuesto a aceptar la oferta?

Uriah asintió.

--Creo que estaba pensando en aceptarla --dijo después.

--Bien, ¿y qué ocurrió esta mañana?

--Tuvo que escabullirse por alguna entrada secreta, mi señor. Ya sabéis que apenas descubrimos una abren otra. Debajo de la Casa hay un laberinto de túneles y es imposible vigilaros todos los pasadizos que conocemos, por no hablar ya de los que ignoramos.

--¿Y qué más averiguaste?

--He hecho investigaciones. El Barón de Gish llegará la noche anterior al Festival, y me aseguraré de preguntarle por ese luchador que afirma venir de sus tierras. Lo único que sabemos sobre el tuerto es que llegó hace dos noches, que retó y mató a un luchador de la Casa Naranja, que se fué en compañía de un ladrón de bolsas, y que a la mañana siguiente apareció ante la puerta de la Casa de Kestha.

Zarel guardó silencio durante un momento.

--Ese ladrón del que hablas... ¿Sabemos quién es?

--Su nombre de la calle es Hammen, y es uno de los jefes de las hermandades de brivones de la ciudad. Está bien considerado y tiene bastantes conexiones.

--Pero no lo bastante bien considerado como para que no puedas encontrar un traidor dispuesto a delatarlo.

--El dinero siempre sabe convencer a esa clase de gentes.

--¿Y cómo llegaron a conocerse el luchador tuerto y ese tal Hammen?

--El ladrón de bolsas ejercía de maestre del combate.

Zarel dejó escapar una maldición, irritado ante tal burla a su figura, cometida por una rata callejera para ganar unos cuantos cobres. Dirigir las peleas era prerrogativa del Gran Maestre, y el papel de maestre del combate era una posición muy honrada incluso en los tiempos de Kuthuman y anteriores a él... ¡y ahora incluso los ladrones de bolsas se arrogaban aquel derecho!

--¿Dónde están? --preguntó.

--Fueron vistos por última vez durante la batalla de esta mañana y después desaparecieron, lo mismo que la benalita --le explicó Uriah--. Se cree que los tres perecieron durante la batalla, y que sus restos

fueron devorados o que acabaron desintegrados.
--Que los tres mueran y desaparezcan de esa manera es una coincidencia excesiva --dijo Zarel en voz baja--. Quiero más investigaciones. Empieza con ese ladrón de bolsas... Envía a unos cuantos guerreros y luchadores a buscar su guarida. Debe de tener cómplices, ¿no? Usa los métodos habituales.
--Sí, mi señor --murmuró Uriah.
--Y no lo olvides, Uriah: o el luchador tuerto o tú conoceréis al Caminante para disfrutar de las especiales diversiones que puede ofrecer, así que haz bien tu trabajo.
Uriah salió temblando de la habitación.
Zarel permaneció inmóvil y en silencio durante unos momentos, y acabó bajando la mirada hacia sus manos regordetas manos cruzadas sobre su amplio estómago.
¿Qué hacer?
Aquella mañana había vuelto a sentir un peculiar presentimiento. Ya le había llenado de apremio cuando vio por primera vez al tuerto, y la sensación regresó al entrar en la Plaza para poner fin a la batalla. Había tenido la impresión de que algo se mantenía al acecho, y durante un momento creyó descubrir qué era..., y la sensación se había esfumado de repente.
El Festival estaba a punto de empezar y las cosas tomaban mal rumbo. Zarel lo achacó a la tensión acumulada durante años. Con el anterior Gran Maestre, Kuthuman, conspirando para atravesar el Velo entre los mundos, todos habían vivido bajo la sombra del miedo a su poder. Y después de convertido en un Caminante todos siguieron temiéndole, con un miedo todavía más intenso, y eso a pesar de que sólo regresaba durante un día cada año. El viejo equilibrio de poder entre las Casas de luchadores y el Gran Maestre estaba cuidadosamente calculado. El Gran Maestre disponía de mucho poder pero era inferior al poderío combinado de las cuatro Casas, aunque imponiendo a estas una incesante competición impedía que llegaran a unirse contra él. A su vez, el Gran Maestre mantenía orden en las tierras para que el maná pudiera seguir creciendo.
Pero las cosas estaban cambiando. Las Casas competían de una forma cada vez más abierta y feroz entre ellas, y el Gran Maestre tenía que enfrentarse a desafíos mayores. Por otro lado, el encarnizamiento cada vez mayor del Festival saciaba a la turba y generaba más apuestas. Y el creciente número de muertes en la arena minaba el poderío de las Casas, ya que cada año perdían más luchadores en los

combates.

Todo ello servía su sueño secreto, el de ir acumulando poco a poco su propia reserva de maná hasta que pudiera imitar a Kuthuman y transformarse él mismo en otro Caminante. Zarel sabía que si Kuthuman lo descubría sería exterminado y sustituido por un nuevo Gran Maestre. Era un juego enloquecedor de planes dentro de planes manteniendo un difícil equilibrio: que los Maestres de las Casas no sospecharan nada, reunir el tributo de maná para Kuthuman, aumentar sus propias reservas y, por encima de todo, seguir con vida.

Ahora aquel luchador tuerto se había convertido en la carta impredecible de la baraja, su presencia podía alterar el curso de la partida. Era un problema al que debería enfrentarse sin más tardanza.

Sólo el pensarlo ya le llenaba de terror, pero Zarel sabía que debía invocar a Kuthuman y contarle lo ocurrido aunque sólo fuese como precaución. Y, quizás, el Caminante tuviera más respuestas.

Dejó escapar un suspiro, se puso en pie, cruzó la habitación hasta detenerse delante de un muro cubierto de paneles de madera. Alzó la mano y el muro se deslizó a un lado, revelando una pequeña estancia. Zarel avanzó hacia el centro y entró en un círculo dorado que relucía en contraste con la roca negra a pesar de que no había antorchas ni lámpara alguna. La puerta oculta se cerró detrás de Zarel. Bajó la cabeza, deslizó la mano en su bolsa y aferró unos paquetitos de maná. Haces de luz empezaron a arremolinarse a su alrededor, y fueron girando hasta formar un cono que envolvió a Zarel y subió hacia el techo.

Esperó en silencio con los ojos cerrados para protegerlos de aquella claridad ultraterrena que bañaba su cuerpo. Por fin sintió la aproximación de la presencia, como una avalancha que se precipitaba por la ladera de una montaña. Zarel Ewine, Gran Maestre de la Arena y Noble Barón de la Ciudad de Kush, cayó de rodillas.

El Caminante estaba inmóvil ante él.

--¿Por qué me has llamado? --susurró, y su voz estaba impregnada de irritación--. Aún faltan tres días para el Festival, y tengo otros asuntos de los que ocuparme.

--Era necesario, mi señor --murmuró Zarel.

--No sois más que uno entre mis cien dominios a lo largo de los Planos de existencia. No puedo perder el tiempo presenciando cómo te humillas ante mí... Espero por tu bien que no me hayas llamado por cualquier estupidez.

--Creo que es algo serio.

--Entonces habla, y deprisa.

Zarel se apresuró a contarle la historia de Garth el Tuerto y de los combates que parecían seguirle allí donde fuese.

--Los informes afirman que ha muerto, pero no lo creo. Pienso que sigue vivo --concluyó.

--Pues entonces búscale --replicó el Caminante--. ¿Por qué me has molestado? No esperarás que me dedique a seguir la pista de ese insecto hasta dar con él, ¿verdad?

--No, gran señor. Pero hay algo que me preocupa.

--Habla pues, maldito seas.

--Hay algo oculto detrás de ese hombre. Durante un instante creí verle en la confusión de los disturbios, pero después ya no estaba allí y seguí mi camino. Si estoy en lo cierto y el tuerto realmente estaba allí, eso quiere decir que posee grandes poderes. He pensado en todo esto hasta que al fin vi la relación. Hace mucho tiempo había una persona que tenía un hechizo similar... y vos ya sabéis de quién estoy hablando.

Zarel percibió una vacilación en el Caminante.

--¡En ese caso, encuéntrale! --le ordenó por fin.

--Bueno, gran señor, yo había pensado que...

--Encuentra a ese hombre inmediatamente y mátale. No puedo perder el tiempo con esto... Tengo otras preocupaciones, lejos de este miserable mundo. Volveré para el Festival, y espero que todo haya quedado resuelto.

--Mi gran señor...

Pero la presencia ya se había esfumado y Zarel percibió una premura en su partida, como si mientras hablaban se hubiera estado librando alguna inimaginable lucha y el Caminante no pudiera perder ni un momento más en lo que para él sólo era un asunto trivial.

Zarel estaba agotado. Se dejó caer en el centro del círculo y abrió los ojos. La única luz de la habitación era la del círculo dorado dentro del que se hallaba. Sólo había tenido breves atisbos de los reinos de su dueño y señor, el Caminante, y sabía que, como todo el universo, eran un dominio de guerra y contiendas libradas contra otros seres dotados de los poderes más inmensos. Las visiones habían resultado pavorosas pero también eran seductoras, pues si sobrevivía el tiempo suficiente podía llegar a ver el día en que el mismo se convertiría en un Caminante, saltando más allá de la miríada de Planos de existencia. Un inmortal que existiría durante eones, recorriendo los reinos y acumulando maná en cantidades jamás soñadas, hasta que

acabara sucumbiendo ante otro Caminante. La cantidad de maná en los planos era limitada, a pesar de que se rumoreaba que éstos eran incontables, y en consecuencia un Caminante nunca deseaba ver surgir nuevos rivales.

Zarel suspiró. El sueño de la inmortalidad era terriblemente seductor. Desde luego, la magia le permitía alargar enormemente su vida, hasta un milenio o más. Pero cada prolongación tenía un precio, y se iba envejeciendo lentamente hasta que llegaba un momento en que repetir el conjuro sería un acto de locura del que saldría una criatura estupidizada y patética, incapaz de hacer nada en su total senilidad.

Su enemiga más implacable, Kirlen de la Casa Marrón, ya se estaba convirtiendo en un ser así. La muerte la aterrorizaba y se le acababa el tiempo. Zarel sabía que Kirlen soñaba con destruirle, ser Gran Maestre y reunir poder suficiente para obtener la inmortalidad. Pronto habría que encontrar un medio de acabar discretamente con Kirlen y sus conspiraciones.

¿Qué podía llegar a hacer Kirlen con Garth el Tuerto, y qué planes tenía ese misterioso luchador? Pues era obvio que debía tener un plan...

El tuerto seguía vivo y debía ser encontrado. Estaba claro que su presencia suponía un peligro para el orden de cosas existente, y si este se veía alterado, entonces el Caminante podría decidir buscar un nuevo Gran Maestre. Zarel comprendió con aterradora claridad que debía encontrar a Garth el Tuerto antes de que Kirlen diera con él.

* * *

--Entra.

Garth el Tuerto entró en el despacho de Jimak Ravelth, Maestre de la Casa de Ingkara. El Maestre alzó la mirada hacia él, su rostro flaco y anguloso quedaba cincelado por el resplandor parpadeante de la única lámpara que ardía sobre la mesa detrás de la que se sentaba. El escritorio estaba repleto de objetos brillantes, y cuando estuvo más cerca Garth vio montones de monedas de oro, esmeraldas, rubíes rojos como la sangre, grandes diamantes multifacetados y artefactos complejamente labrados en metales desconocidos en aquel plano de existencia.

Jimak le miró y sonrió, sus labios exangües se tensaron haciendo que su rostro pareciese una calavera.

--Mis juguetes... --dijo en voz baja y suave, y movió una mano indicando a Garth que se acercase más para admirarlos.

El gesto parecía amistoso, pero Garth pudo sentir levantarse una barrera invisible e impalpable, y observó a Jimak inclinarse levemente hacia adelante, como dispuesto a lanzar su cuerpo sobre sus posesiones para protegerlas de las miradas lascivas de otros ojos.

Garth recorrió el escritorio con la vista, deteniendo su mirada un momento en los artefactos, y después se encogió de hombros como si lo que había ante él no fueran más que baratijas patéticas que un mendigo estuviese intentando venderle por unas cuantas monedas de cobre.

--No me interesan --dijo sin inmutarse.

--Eso es lo que algunos podrían decir mientras hacían planes para robármelos --replicó secamente Jimak.

--Estoy interesado en otras cosas.

--¿Como cuáles?

--Como el poder y la venganza.

--Ambas cosas pueden proporcionarte oro.

--No --dijo Garth con voz gélida--. El pago que busco debe hacerse aquí --añadió, y se señaló el corazón con un puño.

--Tiene algo que ver con el ojo, ¿no? --preguntó Jimak, y se lamió sus labios exangües con una lengua igualmente pálida.

Garth levantó el parche negro que cubría el agujero donde había estado su ojo y Jimak, dominado por una perversa curiosidad, alzó la lámpara para inspeccionarlo con su respiración entrecortada.

--Parece como si te lo hubieran sacado con un cuchillo, ¿eh? --acabó murmurando--. No creo que lo perdieras en un combate... Desagradable, muy desagradable.

Jimak volvió a lamerse los labios.

Garth se bajó el parche.

--Es útil con las mujeres --dijo secamente--. Siempre retroceden en cuanto lo ven.

--Mujeres... ¿Quién las necesita cuando se tiene esto? --preguntó Jimak, cogiendo un rubí y acariciándolo con sus manos como garras.

--La herida me ha dolido durante cinco años. Cinco años que he pasado yéndome a dormir cada noche con el recuerdo del dolor en mi mente. Llevo cinco años despertando cada amanecer con una agonía de dolor ardiendo en la cuenca del ojo que perdí.

--¿Quién fue?

Garth titubeó durante un instante.

--Vamos... --insistió Jimak.

--El Gran Maestre y Leonovit, el primo de Kirlen, Maestre de Bolk --acabó respondiendo Garth.

Jimak dejó escapar una risita ahogada.

--Vaya, vaya... --dijo sonriendo--. Así que nuestra venganza apunta muy arriba, ¿eh?

--Ocurrió hace cinco años, varias lunas después del Festival --le explicó Garth--. Leonovit y yo luchamos porque él había tomado a mi hermana contra su voluntad, y varios esbirros suyos me atacaron por la espalda cuando estaba empezando a vencerle. Fui llevado ante el Gran Maestre y se me acusó de haber quebrantado la paz, y como castigo me sacaron el ojo. Después me despojaron de mi bolsa y me exilaron.

--Así que ahora has vuelto para vengarte...

--Algo así.

--¿Y por qué nadie se acuerda de ti? Naru lleva décadas sirviendo a la Casa de Bolk.

--¿Te acuerdas del número de luchadores de bajo nivel a los que destruiste o dejaste lisiados en tus tiempos de combates?

Jimak volvió a reír.

--Son como moscas molestas --admitió.

--He sido olvidado, pero no he olvidado lo que se me hizo --dijo Garth.

--Bien, ¿y por qué yo?

--¿Y por qué no? Sé que te gustan mucho estas cosas --Garth señaló los tesoros esparcidos sobre la mesa--. Puedo conseguirte más. Puedo conseguirte más en la arena, y luego puedo conseguirte más en forma de comisiones en cuanto haya terminado el Festival. Y puedo dañar a una Casa rival. Hoy ya he hecho eso por ti.

--Traicionaste a Tulan y a la Casa de Kestha.

--¿Ese cerdo obeso?

Garth dejó escapar un resoplido despectivo.

Jimak alzó la mirada hacia Garth.

--Es un Maestre de Casa --dijo secamente--. Debería cortarte la lengua por osar hablar así.

--Y si lo hicieses y se la ofrecieras a Tulan, entonces la devoraría cruda --replicó Garth--. Es un cerdo, un hombre sin honor y sin modales... Es una criatura vil y repugnante.

Jimak se reclinó en su asiento, y una risita estridente y quebradiza escapó de sus labios.

Garth metió la mano en su túnica, sacó de ella una bolsita de cuero y la arrojó sobre la mesa.

Jimak la contempló en silencio durante un momento y después la abrió con nerviosa impaciencia. Extrajo el rubí que contenía, lo sostuvo cerca de la lámpara y lo estudió con gran atención.

--Mientras cuente con la protección y el cobijo de esta Casa y pueda llevar su librea, no necesitaré estas cosas --dijo Garth--. Considéralo como una ofrenda respetuosa, una aportación al fondo de asistencia para los luchadores seniles. Debería añadir que tengo más, pero están escondidos en un sitio que sólo yo conozco. Si todo sale bien, podrán ser añadidos al fondo a su debido tiempo.

Jimak ni siquiera se tomó la molestia de mirar a Garth, y se limitó a asentir con la cabeza sin desviar la atención del rubí.

--Es realmente exquisito... No tiene ni un solo defecto --dijo por fin.

--¿Trato hecho, pues? --preguntó Garth.

--Sí, sí --replicó Jimak, que seguía absorto en la gema--. Para el fondo de pensiones, por supuesto... Puedes ser iniciado la mañana del primer día del Festival. ¿Has dicho que tenías más? --preguntó de repente, alzando la mirada hacia Garth.

Garth asintió, y Jimak sonrió y reanudó su examen de la gema. Garth esperó un momento, pero Jimak no dijo nada más. Garth le hizo una reverencia, salió de la habitación y cerró la puerta a su espalda. Cuando miró por última vez al Maestre de la Casa vio que seguía inclinado sobre la lámpara, estudiando el rubí como si fuese un libro de conocimientos arcanos que contuviera hechizos de los que nadie había oído hablar hasta entonces.

--Amo...

Garth se dio la vuelta y vio a Hammen oculto entre las sombras y haciéndole señas de que se acercara. Garth fue hacia él, y Hammen tiró de él y le metió en la pequeña alcoba donde había estado esperando.

--Fuí a dar un paseo cuando estabas descansando --dijo.

--¿Para ir en busca de algún burdel, ahora que tenemos dinero? --preguntó Garth.

--¡No, Garth, maldita sea! Fui al refugio... Después de todo, aún tengo una hermandad que dirigir y me pareció que debía buscar algunas informaciones si voy a andar metiéndome en líos a cada paso que doy junto a ti... Además, tenía el presentimiento de que había ocurrido algo.

--¿El qué?

Hammen desvió la mirada, abrió y cerró los puños, y después volvió a alzar la vista hacia él. Garth vio que sus ojos legañosos estaban llenos de lágrimas.

--Estaban muertos... Todos estaban muertos --dijo por fin.

--¿Qué ocurrió? --preguntó Garth, su tono era seco, gélido y distante.

--El Gran Maestre... Tendría que habérmelo imaginado, claro. Me di cuenta de que algo iba mal apenas llegué al callejón. Estaba demasiado silencioso, como si hasta las ratas se hubieran escondido... La puerta estaba entornada, y entré --Hammen guardó silencio un momento, respirando con dificultad--. Todos estaban muertos. Rico, Matu, Evanual, el viejo Nahatkim, el que no tenía piernas... Todos muertos. El resto de los hermanos había desaparecido. Espero que lograran escapar... aunque sospecho que fueron capturados. Los que dejaron allí primero fueron torturados, y luego les cortaron la cabeza y...

Hammen se calló.

--¿Te persiguieron? --preguntó Garth al ver que no seguía hablando.

Hammen asintió.

--Alguien entró en el escondite siguiéndome --dijo--. Salí corriendo por la parte de atrás, y bajé hasta nuestra cloaca.

--Sí, ya me había dado cuenta del olor.

--Volví hasta aquí, pero creo que me siguieron. Intenté despistarles en las cloacas. Tuve que regresar, ¿entiendes? Salí por donde sabía que había una ruta hacia esta Casa. Se estaban acercando mucho.

Garth asintió lentamente.

--Maldita sea, ¿por qué has tenido que volver? --le preguntó Hammen con repentina irritación.

--No sé de qué me estás hablando --murmuró Garth.

--Oh, lo sabes muy bien. Mis amigos... Todos han muerto por tu culpa.

--Te equivocas. No tengo ni idea de a qué te refieres --replicó Garth sin inmutarse--. Pero deja que te haga una pregunta... Ya habías perdido amigos con anterioridad, ¿no?

Hammen alzó la mirada hacia Garth. Las lágrimas resbalaron por sus sucias mejillas y dejaron una línea blanca en cada una.

--Sí, hace mucho tiempo... --dijo por fin--. En otra vida. Intenté

olvidarlo... Se fueron a la tierra de los muertos, donde creía que permanecerían para siempre.

Volvió a alzar la mirada hacia Garth y le contempló con los ojos llenos de ira.

--Ninguno de nosotros puede olvidar --murmuró.

--Y ahora están muertos --dijo Garth.

Garth se inclinó sobre Hammen, le puso la mano en el hombro y se lo apretó suavemente.

--Hammen, tienes que creerme: si hubiera sabido que tus amigos corrían peligro, habría hecho algo para salvarles. No creía que el brazo del Gran Maestre pudiese llegar tan lejos... Algo le está impulsando a actuar. Ya me lo esperaba, pero no me imaginaba que fuera a volverse hacia vosotros.

--Pero ahora ha llegado hasta ti a través de mí, ¿no?

--Creo que hay que hacer algo --dijo Garth, y echó a andar por el largo pasillo tirando de Hammen--. Tendremos que seguir removiendo el guiso.

* * *

--¿Qué quieres decir con eso de que está vivo?

Tulan escupió el trozo de pulpo hervido a medio masticar que había estado devorando y cogió una copa de vino.

--Pues que está vivo --replicó Uriah en voz baja.

--Imposible. Los luchadores de la Casa Marrón aseguran que le mataron, y varios de mis hombres vieron cómo estallaba entre una nube de humo verde.

--Sí, pero ese humo verde... ¿No podría haber sido un hechizo de ocultamiento?

Tulan engulló el vino y dejó caer la copa sobre la mesa con tanta fuerza que hizo añicos el fino tallo de cristal.

--Hemos visto a su sirviente, y también se afirmaba que había muerto --siguió diciendo Uriah--. Si el sirviente está vivo, entonces... Bueno, salvo que aparezca su cuerpo, debemos suponer que el Tuerto está vivo.

Tulan arrojó la copa rota al suelo, y lanzó una maldición mientras se chupaba el corte hecho en uno de sus dedos cubiertos de grasa.

--Bien, si sigue vivo... ¿Dónde está ahora? --preguntó pasados unos momentos.

--Creemos que con Jimak.

--¡En la Casa Púrpura! Ah, esa escoria miserable...

Tulan dejó escapar una carcajada que más parecía un rugido y se dio una palmada en el muslo.

--Antes me cortaría el cuello o, peor aún, me moriría de hambre que ir con esos miserables hijos de un gusano --dijo, y se puso muy serio--. ¿Por qué? --preguntó después en voz baja, como si estuviera hablando consigo mismo.

--Exactamente. Eso es justo lo que hay que preguntarse. Creo acertar al suponer que no le habrías castigado por lo ocurrido hoy, ¿verdad? Al contrario... Más bien le habrías recompensado, ¿no?

--Desde luego. Uno contra doce, y no olvidemos el magnífico trabajo de remodelación de las partes nobles de Naru... Maldición, Garth sería un auténtico prodigio en los combates de la arena.

--Pero te ha abandonado. Tú le diste cobijo e hiciste que dejara de ser un *hanin,* y así te lo ha pagado.

Tulan asintió con expresión pensativa.

--¿Y qué está tramando? --preguntó Uriah.

Tulan alzó la mirada y clavó los ojos en la pequeña silueta del sirviente del Gran Maestre.

--Averígualo --replicó secamente--. Y ahora, largo.

--Ya sabes que hay una recompensa de quinientas monedas de oro por su cabeza para quien se la entregue al Gran Maestre, ¿verdad? Tráele vivo y despojado de sus poderes, y la recompensa será doblada. Es más de lo que ganarías en la arena con las apuestas.

--¿Me estás ofreciendo un soborno?

--No, solo es una proposición comercial. Ya no está en tu Casa, ahora es una presa más. Si matas a Garth... Bien, entonces el dinero es tuyo.

--Creía que el Gran Maestre había emitido un interdicto que prohibía que los miembros de las Casas matarse entre sí en la ciudad salvo en la arena del Festival.

Uriah asintió con expresión pensativa, como si se estuviera enfrentando a un complejo dilema.

--Las reglas siempre tienen excepciones, y si se quiere dar con ellas basta con buscarlas --dijo por fin.

--Sospecho que al Caminante no le haría ninguna gracia oírte decir eso.

--El Caminante no está aquí --dijo Uriah con la voz repentinamente teñida de nerviosismo--, y nosotros sí, y lo que no se

diga cuando llegue no debe preocuparnos.

Uriah guardó silencio durante unos momentos antes de seguir hablando.

--Y recuerda que Garth el Tuerto te ha humillado --dijo por fin--. Llevaba tus colores, y los ha despreciado para cambiarlos por los de otra Casa. ¿Permitirás que todos digan que un luchador tuyo puede hacer algo semejante sin pagarlo muy caro?

Las palabras de Uriah surtieron el efecto que esperaba y Tulan dejó caer el puño sobre la mesa. El cuenco lleno de pulpo hervido se volcó, y su contenido se esparció sobre la mesa y el suelo con un chapoteo viscoso.

--Ten preparado el dinero, porque espero hacerme con él --dijo cuando su ira se hubo calmado--. Lo que quiero que respondas es si luego se me cuestionarán los métodos que emplee para apresarlo.

--No habrá preguntas.

_____ 6 _____

--¿Qué estamos haciendo, amo? --siseó Hammen, con la voz a punto de quebrarse a causa del miedo.

--Cierra el pico y haz lo que te diga.

--¿Es que pretendes volver allí?

Hammen señaló nerviosamente el extremo del callejón.

--Exactamente --replicó Garth--. Y ahora, muévete.

--Es una locura.

--Deberían tener a alguien vigilando el lugar por si eres tan estúpido como para volver --le explicó Garth.

--Sólo un idiota haría eso. No me insultes.

--Podrías tener algún tesoro escondido allí. Saben que te faltó tiempo para recuperarlo la primera vez, así que tal vez volverás allí dispuesto a correr el riesgo.

--Bueno... la verdad es que sí, hay algunos tesoros escondidos... --replicó Hammen en voz baja.

--Estupendo. Entonces nos los llevaremos, y ahora muévete de una vez.

Hammen ahogó un chillido cuando la daga de Garth le pinchó levemente en el trasero empujándolo al centro del callejón. Hammen giró sobre sí mismo dispuesto a esconderse de nuevo, pero la mirada furiosa de Garth lo detuvo.

--De acuerdo... Me rindo --murmuró mientras se frotaba el pinchazo.

--¿Puedo considerar eso como una declaración de intenciones? --siseó Garth--. Porque ya te han visto. Ahora muévete o te dejaré aquí.

Hammen mascullό una maldición y avanzó por el callejón moviéndose por las sombras y saltando ágilmente sobre los montones de basura mientras intentaba convencerse de que los esbirros del Gran Maestre ya no estarían allí. Pero pronto le invadió el mismo presentimiento de antes. El callejón estaba demasiado silencioso, y Hammen comprendió que no estaban solos.

Deseaba echar a correr y dejar atrás el viejo escondite, con la esperanza de que no le reconocerían y le dejarían pasar. Pero eso no iba a ocurrir, por supuesto. Sabían quién era. Ya le habían visto en una ocasión, y le reconocerían al instante.

Llegó a la puerta y la abrió rápidamente, tal como Garth le había ordenado que hiciese. Después lanzó un nuevo juramento y entró,

deslizándose hacia un lado de la puerta mientras cruzaba el umbral.

El golpe falló por muy poco, y el garrote pasó silbando por delante de su rostro. Hammen gritó, retrocedió tambaleándose y buscó refugio debajo de una mesa. Rodó por debajo de ella, se irguió tocando algo frío y rígido. Hammen reconoció a su viejo amigo Nahatkim porque el cuerpo no tenía piernas. Su mano se deslizó sobre el sitio en el que tendría que haber estado la cabeza, y sintió la pegajosa frialdad de la sangre coagulada.

Por lo menos la oscuridad total le daba alguna ventaja. Hammen sintió que una mano se movía junto a él, y reaccionó mordiéndola con tal salvajismo que casi dejó sin un dedo al hombre. La mano retrocedió y un aullido de dolor resonó en la habitación. Hammen salió de debajo de la mesa y fue hacia el agujero de la parte trasera de la habitación que daba a las alcantarillas. «Que los demonios se lleven a Garth --pensó--. Yo me largo de aquí.»

Llegó al agujero y se zambulló de cabeza..., para encontrarse con un golpe de una fuerza terrible que a punto estuvo de dejarle sin sentido.

Notó a través de una neblina de dolor y náuseas cómo unas manos le agarraban por detrás y le sacaban del agujero, mientras el hombre que había estado esperando dentro de la alcantarilla reía cruelmente y volvía a golpearle en la cara sólo para divertirse.

Hammen fue arrojado al suelo y alguien encendió una lámpara.

No podía ver con claridad, pero alzó la mirada y logró entrever dos rostros que le observaban sonriendo burlonamente. Llevaban prendas de cuero llenas de suciedad, pero Hammen comprendió que no estaba ante dos simples ladrones: eran guerreros del Gran Maestre, y sus rostros enérgicos de hombres bien alimentados flotaron delante de él mientras las risas llegaban a sus confusos oídos.

Uno de ellos se inclinó sobre Hammen, puso una mano ensangrentada ante sus ojos y volvió a cruzarle la cara.

--No le mates todavía --siseó el otro--. Quiero ocuparme de él cuando hayamos acabado.

--Cuando hayamos acabado, ¿eh? --dijo otra voz.

Sus párpados estaban empezando a hincharse, pero Hammen pudo ver tres hombres más entrando en la habitación. Estos eran luchadores capaces de utilizar la magia, y llevaban las túnicas polícromas del séquito del Gran Maestre. Cruzaron la habitación lanzando miradas desdeñosas a su alrededor, y uno de ellos se tapó la nariz con un pañuelo perfumado.

--¿Es el mismo hombre? --preguntó después.

--Creo que sí --replicó el luchador del centro--. Venga, hacedle hablar... Averiguad dónde está el tuerto.

El guerrero de la mano ensangrentada ya había desenvainado la daga que colgaba de su cinturón, y la acercó al rostro de Hammen.

--¿Puedo empezar con los ojos? --murmuró con voz sibilante.

--Me da igual por donde empieces, mientras no le cortes la lengua ni le mates.

Durante un momento Hammen no supo si el destello que lo invadió todo se debía a la llegada de la ceguera o a otra causa. Un instante después oyó un estridente alarido y sintió el calor. Hubo más gritos y el calor empezó a hacerse cada vez más intenso.

Hammen recorrió la habitación con la mirada, lo vio todo borroso y como velado por una extraña calina. Necesitó un momento para comprender que estaba dentro de un círculo de protección mágico mientras el resto de la habitación ardía, convertida en un infierno al rojo vivo. Sus cinco torturadores aullaban y se tambaleaban de un lado a otro con sus cuerpos envueltos en llamas.

La protección le escudaba del calor, pero el hedor de la carne quemada se filtraba a través del hechizo y tuvo que reprimir las náuseas. Cuando cesaron los frenéticos movimientos de los cinco hombres el fuego se apagó tan de repente como se había iniciado, y Hammen vio a Garth emergiendo de la humareda con el brillo de la furia ardiendo en su ojo.

El círculo de protección se desvaneció.

--¿Estás bien? --preguntó Garth.

--La verdad es que no, maldita sea... --replicó Hammen--. Creo que he perdido un diente.

--Tenía que asegurarme de que todos entraban en la habitación. Sabía que no te harían mucho daño hasta entonces. Lo siento.

Garth puso las manos sobre las sienes de Hammen y el dolor se esfumó. Hammen sintió como si estuviera flotando, pero la sensación desapareció enseguida. Cerró los ojos y volvió a abrirlos. Podía ver con claridad.

--¿Son los que te atacaron antes? --preguntó Garth.

--Creo que sí.

Garth asintió y recorrió la habitación con la mirada.

--Lamento que los cuerpos de tus amigos hayan tenido que acabar así --dijo--. Me temo que los he quemado.

--Bueno, a ellos ya les daba igual --replicó Hammen sin

inmutarse--. Además, la pira también atrapó unos cuantos chacales para que sean sus sirvientes en la tierra de los muertos, así que todo se ha hecho tal como debía hacerse --Hammen guardó silencio un momento antes de seguir hablando--. Gracias, Garth.

--Me he limitado a seguir con mi plan.

--Creo que había algo más que eso --dijo Hammen.

Garth masculló una maldición y se puso en pie.

--¿Quieres recoger tus tesoros? --preguntó--. Bien, pues hazlo y luego será mejor salir de aquí deprisa... La bola de fuego les pilló por sorpresa, pero es muy espectacular y no habrá pasado desapercibida. Pronto llegarán otros esbirros, y quizá sean demasiados para mí.

Hammen pasó por encima de un cadáver calcinado y fue hasta la chimenea. Metió la mano dentro, apartó un ladrillo, cogió una pesada bolsa que estaba escondida dentro del hueco y se la puso debajo de la túnica. Después volvió a cruzar la habitación y se detuvo. Sacó la bolsa y extrajo de ella cuatro monedas de oro y las arrojó sobre los cuerpos de sus cuatro amigos.

--Para el barquero --le dijo a Garth, y por su tono casi parecía estar pidiendo disculpas.

--Salgamos de aquí. Alguien se acerca --replicó Garth.

Se apartó de la puerta y fue hacia la parte de atrás de la habitación. Hammen le siguió, deteniéndose un momento para escupir sobre el cadáver de un luchador, y después fue hacia el agujero con Garth detrás de él.

--Guíame a la Casa Fentesk --dijo Garth.

--¿Por qué allí? --preguntó Hammen.

--¿Acaso supones que no habrán apostado vigilantes en los caminos que llevan a Ingkara? --replicó Garth, y Hammen emitió un gruñido de asentimiento.

Garth siguió a Hammen a través de la oscuridad estigia de las alcantarillas, tosiendo a causa de los vapores pestilentes, y soltó un chorro de maldiciones cuando el repugnante líquido subió por sus botas y empezó a meterse dentro para chapotear entre los dedos de sus pies.

--No puedo verte --murmuró.

--Pues haz algo para que tengamos un poco de luz --replicó Hammen.

Garth desenvainó su daga y la alzó sobre su cabeza. Un instante después la hoja empezó a brillar emitiendo una suave claridad. Garth miró a su alrededor y sintió un escalofrío. Los muros de la alcantarilla

rezumaban un líquido viscoso y maloliente. Pasaron junto a un angosto canal lateral, y los ecos de los movimientos de las ratas brotaron de él cuando las alimañas se apresuraron a alejarse de la luz. Garth volvió la mirada hacia aquel angosto conducto y vio el brillo de muchos ojillos. Hammen avanzaba deprisa sin dar muestra de vacilación o miedo desviándose primero en un sentido y luego en otro, y Garth se tambaleó detrás de él intentando no quedar rezagado. Los escalofríos que recorrían su cuerpo se fueron haciendo cada vez más intensos e incontenibles. Los muros parecían inclinarse sobre él como recuerdos pesadillescos en un sueño del que no podía despertar. Hammen se volvió hacia él y le miró.

--¿Garth?

Garth se sobresaltó y alzó la mirada, pero no dijo nada.

--¿Qué ocurre, muchacho? --preguntó Hammen.

Garth le miró fijamente, cada vez más sorprendido, e intentó controlar los repentinos temblores que se adueñaban de su cuerpo. Mientras le miraba percibió algo extraño que parecía ocultarse en los ojos legañosos del viejo.

La pesadilla se fue acercando cada vez más, como si se dispusiera a consumir su alma. Garth retrocedió hasta apoyar la espalda en la pared de la alcantarilla, y la luz de la daga que iluminaba su camino se debilitó hasta convertirse en un chisporroteo vacilante.

--¿Qué pasa, Garth?

--No lo sé... No lo sé.

Hammen fue hacia él, extendió el brazo y le agarró por la manga como si quisiera sostenerle.

--No, no me lleves allí... ¡Quiero volver! --gritó Garth.

Se debatió como si intentara soltarse de la mano de Hammen, pero sus movimientos eran tan torpes y vacilantes como si todas sus reservas de energía se hubieran disipado de repente.

--¡Garth!

Garth le miró fijamente. Su ojo parecía a punto de salir de la órbita.

--¡Quiero volver! --gritó.

Garth se envaró. Un jadeo ahogado escapó de sus labios, y durante un momento se dobló sobre sí mismo como a punto de vomitar. Cuando volvió a alzar la mirada hacia Hammen, sus rasgos estaban tan tensos y pálidos como si acabase de salir de un sueño febril que se iba disipando poco a poco.

--¿Qué has dicho? --preguntó.

Hammen guardó silencio durante un momento.
Garth apartó a Hammen, y la daga volvió a arder con la brillante claridad de antes.
--Sigamos --dijo Garth con voz enronquecida, mientras se frotaba el ojo como si quisiera borrar lo que acababa de ver y sentía la humedad de las lágrimas en su mano.
--¿Galin?
La voz de Hammen apenas había sido un murmullo.
Garth se volvió hacia él.
--¿Qué has dicho? --preguntó en voz baja.
Hammen guardó silencio, y acabó meneando la cabeza con expresión entristecida.
--Nada, amo, nada... --susurró--. Bien, justo delante de nosotros hay una salida de las alcantarillas que se encuentra detrás de la Casa de Fentesk.
Hammen se deslizó por un conducto tan estrecho que Garth tuvo que inclinarse y reptar sobre las manos y las rodillas. Su respiración se había convertido en una entrecortada serie de jadeos y gruñidos, y el sudor perlaba su rostro a pesar de que la alcantarilla estaba tan fría y húmeda como una tumba.
Hammen acabó deteniéndose y señaló hacia arriba. Garth se reunió con él, alzó la mirada y vio la reja sobre sus cabezas. Se puso en pie, la apartó con cautela y echó un vistazo.
Después salió por el hueco, se inclinó y extendió los brazos, izando a Hammen y sacándole de la oscuridad.
--Bien, ¿dónde vamos ahora? --preguntó Hammen en cuanto estuvo fuera de la cloaca.
--Creo que volver a la Casa Púrpura no sería muy buena idea --dijo Garth en voz baja.
Llevó a Hammen hacia las sombras que se acumulaban delante de la Casa de Fentesk. Se detuvo al lado de una pequeña fuente y se sacó las botas, las lavó y volvió a ponérselas. Después se echó agua sobre la túnica y los pantalones para eliminar la mugre de las alcantarillas. Hammen le contempló en silencio.
--Te siguieron la pista --dijo Garth por fin--. Alguien tuvo que entregar un informe, ¿no? Y después de nuestra pequeña venganza, nos buscarán con más encarnizamiento que nunca.
--Gracias, amo --murmuró Hammen.
--¿Por qué me das las gracias? --replicó Garth con tristeza--. De no haber sido por mí, tus amigos seguirían con vida.

--No podías saber lo que iba a ocurrir.

--Tendría que haberlo sabido.

--Aun así, te doy las gracias en nombre de las sombras de mis amigos.

--Cállate de una vez.

--¿Qué te ocurrió cuando estábamos allá abajo? --preguntó Hammen, y movió la cabeza señalando la reja de alcantarilla por la que acababan de salir.

--Supongo que era algún sortilegio --se apresuró a responder Garth--. Bien, salgamos de aquí.

--¿Dónde iremos?

--A la Casa de Fentesk. ¿A qué otro sitio podríamos ir?

--Oh, amo, maldita sea... Otra vez no.

Garth salió de las sombras sin hacer ningún caso de las palabras de Hammen y fue hacia la fachada del edificio.

* * *

--¡Exijo que abras la puerta y nos permitas registrar el edificio!

Jimak pegó un ojo al ventanuco de la gruesa puerta principal de la Casa de Ingkara.

--Careces de autoridad para pedir algo semejante --replicó sin inmutarse.

Uriah alzó la mirada hacia la puerta. El luchador enano se irguió en una postura desafiante, y una débil claridad empezó a arremolinarse a su alrededor.

--Aquí dentro tengo ochenta y nueve luchadores --dijo Jimak con voz gélida--. Si intentas algo, ten por seguro que los trocitos de tu cadáver sembrarán las calles.

Uriah vaciló un instante y acabó mirando por encima de su hombro.

--Abre, Jimak.

El Maestre de Ingkara no pudo ocultar su sorpresa al enterarse de que el Gran Maestre en persona se hallaba al otro lado de la puerta. No había hecho caso de la convocatoria para acudir a su palacio a medianoche, pero el hecho de que el Gran Maestre se rebajara hasta el extremo de venir a la Casa de Ingkara era algo asombroso.

--No te abriré ni a ti ni a nadie --replicó por fin--. Estás quebrantando todos los pactos con las Casas al presentarte aquí y exigir registrar el edificio.

--Ya sabes que mis luchadores me proporcionan la fuerza suficiente para tomar tu Casa, Jimak --dijo el Gran Maestre con voz gélida--. Están esperando mis órdenes al otro lado de la esquina, y derribarán esta puerta en cuanto las reciban.

Jimak ladeó la cabeza, escupió y volvió nuevamente la mirada hacia la puerta.

--Y después los luchadores de tres Casas asaltarán tu palacio antes de que amanezca --replicó--. Puede que nos odiemos los unos a los otros, pero siempre nos uniremos contra ti si intentas imponernos tu voluntad.

--¿Igual que ocurrió con la Casa Turquesa? --murmuró el Gran Maestre.

Jimak miró por encima de su hombro y acabó volviendo la cabeza hacia el Gran Maestre.

--Eso fue distinto --dijo por fin--, y además los otros Maestres nunca se aliarían contigo para atacarme.

--Y esto también es distinto. Abre ahora mismo y entraré solo. Esperar delante de tu puerta supone una humillación para mí, y tengo intención de recuperar la dignidad perdida de una manera u otra. Abre de una vez, Jimak.

Jimak titubeó, y acabó retrocediendo e inclinó la cabeza indicando a dos luchadores que quitaran la gruesa viga que bloqueaba la puerta. El Gran Maestre se deslizó por el hueco, y la puerta se cerró con un golpe seco detrás de él.

--Si no estoy fuera de aquí cuando suene la primera campanada, este edificio quedará convertido en una ruina humeante --dijo con altivez nada más entrar.

--¿Tanto temes por tu integridad? --preguntó Jimak en un tono levemente burlón.

--Sólo quería dejar claras las cosas. En cuanto a lo que temo, sé que en estos momentos hay motivos para que todos sintamos miedo.

Jimak movió una mano indicando al Gran Maestre que le siguiera por el pasillo hasta su despacho, y cerró la puerta detrás de ellos en cuanto hubieron entrado.

--Bien, ¿de qué se trata? --preguntó.

--¿Por qué ignoraste mi llamada para comparecer ante mí? --replicó secamente el Gran Maestre.

--¿A medianoche? Hubiese hecho lo mismo aunque fuera el mismísimo Caminante quien lo hubiera ordenado. Soy un Maestre de Casa, y no respondo a ese tipo de llamadas vengan de quien vengan.

--Ya veo. Mis disculpas por no haber enviado un palanquín y una falange de mujeres medio desnudas arrojando flores a tu paso, pero el asunto es urgente.

--Ese tipo de seducciones carecen de significado para mí --replicó Jimak sin inmutarse--. Pruebalas con Varnel. Creo que en su caso darían buen resultado.

El Gran Maestre se dejó caer en un sillón sin esperar a que Jimak le ofreciera la hospitalidad de su despacho.

--Escucha con atención, Jimak: vivimos en un equilibrio mutuo --murmuró--. Yo gobierno esta ciudad y esta tierra, mi poder está contrapesado por los príncipes, pero sobre todo por el poder de las cuatro Casas. Ninguno de nosotros está por encima de los demás. Yo soy más fuerte que cualquier par de Casas juntas, y si os unierais contra mí... Bueno, entonces los cuatro seríais más fuertes que yo. Mas vosotros estáis divididos por rivalidades mutuas, y yo me encargo de asegurar que todo siga igual. Todos conocemos el juego. Las cosas son así porque así las creó el Eterno cuando el mundo y el maná era joven. Pero debemos pasar aquí toda la vida, y el Caminante sólo acude una vez al año para el Festival.

--¿Por qué me aburres con este discurso? --preguntó Jimak.

--Por que me temo que ahora algo amenaza ese equilibrio del que te hablaba, al igual que ocurrió hace veinte anos.

--¿Oor-tael? --preguntó Jimak en voz baja.

El Gran Maestre asintió.

--A quienes destruimos porque habían desafiado los deseos del Caminante --dijo.

--Por aquel entonces no era más que un Gran Maestre --replicó secamente Jimak--, así que deja ese tono de reverencia. Quería atravesar el Velo entre los mundos y, francamente, me importa un comino el que lo haya conseguido o no. Le entregué mi tributo de maná por la sencilla razón de que quería que saliera de mi vida para siempre, y me alegra muchísimo que se haya ido. El único problema es que te eligió a ti como el nuevo Gran Maestre.

--Y debería haberte escogido a ti, ¿verdad?

Los labios de Jimak se curvaron en una sonrisa helada.

--Ninguno de los cuatro Maestres de Casa habría tolerado semejante aumento de poder para un rival --siguió diciendo el Gran Maestre--. En cuanto al poder que me otorga mi puesto, Tulan es demasiado cobarde, Varnel está demasiado absorto en los placeres de la carne, y Kirlen... Bueno, ella sencillamente lo deseaba

demasiado.

--Y los demás me odian demasiado, ¿no? --preguntó Jimak con irritación.

--Algo por el estilo --replicó Zarel sin inmutarse.

--Y el honor fue a parar a tus manos. El esbirro rastrero y cobarde obtuvo su recompensa.

Zarel se enfureció visiblemente.

--Hice mi trabajo a su servicio, y él me recompensó --dijo.

--Y consideras que tu manera de ejercer el cargo es preferible a la anterior, ¿eh? --replicó Jimak--. Por lo menos Kuthuman estaba tan absorto en su gran empresa que su gobierno no nos resultaba tan insoportable. Pero tú... Tú has corrompido el Festival para tener contenta a la turba, que siempre quiere ver más y más sangre... El año pasado perdí a cuatro buenos luchadores en la arena y otros quedaron tan lisiados que ahora sólo sirven para montar guardia ante la puerta de algún comerciante. ¿Cuántos combates a muerte ofrecerás este año para aumentar las apuestas?

--Necesito dinero, Jimak, y el populacho siempre apuesta más monedas cuando hay sangre en juego. Además, los luchadores también lo desean así, en los combates a muerte pueden vengarse de sus rivales y ganar toda una bolsa en vez de solo un hechizo. Consiguen en un momento lo que de otra manera les hubiese exigido años de trabajo.

--¿Y para qué necesitas todo ese dinero? ¿Para comprar maná en el mercado negro? ¿Para sobornar príncipes a fin de obtener el maná de esos luchadores de mi Casa que parecen morir por causas misteriosas mientras cumplen algún contrato y cuyas bolsas luego desaparecen? Deseas convertirte en un Caminante, ¿verdad?

Zarel sonrió.

--¿Y quién me sucedería si eso llegara a ocurrir, Jimak? ¿Uriah, un enano jorobado? Nadie le seguiría. ¿Quién crees que me sucedería?

--Estás dando a entender que podría ser yo.

--¿Por qué no?

--Y sin duda ya habrás hecho esa oferta a los demás.

--No soy tan estúpido como para meterles esas ideas en la cabeza.

Jimak dejó escapar un bufido despectivo.

--Oh, pues claro que eres capaz de hacerles esa oferta... No creas que soy idiota, Zarel. Intentarás enfrentarnos los unos a los

otros.

Zarel dejó escapar una risa helada.

--Podría hacerles esa oferta, pero... Bueno, ¿les estaría diciendo la verdad? --replicó--. No merecen ser tomados en consideración, pero tú sí lo eres.

Zarel guardó silencio un momento antes continuar.

--Si cooperas... --añadió por fin.

Jimak rió y meneó la cabeza, pero Zarel vio que sus palabras habían dado en el blanco. Jimak despreciaba a los otros tres Maestres, la mera idea de que pudieran estar por encima de él si alguna vez Zarel lograba penetrar el Velo tenía que resultarle inconcebible.

Jimak asintió como si acabara de recibir una información creíble. «Pero supongamos que... --pensó--. Bien, supongamos que pudiera traicionar a este hombre entregándole al Caminante justo antes de que diera el paso decisivo en su plan, o que pudiera provocar su caída... Entonces yo sería el nuevo Gran Maestre, pues Zarel tiene razón en que Uriah no vale para el puesto. Entonces, a mi vez, yo podría triunfar allí donde hubiera fallado Zarel.»

Zarel sonrió mientras contemplaba los rasgos de Jimak e intuía todo lo que estaba pasando por su mente.

--Has venido aquí por otras razones aparte de eso --acabó diciendo Jimak.

--He venido porque algo muy raro está ocurriendo con ese tuerto.

Jimak dejó escapar un resoplido y sonrió.

--Te ha creado muchos problemas, ¿verdad? --preguntó.

--Hay algo más que eso.

--He oído un rumor sobre que tres de tus luchadores han tenido un mal encuentro --dijo Jimak, y soltó una risita ahogada--. ¿Es eso lo que te ha traído aquí?

El Gran Maestre volvió a enfurecerse.

--Ya conoces la ley --dijo secamente--. El que os matéis los unos a los otros en las calles fuera de la arena ya es un grave delito..., pero quien mata a mis luchadores comete un crimen castigado con la pena capital.

--Eso ocurre todos los años. Nuestros luchadores son impetuosos y temerarios, muy difíciles de refrenar... Supongo que no esperarás que podamos controlar a más de trescientos luchadores durante los días anteriores al Festival, ¿verdad? Las muertes son algo inevitable. Las viejas rivalidades, los viejos agravios... No se puede luchar contra

eso.

--Esto es algo distinto. Piensa en lo que está ocurriendo, Jimak... El caos sigue a este hombre vaya donde vaya.

Jimak se rió.

--Y los Marrones y los Grises están pagando las consecuencias de ese caos.

--Y después te tocará a ti.

Jimak no dijo nada.

--Su pista llevaba hasta aquí --siguió diciendo Zarel--. Al principio sentí la tentación de asaltar esta Casa para dar con él, especialmente cuando me mentiste diciéndome que no estaba aquí.

--No te mentí --replicó Jimak sin inmutarse--. Estuve buscándole después de tu llamada, aunque admito que era para recompensarle; pero se ha esfumado.

El Gran Maestre asintió.

--Eso es lo que comprendí por fin, y por ésa razón este edificio no se halla envuelto en llamas --dijo--. ¿Es que no ves como intenta que nos enfrentemos, como está explotando nuestros odios mutuos en su beneficio? Fíjate como creó aquí el escenario ideal para que tú y yo nos destrocemos mutuamente, yo por pensar que tú me mentías sobre su paradero y tú por defender tu honor.

Jimak siguió en silencio.

--Bien, así que no está aquí --dijo el Gran Maestre, y su voz era un murmullo enronquecido.

Jimak asintió como si apenas le prestara atención y sus pensamientos estuvieran muy lejos de allí.

--Excelente --dijo Zarel.

El Gran Maestre se puso en pie.

Jimak alzó la mirada hacia él.

--¿Por qué? --preguntó.

--¿Que por qué? --replicó Zarel--. Bueno, no estoy seguro... Tengo mis sospechas, pero no estoy seguro y no quiero revelarlas. Según las leyes de las Casas, si lleva los colores de una de ellas no puedo ponerle un dedo encima, ¿verdad? Sé que esta noche asesinó a tres de mis luchadores, aunque no tengo testigos. Cualquier Maestre puede resistirse a mis intentos de arrestarle. Pero quiero a ese hombre, y puedo añadir que el Caminante también quiere a Garth el Tuerto.

Jimak se removió nerviosamente en su asiento.

--¿Y cuál es la oferta? --preguntó por fin.

--Cinco mil monedas de oro, y nadie sabrá jamás que fuiste tú quien nos lo entregó.

--¿Le temes? --preguntó Jimak, y había una sombra de sarcasmo en su voz.

El Gran Maestre guardó silencio y acabó asintiendo con la cabeza.

Jimak inclinó la cabeza y pensó en el rubí guardado en su caja fuerte, y sopesó ambas cosas, tomándose su tiempo para compararlas y juzgarlas.

--Diez mil monedas de oro --dijo por fin.

El Gran Maestre sonrió.

* * *

--Puedo suponer que su conversación giró alrededor de mi persona --dijo Garth en voz baja.

Varnel Buckara, Maestre de Fentesk, se desperezó lánguidamente y asintió mientras despedía al mensajero que había observado la visita nocturna del Gran Maestre.

--Sospecho que no tardará mucho en llegar otro mensajero con una oferta --acabó diciendo Varnel.

--¿Y?

--La respuesta que dé a esa pregunta dependerá de cuál sea la oferta.

--Podría ser lo bastante convincente por el momento, desde luego, pero... ¿Y el futuro? --replicó Garth.

--Explícate, tuerto.

--La oferta a Jimak es fácil de adivinar, por eso vine a vuestra Casa. Lo domina la sed de oro, y esa clase de hombres resulta fácil de sobornar. En cuanto a Tulan y Kestha, podrían tentarles con un suministro interminable de algún vino o manjar exótico... En tu caso, señor, he oído comentar que tu debilidad son las mujeres, ¿no?

Varnel dejó escapar una risita.

--Según algunas fuentes, tienes cincuenta mujeres dentro de esta Casa --siguió diciendo Garth.

--Oh, tengo más..., muchas más.

Garth sonrió.

--Bien, ¿qué puede ofrecerte entonces? --preguntó--. Solamente otra mujer.

--Siempre está el exotismo, ¿no? Cada mujer es distinta --replicó

Varnel.

--Y todas son iguales. Además, el oro y la comida no hablan. Pero una mujer, y más si ha llegado a ti de las manos del Gran Maestre...

--Mejor emplea el plural, pues no bastaría con una.

--De acuerdo. ¿Cómo podrías confiar en ellas?

--La confianza no me interesa en lo más mínimo --replicó Varnel con una risita helada--. Nunca he sido tan estúpido, y cualquier hombre que llegue a tales extremos de idiotez debería ser ahogado como acto de misericordia.

--Con confianza o sin ella, tendrías en tu Casa a una mujer que ya habría pasado por las manos del Gran Maestre, y me atrevo a decir que no te gustaría aprovechar sus sobras.

--Vírgenes, mi buen amigo, vírgenes...

--También hay formas de utilizar a las vírgenes --replicó Garth--. Además, nunca sabrías bajo qué encantamiento podían hallarse. Un alfiler para el pelo hundido en tu cuello mientras estás absorto en tu éxtasis; una espía introducida en tu Casa para pasar información al Gran Maestre, tal vez incluso para esparcir rumores entre tus otras mujeres para que se vuelvan contra ti... Más de cincuenta mujeres ya son difíciles de manejar incluso en las mejores circunstancias, ¿no?

Varnel soltó un gruñido ahogado, y una sombra de preocupación nubló su rostro mientras Garth sonreía.

--¿Tienes una oferta mejor que hacerme? --acabó preguntando.

--No me dedico al comercio de mujeres --replicó Garth con sequedad, y la indignación que sentía resultó evidente en su tono--. Pero tengo un talento con el que ganar dinero en la arena.

--Lo cual me recuerda que mataste a uno de mis hombres --dijo Varnel con voz enronquecida.

--Si era lo bastante estúpido para dejarse matar en una pelea callejera no valía gran cosa. Tu honor quedaría más que restaurado haciendo que yo llevase tus colores. Aunque el oro signifique poco para ti, lo que ganaré para la Casa puede comprarte muchos placeres..., y serían unos placeres que no estarían manchados por las manos del Gran Maestre.

Varnel asintió lentamente y alzó la mirada hacia Garth.

--Pero traicionaste a Tulan y a Jimak --dijo--. ¿Voy a ser el siguiente?

--Tulan es un cerdo, y Jimak está dominado por la codicia --replicó Garth--. Considerando lo mal que nos llevamos el Gran Maestre y yo, creo que aquí al menos estaría protegido por un color que no me

vendería.

--Puedes llevar el Naranja.

--Gracias, mi señor.

--Y si me traicionas, te prometo que cuando haya terminado contigo la muerte será una liberación placentera.

--Por supuesto, mi señor.

Garth le hizo una gran reverencia y se retiró. Antes de que la puerta se cerrara, tuvo un fugaz atisbo de varias siluetas desnudas que entraban en la habitación por un acceso oculto, y pudo oír el gruñido de nerviosa expectación de Varnel cuando la puerta se cerró para ocultar sus placeres secretos.

--Creo que esto no ha sido nada prudente, amo.

Garth no dijo nada, y Hammen se puso a su lado.

--Te has cambiado de ropa, pero no te has lavado --dijo por fin.

--Un baño al año, tanto si hace falta como si no, es más que suficiente para cualquier hombre.

Garth no dejó de lanzar miradas recelosas a su alrededor mientras iban por el pasillo hacia los cuarteles de la Casa. Acababa de sonar la segunda campanada, y los luchadores estaban empezando a despertar.

Garth podía oír los susurros que iban siguiéndole mientras avanzaba. Se detuvo para preguntar el camino a un guardia, después bajaron por un largo tramo de escalones y luego dejaron que el olfato les guiase hasta la sala de banquetes.

Los luchadores y las luchadoras ya empezaban a reunirse alrededor de algunas mesas. Garth fue hasta una mesa de un rincón, y movió una mano indicando a Hammen que le siguiese.

--No veo a ningún sirviente comiendo aquí, amo.

--Pues vas a comer aquí, Hammen. Y ahora, ve a traerme un poco de carne.

Garth se sentó sobre un escabel y se echó hacia atrás hasta que hubo apoyado la espalda en la fría piedra del muro. Hammen volvió trayendo dos platos llenos de rodajas de cerdo asado y dos enormes copas de vino.

Garth desenvainó su daga, cogió una rodaja de cerdo y empezó a masticarla lentamente mientras recorría la sala con la mirada.

Los luchadores seguían entrando, y todos se volvían para mirarle. Un zumbido de conversaciones susurradas no tardó en llenar la sala.

--Creo que va a haber problemas --dijo Hammen en voz baja.

--¿Estás preocupado?

--Después de los líos en que me has metido hasta ahora... Sí, la verdad, estoy algo preocupado. Toda la Casa está aquí, Garth.

--Cómete la carne y no hables.

Garth cortó otro trozo de cerdo y siguió masticando. La comida no era tan buena como en la Casa de Kestha. De la obsesión culinaria de Tulan también se beneficiaban en parte sus luchadores, pero aun así esta comida de la Casa Naranja era superior a la que había mantenido con vida a Garth durante los últimos años.

Comió en silencio sin dejar de observar a los hombres y mujeres que se suponía habían pasado a ser sus camaradas. Uno de ellos acabó levantándose de su mesa, y su escabel cayó al suelo con un estrépito. La sala quedó sumida en el silencio. El luchador se colocó bien la bolsa y fue hacia Garth.

--Amo...

--Silencio.

El luchador se detuvo frente a la mesa de Garth y Hammen, y unos cuantos luchadores más que habían estado sentados con él se levantaron y le siguieron.

--Sólo los luchadores pueden comer aquí --gruñó--. Los sirvientes y la escoria comen en el sótano.

Hammen se removió nerviosamente en su asiento como dispuesto a levantarse.

--Siéntate, Hammen --ordenó Garth.

Hammen le miró.

--Oh, no... Otra vez no --murmuró.

--Me gusta disfrutar de su compañía --dijo Garth.

Cortó otro trozo de carne y se puso a masticarlo como si la conversación hubiera terminado.

--¡Sal de aquí ahora mismo, basura! --rugió el hombre, y agarró a Hammen por el cuello de la túnica y empezó a tirar de él para levantarlo de su asiento.

Garth alzó la mirada y el hombre soltó a Hammen dejando escapar un aullido de dolor.

--¡Nada de magia! --gritó alguien.

Una mujer alta de rostro anguloso y abundante melena pelirroja fue hacia ellos, y los otros luchadores retrocedieron apartándose para dejarla pasar. Garth la miró fijamente, calculó que se encontraba ante una luchadora de noveno o décimo nivel y con autoridad sobre los otros luchadores.

--En esta Casa nada de magia contra los que llevan tu color --dijo

la mujer con visible irritación.
Garth clavó la mirada en su rostro.
--Pues entonces diles que mantengan las manos alejadas de mi sirviente --replicó.
La mujer apoyó las manos en las caderas.
--Te tienes por un gran luchador, ¿verdad, tuerto?.
--Bueno, de momento voy tirando.
--Si quieres formar parte de esta Casa tendrás que vivir según sus reglas. Nadie usa la magia contra alguien de tu color salvo en los entrenamientos.
--Y todos deben respetar mis derechos, mi bolsa y mis propiedades. Este hombre es de mi propiedad.
A Hammen se le escapó un resoplido despectivo y fulminó a Garth con una mirada llena de malevolencia.
--¡Es el que mató a Okmark en ese combate callejero! --gritó alguien desde el fondo de la sala.
--Okmark cometió una estupidez desafiando a un *hanin* sobre el que nada sabía, y el desafío a muerte lo lanzó él, no yo --replicó secamente Garth--. Además, Okmark era una continua fuente de vergüenza para la Casa de Fentesk.
Un murmullo de irritación recorrió la sala.
--Creo que necesito salir a dar un paseo --susurró Hammen, y empezó a levantarse.
--No te muevas de donde estás --le ordenó Garth, y Hammen se quedó inmóvil.
--He oído contar que venciste a Naru --dijo la mujer.
--Sí.
--¿Crees que puedes vencerme?
Garth alzó la mirada hacia ella y sonrió.
--¿Quieres que lo averigüemos? --preguntó con dulzura.
La mujer se inclinó ante él en una burlona reverencia, y extendió las dos manos hacia adelante en el gesto ritual del luchador que acepta un desafío.
La mujer salió de la sala con Garth detrás. Los otros luchadores se apresuraron a seguirles entre un estrépito de taburetes que caían al suelo y gritos de excitación. La mujer subió por el tramo de escalones que llevaba a la sala, giró a la izquierda y fue por un largo pasillo con las paredes recubiertas de una hermosa madera oscura e iluminado desde el techo por vidrieras de colores. Al legar al final abrió de par en par las dos hojas de la puerta que daban a un recinto circular de unos

treinta pasos de ancho, con filas de bancos pegados a las paredes que no tardaron en ser ocupados por los otros luchadores de la casa. En la arena había media docena de luchadores, unos en sus ejercicios matinales con dagas, otros practicando sus hechizos, y uno de ellos se esforzaba por controlar un equipo de trasgos contra los guerreros enanos de su oponente.

--Despejad la arena --ordenó la mujer.

Los luchadores alzaron la mirada hacia ella, y un instante después sus esbirros mágicos desaparecieron entre una humareda y los luchadores se apresuraron a salir de la arena.

La mujer entró en el círculo.

--Debes guardar unas pocas reglas: nada de fuego, nada de criaturas que transmitan enfermedades y ningún hechizo que pueda quedar fuera de control o causar daños en la Casa --dijo.

--Antes de empezar, quisiera saber algo sobre este duelo... ¿Es una mera competición de habilidad, una apuesta por un hechizo, o un combate a muerte? --preguntó Garth, aunque su tono insinuaba que le daba igual lo que fuese.

--Ya deberías saber la respuesta --replicó secamente la mujer--. A menos que tengamos el permiso del Maestre, sólo puede tratarse de una competición de habilidad.

--Bien, ¿y cuentas con el permiso del Maestre?

La mujer sonrió con dulzura.

--Todavía no --replicó.

--Bien, pues entonces que sea una competición de habilidad --dijo Garth.

Garth entró en el cuadrado neutral del extremo más alejado de la arena mientras su oponente entraba en el suyo.

Después esperó hasta que otro luchador dio un paso hacia adelante para actuar como maestre del círculo y alzó las manos.

Ambos contrincantes se inclinaron el uno ante el otro, y volvieron a inclinarse ante el maestre del círculo. Éste dio tres palmadas, y retrocedió de un salto a la tercera. La mujer saltó a la zona de combate moviéndose con la agilidad de una pantera, y apenas lo hizo Garth se tambaleó bajo el impacto de una descarga psiónica que le dejó sin fuerzas. Retrocedió con paso vacilante, sabiendo que el hechizo era tan poderoso que también causaría daños a su oponente, aunque los sufridos por él siempre serían mucho más graves.

Un grito aprobador surgió de las bocas de los espectadores ante la audacia del ataque.

Garth por fin logró mover las manos y alzó una barrera de protección para bloquear el ataque, con lo que concedía la ofensiva a su adversaria. Unos instantes después la mujer ya había acumulado más maná, y una pequeña hueste de trasgos se materializó en el centro de la arena y varios lobos aparecieron a ambos lados de la mujer. Tanto los lobos como los trasgos se lanzaron sobre Garth.

Pero la arena delante de este se ensombreció y hubo un helado vendaval acompañado de un potente trompeteo. Un enorme mamut surgió en el centro de la contienda y sus patas empezaron a pisotear a los trasgos. Los lobos interrumpieron su carga sobre Garth, y retrocedieron para pegarse a las paredes de la arena mientras el mamut iniciaba un nuevo y atronador ataque agitando su gruesa trompa de un lado a otro para atrapar al último trasgo que quedaba con vida.

Otra neblina mágica osciló en el aire y de ella surgieron centenares de ratas. Sus ojillos rojos como ascuas relucían con el brillo del hambre, y se lanzaron sobre el mamut y saltaron sobre sus patas, hundiendo sus afilados dientes en la carne. Más y más ratas trepaban por los flancos del mamut aferrándose con sus garras al grueso pelaje, y desapareciendo en él.

La gran bestia empezó a lanzar chillidos de dolor. Garth se compadeció de ella, alzó una mano y la criatura desapareció. La masa de ratas que se habían estado aferrando a ella cayeron al suelo algo aturdidas, pero enseguida empezaron a buscar otra presa. Cargaron sobre Garth como impulsadas por una gran mano invisible, pero un instante después se detuvieron de una forma igual de brusca. Las ratas giraron sobre sí mismas y corrieron hacia la mujer, pero también se detuvieron y después volvieron a girar lentamente para regresar hacia Garth.

Los dos luchadores fueron lanzando hechizo tras hechizo para controlar la enorme manada de ratas, que tan pronto se volvían hacia Garth como hacia la mujer, mientras los lobos seguían dominados por el miedo y se mantenían alejados del combate. Unos cuantos animales se derrumbaron y agitaban las patas, acusando el choque de los poderes que se desataban a su alrededor.

La contienda continuó hasta que toda la arena brilló y palpitó con el poder mágico que la iba impregnando mientras los dos contrincantes trataban de dominar a la masa de ratas como demostración de su primacía sobre el otro. Un resplandor caliginoso empezó a acumularse alrededor de las dos siluetas y no tardó en

parpadear con potentes destellos hasta volverse tan deslumbrante que quienes estaban sentados cerca tuvieron que volver la cabeza para no quedar cegados.

De repente se oyó una especie de chasquido, como el crujido de algo que cede súbitamente. Las ratas giraron sobre sí mismas y atacaron a Garth.

Garth bajó la cabeza y entró en el cuadrado neutral, pero las ratas seguían viniendo hacia él. Garth permaneció inmóvil con los brazos pegados a los flancos. La primera rata ya había saltado sobre su garganta cuando la mujer alzó una mano. Todas las ratas desaparecieron, y los luchadores prorrumpieron en vítores y aclamaciones.

Garth volvió a entrar en la arena y le hizo una gran reverencia a la mujer. El maestre del círculo volvió a entrar en la arena de combate.

--La victoria corresponde a Varena de Fentesk --anunció.

Los vítores volvieron a hacer vibrar las paredes de la sala, y Garth se irguió mientras la mujer iba hacia él.

--Buen combate --dijo Varena en voz baja.

--Buen combate --murmuró Garth.

Después marchó hacia la salida sin prestar atención al gentío de luchadores de Fentesk que se agitaba y reía a su alrededor mientras intentaban aproximarse a Varena. Hammen estaba inmóvil a un lado de la salida.

--¿Cuánto dinero hemos perdido? --preguntó.

Hammen sonrió.

--¿Ni una moneda? --exclamó Garth con incredulidad.

--Si la hubieses vencido... Bueno, creo que no habrías salido vivo de aquí, y yo tampoco. Está claro que le tienen un gran respeto, ¿no?. Si ella no hubiese intervenido, habrías tenido que pelear con todos los que quisieran vengar al hombre que mataste la otra noche.

Garth miró fijamente a Hammen pero no dijo nada, y los dos salieron de la arena.

Una mano se posó sobre su hombro, y Garth se volvió.

--Buen combate, tuerto.

--Has sido una contrincante magnífica.

--No nos iría nada mal pasar un rato en remojo. Anda, ven conmigo... --le invitó Varena.

Alzó una mano señalando un angosto tramo de peldaños. Garth la siguió, y el aire se fue volviendo más caliente y húmedo. Entraron en una habitación tenuemente iluminada y llena de vapor. Las paredes

daban a pequeñas alcobas, y cada una contenía una bañera llena de agua muy caliente que se agitaba y burbujeaba. Varena se volvió hacia Hammen y clavó la mirada en él de una manera muy significativa.

--Bien, Hammen... O el baño, o te vas a dar un paseo --anunció Garth.

--Me iré a dar un paseo --replicó Hammen con una mueca levemente sarcástica, y desapareció por el tramo de peldaños.

--Realmente apesta, ¿sabes? --dijo Varena.

--Hammen es así --replicó Garth.

--Y tú tampoco hueles demasiado bien.

--Anoche tuve una pequeña aventura, y no me ha sido posible asearme debidamente.

Varena desanudó el ceñidor que rodeaba su talle y se sacó la túnica, desrizándola por encima de sus hombros con tranquila despreocupación. A Garth le resultaba muy difícil ignorar lo que estaba viendo. Había supuesto que su silueta sería bastante parecida a la de un muchacho, pero enseguida se dio cuenta de que la túnica era engañosa. Después Varena salió de sus pantalones y se quitó el taparrabos como si Garth no estuviese allí, dobló sus ropas y las colocó encima de un banco de piedra, aunque se llevó la bolsa consigo al entrar en una de las pequeñas alcobas. Bajó a la bañera circular, se estiró en el agua y dejó que su cuerpo flotara en ella mientras lanzaba un suspiro de satisfacción y dejaba su bolsa en el borde de la bañera.

Garth titubeó un momento, pero acabó desnudándose y cogió su bolsa al igual que había hecho ella. Después atravesó las nubes de vapor que se arremolinaban en el aire húmedo y caliente y entró en la pequeña alcoba.

--¿Estoy invitado? --preguntó.

Varena se irguió y asintió.

--Corre la cortina --dijo.

Garth obedeció, y después se metió en la bañera y se estiró al lado de Varena. Burbujas calientes que desprendían un leve olor a azufre bailotearon alrededor de su cuerpo, y Garth dejó que su agradable masaje fuera eliminando la tensión acumulada en sus músculos.

--Ese combate fue una farsa --dijo Varena por fin.

Garth la miró por primera vez desde que había entrado en la bañera. Varena estaba sentada en un banco sumergido, con lo que su

cuerpo quedaba totalmente expuesto de la cintura para arriba.

Garth se sentó delante de ella.

--¿Qué te hace pensar eso? --preguntó.

--Cada hechizo de réplica que arrojaste sobre las ratas apenas era una fracción más potente que el que yo había lanzado antes. Pude percibir tu maná en el primer momento, cuando te golpeé con la descarga psiónica... Creo que eres tan fuerte como yo.

Garth no dijo nada.

--Tendríamos que seguir luchando allí arriba, y sospecho que a estas alturas yo debería estar perdiendo --dijo Varena.

--Ganaste --replicó Garth.

--No me basta. ¿Por qué te dejaste vencer?

--No me dejé vencer.

Varena sonrió por primera vez desde que la conocía, y Garth se encontró devolviéndole la sonrisa. Sus ojos azul claro parecían llenos de diversión y curiosidad.

--Ganaste, y ahora todo el mundo lo sabe --dijo Garth en voz baja y suave.

--¿Pensaste que te ponía a prueba siguiendo órdenes de Varnel?

--¡Por supuesto que sí! Es tu trabajo, ¿no? Tienes que hacerlo con todos los nuevos luchadores que se unen a la Casa. También supongo que debías matarme, pero sólo de una forma que no resultara obvia..., digamos que después de un combate muy largo, y cuando los dos estuviéramos agotados y pudieras afirmar que había sido un accidente. Pero morir con la garganta desgarrada por ratas cuando ya estaba en el cuadrado neutral resultaba demasiado obvio, ¿verdad?

Varena le contemplaba sin contestar ni inmutarse.

--Tu honor sigue intacto y los otros luchadores me aceptarán, así que de momento no hay ningún problema --siguió diciendo Garth--. Ya tendrás alguna oportunidad de volver a enfrentarte conmigo en el futuro.

--Creo que podrías vencerme --murmuró ella.

Garth volvió a sonreír.

--Estamos dentro de un círculo y ambos tenemos nuestras bolsas a mano --dijo--. ¿Quieres volver a probar, o prefieres dejarlo para otra ocasión?

Varena le miró fijamente y no dijo nada.

Después se removió y cruzó la bañera hasta el banco en el que estaba sentado Garth, le rodeó los hombros con los brazos y le atrajo

hacia ella.

_____ 7 _____

Garth se metió en un callejón lateral procurando no hacer ruido mientras dejaba pasar a una patrulla de la Guardia cuyas antorchas proyectaron sombras sobre el suelo y las paredes.

--Bien, ¿y qué ha ocurrido esta vez? --murmuró Hammen.

--Hacía demasiado calor y empezaba a asfixiarme ahí dentro, nada más.

--¿Qué tal estuvo?

--¿A qué te refieres?

--Ya sabes a *quién* me refiero.

--Prefiero no hablar de ello.

--Prefiero no hablar de ello... --mascullό Hammen--. Soy demasiado viejo para esas cosas, no me deja mirar y encima me viene con que prefiere no hablar de ello.

Garth regresó hacia la calle principal, se subió el capuchón de su capa ocultando el rostro lo mejor posible y se unió al incesante fluir del gentío que deambulaba por una de las cinco grandes avenidas de la ciudad. Sólo faltaban dos noches para el Festival, y la atmósfera ya estaba cargada de una excitación que iría aumentando a medida que la ciudad se llenara a rebosar de visitantes llegados de pueblos tan alejados como Yulin o Equitar, a más de quinientas leguas de distancia.

Además de ser la prueba definitiva para todos los luchadores de las Tierras del Oeste, el Festival también era una época de mercado. Los comerciantes llegaban cargados con sus artículos y sus cuadernos de encargos. No eran simplemente buhoneros que traían las mercancías que podían cargar sobre una mula para venderlas en la ciudad, sino que se trataba de los propietarios de los grandes consorcios mercantiles que controlaban las caravanas, almacenes y galeones. Acudían a la ciudad no sólo para vender sus mercancías y obtener nuevos encargos, sino también para escoger a los luchadores que necesitarían para proteger sus empresas o perjudicar a las rivales.

También acudían al Festival los que se ganaban la vida entreteniendo a los demás, por lo que las calles se llenaban de malabaristas, cantantes, músicos y actores. Docenas de *hanin* se colaban en la ciudad a pesar de la prohibición del Gran Maestre, con la esperanza de que alguien se fijara en ellos y obtener así el preciado derecho a lucir un color antes de que les mataran. Los visitantes más importantes de todos los que venían para el Festival eran los

príncipes, barones, duques y señores que presenciaban los combates y pujaban por los contratos del año siguiente. La Paz de la Tierra también empezaba con el primer día de la luna y duraría hasta el último día del mes, lo que les permitía prepararse para la estación de las guerras que seguiría a ella, pues solían librarse a partir del final del Festival hasta el comienzo del invierno.

Garth vagabundeó por la calle y se detuvo a contemplar un grupo de malabaristas, uno de los cuales debía de ser un *hanin* capaz de controlar un hechizo, pues las bolas se convertían súbitamente en serpientes al subir por los aires, donde siseaban y agitaban sus cascabeles hasta que volvían a convertirse en bolas al descender. La multitud contemplaba la exhibición con expresiones apreciativas y desde una distancia prudencial. Algunos espectadores no paraban de burlarse del malabarista con la esperanza de romper su concentración y conseguir que acabara pillando al vuelo una serpiente venenosa, lo que sería un espectáculo mucho más divertido.

Garth siguió andando, y enseguida se dio cuenta de que todas las conversaciones a su alrededor se centraban en el Festival. Las hojas de apuestas se imprimían por millares, y cualquiera podía comprar una a cambio de unas monedas de cobre. Cada hoja contenía los efectivos de todas las Casas, y utilizaba un código arcano para describir al luchador, su historial y su adiestrador, los hechizos que se creía que poseía y, lo más importante de todo, sus victorias y derrotas de Festivales anteriores. Incluso había hojas para los analfabetos, mucho más vendidas que las escritas, llenas de dibujos y marcas.

La calle vibraba con los ecos de las discusiones, algunas tan apasionadas que solían terminarse con los puños y las dagas, mientras el gentío defendía a sus luchadores favoritos.

--El entusiasmo de la turba por el Festival nunca dejará de sorprenderme --dijo Hammen al esquivar a dos mujeres ya mayores que rodaban por el suelo golpeándose--. Apenas tienen comida para seguir con vida. Los impuestos del Gran Maestre y de los príncipes les llevan a la ruina por pagar a los luchadores, y sin embargo... Bueno, ¿crees que se dan cuenta?

Garth bajó la mirada hacia Hammen.

--Cuando te vi por primera vez, tú también parecías pasarlo en grande --dijo.

--Estaba sobreviviendo, y no me interrumpas --replicó Hammen--. Bien, como te decia, sus mentes no van más allá de atender a donde saldrá su próxima comida o qué mano usarán para limpiarse el

trasero. Y lo peor es que no quieren pensar en nada más. Sin embargo, cuando se trata de la arena... Oh, entonces son capaces de recitarte el linaje, el adiestrador, el nivel, las victorias y los hechizos de casi cada condenado luchador de los cuatro colores; y recuerda que los luchadores vivís más tiempo que nosotros, por lo que estamos hablando de historiales que a veces abarcan cuatrocientos años. Esas dos viejas arpías que se peleaban en la cuneta seguramente ya tenían sus favoritos cuando todavía llevaban pañales, y han estado siguiendo sus carreras durante toda su vida. Ah, pero... ¿Os importa eso a los luchadores?

--¿Se supone que ha de importarnos?

--Como ya te dije antes, muchacho, mejor cierra la boca y escúchame con atención, porque hoy me apetece soltar discursos. La gran mayoría de luchadores serían capaces de aplastar a un campesino como a un insecto... sobre todo aquellos que llevan maná rojo o negro en sus bolsas. Usar esas masas de maná para concentrar sus conexiones psíquicas les proporciona poderes tan oscuros como cuasidivinos si se los compara con un campesino maloliente que sólo puede luchar con sus manos.

--Yo tengo algunos de esos poderes a los que te refieres.

--Lo sé, y me pone bastante nervioso. Pero como te estaba diciendo, la mayoría de luchadores son meras sanguijuelas. Viven como si fueran reyes en sus Casas, y se contratan para servir a nobles o comerciantes que pueden pagar sus servicios. Y mientras trabajan para ellos también viven como si fueran reyes, claro... Luchan, y si se enfrentan a quienes carecen del poder, entonces matan a sus adversarios sin inmutarse. Si en frente hay otro luchador, normalmente basta con perder un hechizo para salir del asunto, y luego al patrono le dices que tu maná no ha estado muy bien ese día. Os pasáis la vida librando combates de lo más aparatoso, pero apenas mueren media docena de luchadores al año. La sangre sólo empieza a correr durante el Festival, e incluso entonces buena parte es teatro. Nada más que os importa vuestro bienestar, y sois tan condenadamente altivos sólo porque un azar de nacimiento os dio la capacidad de controlar la magia. En cuanto al resto de nosotros, pasamos la vida en la miseria porque hemos de manteneros.

--¿Eso va por mí?

--Si quieres que te sea sincero, amo... --murmuró Hammen--. Bueno, hay momentos en los que no sé si debo hacer una excepción contigo o no. Y los luchadores del Gran Maestre son todavía peores

--siguió diciendo--. Son reclutados para servirle y pasan el resto de su vida teniendo al Gran Maestre como patrono. Están allí para intimidar la turba, a los príncipes rivales y a las otras Casas. Son peores que las sanguijuelas de las Casas... Son parásitos que nos van royendo por dentro. Los luchadores de las Casas por lo menos llevan poco tiempo corrompidos, pues hubo una época en la que prestaban un servicio a la gente. Pero los esbirros del Gran Maestre... Bueno, son más despreciables que un montón de excrementos de serpiente.

Garth soltó una risita ante la ira de Hammen, se detuvo un momento delante de un puesto de fruta y volvió con dos granadas. Arrojó una a Hammen y siguió andando. Mientras comía la deliciosa fruta con gran fruición se aseguró de que su capuchón seguía ocultando su rostro, dándole un aspecto parecido al de un derviche de la orden muroniana. Los muronianos se ganaban la vida repartiendo panfletos en los que aseguraban que todo el universo estaba condenado y, en general, irritando al resto del mundo hasta tal extremo que algunas personas deseaban ver llegar el fin del universo sólo para poder quedar libres de ellos.

Unos cuantos guerreros de la guardia aflojaron el paso al acercarse a Garth, como si le hubieran reconocido. Garth metió la mano en un bolsillo como si se dispusiera a sacar un panfleto muroniano, y los guerreros se fueron a toda prisa.

--Me encanta este disfraz --dijo.

--Sigo pensando que es una locura pasearte por la ciudad de esta manera --replicó Hammen--. Sería mucho mejor quedarse en la Casa... Seguro que a Varena le encantaría compartir la cama contigo esta noche, apostaría todo el dinero que llevamos ganado.

--Quiero ver algunas cosas --dijo distraídamente Garth mientras arrojaba al suelo la piel de la granada.

Un clarín sonó de repente al final de la calle, y la multitud abrió paso a una columna de jinetes que avanzó por el centro de la calzada agitando sus fustas de un lado a otro para despejar un camino. Detrás de ellos venía un apuesto principito que contemplaba al populacho con altivo desdén desde la ventana de su carruaje. Cuando pasó junto a ellos, Hammen lanzó los restos de su granada con tanta puntería que golpearon al príncipe en la nariz.

Hubo un aullido de protesta y los jinetes retrocedieron a toda prisa. Hammen se abrió paso hasta un lado de la calle riendo estruendosamente. El principito sacó la cabeza por el hueco de la ventana y empezó a rugir obscenidades con una voz estridente y

quebradiza. Unos segundos después el carruaje fue bombardeado con un diluvio de basuras y todos los objetos que había a mano para arrojar, y los guardias azotaron a los caballos haciendo que el carruaje siguiera avanzando calle arriba.

El incidente dejó a la multitud de muy buen humor, y todo el mundo se dedicó a maldecir entusiásticamente a la nobleza en general.

--Y ahora me dirás que no hay que llamar la atención, ¿eh? --siseó Garth.

--Bueno, ahí está el problema --replicó Hammen, y se rió--. Odian a esos bastardos, pero ni siquiera se dan cuenta de que al adorar a los luchadores lo único que hacen es reforzar el poder que esos bastardos tienen sobre ellos.

--Tengo entendido que hubo un tiempo en el que las Casas no eran tan malas --dijo Garth en voz baja y suave.

--Ah, la legendaria edad de oro, de plata o de lo que quieran llamarla... Normalmente los recuerdos de los tiempos pasados son un montón de mentiras e invenciones. Las cosas nunca fueron mejor antes, y no irán mejor mañana.

--Eres todo un optimista, ¿eh?

--Eso es. Aunque... Sí, tal vez hubo un tiempo en el que las cosas iban un poco mejor... Antes del último Gran Maestre, ¿sabes? Cuando todavía existía la quinta Casa, Oor-tael, que utilizaba maná de las islas y de los bosques. Los luchadores de esa Casa estaban obligados a dedicar una parte de su tiempo a servir a quienes no pertenecían a las clases de los nobles y los comerciantes. Tenían que emprender peregrinaciones, y estaban obligados a vagar de un lado a otro como parte de su aprendizaje y adiestramiento, y también debían ayudar a los pobres con sus capacidades. Además, se esperaba que siguieran haciéndolo durante un año de cada tres incluso después de haber alcanzado el máximo nivel... Y las otras Casas acabaron odiándoles por ello.

--¿Fue ésa la única razón de que les odiaran?

--No sé. Yo sólo era un... --Hammen se calló--. Ya sabes que la antigua prohibición aún no ha sido derogada, ¿no?

--¿Y consiste en...?

--Sentencia de muerte para todo el que lleve el color Turquesa, ya sea luchador, guerrero, amante y... --Hammen hizo una pausa--, y hasta para el más bajo y vil de los sirvientes. También se castiga con la muerte a quien hable de ella o sospeche que alguien pertenece a la

orden y no informe de ello.

--¿Y qué estabas a punto de decir?

Hammen alzó la mirada hacia Garth.

--Anoche te llamé Galin. ¿Lo recuerdas? --susurró.

--No, la verdad es que no --replicó Garth en voz baja.

--¿Sabes por qué lo hice?

--Debiste de confundirme con otra persona.

--Oh, amo... Cualquier persona que llevase el color Turquesa está muerta. Puede que algunos escaparan a la masacre, pero están muertos. Dejémoslo así, ¿de acuerdo? Los muertos no pueden volver y la Casa Turquesa ha desaparecido para siempre.

Hammen se calló y contempló a Garth con visible recelo.

--Todas las manos de la ciudad y del reino se alzaron contra ellos, el Gran Maestre pagó para que así fuese --siguió diciendo con un hilo de voz--. Pagó... Sí, decenas de millares de monedas de oro para que le trajeran a los pocos que escaparon de la masacre a su Casa en la ciudad. Si eran luchadores, les quitaron las bolsas y fueron empalados en la arena. ¿Y sabes qué hizo el populacho?

--No --dijo Garth, y su voz apenas era un susurro.

--Oh, puede que a algunos no les gustaba lo que estaban viendo --siguió diciendo Hammen--; pero muchos, demasiados, reían y lanzaban vítores y cruzaban apuestas sobre cuánto tardarían en morir los empalados... El populacho es así. Ahora llevan tanto tiempo alimentando la sed de sangre y arrastrándose ante el Caminante que ya nada les importa. Hace tiempo el Festival era un ritual privado en el que los luchadores median sus habilidades sin que nadie presenciara los combates --Hammen hizo una pausa--. Pero el anterior Gran Maestre construyó la arena y cambió eso, y al populacho le encantó. Después el Gran Maestre actual lo ha convertido en un espectáculo, en un deporte sangriento...

--¿Y por qué lo han permitido las Casas?

--Aún no sé si sencillamente eres estúpido o... Bueno, muchacho, la respuesta es el dinero, el dinero y otros sobornos. El Gran Maestre consiguió el apoyo de los Maestres de las Casas dándoles más dinero del que los luchadores muertos habrían ganado durante una docena de años de contratos. Los combates a muerte hicieron que el frenesí de las apuestas alcanzara extremos nunca vistos, y las apuestas pasaron de unas cuantas monedas de cobre por competición a los ahorros de toda una vida apostados en un solo combate. Con ello el Gran Maestre ha empobrecido al populacho, e incluso a algunos de

los príncipes. Echa un vistazo a esta ciudad... Se hunde en la miseria. ¿Por qué?

Garth intentó responder, pero Hammen se le adelantó.

--Porque el Gran Maestre necesita el dinero para obtener maná y poder para sí mismo --dijo--, y para reunir el maná que le exige el Caminante. Ésa es la excusa que emplea, naturalmente... Echa la culpa de todo al Caminante pero, créeme, se guarda una buena parte para sí mismo. El antiguo papel de los luchadores ha sido olvidado, y ahora sólo sirven para entretener a la multitud.

--Tú no lo has olvidado. ¿Por qué?

--Soy viejo --dijo Hammen en voz baja, y desvió la mirada--. No soy más que un viejo.

--Pero robas.

--¿Y por qué no iba a hacerlo? El Gran Maestre ha convertido el robo en un pasatiempo honorable. Y de todas maneras, no hay nada más que pueda hacer para sobrevivir.

--¿Nada?

Hammen alzó la mirada hacia Garth y meneó la cabeza.

--Bien, ¿y qué fue de los que sobrevivieron? --preguntó Garth.

--¿A quiénes te refieres? --murmuró Hammen.

--A los supervivientes de la Casa Turquesa.

--No debes hablar de eso --replicó secamente Hammen--. Nunca hables de eso, ¿entendido? Si alguien te oye, eres hombre muerto.

--Si el Gran Maestre consigue ponerme las manos encima, no duraré mucho.

--Morir como Garth el Tuerto es una cosa, y morir como sospechoso de pertenecer a la Casa Turquesa o de ser partidario suyo es otra..., y muy distinta. El populacho que tanto te quiere ahora te vendería en un momento a cambio de la recompensa. En el campo, donde la Casa Turquesa era más fuerte... Bueno, allí las cosas no estaban tan mal y sospecho que tal vez estén un poco mejor que aquí. He oído decir que unos cuantos hombres y mujeres de las casas capitulares más alejadas lograron escapar.

Hammen suspiró.

--¿Qué pueden hacer los campesinos contra los guerreros y los otros luchadores? --siguió diciendo--. E incluso allí había muchos dispuestos a informar, los suficientes para seguir la pista a los huidos... Cien monedas por un sirviente o una amante, quinientas por un guerrero, mil por un luchador. Esas sumas seducen incluso a los mejores hombres.

--No a todos --replicó Garth en voz baja.

Hammen dejó escapar un resoplido y escupió.

--¿Sabes qué hacían cuando alguien caía en sus manos? --preguntó-- ¿Qué hacían en cuanto le habían sacado toda la información posible? Le cortaban la lengua para que no pudiese contar la verdad sobre lo que estaba ocurriendo. Le cortaban la lengua a cualquier persona que diera cobijo a los fugitivos, o que había hablado con ellos. Y ahora todos han desaparecido. Todos están muertos, o es preferible dejar creer que están muertos... --susurró Hammen.

--Sigue habiendo rumores de que viven.

Hammen alzó la mirada hacia Garth con los ojos llenos de una recelosa cautela.

--Podrían matarnos a los dos por lo que acabas de decir --siseó--. El hecho de proclamar que aun viven significa ser sentenciado a muerte. La mera sospecha de que sabes algo o que conoces a alguien que... Bueno, eso también significa ser sentenciado a muerte.

Hammen permaneció en silencio durante unos momentos.

--¿Quién eres? --preguntó por fin.

--Soy Garth el Tuerto.

--¡Vuelve a tu casa, dondequiera que esté! --exclamó Hammen de repente--. Haces demasiadas preguntas... Si te quedas en la ciudad, no vivirás para ver el final del Festival.

--Tengo cosas que hacer.

--No merecen el que acabes así. Sean cuales sean, solo conseguirás que te maten.

--No tienes por qué seguir a mi lado, Hammen. Puedes marcharte cuando quieras.

Hammen dejó escapar un aparatoso chorro de juramentos.

--Muchas gracias, y ya sabes que no lo haré... --dijo por fin--. No ahora. Sabes que me tienes bien pillado, ¿eh? Es como si lo hubieras planeado así desde el principio, al igual que todo lo demás. Como si el que te tropezaras conmigo en el círculo que dibujé sobre el barro hubiera sido un encuentro meticulosamente planeado...

Garth rió y meneó la cabeza.

Siguieron caminando en silencio mientras la multitud que se agitaba a su alrededor reía, armaba jaleo y discutía. Las hojas de apuestas que ya parecían estar por todas partes eran agitadas en el aire mientras dedos sucios las señalaban y sus propietarios comentaban a gritos los favoritos.

--¿Hay alguna razón por la que hayamos terminado viniendo

aquí? --preguntó Hammen, y movió la cabeza señalando una taberna y el gentío que se apelotonaba delante para contemplar un duelo de *oquorak* entre dos guerreros, uno de la Casa Marrón y el otro de la Casa Gris.

--Ninguna, salvo que da la casualidad de que hemos venido hasta aquí --replicó Garth.

--Y la de que fue aquí donde conociste a esa benalita.

Garth asintió y aflojó el paso para presenciar el combate, que terminó unos momentos después cuando el guerrero Gris lanzó tres rápidos tajos, uno después de otro, que desgarraron el hombro del guerrero Marrón.

El guerrero Marrón retrocedió tambaleándose y pagó de mala gana la apuesta que había perdido mientras cortaban el trozo de cuerda que les unía y las monedas de cobre y plata pasaban de una mano a otra entre la multitud.

--¿Podrías hacerme un favor? --preguntó Garth de repente.

--¿Qué quieres ahora? --replicó Hammen.

--Encuéntrala. No me equivoco suponiendo que tienes contactos por toda la ciudad, ¿no? No te costaría mucho dar con ella.

--Ya te he dicho que esa mujer sólo te creará problemas. Todas las benalitas son muy raras.

Garth sonrió.

--Creo que sé cuidar de mí mismo, Hammen --dijo--. Si llega a ser necesario... Bueno, coge un par de monedas de oro, y hazlas circular.

Hammen alzó la vista hacia él y le lanzó una mirada helada.

--No te preocupes --se apresuró a decir Garth--. Tu comisión seguirá intacta. Ah, y también me gustaría que buscaras algún alojamiento, mejor cerca de la Plaza... Ha de ser un lugar seguro, ¿entendido?

--¿Piensas en un escondite o en un nidito para citas amorosas?

--Estoy pensando en lo primero que has dicho y... bueno, ¿quién sabe? Tal vez también lo otro.

Hammen soltó una risita.

--Ni lo sueñes, Garth --replicó--. Estás tratando con una benalita.

--No importa. Haz lo que te he dicho. Quizá necesitemos un sitio en el que desaparecer, nos podría resultaría muy útil.

--¿Qué quieres decir con ese «nos»? Yo puedo esfumarme cuando me dé la gana.

Garth bajó la mirada hacia Hammen y sonrió.

--Bueno, pues entonces sólo para mí --dijo.

Hammen maldijo y escupió en el suelo.
--De acuerdo, veré qué puedo encontrar --murmuró por fin.
Garth se volvió hacia el lugar en el que una parte del gentío estaba muy ocupada burlándose del guerrero Marrón que acababa de ser derrotado en el duelo *oquorak.* Una ráfaga de viento barrió la calle haciendo que el capuchón de Garth se apartara de su cabeza durante un momento, y Garth se apresuró a levantarlo para ocultar su rostro.
--Eh, ¿no te conozco?
Un mendigo fue hacia Garth con tambaleantes andares de borracho y alzó un dedo corto y rechoncho, primero hacia él y hacia Hammen después.
Garth empezó a girar sobre sí mismo para alejarse lo más deprisa posible.
--¡Lo sabía! --gritó el mendigo con voz triunfal y corrió hacia Garth--. Nunca olvido a un hombre que me ha hecho ganar cobre. Eres el luchador tuerto.
Un instante después el nombre ya estaba abriéndose paso a través del gentío, que empezó a ir en pos de Garth.
--¡Tuerto, tuerto!
La multitud se arremolinó alrededor de Garth, y las manos se extendieron hacia él y le dieron palmaditas en la espalda. Voces pastosas le ofrecían copas de vino, mujeres y otros placeres.
--¿Qué color llevas ahora? ¿Lucharás en el Festival? ¿Cuál es tu hechizo favorito? Mi primo te vio luchar contra Naru... ¡Ganó cinco monedas de cobre apostando por ti!
Las peleas empezaron a surgir en la estela de la multitud cuando unos partidarios de otros luchadores expresaron opiniones desfavorables sobre el misterioso luchador tuerto.
--¡No cabe duda de que eres muy popular, pero creo que será mejor que salgamos de aquí! --gritó Hammen, intentando hacerse oír por encima del tumulto--. Ese guerrero Marrón seguro que va a buscar a sus amigos.
Garth aflojó el paso hasta detenerse y la multitud se apelotonó a su alrededor, lanzando vítores y alargando las manos para agarrarle por la túnica o sencillamente para poder tocarle.
--Amigos, ya sabéis que el Gran Maestre me anda buscando --dijo--. Si seguís con esto no tardará en venir la Guardia.
--¡Una pelea! ¡Tengamos una pelea! --gritó alguien.
El grito fue rápidamente coreado por otras voces, y en pocos momentos ya recorría la avenida. Su significado fue cambiando a

medida que lo repetían, y quienes estaban más lejos creyeron que ya se estaba librando un combate. Se lanzaron hacia la conmoción, y mientras corrían algunos gritaban apuestas por el luchador tuerto a pesar de no saber contra quién peleaba.

Garth extendió la mano, y una nube de humo verdoso surgió de la nada y se fue desplegando a su alrededor. Después agarró la mano de Hammen y se abrió paso a través del amasijo de cuerpos, que ya habían empezado a retroceder entre toses y gemidos.

Pero cuando se metió por un callejón lateral llevándose consigo la neblina, la multitud se lanzó en pos de él.

--Allí va... ¡Seguid el humo, seguid el humo!

El populacho persiguió a Garth, gritando y riendo como si éste pretendiera divertirles con su huida.

--Van a conseguir que nos maten... ¿Por qué no usas ese numerito de desaparición tuyo?

--Porque hay que estar inmóvil y mejor dentro de un círculo de protección --replicó Garth--. No funcionaría.

Llegaron al borde de la Gran Plaza y Garth aflojó el paso hasta detenerse, y la multitud volvió a rodearle un instante después.

Garth deslizó una mano debajo de su túnica, tiró de un paquetito que colgaba de su cuello hasta dejarlo suelto y lo metió entre los dedos de Hammen.

--Aléjate de mí --siseó--. ¡Vamos, vete ahora mismo!

--Pero amo...

--Venga, largo de aquí... ¡Vete ya!

Hammen alzó la mirada hacia él, visiblemente confuso, mientras la humareda empezaba a disiparse. Una fila de guerreros estaba cruzando la Plaza enarbolando sus ballestas. Hammen volvió la mirada hacia la multitud que continuaba apelotonándose y vio saliendo a la carrera desde un callejon al otro extremo de la Gran Plaza otra hilera de siluetas, ésta formada por luchadores con la librea del Gran Maestre.

--Vete, maldito seas, corre... --murmuró Garth.

Después empujó a Hammen con tal fuerza que lo lanzó contra la multitud, haciendo que acabara en el suelo. Garth se abrió paso por entre el gentío, y unos instantes después Hammen ya no podía verle. El viejo intentaba recuperar el equilibrio mientras los cuerpos tropezaban con él, maldiciendo y lanzándole patadas. Acabó por agarrarse a un tobillo y lo mordió con tal ferocidad que su víctima cayó al suelo, y después se arrastró por encima de ella sin hacer caso de

sus aullidos y juramentos.

Garth había aprovechado la confusión para desaparecer.

Garth siguió corriendo. Se metió por una calleja, con sus admiradores siguiéndole tozudamente entre risas y gritos que revelaban a la Guardia la dirección por la que huía. Se metió por otro callejón, saltó por encima de los montones de basuras y tomó atajos por entre los edificios, pero la multitud continuaba siguiéndole. Garth se escondió en una pequeña alcoba llena de sombras, y la multitud pasó corriendo por delante hasta que un hombre que jadeaba y se había quedado sin aliento se detuvo justo delante de Garth y empezó a toser y escupir. Un instante después alzó la mirada y le vio.

--¡Eh, el tuerto está aquí!

La multitud giró sobre sí misma entre gritos y juramentos y Garth reanudó su huida, deteniéndose el tiempo justo para obstruir el camino con el hechizo de un muro invisible que detuvo a quienes venían detrás de él. Pero al llegar a otra avenida hubo un nuevo estallido de gritos y algarabía, y el enjambre de admiradores volvió a desplegarse a su alrededor. Garth se abrió paso a través de la masa de cuerpos y logró llegar hasta uno de los muros de la Casa de Fentesk. No había esperanza de encontrar una entrada secreta sin Hammen guiándole, y Garth echó a correr hacia la fachada principal. La Plaza ya estaba empezando a llenarse de gente que reía y lanzaba vítores, y Garth pudo oír cómo apostaban si conseguiría refugiarse en la Casa de Fentesk o no. Cuando entró en la Plaza una nueva multitud se lanzó sobre él, obligándolo a avanzar más despacio.

Un rayo cegador estalló en la Plaza directamente delante de Garth derribando una docena de cuerpos, y la turba huyó dispersándose en todas direcciones. Garth corrió hacia la puerta principal, llegó a ella y agarró el pomo.

La puerta estaba cerrada.

Garth giró sobre sí mismo y retrocedió. Un grupo de luchadores le estaba acorralando, y todos llevaban la librea del Gran Maestre.

Los rayos llegaron en rápida sucesión, obligando a Garth a esquivarlos frenéticamente mientras creaba un círculo de protección que le defendiese del fuego. Más allá del anillo de luchadores pudo ver una formación de ballesteros que se aproximaba a la carrera, y detrás de ellos había varias ballestas gigantes montadas sobre carros que venían hacia él a toda velocidad mientras sus artilleros iban haciendo girar las armas para apuntarle con los enormes dardos.

Garth lanzó un hechizo detrás de otro sin dejar de saltar y

esquivar ni un instante. Un mamut apareció delante de él, bloqueando los haces de llamas con su masa. El gigantesco animal se irguió sobre sus patas traseras, emitió un trompeteo ensordecedor y se lanzó a la carga. Media docena de luchadores desviaron su atención hacia él mientras los otros seguían concentrados en Garth. Unos instantes después la franja de pavimento que había entre Garth y sus atacantes se llenó de trasgos, sierpes y esqueletos que luchaban unos con otros y que habían sido conjurados para atacar o defender.

En la Plaza la multitud gritaba y aullaba de placer, animando a Garth en aquel combate que no tenía ninguna esperanza de ganar.

El mamut agarró e hizo pedazos a un luchador antes de que los otros destruyeran a la enorme bestia abriendo una grieta justo debajo de ella. El mamut se precipitó por el abismo, pero con su trompa logró atrapar por el tobillo a otro luchador y se lo llevó consigo en la caída.

Una hilera de ballesteros corrió hacia Garth y alzó sus armas. Garth invocó un muro de fuego ante ellos, y los dardos de las ballestas que lo atravesaron desaparecieron reducidos a estelas de humo.

Tres berserkers que aullaban en lenguas desconocidas aparecieron de la nada y se lanzaron a por Garth, y éste detuvo su carga invocando una hilera de duendes de Llanowar que manejando garrotes de roble hicieron añicos cascos, escudos y huesos.

Unos cuantos luchadores unieron sus fuerzas para invocar un gigante de las colinas que medía casi la mitad de la altura de la Casa de Fentesk y que empezó a avanzar con pasos lentos y pesados. La visión de aquel raro prodigio hizo que la multitud lanzara un jadeo ahogado de sorpresa, y un instante después todos empezaron a soltar gritos de entusiasmo a pesar de que el gigante iba decidido a aplastar a su héroe.

Los luchadores que se enfrentaban a Garth hicieron una pausa en sus ataques para no perderse la diversión al ver que su enemigo no estaba haciendo ningún movimiento ofensivo. Las criaturas de Garth habían seguido luchando encarnizadamente con los berserkers hasta que tanto unos como otros hubieron muerto.

El gigante soltó una risotada que parecía el retumbar de un trueno lejano, levantó un pie y lo dejó caer intentando aplastar a Garth. Garth esquivó el pie y buscó refugio detrás de una columna. El gigante intentó patearle pero su pie golpeó la columna, y lanzó una maldición dolorida. La multitud emitió un rugido de placer.

Garth salió de detrás de la columna, y el gigante volvió a levantar el pie para aplastarlo. Garth rodó sobre sí mismo, cogió el largo

espadón de un berserker caído y apoyó la empuñadura en el suelo con la hoja hacia arriba.

El gigante se empaló el pie en la espada.

Su aullido de angustia fue tan ensordecedor como un rugido demoníaco, y el gigante dio dos saltitos atrás con la espada incrustada en la planta de su pie. Garth extendió las manos usando un hechizo que derrumbó al gigante hacia atrás, aplastando a varios luchadores debajo de su inmenso cuerpo. Siguió removiéndose, soltando gemidos y maldiciones, mientras los luchadores que lo controlaban se apartaban de él y terminó resbalando por el borde de la grieta que había acabado con el mamut. Sus alaridos apenas se oyeron desde el fondo contra el que chocó. Los impactos de sus caídas hicieron que la Plaza temblase como con un terremoto. Garth aprovechó la confusión para volverse de nuevo hacia la puerta y tirar del pomo. La puerta seguía cerrada.

Alzó la mano disponiéndose a derribarla con un rayo, pero percibió la presencia de un encantamiento más poderoso que la protegía.

Garth masculló un juramento y se volvió para enfrentarse a sus oponentes, cuyo número casi se había doblado con la llegada de más refuerzos y sobrepasaba la veintena de enemigos. Los ballesteros ya habían recargado sus armas, y se movían hacia ambos lados de la barrera de fuego que Garth había erigido para que consumiera sus dardos.

Los instantes siguientes fueron un infierno de enloquecida confusión en el que los hechizos iban y venían de un lado a otro. Garth se tambaleó varias veces bajo el impacto de las descargas psiónicas que cayeron sobre su cuerpo mientras los luchadores que las habían lanzado se derrumbaban por el agotamiento. Pero como no libraban un duelo singular no importaba si caían inconscientes mientras consiguieran causar daño al luchador solitario al que se enfrentaban.

Otro rayo cayó sobre él seguido por otro más, y Garth acabó hincando una rodilla en el suelo. La multitud seguía vitoreándole, hipnotizada por la pura cualidad espectacular de semejante combate.

Garth intentó levantar un círculo de protección, pero un dardo de ballesta se hundió en su hombro antes de completar el encantamiento. La fuerza del impacto le hizo girase sobre sí mismo y acabó de bruces en el suelo.

Garth logró ponerse de rodillas. Estaba jadeando y le costaba respirar. Los luchadores se acercaban a él con las manos levantadas y

sonrisas burlonas en los labios. Garth lanzó otro hechizo que dejó envuelto en llamas a un enemigo. El luchador huyó corriendo y aullando mientras la multitud lanzaba un alarido de placer ante aquel último desafío.

Garth volvió la mirada hacia la puerta de la Casa Fentesk, la vio abierta y bajo su umbral a varios espectadores. Se arrancó la bolsa del cinturón un instante antes de que otro rayo cayera sobre él y la arrojó hacia la puerta.

--¡Varena! ¡Santuario! --gritó mientras su bolsa resbalaba por el suelo hasta detenerse delante de los luchadores Naranja inmóviles en la puerta.

Quedarse sin maná junto a él dejó a Garth totalmente desprotegido, y el rayo que acababan de lanzarle le hundió en la negrura de la nada y el olvido.

_____ 8 _____

--Hammen...

La voz era un susurro en el viento. Hammen se volvió asustado esperando ver a los luchadores del Gran Maestre.

El callejón estaba vacío.

Todavía podría oir a lo lejos el clamor de la multitud que llenaba la Gran Plaza. Después de que Garth cayera al suelo había estallado un reguero de disturbios. Algunos provocados por quienes habían perdido su dinero apostando por él, pues eran muchos los que llegaron a creer que Garth era invencible. Pero otros se habían enfurecido al ver caer a su luchador favorito, y un vago sentido primigenio había hecho que la turba percibiera en aquella derrota una terrible injusticia, perpetrada tanto por el Gran Maestre como por la Casa Naranja, que había cerrado las puertas a su héroe. La aventura del ya legendario Luchador Tuerto, que había ido creciendo con las repeticiones, acababa de terminar y todos estaban desilusionados.

Las ventanas que no habían sido hechas añicos en los alborotos del día anterior estaban siendo concienzudamente destrozadas, y el grito «¡Tuerto, tuerto!» se había convertido en un cántico que podía oírse con claridad en las alas del viento.

Hammen lo escuchó torciendo el gesto, sabiendo que sólo era una buena excusa para saquear, y que la injusticia cometida pasaría a ser algo secundario. Después todos podrían decir como protestaron ante aquel atropello mientras disfrutaban de la comida y el vino robado y se pavoneaban envueltos en las delicadas sedas de algún despojado comerciante. Y Hammen pensó que el populacho de las ciudades siempre actuaba así, dispuesto a amotinarse con algún pretexto sin que eso impidiera el que permaneciesen pasivos cuando se producía la auténtica injusticia.

--Hammen...

Volvió a meterse entre las sombras y alargó la mano hacia su daga cuando vio que una sombra atravesaba el callejón moviéndose sigilosamente, el único sonido que acompañaba su paso eran los chillidos de las ratas interrumpidas en su última colación del día.

La sombra se detuvo.

--Soy Norreen. Tranquilízate, estoy sola...

Era la benalita, y Hammen dejó escapar un suspiro de alivio.

Norreen fue hacia él.

--Te vi en la Plaza y te seguí --murmuró.

--Menuda heroína estás hecha --replicó secamente Hammen--. Podrías haberte ganado una gran reputación allí.

--¿Acaso saliste de tu escondite para estar a su lado? --gruñó ella.

--No.

--¿Y por qué no lo hiciste?

--Las heroicidades son cosa tuya, no mía. Y además, no habría servido de nada... Estaba acabado.

--Por eso no actué. Nunca te metas en un combate suicida.

Hammen asintió con expresión entristecida.

--Así que todo ha acabado --dijo--. Déjame en paz.

--No se ha acabado. Sigue con vida.

--¿Y qué? Está en su poder ¿no? O le torturarán hasta la muerte esta noche, o seguirá prisionero para usarle como diversión ante el Caminante. Mejor sería que Garth se hubiera matado con su último hechizo.

--Arrojó su bolsa antes del final.

--¿Qué?

--¿Quién es Varena? --preguntó Norreen, y su voz sonó más afable.

Hammen dejó escapar una risita y meneó la cabeza.

--Un último placer.

--Oh.

Norreen guardó silencio durante un momento.

--Me has dicho que arrojó su bolsa, ¿no? --preguntó Hammen con visible curiosidad.

--Llamó a esa mujer y le pidió santuario para sus hechizos. Vi cómo ella cogía la bolsa y desaparecía dentro de la Casa.

Hammen volvió a reír.

--Muy propio de él... --dijo--. ¿Y qué hicieron los hombres del Gran Maestre entonces?

--Ataron a Garth y se lo llevaron. Algunos fueron hasta la puerta y exigieron la bolsa como premio conquistado, y los luchadores de la Casa Naranja cerraron la puerta. A la multitud le encantó, claro... Después metieron a Garth en un carro, y entonces empezaron los disturbios.

Hammen lanzó una mirada expectante hacia el extremo del callejón y escuchó los sonidos de los alborotos que seguían creando ecos por toda la ciudad, y después empezó a salir de las sombras.

--Bien, ahora no podemos hacer nada... --suspiró Norreen--. Ahí fuera hay centenares de guerreros y casi todos los luchadores del

Gran Maestre, y además nos están buscando. Asoma la cabeza y acabarás en una celda al lado de Garth.

--¿Qué quieres decir con eso de que nos están buscando, benalita?

--Justo lo que he dicho.

Hammen fue ahora consciente del peso de la bolsita de cuero que Garth le había arrojado. La abrió, examinó su interior y vio un destello tan débil que apenas resultaba visible en la oscuridad.

Si Garth estaba vivo... Bien, entonces tal vez aún hubiera una forma.

--Ven. Tenemos cosas que hacer --dijo, y mientras hablaba extendió la mano hacia Norreen e intentó darle una palmadita en el trasero... y la retiró lanzando un chillido de dolor.

* * *

--¡Exijo que me entregues la bolsa!

Varena contempló con expresión gélida a Varnel, Maestre de la Casa de Fentesk, y meneó la cabeza en un gesto lleno de desafío.

--Me declaró su heredera al gritar mi nombre en la Plaza, y también solicitó santuario para sus posesiones --replicó--. El combate en el que se vio metido no era un desafío, y aunque lo hubiera sido, esos perros no se merecen repartirse las pertenencias de Garth.

--¿Y qué derecho tienes tú sobre sus posesiones?

--El que de ser su amante, desde esta mañana.

Varnel le lanzó una mirada anhelante y se lamió los labios. Varena le devolvió la mirada con ojos impasibles y los labios curvados en una sonrisa despectiva que iluminó sus facciones.

--Si pudiéramos llegar a ese mismo tipo de acuerdo entre nosotros, entonces tal vez este incidente podría ser olvidado --acabó diciendo Varnel.

--Eres el Maestre de mi Casa, y según las reglas nada hay que me obligue a ir más allá de esa relación. Lo dejé bien claro el día en que me uní a la Casa de Fentesk.

--Maldita seas...

Varnel se levantó como si se dispusiera a desafiarla.

--Lucha conmigo y tal vez ganes --replicó ella sin perder la calma--. Pero yo estaré muerta, este lugar quedará convertido en un montón de ruinas, y además tendrás una rebelión que sofocar... Esta noche has traicionado a un miembro de tu Casa. Vuelve a hacerlo, y

cuando empiece el Festival no te quedará nada.

--Ah, vamos... ¿Acaso crees que les importa lo ocurrido al tuerto? La mayoría se alegra de que haya muerto. No les importa el honor, sólo su paga.

--Muy cierto. Pero ahora se están preguntando si quizá serías capaz de no protegerles con mucho entusiasmo de surgir alguna buena oferta.

Varnel guardó silencio unos momentos, como sopesando sus posibilidades de éxito si intentaba obtener la bolsa y algo más de Varena.

--Confórmate con cuerpos y mentes más débiles --se burló ella, y señaló hacia la parte de atrás de la habitación donde varias mujeres desnudas contemplaban su enfrentamiento con aburrimiento reclinadas en almohadones de seda--. Resulta mucho menos peligroso.

Después dejó escapar una gélida carcajada y cerró la puerta con un golpe seco detrás de ella. Luego compadeció un poco a las concubinas de Varnel: aquella noche conocerían el lado más oscuro de su pasión.

La medianoche había quedado muy atrás y el agotamiento empezaba a adueñarse de su cuerpo, Varena fue hacia los baños calientes para eliminar la tensión. Entró en la sala llena de vapores, que estaba vacía, y sintió una fugaz punzada de tristeza nostálgica. Después de todo, su relación con Garth sólo había sido un encuentro pasajero que incluso podía considerarse como un mero juego de poder, pero eso no había impedido que resultara bastante agradable.

Se desnudó y dejó su bolsa y la de Garth sobre una pequeña repisa al lado de la bañera. Después se metió en el agua burbujeante y se estiró.

En cuanto empezó a pensarlo vio claro que había llegado el momento de irse de la Casa. Varnel no se atrevería a hacer nada en vísperas del Festival, por supuesto, y además tendría que organizar toda una exhibición de desafío dirigida al Gran Maestre negándose a devolverle la bolsa. Después de haber actuado como un miserable al ordenar que cerraran la puerta, cualquier otro comportamiento indicaría una sumisión completa al Gran Maestre. Pero en cuanto el Festival terminara y la mayor parte de los luchadores se fueran a sus casas capitulares o a cumplir sus contratos anuales, Varnel buscaría vengarse de la humillación que Varena le había infligido delante de su harén y de los otros luchadores.

Al igual que los otros Maestres de Casa, Varnel era lo bastante retorcido como para preparar un «accidente» que le librase de un luchador molesto, quizá algún contrato con una cláusula secreta de devolver lo pagado si el luchador moría. Mientras flotaba en el agua caliente, Varena lamentó haber aceptado la petición de santuario y cogido la bolsa. «¿Por qué lo hice? ¿Por los poderes que contiene esa bolsa..., o por algún otro motivo?»

¡Maldición!

Alargó la mano hacia la pequeña repisa sobre la que había dejado las bolsas y sintió la tentación de abrir la bolsa de Garth y averiguar qué poderes había controlado. Pero sabía que Garth aún no había muerto, y hacerlo era una violación de las reglas.

Reglas... ¿Acaso quedaba alguien a quien le importaran? Varena tenía la experiencia suficiente para comprender las exigencias de la supervivencia, pero eso era algo que aún no había digerido. Los poderes lo habían pervertido todo, convirtiendo lo que había sido una profesión honrosa en un mero venderse a quien más pagara y a las ansias de espectáculo del populacho. Ya no quedaba ningún vestigio del *sessan,* aquel código que en tiempos lejanos había regido las vidas de todos los que manejaban maná. El luchar por el *sessan,* combatiendo con el único objetivo de obtener honor y reputación, era algo que pertenecía al pasado. Ahora ya sólo se luchaba para adquirir más poderes y para satisfacer el deseo de matar.

Para Varnel era un medio de proporcionarse sus cada vez más perversos placeres. En cuanto a los luchadores de la Casa, había muy pocos que recordaran y apreciaran la alegría intrínseca de la disciplina exigida para controlar el maná, y la mayoría sólo pensaba en lo que podía proporcionarles dentro de aquel plano de existencia.

Pensar en todo aquello hizo que empezara a sentirse inquieta, pues se preguntó qué podía pensar el Caminante de ello. Después de todo, era el ser más poderoso de aquel plano, el único que había obtenido tanto maná que se había vuelto capaz de pasar de un plano de existencia a otro. Seguramente las contiendas de aquel reino le resultarían tan triviales como los combates entre insectos ante un niño que podía aplastarlos en cualquier momento con el talón.

Y sin embargo, ¿no debería saberlo e importarle? Si este mundo había perdido su honor, ¿qué podía pensar sobre el sentido del *sessan* del mismo Caminante? Faltaban menos de dos días para el Festival, y al final el ganador se iría con el Caminante para servirle como su nuevo acólito en los misterios más profundos.

«Si gano, ¿qué descubriré entonces?», se preguntó Varena.

No hubiese podido explicar por qué, pero aquellos pensamientos hicieron que se sintiera llena de una vaga inquietud... por primera vez.

Un olor nada agradable surgió de repente y se agitó a su alrededor. Varena abrió los ojos, sobresaltada, y se irguió dentro del agua.

--Ah, justo lo que albergaba la esperanza de ver...

Hammen estaba acuclillado junto a su bañera como una rana sentada sobre un nenúfar, y sus ojos sobresalían de sus órbitas y estaban llenos de un placer que no hacía el menor esfuerzo por ocultar.

--En nombre de todos los demonios, ¿qué estás haciendo aquí? --siseó Varena.

Estaba irritada no sólo por la pestilente presencia de Hammen, sino también por el hecho de que su desnudez la hiciera sentirse tan incómoda. Extendió la mano hacia un estante y buscó a tientas una toalla para taparse.

--No necesitas una toalla --gimoteó Hammen con voz quejumbrosa.

--¡Hammen! --exclamó de repente una nueva voz.

Una mano surgió de las sombras y golpeó a Hammen en la nuca haciendo que soltara un leve chillido de dolor.

Varena salió de la bañera y se apresuró a coger su bolsa en cuanto vio a la desconocida que acababa de aparecer detrás del sirviente de Garth.

--¿Una benalita? --preguntó.

La mujer asintió.

--Los dos apestáis como una cloaca --dijo Varena.

--Porque hemos llegado hasta aquí gracias a una cloaca --dijo Hammen--, y confieso que me excita pensar que avanzábamos a través de unas aguas en las que tal vez te hubieras bañado.

Norreen volvió a darle un bofetón en la nuca.

--Si os encuentran aquí, los dos moriréis --siseó Varena--. Salid ahora mismo, o tendré que ocuparme de vosotros.

La mano de Norreen bajó hacia la empuñadura de su espada y Varena dejó caer su toalla, quedando con una mano libre mientras se colgaba la bolsa del hombro para poder pelear.

Hammen la contempló con los ojos muy abiertos, sonrió y le arrojó la bolsita que Garth le había entregado.

Varena la pilló al vuelo sin apartar la mirada de Norreen.

--Pensamos que tal vez te gustaría participar en el juego que vamos a proponerte --dijo Hammen, y volvió a sonreír.

* * *

El dolor era tan terrible que Garth tenía que hacer grandes esfuerzos para no gritar. La agonía venía acompañada por una extraña sensación de distanciamiento, como si se estuviera contemplando desde un lugar muy lejano mientras flotaba por encima de su cuerpo, que se debatía y se contorsionaba frenéticamente sobre el potro de tortura.

Acabó gritando y dejó en libertad un salvaje aullido que contenía más rabia que angustia, pues su adiestramiento le había enseñado hacía ya mucho tiempo cómo desviar el dolor hacia aquellos lugares en los que no oscurecería su cuerpo y su mente. Pero el hombre que le estaba infligiendo aquella tortura también conocía la existencia y el paradero de aquellos lugares, y sus dedos invisibles no paraban de sondear el alma de Garth, desgarrando sus pensamientos y azotándole implacablemente, abriéndose paso por su mente para hacerla añicos y tratar de volver a juntar los fragmentos después.

Ya no había hechizos curativos, bloqueos ni forma alguna de devolver el ataque, sólo la ofensiva continua e implacable que pretendía sondear el mismísimo núcleo de la existencia de Garth. Al final sólo le quedaron dos caminos: ceder y revelarlo todo, o descender y hundirse en los senderos de la oscuridad para llegar hasta la luz que se encontraba más allá de ellos. Garth se recogió en sí mismo y fue hacia el segundo camino.

Sintió un gran remordimiento por todo lo que había soñado y por todo aquello para lo que había hecho planes, pues lo que le había impulsado y mantenido con vida a lo largo de los años se esfumaba. Todos los años que había pasado escondiéndose y adiestrándose, planeando en secreto y en soledad lo que podía y lo que debía hacer sólo habían sido un terrible desperdicio de tiempo. La maravillosa complejidad de todo aquello se perdería para siempre. Tendría que comparecer con las manos vacías delante de las sombras a las que había hecho tantos juramentos, y la única esperanza que le quedaba era que lo comprendieran y le perdonasen.

--¡No, todavía no!

El castigo que destrozaba su alma cesó de repente y fue sustituido por un calor reconfortante que tiró de Garth, alejándole del

umbral que ya había empezando a abrirse ante él. Garth anhelaba desesperadamente cruzarlo, pero no podía hacerlo. El maná que estaba dentro de todo y de todos, el poder de la vida, se negaba a doblegarse mientras el cordón siguiera estando intacto.

Garth abrió los ojos.

Zarel Ewine, Gran Maestre de la Arena, estaba inmóvil ante él, y en sus ojos había una expresión que casi parecía de piedad. La sensación de que Zarel se estaba compadeciendo de él era tan intensa que Garth luchó para no sucumbir ante lo que sabía no era más que otra estratagema.

Zarel extendió la mano y le rozó la frente con las yemas de los dedos, y los últimos vestigios del dolor se disiparon al momento.

--¿No sería preferible que me hablaras ahora?

Su voz era suave y cálida, como la de una madre llena de amor que habla en susurros a un niño enfermo de alguna terrible fiebre.

Zarel inclinó la cabeza, y unas manos invisibles aflojaron las cadenas que habían mantenido el cuerpo de Garth tenso e inmóvil sobre el potro de tortura. Las manos le ayudaron a incorporarse y llevaron un tónico hasta sus labios. Garth titubeó y se preguntó qué hierbas y pociones seductoras podía contener, pero acabó bebiéndolo. Si hubiesen querido probar suerte con ese truco, siempre podrían habérselo obligado a beber mientras yacía semiinconsciente sobre la mesa del dolor.

El tónico eliminó la terrible sequedad de su garganta en carne viva, y Garth se inclinó hacia adelante y tosió mientras intentaba contener el impulso de vomitar.

El tónico fue alzado nuevamente hasta sus labios y Garth lo apuró. Una sensación de frescor y ligereza recorrió rápidamente todo su cuerpo, y se sintió como si estuviera flotando en la paz más completa y absoluta imaginable. Garth volvió sus pensamientos hacia el interior de su ser, concentrando el escaso poder que le quedaba en un desesperado esfuerzo para despejar su mente.

--Puedes irte --oyó que le ordenaba Zarel a su esbirro, y una puerta se cerró detrás de él--. Esta situación es realmente lamentable, ¿sabes? --añadió Zarel un instante después con voz afable y tranquila.

Garth tosió y no dijo nada.

--Permíteme que sea franco contigo --siguió diciendo Zarel.

Garth oyó el sonido de una silla que era colocada junto al potro.

Abrió los párpados y vio el brillo helado que ardía en los ojos de su torturador, y pudo percibir hasta qué punto estaba disfrutando Zarel

con lo que ocurría. Ya ni siquiera había auténtica rabia en él. Todo era frialdad y distanciamiento, y aquella tortura e interrogatorio habían pasado a ser un mero entretenimiento, un desafío del que gozar.

Garth le observó con recelosa cautela.

--Vas a morir --dijo Zarel--. Mentir a alguien con tus habilidades no tendría ningún sentido, ¿verdad? No has parado hasta que me has convertido en tu más implacable enemigo. Me has humillado, me has puesto en ridículo y me has hecho perder valiosas propiedades. Es algo que no puedo tolerar.

Zarel suspiró como si todo aquello fuese un peso terrible que le agobiaba.

--Esa escoria, esa turba pestilente de ahí fuera puede tener sus héroes, pero han de ser héroes que yo controle --Zarel alzó levemente la voz--. Y tú, tuerto, quisiste ser un héroe fuera de mi control. Oh, admito que fuiste muy listo al provocar esa pelea entre Kestha y Bolk, y que supiste burlarte de mis leyes. Sí, fue realmente magistral... Acabar contigo casi me entristece, porque supone un desperdicio de grandes cualidades --Zarel meneó la cabeza como si se sintiera realmente triste--. Si te hubieras presentado ante mi puerta y me hubieras pedido empleo, me habría encantado otorgarte un nivel.

Garth no dijo nada, sabía que en realidad Zarel no le estaba hablando a él; sus palabras iban más dirigidas a su propio orgullo.

--Un nivel de luchador que habría venido acompañado de poder, oro, mujeres... Con lo que desearas, fuera lo que fuese. Creo que eres lo bastante bueno como para haber podido llegar a ser mi segundo, porque el hombre que ahora ocupa esa posición es poco más que una mascota.

Zarel guardó silencio y le contempló con expresión gélida.

--Pero tú no deseabas eso, ¿verdad, tuerto? --preguntó.

Su voz había adquirido un tono de frío desprecio.

--Eres un luchador de la vieja escuela, y por eso me odias --siguió diciendo--. Qué estúpido eres, qué increíblemente estúpido...

Y su voz se fue debilitando poco a poco hasta que Zarel se calló, como si estuviera contemplando un lugar muy lejano.

--¿Quién eres?

Las palabras surgieron de la boca de Zarel como un latigazo y sobresaltaron a Garth, que retrocedió ante el poder encerrado en ellas. De nuevo hubo una fugaz contienda de voluntades, con la intención de pillar a Garth por sorpresa, y poco faltó para que la barrera fuese atravesada.

Zarel sonrió.

--Te estás debilitando... --dijo--. Y sabes que si no cedes puedo hacer que tu muerte sea horrible, ¿verdad?

--Puedes intentarlo --murmuró Garth--. ¿Y después qué? Nunca conocerás la verdad y yo estaré muerto. Lo que te atormenta es el misterio, ¿no? El misterio y el miedo...

Zarel se puso en pie y le dio la espalda durante un momento, y su capa polícroma despidió un sinfín de destellos bajo la claridad de las antorchas.

Zarel acabó volviéndose de nuevo hacia él, dejó escapar un suspiro y se sentó.

--El tormento que te he infligido es meramente momentáneo. Dime lo que quiero saber y todo habrá terminado. Entonces podrás alejarte hacia el gran sueño. Calla, y te entregaré al Caminante para que sufras de una manera espantosa durante muchísimo tiempo... Y créeme que no exagero cuando digo «muchísimo».

--Así que ése es el verdadero Caminante, ¿eh? --preguntó Garth--. ¿Acabas de revelarme el rostro oculto detrás de la máscara de su poder y del atractivo que ejerce sobre el populacho?

Zarel bajó la cabeza durante un momento, como si acabaran de sorprenderle profiriendo una blasfemia.

--Tú puedes controlar el maná --murmuró por fin--. Ya conoces el poder del maná rojo y del maná negro, y él lo posee en gran abundancia. Sólo un estúpido pensaría otra cosa. Ah, el Caminante es realmente terrible en su poderío, pues de lo contrario... Vamos, ¿cómo crees que podría controlar un poder semejante salvo siendo como es? Sólo responde ante el Eterno e incluso el Eterno deberá esperar hasta que llegue el *Ragalka,* el día de la destrucción y las lamentaciones.

Zarel hablaba como si estuviera conversando con un igual sobre una verdad que resultaba muy desagradable, pero a la que era preciso enfrentarse de una manera calmada y racional.

--No te permitirá escapar al reino de los muertos --continuó--. El Caminante te retendrá en sus manos como un entretenimiento con el que jugar y divertirse. Podrían transcurrir eones antes de que se hartara de ti y te concediera la liberación final. Y ése es el destino que te ofrezco si no cooperas conmigo.

--Y también eso es lo que hace a quienes incurren en su ira --dijo Garth con la voz endurecida por una rabia helada.

Zarel se removió y le contempló con obvia sorpresa. Tras un momento, volvió a lanzar un sondeo.

Garth resistió y no dijo nada.
--Noto que eso te preocupa, ¿verdad? --siguió diciendo Zarel--. ¿Tienes algún plan no sólo contra mí, sino contra el mismísimo Caminante?
Las palabras eran como latigazos implacables que caían sobre Garth.
Zarel asintió lentamente.
--¿Por qué has venido aquí, tuerto? --preguntó--. ¿Quién te ha enviado, y por qué lo ha hecho?
--Nunca lo sabrás.
--¡Maldito seas!
Zarel le abofeteó con tanta fuerza que Garth sintió que se le nublaba la visión.
Garth le contempló sin inmutarse, y escupió la sangre que le llenaba la boca sobre el rostro de Zarel.
--Me temes, ¿verdad? --murmuró Garth--. Incluso ahora, cuando estoy encadenado y en tus manos... Sí, me temes, y también temes lo que puedo ser.
--¡Debería matarte ahora mismo! --exclamó Zarel, y alzó la mano como para asestar un golpe letal.
--Adelante. Hazlo, y nunca podrás estar seguro. No sabrás si hay más como yo, esperando y urdiendo planes...
--Eres de la Casa de Oor-tael, eso está claro.
Garth se limitó a sonreír.
--Nunca lo sabrás --repitió.
--Os destruí a todos... Acabé con todos vosotros. Lo que queda no son más que perros patéticos a los que cazo para divertirme.
--Si eso es verdad, ¿por qué me temes incluso ahora, cuando estoy encadenado en tu mazmorra?
--No temo a ningún hombre o mujer.
--Dices eso para convencerte a ti mismo con meras palabras, pero no significan nada para mí porque puedo ver la verdad que ocultas dentro de ti.
Zarel bajó la mirada hacia Garth, y un fugaz destello de miedo ardió en sus ojos.
--Intentas llegar a la meta oscura, igual que antes hizo tu Maestre, y estás metido en una carrera desesperada --dijo Garth--. Cada año debes pagar el tributo de maná al Caminante y al mismo tiempo quedarte con una parte cada vez más grande hasta acumular el poder suficiente para transformarte en algo como él.

--¿Cómo sabes eso?
--Todo el mundo lo sabe --murmuró Garth, y dejó escapar una carcajada helada--. ¿Acaso crees que los demás son lo bastante estúpidos como para no verlo?
Zarel se removió nerviosamente.
--¿Y no se te ha ocurrido pensar que te temen por ello? --siguió diciendo Garth--. Recuerdan lo que hicisteis a la Casa de Oor-tael para servir a tu Maestre. Y ahora se dan cuenta de lo estás haciéndoles a ellos, de como vas desangrando lentamente a las Casas mediante el Festival. Tú sobornas a los Maestres año tras año y ellos cierran los ojos..., pero eso no durará siempre. Todo se está desmoronando. La rabia de los Maestres, la rabia de la turba... Y el Caminante no tardará en estar al corriente de todo.
--¿Es eso lo que buscas? --preguntó Zarel--. ¿Quieres llegar hasta el Caminante y contárselo?
Garth se rió.
--Tal vez --replicó.
Zarel recorrió la habitación con la mirada y dejó escapar una risita.
--¿Sabes cuántos han intentado acabar con mi poder? --preguntó--. Bien, pues todos ellos han terminado ahí arriba...
Alzó una mano y señaló las cadenas de la pared, varias de las cuales sostenía cadáveres putrefactos y esqueletos.
Garth sonrió.
--Ya dije que te temen, pero no ves lo que acabará trayendo ese miedo --replicó--. Piensas que mantendrá controlados a tus enemigos, pero también puede empujarlos a actos desesperados. Pronto no habrá cadenas suficientes para contenerles, y al final la turba o las Casas te harán pedazos.
Garth rió, y su voz entrecortada y jadeante convirtió la carcajada en un cloqueo aterrador.
--¿Quién eres? --preguntó Zarel.
Garth le escupió a la cara.
Zarel dio un grito de rabia, y le abofeteó una otra vez sin que Garth dejara de reír ni un instante. En lo más profundo de su corazón, éste estaba rezando para que pudiera provocarle hasta el extremo de que Zarel acabara con él sin más tardanza, asestando el golpe mortal que le permitiría ir hacia las sombras, y que al menos serviría para dejar a Zarel atormentado por la incertidumbre y el miedo.
El diluvio de golpes cesó por fin y Garth volvió a alzar la mirada y vio al Gran Maestre inmóvil sobre él, jadeando para recuperar el

aliento y con la capa manchada de sangre.

--No --murmuró Zarel--. No escaparás... No escaparás.

Zarel giró sobre sí mismo, fue hacia la puerta y la abrió. Después se detuvo en el umbral y se volvió hacia Garth.

--¿Sabes qué son los mil cortes? --preguntó.

Garth sintió que un escalofrío helado recorría todo su cuerpo.

--Piensa en ellos, pues pronto serán practicados sobre tu cuerpo --siguió diciendo Zarel--. Pero mi torturador es un hombre de grandes habilidades, y para cuando seas llevado a rastras ante el Caminante no serás más que un despojo humano, ciego, sin dedos en las manos o en los pies..., y sin tu virilidad. Disfrutaré mucho viéndolo. ¡Drogadle!

Y Zarel salió escupiendo maldiciones.

Los dos torturadores volvieron a aparecer junto a Garth pasados unos momentos, y sonrieron mientras uno le obligaba a abrir la boca y el otro vertía por su garganta un bebedizo que sumió a Garth en un sueño febril donde era incapaz de controlar sus pensamientos, por lo que no podía ordenar a su corazón que dejara de latir.

Garth perdió el conocimiento y quedó plácidamente inmóvil sobre el potro, y los dos torturadores rieron mientras tensaban las cadenas para dejarle estirado sobre aquella mesa del dolor.

El Gran Maestre avanzó por el pasillo oscuro y húmedo. Estaba absorto en sus temores, y no prestaba atención a los gemidos de los otros residentes de sus mazmorras. Todo el sótano hedía con su pestilencia y con las emanaciones malolientes que brotaban desde los agujeros de las cloacas abiertos en mitad del pasillo para servir como una forma rápida de librarse de cadáveres y trozos de cuerpos.

--¡Uriah! --gritó de repente.

El enano giró sobre sí mismo con las facciones empalidecidas por el miedo.

--¿Qué estás haciendo aquí? --preguntó Zarel.

--Habéis mandado llamarme, mi señor.

Zarel contempló en silencio al luchador deforme, y se preguntó si habría estado escuchando escondido.

Después permaneció inmóvil durante unos momentos, sintiéndose incapaz de controlar el torbellino de emociones que se agitaba dentro de él. El luchador tuerto tenía que ser de la Casa Turquesa. Sí, pero... ¿Cómo era posible? ¿Cómo podía haber sobrevivido? Sería demasiado joven, apenas un muchacho. El Gran Maestre hurgó entre sus pensamientos, pues oculto entre ellos se agazapaba un recuerdo a medio formar que no era capaz de ver con claridad, y eso resultaba

todavía más inquietante.

Uriah tosió nerviosamente, y el sonido hizo que Zarel volviera a ser consciente de lo que había a su alrededor.

--¿Han encontrado a su sirviente? --preguntó.

--Todavía no, mi señor.

--Y Varnel... ¿Ha entregado la bolsa?

--Dice que no puede hacerlo.

--¡Maldición!

Zarel abofeteó a Uriah con tal fuerza que el enano chocó contra la pared y alzó la mirada hacia él, aturdido y aterrorizado.

--Dile a Varnel que quiero esa bolsa, y al infierno con el precio... --gruñó Zarel--. Pidió tres mil monedas de oro sólo por cerrar la puerta, ¿no? Pues hazle saber que si no me la entrega es muy posible que su traición llegue a hacerse pública. Si es necesario, ofrécele diez mil monedas de oro. Ah, y también quiero al sirviente... Debe de saber algo, y no tiene la mente de un luchador. No podrá resistirse como el tuerto.

Uriah se había llevado una mano a la mejilla abofeteada, que estaba roja y empezaba a hincharse.

Zarel bajó la mirada hacia él.

--¿Alguna cosa más? --preguntó, en un tono que se había vuelto repentinamente gélido.

Uriah meneó la cabeza con los ojos llenos de lágrimas de dolor y miedo.

--¡Sal de mi vista, maldito seas!

Uriah se fue corriendo y Zarel siguió avanzando entre maldiciones ahogadas, evitando tragar el hedor pestilente que se agitaba a su alrededor.

Tuvo la sensación de que algo no iba del todo bien y se quedó inmóvil con los sentidos alerta. Pero solo detectó los sollozos ahogados de Uriah y todos esos gemidos quejumbrosos de las mazmorras. Zarel se marchó hecho una furia.

9

--¡Maldición!

El sonido del golpe sobresaltó de tal manera a Hammen que se pegó al muro de la cloaca, tan asustado que apenas se atrevió a respirar. Volvió la mirada hacia Norreen, que seguía inmóvil y tranquila con la espada desenvainada y los ojos clavados en el pequeño círculo de luz que brillaba delante de ellos en la oscuridad.

Podía oír con toda claridad los gimoteos de Uriah.

--Dile a Varnel que quiero esa bolsa, y al infierno con el precio...

Hammen se volvió hacia Varena, que sonrió mientras escuchaba la voz enfurecida de Zarel.

--Pidió tres mil monedas de oro sólo por cerrar la puerta, ¿no? --siguió diciendo Zarel--. Pues hazle saber que si no me la entrega es muy posible que su traición llegue a hacerse pública.

Varena se removió, y sus rasgos se pusieron tensos por la ira.

--Si es necesario, ofrécele diez mil monedas de oro. Ah, y también quiero al sirviente... Debe de saber algo, y no tiene la mente de un luchador. No podrá resistirse como el tuerto.

Hammen sintió ganas de soltar un juramento, y casi sonrió al imaginar lo que ocurriría si una voz surgiera repentinamente de la cloaca mandando a Zarel a irse a los infiernos.

--¿Alguna cosa más? --gritó Zarel.

Hubo un corto silencio.

--¡Sal de mi vista, maldito seas!

Hammen esperó un momento y reanudó su cauteloso avance. La mano de Varena salió disparada hacia adelante agarrándole, y Hammen vio que meneaba la cabeza en señal de advertencia.

Parecía contener el aliento, y Hammen percibió una ondulación de poder, como si Varena estuviera haciendo un gran esfuerzo para bloquear algo que se cernía sobre ellos. Transcurrido un tiempo Varena acabó soltando un suspiro e inclinó la cabeza exhausta. Después volvió la cabeza hacia Norreen y asintió. La benalita empezó a avanzar moviéndose con una fluida agilidad felina, sin hacer ningún ruido mientras se deslizaba por entre las aguas viscosas que le llegaban hasta medio muslo. Hammen y Varena la siguieron, y los tres acabaron deteniéndose justo allí donde empezaba la reja incrustada en el techo de la cloaca.

Norreen alzó los brazos y tanteó un lado de la reja con las puntas de los dedos, y después volvió la cabeza hacia Hammen y asintió.

Hammen avanzó y Norreen le alzó en vilo, siseando una advertencia cuando Hammen intentó deslizar las manos a lo largo de sus costados. Hammen sacó una ganzúa de su manga y empezó a levantarla.

--El bebedizo mantendrá inconsciente a esa escoria --dijo una voz encima de su cabeza, y oyeron una carcajada enronquecida.

Hammen se había quedado paralizado, y Norreen permaneció totalmente inmóvil.

Un pie se posó sobre la reja, y Hammen cerró los ojos y esperó.

--¿Por dónde crees que empezará el hombre de los cortes? --preguntó la primera voz.

--¿Por dónde te parece? --respondió otra voz, y hubo una nueva risotada.

--No... Siempre reserva eso para el final. Te apuesto cinco monedas de cobre a que empieza por las manos.

--¿Cuál de las dos?

Hubo un momento de silencio.

--La derecha.

--De acuerdo, cinco monedas de cobre.

La risa enronquecida volvió a romper el silencio.

Un instante después Hammen sintió que un líquido caliente caía sobre su cara, y tuvo que aguantar la tentación de empuñar su daga y acuchillar hacia arriba a través de la reja.

--Ah... Mejor, mucho mejor.

Los dos hombres siguieron su camino.

Hammen volvió a alzar la mano y metió la ganzúa en la cerradura de la reja.

Estaba oxidada. Intentó forzarla, pero el metal se negó a ceder. Hammen bajó la mirada hacia Varena.

--Está atascada y no puedo abrirla --murmuró--. Utiliza un hechizo.

--Podría atraer la atención. Engrásala.

Hammen cogió un frasquito metálico que llevaba colgando del cuello, le quitó el corcho con los dientes y volvió a alzar la mano. Echó aceite sobre los goznes de la reja, y después derramó el resto sobre la cerradura. Unas cuantas gotitas de aceite cayeron sobre su rostro, y Hammen sintió el escozor de las que le entraron en los ojos.

Volvió a manipular la cerradura, y ésta siguió negándose a ceder. El sudor empezó a perlar su cara a pesar de la fría humedad de la cloaca.

--¿Qué está pasando? --murmuró Norreen.

--No tengo ningún punto de apoyo que me permita hacer presión... No quiere ceder.

--¡Continúa esforzándote, maldita sea!

--Súbeme un poco más.

Norreen le levantó con un gruñido de esfuerzo hasta dejarle un poco más cerca de la reja, y Hammen se agarró a ella con una mano mientras metía la otra por entre los barrotes para seguir luchando con la cerradura.

Los ecos de una carcajada enronquecida resonaron en la lejanía, pero la única respuesta fue un grito quejumbroso cerca de ellos.

--¡Calla o te cortaremos la otra mano, maldito seas! --gritó una voz.

Hammen oyó pisadas que se acercaban y volvió a quedarse inmóvil después de sacar la mano de entre los barrotes. Alguien estaba yendo de una celda a otra y abría las mirillas para echar un vistazo a los prisioneros. Momentos despues y el guardia se pasó sobre la reja. Luego abrió otra mirilla.

--¡Maldición! Eh, Grimash, este bastardo se ha ahorcado...

--Bueno, ¿y qué quieres que haga yo? --gritó una voz lejana.

--Abre la reja, para librarnos del cuerpo.

Hammen bajó la mirada hacia Norreen.

--Déjalo en la celda hasta mañana.

--Si hay que hacerlo, hay que hacerlo, ¿no? Ven de una vez.

--Oh, de acuerdo.

Hammen contempló a Norreen con los ojos desorbitados por el terror. Norreen le bajó sin hacer ruido, y los tres se apresuraron a retroceder alejándose de la reja.

Oyeron pasos sobre sus cabezas, y un instante después pudieron escuchar el sonido del pestillo de una puerta al ser descorrido.

--Maldita sea, cómo apesta... ¿Cuándo le echaste un vistazo por última vez?

--No sé. Creo que lo trajeron ayer, o quizá fuese antes de ayer...

--¡Maldito seas! Venga, cógelo por ahí... Menudo hedor.

Los dos guardias murmuraron unas cuantas maldiciones mientras un cuerpo era arrastrado sobre el suelo. Una sombra apareció encima de sus cabezas, y oyeron el ruido de una llave girando dentro de una cerradura. La cerradura acabó cediendo con un chasquido metálico y la reja fue levantada.

--Aquí pasa algo raro.

--¿Qué quieres decir?

--La llave... Mira. Está cubierta de aceite.

--Bueno, eso es que alguien echó aceite en la cerradura, ¿no?

--¿Quién? Te aseguro que yo no he sido.

--Oh, calla de una vez y tiremos este fiambre. Huele tan mal como para hacer vomitar a un gusano.

El cuerpo cayó por el hueco de la reja y chocó con las aguas fangosas, salpicando a las tres siluetas agazapadas en la cloaca. Pero el cadáver estaba rígido como una tabla, y en vez de ceder a la corriente de la cloaca y dejarse arrastrar por ella, quedó atascado en posición vertical con la cabeza chocando contra el círculo de piedras que había justo debajo de la reja. Hammen intentó no sucumbir a las náuseas. Las sombras hacían que el rostro del cadáver resultara invisible, salvo por un delgado rayo de luz que revelaba la lengua ennegrecida que sobresalía de un rostro hinchado hasta el extremo de parecer un globo. La cuerda hecha de trozos de harapos con la que se había ahorcado estaba incrustada en la piel gris verdosa del cuello.

Los guardias se inclinaron sobre el hueco de la reja para echar un vistazo, y uno de ellos empezó a reír.

--Parece que le gusta estar ahí abajo... No quiere irse, ¿eh?

--Bueno, pues baja y dale un empujón.

--No, dejémosle donde está. La verdad es que resulta bastante gracioso, ¿no? Mírale, ahí de pie en la cloaca...

--Tenemos que sacarlo de ahí, maldita sea. Si le dejamos ahí, todo acabará apestando.

--Como si la clientela fuera a quejarse.

--Oye, sácalo de ahí de una vez.

Una mano se metió por el hueco de la reja, agarró al cadáver por la nuca y le dio un empujón. La corriente empezó a impulsar las piernas del muerto hacia adelante..., y Hammen gritó.

Los ojos desorbitados de Hammen se encontraron contemplando el rostro de Petros, uno de los miembros de su hermandad y un amigo que sólo tres días antes había estado compartiendo las pulgas y piojos de su refugio.

El grito de Hammen fue respondido por los dos guardias, que saltaron hacia atrás dominados por el horror.

--¡Salgamos de aquí!

Varena pasó junto a Hammen propinándole un empujón que le hizo caer de bruces en el agua fangosa, con el resultado de que empezó a ser arrastrado por la corriente con su querido amigo flotando

junto a él.

Varena alzó la vista y levantó una mano, y un chorro de llamas salió disparado hacia arriba y envolvió a un guardia haciendo que cayera de espaldas. El otro guardia huyó, aterrorizado. Varena se agarró a los lados del agujero de acceso y salió de la cloaca, y Norreen se apresuró a seguirla.

--¡Me estoy ahogando!

Norreen volvió la mirada a Hammen, titubeó un momento y, soltando una maldición, volvió a por él, agarrándole por el pelo y tirando de su cabeza hacia la abertura. Después Norreen alzó en vilo a un empapado y medio asfixiado Hammen a través del hueco de la reja.

Hammen se derrumbó sobre el suelo de la mazmorra y rodó sobre sí mismo para alejarse del guardia, que se retorcía de un lado a otro mientras lanzaba alaridos histéricos e intentaba apagar las llamas que envolvían su cuerpo.

Norreen salió del agujero, y su espada bajó con la velocidad del rayo y puso fin a los aullidos del guardia.

--¿Cuál es su celda? --gritó.

Varena llegó corriendo desde el final del pasillo.

--Ha escapado... --dijo--. No disponemos de mucho tiempo.

--¿Cuál es su celda, maldición? --volvió a preguntar Norreen.

Varena miró a su alrededor, sintiéndose cada vez más confusa. El plan de entrar e inspeccionar las celdas sin ser vistos se había malogrado.

--¡Tiene que estar por este extremo! --exclamó.

Empezó a recorrer el pasillo, haciendo un rápido gesto delante de cada puerta y destrozando una cerradura detrás de otra. Norreen la seguía e iba abriendo las puertas de un manotazo.

Hammen yacía aún en el suelo y las observaba, todavía visiblemente afectado por el recuerdo de los restos de su amigo.

--¡Vigila el corredor, Hammen!

Hammen se levantó mascullando y se tambaleó por el pasillo. Un estrépito infernal se había desencadenado a su alrededor en cuanto los prisioneros empezaron a aullar pidiendo ser liberados.

Dio la vuelta al cuerpo calcinado del guardia muerto y encontró sus llaves. Hammen volvió sobre sus pasos y se puso a abrir las puertas de las celdas. Algunas de las víctimas que contenían estaban más allá de toda esperanza de salvación, otras estaban encadenadas a las paredes, y algunas solo alzaron la mirada para implorar agua o,

sencillamente, que se pusiera fin a su tormento. Las lágrimas le nublaron la vista, y Hammen siguió avanzando por el pasillo. Los prisioneros iban saliendo de las celdas con paso tambaleante.

--¡Bajad a la cloaca y seguid la corriente! --gritó Hammen mientras les empujaba hacia la reja.

Los hombres y las mujeres se alejaron lentamente.

Uno de ellos fue cojeando hasta Hammen.

--Hammen...

Su voz apenas era un graznido enronquecido.

Hammen se dijo que aquel hombre le resultaba familiar, y un instante después reconoció al miembro de su hermandad que no tenía manos.

--Sal de aquí y cuéntaselo a los demás... Cuéntaselo a todo el mundo --murmuró Hammen--. Diles que fue el luchador tuerto quien os liberó. Escóndete con los de la hermandad de Lothor, ya me reuniré contigo allí más tarde.

La sonrisa del viejo mendigo iluminó su rostro ensangrentado, y se apresuró a meterse por el agujero de la cloaca.

Un instante después Hammen oyó pasos a la carrera que llegaban desde el otro extremo del pasillo.

--¡Ya vienen!

--¡Hemos dado con él!

Hammen miró por encima de su hombro. Norreen estaba saliendo de una celda llevando a Garth en brazos, y Varena pasó junto a ella y corrió hacia Hammen.

Un dardo de ballesta pasó siseando al lado de Hammen y rebotó en una pared levantando chispas. Varias antorchas aparecieron al otro extremo del bloque de celdas.

--¡Muévete!

Hammen no necesitó que le apremiaran, corrió hacia ella y se detuvo delante del agujero de la cloaca.

Varena alzó la mano, y una gran horda de ratas surgió de la nada y echó a correr por el pasillo chillando y gruñendo. Un muro de fuego se alzó directamente detrás de ellas y empezó a seguirlas, impulsándolas hacia el final del pasillo.

Norreen fue hacia el agujero, llevando a Garth en brazos.

--¡Hammen primero!

Hammen bajó la mirada hacia la oscuridad, titubeó, y un pie le pateó por detrás. Cayó a la cloaca maldiciendo, se sumergió en las aguas malolientes y volvió a la superficie, debatiéndose e intentando

evitar que sus pies resbalaran sobre el viscoso fondo.

--¡Cógele!

Norreen bajó a Garth con los pies por delante y le soltó. Garth cayó a la corriente y Hammen tuvo que esforzarse para mantener su cabeza fuera del agua. Luego Norreen saltó a la cloaca gritando:

--¡Venga, Varena, salgamos de aquí!

La luchadora Naranja saltó detrás de ella, y el potente resplandor del fuego se extinguió sobre su cabeza con un último parpadeo; pero pudieron seguir oyendo a las ratas, que lanzaban chillidos mientras luchaban por su cena entre los aullidos y gritos de los guardias.

Las dos mujeres incorporaron a Garth y empezaron a avanzar, medio nadando a favor de la corriente y medio caminando en ella. Cuando pasaron por debajo de otra reja alguien metió una lanza entre los barrotes, y poco faltó para que se hundiera en el hombro de Hammen.

--La llave... ¿Dónde está la maldita llave? --gritó una voz iracunda sobre sus cabezas, y un instante después ya la habían dejado atrás.

La cloaca descendía en una pendiente bastante pronunciada y la corriente fue incrementando su velocidad, siguiendo la cuesta que bajaba desde el palacio. Llegaron a la reja de barrotes de acero que atravesaba la cloaca e indicaba el final del recinto palaciego. Se metieron por la angosta abertura que Hammen y Norreen habían tardado horas en agrandar, logrando deslizarse por ella con muchos gruñidos y maldiciones, y después empezaron a serpentear por el laberinto de trampas, ignorando los esqueletos de anteriores intentos de rescate que habían fracasado y que colgaban empalados de la pared.

Dejaron atrás una abertura a su derecha y después pasaron al lado de otra, y siguieron avanzando en las tinieblas más absolutas. Muy por delante de ellos podían oír los ecos de las voces de los prisioneros que Hammen había dejado en libertad.

--¿Por qué los has soltado? --preguntó secamente Varena.

--Para que los guardias los persigan a ellos en vez de a nosotros --mintió Hammen--. La tercera a la derecha... --anunció un instante después--. Aquí es.

Estuvo a punto de ser arrastrado por la corriente y pasar de largo, y tuvo que agarrarse desesperadamente a un lado de la abertura hasta que Norreen extendió el brazo y tiró de él. Un débil destello luminoso era visible a lo lejos en el pasillo, y de un desagüe para las tormentas que se abría sobre sus cabezas llegaba el estruendoso

trompetear de los clarines. Un delgado haz de claridad diurna entró por el orificio, y pudieron oír los gritos de la turba por encima de los clarines.

--¡Tuerto! ¡Tuerto!

La noticia ya había empezado a difundirse.

Siguieron avanzando por la cloaca en un lento progreso que les obligaba a luchar contra la corriente, y dejaron atrás dos aberturas más mientras el nivel de las aguas fangosas iba descendiendo hasta llegar a sus tobillos.

De repente Varena extendió la mano, y oyeron un rechinar de metal sobre piedra y una linterna fue bajando ante ellos a unos veinte metros de distancia.

Varena movió la mano indicándoles que debían tumbarse. Hammen obedeció al instante. Pegó el rostro al barrizal y vio aparecer una cabeza invertida que giró lentamente, volviéndose primero hacia el otro extremo de la cloaca y luego hacia ellos. Había mucho ruido y se oían gritos. El guardia clavó la mirada en ellos y después empezó a levantar una mano como si les hubiese visto..., y dejó escapar un grito y se precipitó de cabeza en la cloaca cayendo sobre la linterna, que se extinguió al quedar sumergida en las sucias aguas.

--¡Vamos!

Varena se levantó y siguió avanzando hasta que llegaron junto al guardia inconsciente. Arriba los disturbios parecían estar en su apogeo, y el populacho gritaba y rugía mientras se enfrentaba a los guerreros del Gran Maestre.

Hammen ya estaba a punto de dejar atrás la abertura del techo cuando alzó la mirada y pudo ver muchas piernas y cuerpos que corrían y luchaban. Otro guerrero cayó por el agujero y aterrizó con los pies por delante. Lanzó una maldición y empezó a incorporarse, pero su grito de alarma fue bruscamente abortado por la hoja de Norreen.

Continuaron avanzando por la cada vez más angosta cloaca, siguiendo a Hammen mientras torcía hacia la izquierda primero y a la derecha después, y luego nuevamente hacia la izquierda.

Hammen acabó deteniéndose.

--Aquí es --murmuró.

Habían llegado a un cruce en el que se unían cuatro conductos iluminados gracias a una angosta abertura protegida por una reja que se abría justo encima de sus cabezas. Un conducto estaba seco, y en su interior había cuatro fardos envueltos en pieles embreadas junto a los que había una docena de odres llenos de agua.

Norreen y Varena acostaron delicadamente a Garth en el suelo.

Garth se agitó de un lado a otro como si se hallara sumido en un sueño febril, y sus labios se movieron dejando escapar murmullos ahogados.

--Padre, no... Padre... Padre...

Varena fue hacia él, metió la mano en la bolsa de Garth y extrajo de ella un amuleto que colocó sobre su frente. Una leve iridiscencia luminosa envolvió el rostro de Garth como si fuese un halo, y las profundas arrugas del dolor se fueron difuminando poco a poco. Hammen contempló con asombro cómo iban desapareciendo del maltrecho rostro de Garth las hinchazones provocadas por los golpes. Los cortes que había abierto la mano cargada de anillos de Zarel se cerraron, y finalmente la herida de su hombro también se cerró. Garth suspiró y después pareció quedarse totalmente inmóvil, y por un momento Hammen pensó que estaba muerto y que el espíritu de Garth había abandonado su cuerpo.

--De momento deja que descanse --murmuró Varena--, y no le pierdas de vista.

Volvió al cruce de los conductos de las cloacas y empezó a desnudarse tranquilamente. Norreen la imitó.

Varena ya estaba a medio desnudar cuando volvió la cabeza y vio dos ojos que brillaban en la semioscuridad.

--¡Maldición, Hammen! --exclamó secamente--. Esto es lo único que nunca me ha gustado del plan...

Cogió la capa, y se las arregló para colgarla de tal forma que tapara la abertura en la que Hammen estaba sentado al lado de Garth.

Hammen empezó a arrastrarse sigilosamente hacia ella para poder mirar.

--Hammen, si veo tu sucia cara te convertirás en un mendigo ciego --dijo Varena en voz baja y suave.

--¿Qué te parecería conformarte con un ojo?

--¡Ocúpate de Garth! Lávale, ¿de acuerdo?

Hammen lanzó un juramento ahogado y empezó a luchar con las malolientes ropas mojadas de Garth. Logró quitarle los pantalones y se concentró en la túnica ensangrentada, y acabó desenvainando una daga para cortarla mientras podía oír cómo las dos mujeres se echaban agua mutuamente al otro lado de la cortina improvisada para quitarse la mugre de las cloacas.

--¡Maldición! Y yo que imaginaba que aún quedaba algo de gratitud en este mundo... --siseó cuando por fin consiguió quitarle la

túnica a Garth.
Y un instante después se quedó totalmente inmóvil. Había una cicatriz tan fina que casi resultaba invisible a lo largo del brazo derecho de Garth, y el verla hizo que los ojos de Hammen se llenaran de lágrimas que empezaron a deslizarse por sus sucias mejillas.
Una mano apartó la capa, y Hammen dio un respingo y alzó la mirada para ver a Varena, que estaba contemplándole mientras se secaba el cabello.
--Vamos, deja que te ayude --murmuró Varena.
Hammen se pasó la mano por la cara para ocultar sus lágrimas.
Varena descorchó otro odre y derramó su contenido sobre Garth, y después utilizó la toalla para quitar la suciedad. Norreen se reunió con ellos y no tardaron en acabar de asearle. Hammen permanecía inmóvil y en silencio, absorto en sus pensamientos.
--Bueno, tú también apestas... Venga, lávate --ordenó Varena en cuanto hubo terminado de ocuparse de Garth--. Nosotras nos encargaremos de vestirle.
Hammen se señaló el pecho con un dedo mientras ponía cara de sorpresa.
--¿Lavarme? ¿Yo?
--¿Crees que puedes volver arriba y pasearte oliendo tan mal como ahora? ¡El hedor te delataría enseguida, así que lávate de una vez!
--Vete con los demonios.
Varena alzó la mano sin inmutarse y Hammen sintió una punzada de dolor.
--¡Maldita sea, eso duele!
--La próxima vez te dolerá el doble. ¡Y ahora lávate!
Hammen fue hasta el cruce de los conductos mascullando maldiciones y empezó a quitar el corcho de un odre de agua.
--Antes tienes que desnudarte.
Hammen las contempló, boquiabierto.
--Estás bromeando, ¿no?
Hammen volvió a sentir la punzada de dolor y, tal como le había prometido Varena, esta vez era el doble de intenso.
Hammen se quitó la túnica y los pantalones mascullando una imprecación detrás de otra.
--Todo --dijo Norreen sin inmutarse.
Hammen abrió la boca para protestar y Varena alzó la mano.
--¡Bueno, pues entonces quiero tener un poco de intimidad!

--exigió mientras intentaba volver a colocar la capa en el hueco.

Hammen acabó de desnudarse y empezó a lavarse, torciendo el gesto al sentir la frialdad del agua que se derramaba sobre su cuerpo..., y un instante después la capa cayó al suelo.

Norreen y Varena le miraron y empezaron a soltar risitas. Hammen giró sobre sí mismo con el rostro enrojecido por la rabia y la humillación, y las risas de las dos mujeres se volvieron todavía más estrepitosas.

--Menudas damas habéis resultado ser --dijo secamente Hammen en cuanto hubo acabado, y Varena le alargó un paño para secarse.

Hammen se apresuró a coger su fardo de ropas y se las puso, sintiéndose bastante incómodo al notar el roce de la tela limpia sobre su piel lavada.

Las dos mujeres volvieron a concentrar su atención en Garth, y le vistieron con ropas limpias después de haber acabado de secarle.

--Así que estás interesada en él, ¿eh? --preguntó Varena, y alzó la mirada hacia Norreen.

--Es un buen luchador --replicó Norreen--. Entonces no quise admitirlo, pero me salvó la vida al evitar que recibiese una puñalada en la espalda. Estoy en deuda con él.

--No me refería a eso.

Norreen bajó la mirada hacia Garth.

--No es de mi clan --dijo.

--Eso tampoco tiene nada que ver con mi pregunta.

--Oh, pero no cabe duda de que tú sí estás muy interesada en él --intervino Hammen, mirando fijamente a Varena.

--Garth no significa nada para mí --replicó Varena sin inmutarse, y Hammen soltó una risita.

--Vaya vida... Dos mujeres vistiéndole, una ya se ha acostado con él y la otra quiere hacerlo. Vaya vida...

Norreen volvió la cabeza hacia Hammen y le fulminó con la mirada.

--Lo que hizo con ella no me importa en lo más mínimo --dijo.

--Oh, claro. Lo que tú digas, por supuesto --replicó Hammen sarcásticamente.

Varena contempló en silencio a Norreen, y sus rasgos empezaron a enrojecer.

--Mi obligación hacia Garth habrá terminado en cuanto le hayamos sacado de aquí --dijo secamente Norreen--. Si tanto significa para ti... Bueno, puedes quedarte con él.

--Ya te he dicho que no estoy interesada en él --replicó Varena.
--¿Por que no pujáis por Garth? --preguntó Hammen, y sorbió aire por la nariz.
--Cierra el pico --gruñeron las dos mujeres al unísono.
Un grito lejano que parecía un rugido entró por la reja que había encima de sus cabezas y fue coreado por otras voces. Pudieron oír pasos seguidos por más gritos, y un instante después oyeron el inconfundible chasquido de ballestas disparando sus dardos.
De repente hubo una especie de roce acompañado por una respiración enronquecida que resonó a lo largo de todo el túnel. Un gruñido gutural creó ecos en los conductos.
--Mastines --murmuró Norreen.
--¡Ahí abajo hay algo! --gritó una voz.
--¡Levantad la reja!
Norreen alargó la mano hacia su espada.
--Está incrustada en la piedra, y el hueco es demasiado pequeño para pasar.
--Bueno, pues buscad alguna manera de bajar, maldita sea... ¡Están ahí abajo!
Varena se inclinó sobre Garth, le puso las manos en las sienes con gran delicadeza y le murmuró algo al oído.
Garth se removió y dejó escapar un gemido ahogado. Varena volvió a hablarle en susurros.
Garth gritó y trató de erguirse, y Varena le tapó la boca con la mano.
--¡Están ahí abajo, están ahí abajo!
Garth miró frenéticamente a su alrededor y Varena mantuvo la mano sobre su boca. De repente se inclinó sobre él, apartó la mano y depositó un fugaz beso en sus labios.
Hammen estaba muy asustado, pero tuvo que reprimir una risita ante la mueca de ira que ensombreció los rasgos de Norreen durante un momento.
El terror fue desapareciendo de los ojos de Garth y Varena se echó hacia atrás. Después alargó la mano hacia uno de los fardos envueltos en piel embreada, lo abrió, extrajo de él la bolsa de Garth y se la puso en el hombro.
--¿Dónde estoy?
Garth pegó la pared al muro al oír más gritos procedentes de arriba.
--Te hemos sacado de la mazmorra --susurró Norreen, y se

arrodilló junto a él.

--¿Cómo?

--Gracias a Hammen.

Garth volvió la mirada hacia Hammen, que estaba arrodillado detrás de Norreen. El viejo no dijo nada, y se limitó a contemplarle con ojos llenos de preocupación.

Garth alargó la mano y le rozó el hombro con las yemas de los dedos, y Hammen bajó la cabeza.

Después miró a Varena y Norreen y les dio las gracias con una silenciosa inclinación de cabeza.

--Bien, ahora que la reunión ha terminado, sugiero que salgamos de aquí lo más deprisa posible --murmuró Hammen, intentando que su voz sonara lo más firme posible y reprimiendo un temblor lacrimoso.

Pasó junto a Garth y empezó a avanzar por el túnel. Norreen ayudó a Garth a levantarse, preparada para agarrarle si se desplomaba.

--Estoy bien --murmuró Garth cuando la mano de Norreen fue velozmente hacia él para sostenerle, y empezó a seguir a Hammen con los hombros encorvados para no tropezar con el techo.

Siguieron avanzando por el túnel y dejaron atrás un canal lateral en el que se oían ecos de voces y el gruñido lejano de un perro. Hammen se metió por otro conducto, volvió a doblar a la derecha y acabó deteniéndose.

--Es este desvío --murmuró.

Varena se detuvo detrás de él y miró en la dirección que Hammen estaba señalando con un dedo.

--La salida está detrás de la calle de los cambistas de monedas, y da a un patio vacío --le explicó Hammen--. Cambiaron la dirección de la calle después del último incendio que barrió la ciudad, y ahora ya no se usa. Escala la pared, ve en dirección este y acabarás encontrándote detrás de tu Casa. Hay tanta confusión que no deberías tener muchos problemas para entrar sin ser vista.

Varena echó a caminar por el túnel sin decir ni una palabra, y después se detuvo de repente y miró hacia atrás.

--Garth...

--¿Sí?

--Sal de la ciudad. Olvídalo, ¿entiendes? No sé qué has venido a hacer aquí, y no quiero saberlo. Vete de la ciudad... Si te quedas y tenemos que luchar... Bueno, ya sabes que haré cuanto esté en mis manos para vencerte, ¿verdad? Mi *sessan* no me permitirá actuar de

otra manera.

Garth sonrió y no dijo nada.

--Es tuyo, benalita --murmuró Varena--. Sácale de la ciudad.

--No acepto regalos de una *hanin* Naranja --replicó altivamente Norreen.

Varena rió y desapareció por el túnel.

Un instante después oyeron los ecos de los ladridos de los mastines resonando en la dirección por la que habían venido.

--Vamos --dijo Hammen.

Giró sobre sí mismo y les llevó hasta un túnel muy angosto que se alejaba en dirección opuesta a la que había tomado Varena. El túnel tenía el lecho tan bajo que tuvieron que arrastrarse sobre las manos y las rodillas hasta que Hammen acabó deteniéndose y señaló hacia arriba. Alzaron la mirada y vieron una reja al final de un pozo. Hammen se dio la vuelta y extendió los brazos. Se agarró a una resbaladiza protuberancia rocosa, se izó por el conducto y apartó la reja con los hombros.

Salió cautelosamente por el hueco, se agazapó y miró a su alrededor. El patio abandonado era una confusión de piedras ennegrecidas por el fuego medio ocultas por una espesa masa de arbustos y hierbajos. Al otro lado de un muro semiderruido se podía oír una tremenda algarabía y gritos exultantes.

--¡Tuerto! ¡Tuerto!

Hammen movió la mano indicando a Garth y Norreen que podían seguirle. Garth salió por el agujero, y Norreen emergió detrás de él. Acababa de salir por el hueco cuando oyeron feroces ladridos justo debajo de ellos.

--¡Han salido, han salido!

Garth volvió a poner la reja en el hueco mientras Norreen cogía un gran peñasco que colocó encima de ella.

--¡Abrid esa reja, maldición!

Hammen señaló una grieta en la pared que permitía llegar hasta el callejón. Garth y Norreen fueron hacia ella, y se detuvieron al oír la risa de Hammen.

Hammen estaba de pie encima de la reja orinando sobre ella, y un instante después pudieron oír una explosión de juramentos enfurecidos dentro de la cloaca.

--Se lo debía --anunció Hammen con salvaje alegría, y después siguió a sus dos amigos al callejón sin dejar de reír.

Cuando llegaron a la calle Garth se tapó la cara y el ojo perdido

con su capa.

--La salida de la ciudad está por ahí --dijo Hammen, señalando el final de la calle y alzando la voz para hacerse oír por encima del estrépito de la multitud que se agitaba a su alrededor.

--Me quedo --anunció secamente Garth.

--¡Maldición! --gruñó Norreen.

Garth la miró, y Norreen no dijo nada más.

--De acuerdo, de acuerdo... Bueno, ya nos lo imaginábamos, ¿no? --dijo Hammen--. La Casa de Bolk está al otro lado de la esquina.

--¿Cómo lo has sabido? --preguntó Garth.

--Nos limitamos a suponer que sería lo que harías.

Los tres se abrieron paso a través de la multitud, que se agitaba y se empujaba incesantemente. Algunos iban hacia los disturbios de la Plaza, y otros se esforzaban por alejarse de ellos.

Llegaron al muro de la Casa Marrón, y lo fueron siguiendo hasta que acabaron llegando a la Gran Plaza.

El caos se estaba extendiendo. Varios millares de personas gritaban y reían, y lanzaban burlas al grupo de guerreros que pasaba por un lado del recinto. Allí donde había un desagüe para las tormentas se veían centenares de cuerpos apelotonados que lanzaban gritos de ánimo a las cloacas como si el luchador tuerto estuviera directamente debajo de ellos. Los gritos sarcásticos iban y venían de un confín a otro de la Plaza. «Está aquí, no, está allá, eh, está por ahí...» Los guerreros y los luchadores intentaban abrirse paso sin ningún miramiento a través de la turba, que respondía arrojándoles todo lo que tuviera a mano.

En algunas zonas de la Plaza ya habían estallado combates, y un sólido muro de guerreros avanzaba lentamente alrededor del Gran Palacio del Maestre de la Arena para hacer retroceder al populacho.

Garth se abrió paso hasta el comienzo de las losas marrones que recubrían el semicírculo de territorio Marrón delante de su Casa. Un anillo de luchadores se había desplegado alrededor del gran semicírculo para mantener alejada a la multitud de su terreno sagrado; pero el estado de ánimo general era casi festivo. La multitud intercambiaba pullas bienhumoradas con los luchadores, y estaba claro que éstos disfrutaban con la humillación que estaba sufriendo el Gran Maestre.

Garth fue hacia el anillo de luchadores y miró a su alrededor. Acabó viendo lo que buscaba, y se abrió paso a través del gentío

hasta detenerse delante de una silueta gigantesca.

--Naru... --dijo en voz baja.

Hammen dejó escapar un gemido de desesperación y empezó a retroceder.

--¿Es que te he salvado para esto? --gimió.

--¡Naru!

Esta vez la voz de Garth sonó mucho más firme e imperiosa.

El gigante bajó la mirada hacia Garth, y el brillo del reconocimiento fue apareciendo poco a poco en sus ojos. La expresión de su rostro pasó de la sorpresa a una perpleja incredulidad. La mirada de Naru fue más allá de él durante un momento, como si estuviera preguntando cómo se las había arreglado Garth para aparecer ante él, y después volvió a posarse en su rostro. Una mueca de rabia salvaje empezó a contorsionar sus facciones.

Garth ya se había llevado la mano a la bolsa, y sacó de ella un paquetito que sostuvo delante de su rostro.

--Es tu bolsa, luchador --dijo--. Un mendigo te la robó. Yo la recuperé y he estado intentando devolvértela desde entonces... Incluso he tenido que luchar con el Gran Maestre para protegerla.

Naru bajó la mirada hacia él, visiblemente confuso. Después alargó una mano vacilante hacia la bolsa, la cogió y la abrió. Hammen estaba mirándole fijamente, sorprendido ante el brillo de alegría casi infantil que acababa de aparecer en los ojos del gigante.

Naru se colgó su maná de la cintura y Hammen esperó, preparado para ver empezar el combate de un momento a otro..., pero de repente Naru empezó a bailotear de un lado a otro como si estuviera poseído.

--¡Mis hechizos, mis hechizos!

Garth le observó en silencio. La multitud había estado escuchándo con atención, y no tardó en comprender lo que acababa de presenciar.

--Es el tuerto... ¡Está aquí, está aquí!

Cerca de allí un pelotón de guerreros se estaba abriendo paso a través del gentío. Algunos empezaron a darse la vuelta al oír los gritos, pero el comandante maldijo al populacho y señaló la dirección opuesta con expresión enfurecida, y los soldados se alejaron.

Naru volvió la mirada hacia Garth, y había auténtica confusión en sus ojos.

Garth sonrió y extendió las manos con las palmas hacia abajo en un gesto de paz.

--¿Puedo unirme a esta Casa y luchar a tu lado, Naru?

Naru guardó silencio un momento, obviamente aturdido ante la complejidad del problema al que debía enfrentarse. Después volvió a alzar la mirada hacia el palacio y acabó mirando a Garth.

--Ha sido una buena broma... Sí.

Y alargó el brazo y tiró de Garth, atrayéndole hacia las losas marrones.

Hammen, perplejo, vio cómo Naru daba una potente palmada a Garth en los hombros y resplandecía de orgullo como si acabara de arreglárselas para rescatarle. La multitud, que lo había presenciado todo, conmovida por el sentimentalismo del momento, lanzó un aullido de deleite. Hammen se volvió hacia Norreen.

--Supongo que será mejor que vaya con él... Condenado estúpido.

--Cuida de él, Hammen.

--Ven con nosotros. Maldita sea, mujer... Siempre están contratando guerreros. La ciudad se ha convertido en un sitio demasiado peligroso.

Norreen meneó la cabeza.

--Cuida de él.

Giró sobre sí misma y empezó a alejarse.

--Norreen... Él te desea, y tú lo sabes.

--Díselo a Varena. No le creará tantos problemas --replicó Norreen con una sonrisa melancólica, y se dio la vuelta y desapareció entre el gentío.

10

Uriah yacía sobre el suelo de la sala de audiencias, temblando de miedo y maldiciendo a los hados que le habían convertido en una criatura tan insignificante y a la que resultaba tan fácil despreciar. Había nacido con la capacidad de controlar el maná, pero también había nacido con el cuerpo deforme y contrahecho. Al principio había pensado que conseguiría ser respetado a medida que fuese aprendiendo a dominar los secretos arcanos, pero ese respeto nunca había llegado. Aunque hubo un tiempo, demasiado corto y fugaz, en el que todo había sido distinto; pero la fascinación del poder que le había ofrecido Zarel fue una tentación irresistible, y Uriah optó por seguirle y ascender a capitán mediante la traición antes que seguir como un simple luchador incomprendido por los demás.

Algunos le llamaban esbirro rastrero, y le acusaban de lamer las botas de Zarel. Uriah consideraba que se limitaba a sobrevivir. Ahora era capitán de luchadores, aunque algunos sus subordinados contaban con más poderes que él. Zarel le había ascendido por una sola razón: Uriah podía ser controlado --y el enano se maldecía a sí mismo por conocer muy bien esa verdad, la más cruel de todas--, y soportaría abusos o malos tratos contra los que otros ya se habrían rebelado por la sencilla razón de que en su vida sólo había conocido abusos y malos tratos desde el día en que nació.

La sala se hallaba sumida en el silencio más absoluto. Los guerreros, secretarios y parásitos de la corte permanecieron inmóviles y callados mientras Zarel volvía a golpear a Uriah.

--¡Tendrías que haber previsto esto, maldito seas! ¿Es que a ninguno de vosotros se le ocurrió pensar que podrían tratar de rescatarle a través de las cloacas?

--La puerta de la cloaca fue clausurada hace muchos años, mi señor, y la zona estaba plagada de trampas. Se consideró que era imposible que...

--¡Bien, pues no era imposible! Oh, maldición...

El enano no dijo nada, y se limitó a emitir un gruñido de dolor cuando Zarel le pateó antes de volverse hacia la mensajera que había enviado a la Casa de Bolk.

--¿Ha habido contestación de Kirlen?

La guerrera envuelta en su armadura bajó la cabeza y no dijo nada.

--¡Maldición! ¿Qué ha ocurrido?

Zarel parecía estar lo bastante enfurecido como para llegar a levantar la mano contra ella, pero la mensajera le contempló en silencio y sin inmutarse. Zarel titubeó durante un momento y acabó lanzándole otra salvaje patada a Uriah.

--¿Dijo algo?

--Dijo que debíais llevar a cabo una acción físicamente imposible sobre vuestra propia anatomía, mi señor --acabó replicando la guerrera.

Zarel la fulminó con la mirada, y se dio cuenta de que había una leve sombra de desafío en el tono que había empleado al responderle.

--Sigue.

--Declaró que el tuerto se ha convertido oficialmente en un Bolk, y que en calidad de tal disfruta del derecho de inmunidad de la hermandad, que le pone a salvo de ser perseguido por crímenes cometidos antes de que fuese aceptado por la Casa.

--Vete.

La guerrera se puso en pie, se inclinó ante Zarel y salió de la sala de audiencias. Zarel la siguió con la mirada, y comprendió que acababa de sufrir una tremenda humillación. En primer lugar, el populacho ya estaba firmemente de parte del luchador tuerto, había encontrado un héroe al que adorar con la convicción de que era uno de los suyos. Además Zarel sospechaba ahora de sus propios hombres, pues la cerradura había sido engrasada. Hizo ejecutar a los guardias de la prisión como castigo a su fracaso, y ese estallido de ira había inquietado a sus guerreros. En cuanto a sus luchadores, estaban empezando a ponerse nerviosos y se sentían muy irritados ante las humillaciones que la turba hacía llover sobre sus cabezas. Varios centenares de personas habían perdido la vida durante la feroz represión de los disturbios, pero Zarel ya se había dado cuenta de que la agitación había empezado a extenderse entre sus propias fuerzas. Los luchadores de los niveles más bajos incluso estaban asustados, pues algunos de ellos habían perecido durante los motines tras la huida de Garth.

Y el Festival empezaría mañana, y medio millón de seres se concentrarían en un solo lugar. Si algo hacía que estallaran, los resultados podían llegar a ser desastrosos. Tendría que hacer alguna oferta para calmar al populacho y conseguir que volviera a estar de su parte. Incluso el pensar en ello le resultaba desagradable, pero Zarel sabía que tendría que recurrir a sus tesoros para comprarles.

--Cuando tú y yo hayamos acabado, haz venir al capitán de mis

catapultas --dijo--. Se me ha ocurrido una idea que podría animar considerablemente el Festival.

--¿El capitán de vuestras catapultas, mi señor? --preguntó Uriah.

--Haz lo que te he ordenado.

Zarel giró sobre sus talones, y durante un momento Uriah pensó que eso significaba que podía irse.

--¿Existe alguna posibilidad de que podamos capturar al luchador tuerto antes de que empiece el Festival, Uriah? --preguntó Zarel de repente.

El enano alzó la mirada y se puso de rodillas.

--No lo creo, gran señor.

--¿Por qué no?

--Jimak, Varnel y Tulan son sobornables, pero Kirlen no. Sólo hay una cosa que desee, y es vuestro poder y el camino que lleva a convertirse en Caminante. Nada de lo que podáis ofrecerle bastaría salvo vuestro poder, y Kirlen considera que el luchador tuerto es un medio de causaros problemas y humillaciones, y tal vez incluso de alzar al populacho contra vos.

Zarel bajó la mirada hacia Uriah.

--A veces pienso que eres demasiado listo, Uriah.

--Mi inteligencia está únicamente a vuestro servicio, mi señor.

--¿Por qué?

Uriah vaciló unos momentos antes de responder.

--Sois mi señor.

--No me basta como respuesta.

Uriah bajó la cabeza.

--Porque los otros nunca me aceptarían.

Zarel dejó escapar una carcajada helada.

--El traidor de la Casa Turquesa, el que me proporcionó toda la información que necesitaba mientras llevaba sus colores y que abrió la puerta a la Noche de Fuego...

Zarel sonrió y volvió a bajar la mirada hacia Uriah, que se removió nerviosamente a sus pies.

--¿Quién es ese luchador tuerto? --preguntó Zarel, y su tono parecía indicar que se hacía la pregunta a sí mismo.

Uriah alzó la vista hacia él y no dijo nada.

--Llevaste sus colores durante años... ¿Te acuerdas de él?

--No, mi señor --respondió Uriah en voz baja.

--Sal de aquí.

Uriah se apresuró a marcharse, y consiguió esquivar por muy

poco la patada que le lanzó Zarel.

Llegó a la puerta y se volvió hacia Zarel antes de cerrarla.

El Gran Maestre había preguntado quién era el luchador tuerto. Uriah sonrió, y se alejó con paso cojeante para ocuparse de las heridas de su cuerpo y de su corazón.

* * *

--Fue buena broma.

Garth sonrió y se obligó a seguir despierto mientras Naru servía otra ronda. El gigante volvió la mirada hacia el otro extremo de la mesa y miró a Hammen, que yacía inconsciente sobre el suelo de la sala de banquetes, y se rió.

--¡Viejo muy debilucho, y ahora huele mal! --exclamó entre carcajada y carcajada.

Garth intentó hacer durar su copa todo lo posible mientras sentía que le daba vueltas la cabeza, y deseó controlar alguno de los raros hechizos que curaban la embriaguez.

--Oh, pero fue broma muy pesada la que gastaste a Naru...

El gigante clavó la mirada en su copa y meneó la cabeza.

--Lo lamento mucho, pero si te acuerdas... --replicó Garth--. Bueno, en esos momentos estábamos luchando, ¿no?

Naru miró a Garth y entrecerró los ojos durante un momento como si estuviera intentando decidir si el luchador tuerto era amigo suyo o no. Sus rasgos acabaron relajándose.

--Venciste al Gran Maestre y me devolviste los hechizos --dijo por fin--. Sigues siendo mi amigo.

Garth asintió. Había pasado por esa discusión más de veinte veces durante las últimas horas. Naru volvió a llenarse la copa, y lanzó una mirada llena de tristeza a su amigo al ver que éste se había quedado rezagado.

--Lástima, porque te venceré en el Festival.

--Claro.

--Naru ha oído decir que Gran Maestre declarará que los combates finales serán a muerte.

Garth se removió en su asiento y miró al gigante.

--¿Dónde has oído decir eso? --preguntó.

--Oh, Naru tiene amigos. Gran Maestre hace eso cada vez más a menudo para tener contenta a la gente.

--¿Y por qué no os negáis a luchar a muerte?

--No se puede. Gran Maestre es Gran Maestre de la Arena. Cuando estás en la arena, no puedes decir no.

--¿Y qué hay de los Maestres de las Casas?

--Oh, ellos ganan mucho dinero con eso y hacen buenos contratos, y ellos están contentos así.

Naru dejó escapar una risita.

--Además, a Naru le gusta romper huesos --siguió diciendo--. Ha conseguido muchos hechizos y maná de los vencidos, y eso aunque el Gran Maestre se queda con su parte.

El gigante volvió a mirar a Garth y suspiró.

--Lástima que tenga que romperte los huesos. Creo que me sigues cayendo bien.

Naru alzó su copa para apurarla, y el movimiento puso en marcha una reacción de inercia que mantuvo al gigante desplazándose hacia atrás hasta que acabó cayendo de su taburete. Naru se desplomó sobre el suelo, dejó escapar un eructo y perdió el conocimiento.

--Tuerto...

Garth se sobresaltó y giró sobre sí mismo para ver a Kirlen, la Maestre de la Casa de Bolk, inmóvil en el umbral. La mujer estaba encorvada por la edad. Sus cabellos habían pasado ya hacía mucho tiempo del blanco a un amarillo enfermizo, y su piel llena de arrugas colgaba de su rostro tan fláccidamente como si ya no fuera capaz de seguir agarrándose a los huesos de su cuerpo. La túnica negra que llevaba se adhería a su flaca silueta como si Kirlen fuese un esqueleto mantenido en pie únicamente por el báculo en el que se apoyaba y al que se aferraba con sus manos nudosas.

Garth se levantó lentamente y Kirlen movió una mano indicándole que la siguiese. Garth bajó la mirada hacia Hammen, que seguía durmiendo al lado de Naru, y comprendió que no podría hacer recobrar el conocimiento a su amigo. Avanzó con recelosa cautela para no caerse, y siguió a Kirlen mientras iba caminando lentamente por el pasillo arrastrando los pies hasta que llegó a sus aposentos. La habitación estaba excesivamente caldeada por un fuego que rugía en el hogar, y Kirlen fue hacia él y extendió las manos sobre las llamas y se las frotó. Garth miró a su alrededor y contempló el escaso mobiliario de la habitación, tan austera que casi parecía la celda de un monje, y que sólo contenía un catre y un escritorio sobre el que había montones de libros y rollos de pergamino. Pero las cuatro paredes quedaban ocultas por estanterías llenas a rebosar. La habitación desprendía un olor a moho, vejez y un peligro extraño e indefinible.

--Naru puede ser un poco pesado, especialmente cuando está bebiendo --dijo Kirlen en voz baja.

--Pero es lo bastante interesante como para poder soportar su compañía.

--Es un idiota. Uno de esos raros genios imbéciles que apenas son capaces de sacar el pie de la bota, y que sin embargo son capaces de controlar el maná con una sorprendente facilidad... No tardará en morir.

Kirlen lanzó su predicción con despreocupada impasibilidad. Después se volvió hacia Garth y sonrió, revelando una hilera de objetos negros que apenas podían llamarse dientes.

--Te doy asco, ¿verdad?

--No, mi señora.

--Bien, ¿y que me responderías si te pidiese que compartieras mi cama? --preguntó Kirlen, y señaló el angosto catre mientras dejaba escapar una risita ahogada.

Garth permaneció en silencio.

--No, claro --siguió diciendo Kirlen--. La benalita, o Varena de Fentesk con su cabellera color rojo oro... Entonces sería otra cosa, ¿verdad?

Le dio la espalda durante un momento, y el destello de dolor que Garth vio brillar en sus ojos antes de que se diese la vuelta casi hizo que sintiera compasión por ella.

--Si realmente tenéis el poder que creo que poseéis, ¿por qué no os rejuvenecéis? --preguntó.

Kirlen rió, y la carcajada acabó convirtiéndose en un suspiro.

--Ah, y entonces podrías ser mío, ¿verdad?

--Eso no tiene nada que ver con lo que os acabo de preguntar.

--¿Sabes cuántos años tengo?

--He oído algunos rumores, mi señora.

--Hace varios siglos que perdí la cuenta de mis rejuvenecimientos. Sí, llegó un momento en el que fui incapaz de seguir llevando la cuenta de los hechizos, las pociones y los amuletos que quemé sobre oscuros altares... Cada vez que lo hacía volvía a ser joven, pero por dentro... No, por dentro sólo se puede ser joven una vez, no importa qué hechizos utilice. Cada vez que le das la vuelta al reloj de arena nunca consigues recuperar del todo lo que tenías antes de hacerlo. Pierdes un día, una semana, un mes... Existen límites a los poderes de este plano, y ya hace mucho tiempo que los he alcanzado. Oh, todavía puedo vivir algunos siglos más, desde luego, pero tan sólo el

Caminante puede devolverme mi belleza y mis pasiones.

Kirlen clavó la mirada en el fuego y guardó silencio durante un momento que se hizo muy largo.

--Claro que si me convirtiera en una Caminante...

--Y él nunca os concederá esa merced, y no cabe duda de que impedirá por todos los medios que eso llegue a ocurrir.

Kirlen se volvió hacia él con los ojos llenos de una rabia helada.

--Verás, hubo un tiempo en el que Kuthuman, el Caminante, y yo fuimos amantes. Hace tanto tiempo de eso que ya apenas lo recuerdo, pero así fue. Ah, cómo elogiaba mi belleza por aquel entonces, cómo me juró fidelidad eterna...

Soltó una risita ahogada y escupió en el fuego.

--Y después me dio la espalda cuando fui envejeciendo y no conseguí recuperar mis encantos --siguió diciendo--. Lo olvidó todo y empezó a perseguir otra clase de pasiones. Atravesar el Velo... Era lo único que deseaba.

--Y prometió que os llevaría con él, ¿verdad?

--¿Cómo lo sabes?

--He oído rumores.

Kirlen se removió nerviosamente y le lanzó una mirada llena de irritación.

--¿Quién dice esas cosas?

--El Gran Maestre hace que sus agentes difundan esos rumores --replicó Garth sin inmutarse.

--Maldito sea por toda la eternidad...

Kirlen hurgó en el fuego con su báculo, y un remolino de llamas deslumbrantes subió velozmente por la chimenea.

--Así cuando llegó su momento de triunfo se olvidó de vos, ¿eh?

La anciana se volvió hacia Garth y le miró como si éste hubiera ido demasiado lejos al atreverse a expresar las humillaciones de su corazón en forma de palabras.

--Yo le ayudé, ¿sabes? Sí, pasé muchos largos años ayudándole... --Señaló las estanterías y los montones de rollos de pergamino polvorientos--. Fui yo quien descubrió los caminos y los hechizos, y los encantamientos que permiten pasar de un plano a otro.

--¿Y por qué no seguís su camino?

--El maná... El maná es lo que proporciona el poder de la magia en este plano, y el maná encierra también el poder de abrir el umbral que permite acceder a otros reinos... cuando conoces el sendero oculto. Yo conocía el sendero, pero era él quien controlaba el maná.

Me engañó. La Noche de Fuego... Sí, entonces también me traicionó a mí.

--¿La Noche de Fuego?

--Cuando Zarel asaltó la Casa Turquesa, asesinó a su Maestre y robó todo su maná... Entonces yo también fui traicionada.

Garth no dijo nada, y sus rasgos permanecieron impasibles.

--Eso significa algo para ti, ¿verdad?

--He oído las historias que cuentan --replicó Garth.

Kirlen sonrió.

--Sí, yo le ayudé. Le prometí que no haría nada, y que no me pondría al lado de la Casa Turquesa..., todo a cambio de que también abriese la puerta para mí. Y a la mañana siguiente se había ido, y Zarel era el nuevo Gran Maestre.

--¿Por qué os traicionó?

Kirlen dejó escapar una carcajada helada.

--¿Y por qué no iba a hacerlo? La puerta que daba acceso a un número ilimitado de mundos se hallaba abierta, y con ella el poder para tomar cualquier cosa que deseara... Ahora recorre los múltiples universos, conquistando, robando y disfrutando de todos los placeres que le apetecen. ¿Qué necesidad tenía de cargar con una vieja arpía a la que había amado en tiempos muy lejanos, cuando los dos eran jóvenes? Ahora puede tener a quien quiera, y el amor no es más que un estorbo.

Volvió a clavar la mirada en el fuego.

--Aprendí esa lección hace mucho tiempo, tuerto. --Giró sobre sí misma y después atravesó la habitación con paso lento y cojeante y se acercó a Garth hasta que éste sintió su fétido aliento cayendo sobre su rostro--. Éste es el último de todos los rostros que va teniendo el amor --siseó--. Es el rostro final de la lealtad, del honor, de la gloria, de la venganza, de todo lo que vive... Sí, es éste --añadió, y señaló los fláccidos pliegues de carne, el cabello amarillento y la boca sin dientes mientras dejaba escapar una estridente risotada.

--¿Y a qué viene entonces esa repentina lealtad hacia mí? --murmuró Garth.

Kirlen dio un paso hacia atrás y volvió a reír.

--Le humillaste. Zarel todavía estará temblando, y quizá incluso teme por su poder y por su vida..., y eso es lo que te agradezco.

Garth se inclinó ante ella mientras se esforzaba por conservar el equilibrio y mantener despejada su mente, pues aún había más. Ya había podido darse cuenta de que aquello sólo era el principio.

--Eres de la Casa de Oor-tael, ¿verdad? --preguntó Kirlen de repente.

Garth le devolvió la mirada sin inmutarse y pudo sentir el poder de Kirlen desplegándose hacia él, y percibió los dedos de energía que intentaban sondearle. Garth llenó de calma todo su ser. Ella era tan poderosa como el Gran Maestre, pero el avance del sondeo se fue haciendo más lento y acabó deteniéndose, incapaz de llegar hasta el núcleo, y Garth sintió el latigazo de rabia que brotó de Kirlen.

--Eres fuerte, tuerto.

Garth no dijo nada. No se atrevía a bajar la guardia.

--Creo que eres lo bastante fuerte como para llegar a hacerme daño si te desafiara en combate --añadió Kirlen.

Garth siguió en silencio. Los pensamientos de Kirlen se retiraron, y Garth tuvo que hacer un terrible esfuerzo de voluntad para no sucumbir a los efectos del cansancio y la embriaguez, y un instante después comprendió que Naru había estado obedeciendo órdenes de Kirlen. Todo había sido un plan para objetivo vencer su resistencia mediante la bebida y el agotamiento puro y simple.

La miró y sonrió.

--Puedo serte útil --dijo en voz baja.

--Debería matarte ahora mismo.

--Ya sabes que el populacho está detrás de mí. El Gran Maestre ha acumulado mucho maná, pero ni siquiera él es capaz de dominar a las multitudes que se sentarán en la arena mañana. También soy de la Casa Marrón, y ese poder está relacionado contigo. Eso puede resultarte útil.

Kirlen sonrió. Sus labios temblaban levemente.

--Y suponiendo que seas de la Casa Turquesa, ¿qué ocurrirá entonces? Teniendo en cuenta lo que acabo de contarte, tendrías razones más que suficientes para vengarte de mí.

--Si anhelara esa venganza, podría disfrutar de ella ahora mismo.

Garth extendió un dedo hacia los estantes llenos de libros.

Un grito ahogado escapó de los labios de Kirlen, y empezó a levantar la mano.

--Vamos, vamos... Quemarlos sería una estupidez por mi parte, ya que estaríamos luchando un instante después de que lo hubiese hecho --dijo Garth, y bajó lentamente la mano y la miró.

Kirlen se volvió nerviosamente hacia sus libros, los contempló en silencio durante un momento y acabó volviéndose de nuevo hacia Garth.

--Cuentas con el conocimiento depositado en tus libros --dijo Garth--. Pero el Gran Maestre se interpone en tu camino, porque es quien ha acumulado todo ese maná..., y sospecho que muy pronto tendrá suficiente para convertirse en un Caminante. Mátale y podrás subir a su trono y adueñarte de todo lo que esconde en sus criptas. Ése es el próximo paso que debes dar. Hazlo, y al Caminante no le importará quien gobierne en este plano. Se conformará con que esa persona le sea leal y sirva a sus necesidades.

--Sabría qué deseo.

--¿Acaso no crees que ya sabe que Zarel también lo desea y, en realidad, que todos nosotros lo deseamos?

Kirlen no dijo nada.

--El poder, la inmortalidad, la eterna juventud, todo eso que sólo un Caminante puede proporcionar... --siguió diciendo Garth--. Mata a Zarel al final del Festival, y dispondrás de un año entero para hacer tus preparativos antes de que el Caminante regrese. Me atrevería a decir que durante ese año podrás acumular el maná suficiente para convertir en realidad todos tus deseos.

--¿Cómo?

--Zarel lo hizo para su Maestre.

Kirlen dejó escapar una risita sarcástica.

--No sólo estás intentando convencerme de que debo matar a Zarel, sino que también quieres que mate a los otros Maestres.

Garth sonrió y no dijo nada.

--¿Por qué deseas ayudarme?

--Tal vez también puedas conceder la inmortalidad a un tuerto cuando llegue el momento.

--Y tal vez no necesite un rostro lleno de arrugas y cicatrices cuando llegue ese momento.

--Estoy dispuesto a correr los riesgos. Por lo menos podré esperar algunos ascensos, ¿no? Tal vez llegue a ser Maestre de Casa, o incluso Gran Maestre...

Kirlen se rió.

--Venganza y poder... Creo que quizá acabes gustándome, tuerto --Le dio la espalda y clavó la mirada en las llamas--. No me estás revelando nada que sea nuevo para mí, ¿sabes? Ya he pensado todo eso con anterioridad... Si es lo único que puedes ofrecerme, entonces no me sirves de nada.

--Puedo ayudarte. Podría utilizar a la multitud para matar al Gran Maestre.

Kirlen sonrió.

--Y supongamos que ganas el torneo --dijo--. Entonces te irías para servir al Caminante en otros reinos, ¿no? Bien, ¿y luego qué?

--¿Realmente quiero ganar?

--Todos los luchadores desean ganar.

--¿Y entonces por qué no has ganado el torneo, obteniendo así el camino de esa manera?

Kirlen dejó escapar una risita helada.

--Porque prefiero recorrerlo por derecho propio e indiscutible, en vez de tener que ir por él sirviendo al Caminante --acabó diciendo en voz baja.

--Si venzo... Bien, entonces venzo y me llevo la gloria. Pero puedo manipular al populacho para predisponerlo en tu favor incluso mientras esté intentando vencer, y tal vez pueda provocar lo que tanto deseas ver. El poder del maná es grande, pero cuando medio millón de personas se vuelven contra ti, incluso un Gran Maestre puede sucumbir. Tener al populacho de tu lado vale tanto como el poder de cien luchadores.

»Y si no consigo vencer, seguiré estando aquí para servirte.

--Pues claro que me servirás --dijo Kirlen, y sonrió.

* * *

--Amo...

Garth abrió los párpados con reluctancia, y tardó en comprender que en realidad la habitación no estaba girando a su alrededor. Ver a Hammen inclinado sobre él acabó de reanimarle, sobre todo cuando aspiró el fétido aliento del viejo. Garth salió casi a rastras de la cama y fue tambaleándose hasta la letrina, e ignoró la risa enronquecida que soltó Hammen cuando le vio inclinarse sobre el agujero para ofrecer su cena al dios de los excesos alcohólicos.

Después volvió a entrar en la habitación, tosiendo y maldiciendo.

--Os he traído ropa limpia, oh amo y soberano señor --anunció Hammen--. Sugiero que quememos ahora mismo la que lleváis puesta.

--Cierra el pico, Hammen.

--Ah, qué poca gratitud...

Garth clavó un ojo legañoso y enrojecido en el rostro de Hammen.

--¿Cómo te las has arreglado para no tener resaca?

--Más años de experiencia, y además fui lo bastante listo como

para perder el sentido antes que tú. Por cierto, debo comunicarte que el ya considerable respeto que el viejo Naru sentía hacia ti ha aumentado muchísimo.

--¿Qué tal se encuentra?

--Está en la sala de los baños de vapor sudando la resaca, y te sugiero que vayas allí ahora mismo. Las ceremonias del Festival empiezan al mediodía, y supongo que desearás estar en buena forma para entonces.

Garth se desnudó y siguió a Hammen hasta el nivel de la sala de los baños de vapor, se adentró en la neblina que giraba y se arremolinaba lentamente, y fue hasta un banco de madera de un rincón. Miró a su alrededor y entrevió a Naru, acostado sobre un banco y roncando estrepitosamente entre las sombras.

Hammen entró poco después con una ramita de abedul en la mano.

--Sal de aquí ahora mismo y llévate eso contigo --gruñó Garth.

--Deja de protestar y pórtate como un hombre --replicó Hammen, y puso manos a la obra con lo que a Garth le pareció un entusiasmo excesivo.

--En el fondo Naru no es mal tipo --dijo Hammen, y movió la cabeza señalando al gigante, que se agitó, gimió y acabó dándose la vuelta sobre el banco--. Esta mañana hemos mantenido una larga conversación..., suponiendo que se pueda llamar conversación a un intercambio consistente en palabras por mi parte y gruñidos por la suya, claro.

--¿Y?

--Kirlen quiere verte muerto.

--¿Naru dijo eso?

--No, pero se podía leer entre líneas, como suelen decir. Kirlen le ordenó que te hiciera beber hasta que no pudieras tenerte en pie.

--Ya me lo imaginaba.

--También le dijo que te desafiara en cuanto estuvieses lo suficientemente borracho.

--¿Y por qué no lo hizo?

--Porque perdió el conocimiento antes que tú. Creo que para Naru eres un auténtico dilema moral, Garth. Ya se ha olvidado de la patada, ¿sabes? Su mente es incapaz de contener más de un pensamiento a la vez, y ahora sólo se acuerda de que le devolviste su bolsa.

--Bien, si él no va a hacerlo, entonces Kirlen tendrá que encargarle el trabajo a otro.

--Naru es su mejor luchador y lleva años siéndolo. Creo que Kirlen ya se ha dado cuenta de que puedes acabar con cualquier otro luchador, y además quiere que la cosa se haga lo más discretamente posible y que no haya nada turbio... Una pelea justa surgida de un agravio justo, ¿entiendes? Pero no ocurrirá hasta el último día del Festival.

La réplica de Garth consistió en un gruñido cuando Hammen le golpeó demasiado fuerte en los riñones con su rama de abedul.

--Vuelve a hacerlo y empezaré a utilizar esa condenada rama contigo, Hammen.

--Hay que golpear fuerte para que el organismo vaya expulsando el veneno --replicó Hammen con voz jovial.

--Ya... ¿Y entonces qué se supone que consigue matándome?

--¿Al final del Festival, quieres decir? Provocar un gran disturbio público. El Gran Maestre queda humillado delante del Caminante, y ella elimina al Gran Maestre.

--¿Y te has enterado de todo eso por Naru?

Hammen sonrió.

--No hace falta ser ningún genio para verlo. De hecho, amo, creo que ya va siendo hora de que salgamos de aquí lo más deprisa posible... Te has divertido y has hecho quedar en ridículo al Gran Maestre, y ahora debes recoger tus ganancias y cambiar de aires.

Garth giró sobre sí mismo, miró a Hammen y sonrió.

--Todavía no.

--Maldita sea, Garth, no tienes ni una sola posibilidad... Las cuatro Casas y el Gran Maestre andan detrás de ti por un motivo u otro. Olvídalo de una vez, ¿quieres?

Garth sonrió y no dijo nada.

--He averiguado dónde se esconde Norreen --murmuró Hammen.

Garth se removió y le miró.

--Ah, veo que eso sí te interesa, ¿no? --dijo Hammen con voz sarcástica.

--¿Dónde está?

--Bueno, esta mañana salí sin que me vieran y hablé con un par de hermanos de logia. Si quieres enterarte de todo lo que ocurre en una ciudad, hazte amigo de los ladrones... Están muy enfadados con el Gran Maestre por infringir el código y asesinar a mis amigos. Los que escaparon con nosotros no tardarán en crearle serios problemas. Bien, el caso es que descubrieron que la benalita se esconde cerca de las murallas de la ciudad, y la vigilan discretamente. Yo podría llevarte

hasta ella, y después largarnos lejos de aquí.

Garth meneó la cabeza y se puso en pie, y agarró la mano de Hammen antes de que el viejo pudiera empezar a azotarle el pecho con la rama de abedul.

--Ya es suficiente --dijo--. Vamos a vestirnos.

--De todas formas, también te he encentado un escondite por si eres lo suficientemente estúpido para querer quedarte. Está justo en la Gran Plaza --Hammen hizo una pausa, y cuando volvió a hablar bajó la voz hasta convertirla en un susurro--. Donde estaba la Casa Turquesa... Es el edificio que está a la izquierda de la taberna de los Enanos Borrachos. Una casa de mete-y-saca...

--¿Una qué?

--Un burdel. El propietario es uno de mis innumerables primos. Te conoce, ¿sabes? Basta con que vayas allí y te llevará al último piso, que es todo nuestro para que lo usemos.

--Espero que no habrá que compartirlo con nadie más, ¿verdad?

--Si lo prefieres así... --dijo Hammen, y suspiró.

--Gracias. Ah, y asegúrate de que tu amigo no pierde de vista a Norreen.

--Te ha dado fuerte, ¿eh?

Garth sonrió.

--Más o menos.

Hammen soltó una risita y señaló la puerta trasera de la sala de baños de vapor. Garth fue hacia ella y sonrió al pasar junto a Naru, que seguía roncando.

--Este calor podría matarle --dijo, y se inclinó sobre el gigante para sacudirle hasta que despertara, pero Hammen le empujó.

Hammen abrió la puerta y Garth se quedó inmóvil al ver que daba a la sala de las bañeras.

--Eh, esto no es la salida... --dijo, y empezó a girar sobre sus talones.

Hammen le empujó con todas sus fuerzas, y Garth perdió el equilibrio y cayó al agua.

--Tienes que tomar tu baño de agua helada --anunció Hammen sin inmutarse mientras Garth rugía un chorro de maldiciones que hicieron temblar los muros de la sala.

* * *

Garth el Tuerto, lanzando aún imprecaciones ahogadas, se dirigió hacia donde los luchadores estaban formando para tomar parte en el

Festival de los Reinos del Oeste. Todos y cada uno de los ochenta y siete luchadores de la Casa de Bolk estaban presentes y ofrecían un aspecto impresionante con sus túnicas marrones de piel de gamo y sus capas de cuero, alineándose en impecables hileras ordenadas según el nivel. Los honores de las batallas ganadas en Festivales anteriores brillaban sobre la pechera de sus túnicas. Garth entró en el recinto de audiencias y fue hacia el final de la columna de cuatro hombres en fondo.

--Tuerto...

Garth giró sobre sí mismo y vio a Naru. El gigante estaba en primer lugar de la fila, le miró y movió una mano indicándole que se reuniera con él.

--Tú buen luchador. Desfila como escolta de Naru.

Garth contempló las filas de siluetas inmóviles, y vio que aquel gesto por parte del mejor luchador de la Casa le había hecho ganarse unos cuantos enemigos más. Naru se volvió hacia los otros luchadores y soltó una risita.

--Es amigo de Naru, ¿verdad?

Varios luchadores dejaron escapar risitas heladas mientras Garth pasaba junto a sus filas y llegaba al comienzo de la columna, donde se colocó a la izquierda de Naru y directamente detrás del estandarte de franjas marrones y doradas de la Casa. Los clarines resonaron en la sala de audiencias, y Garth imitó a los otros luchadores y se inclinó cuando las puertas de los aposentos privados de la Maestre de la Casa se abrieron entre un estruendoso acompañamiento de tambores, címbalos y flautas estridentes.

Garth alzó la mirada y no pudo ocultar su asombro.

Cincuenta guerreros con armadura y cascos de cuero marrón sostenían un gigantesco estrado de casi cuatro metros de anchura. La plataforma estaba rodeada por cráneos del más fino cristal en cuyas cuencas había incrustados rubíes y que estaban adornados por diademas de oro batido. Encima de la plataforma había seis guerreros más cuyos hombros sostenían una segunda plataforma dorada más pequeña y un trono de plata. Pero Kirlen no estaba sentada en el trono, sino que flotaba por encima de él como si estuviese sentada sobre un almohadón invisible, las piernas cruzadas y los flacos brazos doblados sobre su jubón marrón y dorado, mientras una alfombra kurdasiana que serviría para protegerla de los rayos del sol flotaba por encima de ella. A los pies del trono había un arcón dorado del que parecía irradiar poder, y que contenía el tributo anual de maná de la

Casa del Color Marrón, que sería entregado al Caminante.

Los porteadores se volvieron hacia la puerta principal, y los gruesos paneles se abrieron mientras los trompeteros alineados a lo largo del pasillo lanzaban una ruidosa fanfarria al aire. Un rugido semejante al del océano desgarrado por el huracán atronó en el pasillo cuando Kirlen fue llevada a la Gran Plaza. Detrás de ella avanzaba una compañía de guerreros Marrones con pesadas armaduras que empuñaban ballestas cargadas y preparadas para lanzar sus dardos. Después venían los sirvientes de la Casa, que llevaban flores, cuencos llenos de incienso humeante y urnas con monedas de cobre que irían siendo arrojadas a la multitud. Garth vio cómo Hammen avanzaba en el centro de la procesión, llevando un recipiente lleno de dinero y con el rostro ensombrecido por el disgusto.

Naru gruñó una orden, y el portaestandarte salió de la sala de audiencias y empezó a avanzar por el pasillo principal. Los luchadores de la Casa de Bolk se pusieron en movimiento, llenos de orgullo y arrogancia.

Garth avanzó detrás de Naru ocultando el desdén que le inspiraba toda aquella aparatosa mascarada. Entraron en el pasillo principal, que ya estaba saturado por el aroma dulzón del incienso, y acabaron emergiendo a la luz llameante del sol de mediodía. Cuando salieron de la Casa hubo un tumulto ensordecedor, y Garth sintió que el corazón le empezaba a latir más deprisa.

Una marea de humanidad llenaba la Plaza de un extremo a otro. Todos los habitantes de la ciudad y los centenares de miles de visitantes, que habían viajado desde los confines más lejanos de los Reinos del Oeste e incluso desde más allá de los Grandes Mares para asistir a los combates, se apretujaban en el inmenso recinto. Durante la noche, después de que los disturbios del día anterior hubieran sido duramente reprimidos, miles de trabajadores habían erigido graderíos que bordeaban los senderos procesionales que llevaban hasta el centro de la Plaza y rodeaban el Palacio del Gran Maestre.

Casi todos los sitios habían sido alquilados por nobles y comerciantes adinerados, que así podrían estar por encima del gentío pestilente que se agitaba y se empujaba incesantemente. Mientras Garth contemplaba con asombro aquel espectáculo increíble, un graderío se derrumbó y la turba lanzó un estruendoso rugido de aprobación ante la caída de aquellos que habían creído ser mejores que el populacho.

La aullante multitud de partidarios de la Casa Marrón se agitó y

trató de acercarse un poco más al sendero cuando la procesión entró en la Gran Plaza. Las turbas que rodeaban a Garth agitaban estandartes marrones o tiras de sucia tela marrón, y cantaban, maldecían y aullaban, totalmente absortas en un enloquecido frenesí de alegría. Los sirvientes que precedían a los luchadores avanzaron por el angosto camino que era mantenido despejado por las hileras de guerreros del Gran Maestre, y las masas se empujaron y pelearon por las monedas de cobre y las entradas gratuitas al Festival que estaban siendo arrojadas por los sirvientes. Garth vio cómo toda una urna saltaba por los aires, y rió ante los esfuerzos para librarse de su carga que estaba haciendo Hammen, que muy probablemente habían sido precedidos por un apresurado llenarse los bolsillos hasta dejarlos rebosantes de monedas.

--¡Tuerto!

El grito había surgido de una sola garganta, pero fue coreado al instante por muchas otras y no tardó en propagarse por la multitud. El cántico se fue haciendo más potente y ensordecedor, y sus ecos se alzaron por encima del rugir histérico de las masas de cuerpos que se habían apelotonado alrededor de los senderos procesionales que estaban siendo recorridos por las otras tres Casas.

--¡Tuerto! ¡Tuerto! ¡Tuerto!

Garth volvió la mirada hacia Naru. El gigante se la devolvió, y Garth pudo percibir la confusión que se había adueñado repentinamente del luchador. La turba tenía un nuevo héroe. Naru miró a su alrededor con el ceño fruncido, irritado al ver lo veleidosa que podía llegar a ser la multitud. Garth se puso detrás de él, extendió las manos y agarró los extremos de la capa del gigante, levantándola del suelo en una exhibición de obediencia al interpretar el papel de un sirviente. Naru miró por encima de su hombro, sonrió y volvió a avanzar con sus orgullosos andares contoneantes de luchador que se pavonea. Los que estaban más cerca de la procesión, y que podían ver las acciones de Garth, se callaron y le contemplaron con obvia confusión, pero media docena de filas más atrás su gesto era apenas visible, y la multitud siguió rugiendo su nombre.

La procesión continuó avanzando lentamente hacia el palacio, y la multitud se apresuró a ocupar el sendero que iba dejando libre y la siguió, agitando sus estandartes y lanzando vítores. Las masas de seguidores que seguían al cortejo de la Casa de Fentesk a la izquierda y al de la Casa de Kestha a la derecha, no tardaron en codearse con los partidarios de Bolk. Las peleas empezaron a surgir entre los

grupos rivales, pero aquellos enfrentamientos reforzaban todavía más el aura general de fiesta y nerviosa excitación. Las cuatro procesiones entraron en la parte central de la Gran Plaza, y los Maestres de cada Casa iniciaron sus espectáculos. Muy por encima de las procesiones aparecieron chispas de luz, rápidamente se formaron negras nubes y los rayos destellaron por toda la Plaza. Dragones de luz surcaron los aires y un dragón de Ingkara luchó durante unos momentos con un dragón de Fentesk, y la multitud lanzó alaridos de placer cuando vio estallar al dragón de Fentesk. Aquello estuvo a punto de provocar otra pelea entre los partidarios de las dos Casas, pero el disturbio pudo evitarse gracias a que Ingkara obedeció las reglas del desfile, que prohibían cualquier muestra de desafío, e hizo desaparecer su dragón entre una humareda.

Las cuatro procesiones acabaron juntándose delante del gigantesco palacio en forma de pirámide del Gran Maestre, y avanzaron hacia la fachada del edificio. Tulan de Kestha flotaba sobre una nube grisácea y los rayos bailoteaban a su alrededor, iluminando su presencia con una claridad ultraterrena. Varnel de Fentesk parecía estar cabalgando una columna de fuego que ardía y chisporroteaba a su alrededor, y Jimak de Ingkara montaba un embudo de viento que aullaba y silbaba. Los estandartes de sus seguidores chasqueaban sobre sus cabezas, y el tornado en miniatura se adueñaba de los sombreros y los lanzaba hacia el cielo para que volvieran a caer lentamente hasta el suelo.

Garth entrevió a Varena, avanzando con una fluidez impasible al frente de la columna de luchadores Naranja, que le lanzó una fugaz mirada antes de desviar la vista. La agitación de los centenares de miles de cuerpos que atestaban la Plaza había alcanzado una intensidad casi febril, y durante un momento Garth tuvo la sensación de que toda apariencia de control no tardaría en desaparecer para dejar paso a una enloquecida bacanal de peleas y altercados.

Y entonces una estridente nota de clarín pareció caer del cielo y se abrió paso a través de aquel rugir desenfrenado. La nota se convirtió en un coro de trompetas que subieron y bajaron por toda la escala tonal, contrapunteándose unas a otras en una estridente armonía. Después le llegó el turno a los gigantescos tambores, que retumbaron con un redoblar rítmico e insistente al que se unió el acorde atronador de un órgano. Los sonidos fueron creciendo hasta que sus ecos acabaron rebotando por toda la Plaza. Una entrada secreta en el centro de la fachada de la pirámide se abrió de repente,

y un haz de claridad dorada brotó de ella. Las fuentes que rodeaban el palacio cobraron vida como géisers lanzando sus chorros hacia las alturas, capturando la luz que surgía de la pirámide y la disgregándola en un arco iris de colores. En la cima de la pirámide alguna temible alquimia provocó potentes explosiones que dispararon hacia el cielo varios chorros de humo que culminaron en estallidos multicolores seguidos por una nueva salva de detonaciones atronadoras que arrancó a la multitud un aullido de miedo y asombro. Tras la cataclísmica andanada de explosiones todos pudieron ver cómo una enorme bandera surgía de la humareda en la cima de la pirámide y se desplegaba para revelar el estandarte polícromo e iridiscente de Zarel Ewine, Gran Maestre de la Arena, Altísimo y Exaltado Gobernante de los Reinos del Oeste, y Legado Mortal de Kuthuman, El Que Camina Por Lugares Desconocidos.

La multitud, que se había enfrentado a las fuerzas del Gran Maestre hasta hacía apenas un día, empezó a vitorearle como si se lo hubiera perdonado todo, visiblemente dominada por la atmósfera de frenesí y abandono del momento. Una sombra oscureció el chorro de luz que brotaba de la pirámide y un momento después el clarín, el órgano y el tambor llegaron a un nuevo crescendo de delirio sonoro y el Gran Maestre salió flotando por la abertura de la pirámide para comparecer en la Plaza. Era como si estuviese cabalgando sobre el haz de luz, y la claridad envolvía su silueta en un halo de fuego celestial.

El último eco de la fanfarria y de las atronadoras explosiones acabó disipándose, y los centenares de miles de espectadores que atestaban la Gran Plaza se quedaron en un silencio absoluto. El Gran Maestre permaneció inmóvil un instante y después extendió lentamente los brazos hacia adelante, como preparándose para lanzar un desafío ritual, y un murmullo de nerviosa inquietud se extendió por la multitud a pesar de que se trataba de un gesto de afable bienvenida.

Zarel volvió a quedarse inmóvil. Un balcón de oro surgió de la pirámide por debajo de donde estaba, y Zarel bajó flotando hasta él. Los cuatro Maestres de Casa le imitaron, aunque Kirlen retrasó su descenso hasta que Zarel estuvo sosteniéndose sobre sus pies como el resto de mortales. Kirlen siguió suspendida en el aire unos momentos y acabó bajando lentamente hacia el balcón. Su gesto de desafío no pasó desapercibido y una ondulación de aplausos se extendió entre los partidarios de Bolk, y fue respondida por un contrapunto de burlas despectivas y protestas procedente del resto del

gentío mezcladas, sorprendentemente, con gritos de aprobación.

Zarel permaneció inmóvil durante un momento que pareció hacerse interminable y en el que mantuvo la mirada clavada en Kirlen como si se estuviera preparando para responder a su gesto de desafío, pero acabó ladeándose de una manera casi imperceptible, como si hubiese decidido ignorarla. Garth esperó, percibiendo las sutiles relaciones que estaban desarrollándose ante sus ojos mientras Kirlen mantenía su desafío con una sombra de apoyo casi impalpable por parte de los otros Maestres de Casa, que habían olvidado sus odios mutuos aunque sólo fuese durante un instante.

Garth alzó la mirada hacia Zarel y vio que el Gran Maestre tenía los ojos clavados en su rostro, y también pudo percibir la rabia que con esfuerzo disimulaba. Resultaba obvio que a Zarel le tentaba ordenar una masacre para poder capturarle.

Garth permitió que una sonrisa casi imperceptible frunciera sus labios, y se inclinó con sarcástico desdén ante el Gran Maestre. Los que se encontraban detrás de las hileras de luchadores estaban presenciando todo aquel enfrentamiento silencioso entre Garth y el Gran Maestre, y hubo una nueva salva de aplausos.

Zarel no dijo nada, pero sus rasgos se volvieron de color carmesí. Los que estaban más lejos no podían ver lo que ocurría, y el retraso hacía que empezaran a impacientarse. Zarel desvió la mirada de Garth y la volvió hacia la Plaza, y la multitud guardó silencio.

--¡Hoy es el primer día del Festival! --anunció Zarel.

Una ensordecedora explosión de vítores estalló en la Plaza, tan potente y estrepitosa que Garth tuvo la sensación de que el sonido había adquirido una forma física. Miró a su alrededor y vio que los luchadores también se estaban dejando arrastrar por toda aquella excitación. Tenían los ojos muy abiertos y respiraban con jadeos rápidos y entrecortados, y algunos habían levantado los brazos en un gesto involuntario, como si ya se encontraran dentro de los círculos de combate.

Zarel se puso en pie y salió flotando de la plataforma mientras los relámpagos se agitaban a su alrededor, y hubo un nuevo estallido de clarinazos, redobles de tambor y estridentes gemidos de las notas más agudas del órgano. El Gran Maestre acabó deteniéndose sobre una gran plataforma recubierta por láminas de oro y sostenida por ruedas gigantescas que tenían la altura de dos hombres y que era remolcada por media docena de mamuts uncidos a un arnés. Cien trompeteros hicieron sonar una fanfarria triunfal, y la cabeza del cortejo volvió a

ponerse en movimiento mientras el cielo quedaba nuevamente lleno de explosiones. Una falange de guerreros desfiló alrededor del impresionante estrado del Gran Maestre y la multitud se empujó y se dio codazos para abrirle paso, en una considerable agitación durante la que algunos infortunados cayeron bajo las patas de los mamuts o las rechinantes ruedas de la plataforma.

Detrás de ella avanzaba la procesión de Ingkara, ocupando el sitio de honor por ser la Casa que había salido vencedora del último Festival, con lo que había obtenido el honor de proporcionar el sirviente del Caminante. Detrás de sus luchadores venía la procesión de Fentesk, que había quedado en segundo lugar, y después desfilaban Kestha y, en último lugar, Bolk. El gentío se agitó a su alrededor mientras el desfile iba atravesando la Plaza. Los espectadores de las callejas laterales echaron a correr para colocarse delante de la nueva procesión que se formaría en las puertas de la arena, y hubo una estampida general de cuerpos.

El cortejo pasó por delante del sitio vacío en el que se había alzado la Casa de Oor-tael, y Garth se dio cuenta de que estaba siendo observado y alzó la mirada para ver cómo Kirlen se daba la vuelta y clavaba los ojos en su rostro. Garth inclinó respetuosamente la cabeza medio esperando sentir el latigazo de otro sondeo, pero éste no se produjo.

Llegaron a la gran avenida que salía de la Plaza y bajaba en una larga pendiente hasta llegar a las puertas de la ciudad. Cada tejado estaba repleto de espectadores, y los colores de la multitud ya se mezclaban unos con otros. Los partidarios de las cuatro Casas gritaban histéricamente hasta quedarse sin voz cuando veían pasar a sus favoritos. Y un cántico volvió a surgir de las gargantas de la turba...

--¡Tuerto! ¡Tuerto! ¡Tuerto!

Garth bajó la cabeza, pero el grito siguió resonando a su alrededor. Un destello de cabellos oscuros y una armadura de cuero no muy limpia sobre un tejado le hizo alzar la mirada, pero Norreen desapareció casi al instante.

La procesión llegó por fin a las puertas de la ciudad. El sol del mediodía daba mucho calor a pesar de que era otoño, y el aire estaba cargado de humo, incienso, polvo y el hedor de los cuerpos sin lavar. Hubo desmayos por docenas, y toda persona que sucumbía a la insolación era despojada inmediatamente de todas sus pertenencias por quienes estaban a su alrededor.

Enormes barriles de vino y cerveza estaban siendo abiertos en cada esquina, con las jarras llenas de bebida vendiéndose por una moneda de cobre, y el alcohol barato y de mala calidad inflamaba a la multitud hasta extremos de histeria todavía más salvajes.

Garth dejó escapar un suspiro de alivio cuando la procesión de guerreros de Bolk acabó pasando por debajo de la puerta y el sol y el ruido desaparecieron durante un fugaz instante. La procesión empezó a salir por el otro lado, y Garth por fin vio la arena que se extendía debajo de ellos, y sintió que se le aceleraba el pulso.

La arena había sido construida en un valle al que la naturaleza había dado forma de cuenco y que se encontraba delante de las puertas de la ciudad, al sur del puerto. Toda las laderas estaban ocupadas por filas de gradas que se alzaban unas sobre otras hasta superar el centenar de graderíos, proporcionando asiento a más de trescientos mil espectadores. La gran pendiente que se iniciaba en la arena e iba subiendo gradualmente hacia la ciudad serviría para acoger a los centenares de miles de personas más que no habían podido conseguir entradas, y solo podrían ver los enfrentamientos desde muy lejos. La enorme explanada ya había sido ocupada por la multitud, y los que podían permitirse el lujo de pagar un asiento iban entrando en la arena para llenar los graderíos.

La procesión fue bajando por la ladera de la colina, y los vítores surgieron de la arena y fueron a su encuentro. La cabeza de la procesión trazó una curva, pasó por debajo de un gran arco y entró en el centro de la arena. La multitud rugió dominada por un frenesí insensato, con lo que Garth tuvo la sensación de estar enfrentándose al ataque de un aullido demoníaco. La arena se hallaba claramente dividida en cuatro áreas indicadas por los estandartes que agitaban los espectadores. La procesión, todavía encabezada por Zarel, avanzó a través del centro de la arena, y después se disgregó en cuatro direcciones distintas. Cada grupo de luchadores ocupó su posición delante de las secciones de la arena reservadas para sus partidarios. La quinta sección se encontraba en el lado oeste de la arena, directamente debajo del gran tablero que mostraría las apuestas para cada combate. Allí se sentarían los nobles y los comerciantes adinerados, así como los luchadores y guerreros del Gran Maestre, ocupando una serie de asientos en los que podrían disfrutar de la brisa refrescante que llegaba del mar. El trono reservado para el Gran Maestre de la Arena, Zarel Ewine, se encontraba directamente delante de aquella sección y se alzaba sobre el límite de la zona de combates.

El contingente de luchadores Marrones llegó a su sección, y Garth dejó escapar un suspiro de alivio. La formación se detuvo y después rompió filas para ocupar asientos con sombra en un graderío colocado sobre el comienzo de la arena. La larga caminata no había ayudado a calmar el doloroso palpitar de la resaca. Los aullidos de la multitud resonaban de un lado a otro de la arena, y parecían ser intensificados por el calor, los remolinos de polvo, el hedor pestilente de cuerpos sin lavar y los pesados olores de comida grasienta que estaba siendo preparada en los centenares de puestos que ocupaban el anillo superior del estadio.

La fanfarria de trompetas volvió a sonar y la multitud reaccionó de manera sorprendente calmándose casi al instante, sumiéndose en un silencio que Garth agradeció enormemente.

Garth vio cómo la diminuta silueta del Gran Maestre avanzaba al otro extremo del estadio mientras una procesión de monjes encapuchados que transportaban un enorme brasero humeante surgía de un túnel que terminaba en un lado de la arena. Los espectadores sentados en la arena se levantaron, y Garth miró a su alrededor y vio que todos los luchadores habían inclinado la cabeza.

El Gran Maestre se detuvo delante del brasero y alzó las manos, y las llamas saltaron hacia el cielo acompañadas por un chorro de humo negro que se fue desplegando en alas de la débil brisa que llegaba desde el mar.

--El Gran Caminante de Reinos Desconocidos vendrá el tercer día del Festival para recibir su tributo y al luchador escogido en el suelo de la arena.

La voz de Zarel, amplificada mediante poderes mágicos, llegó hasta los confines más distantes de la arena y cayó sobre Garth como una irresistible oleada de sonido.

--¡Disponemos de tres días para encontrar al luchador que será digno de ser conocido como sirviente de Aquel Que Lo Gobierna Todo!

--¡Que así sea!

La réplica fue rugida por medio millón de voces, pero Garth permaneció en silencio salvo por una maldición que escapó de sus labios y que se perdió en el salvaje paroxismo de alaridos y gritos.

_____ 11 _____

Zarel Ewine, Gran Maestre de la Arena, contempló a la multitud aullante que llenaba el inmenso estadio.

--Hay momentos en los que deseo que tuvierais un solo cuello --gruñó, dejando de emplear el poder de hablar a distancia para que sus verdaderos pensamientos no pudieran ser oídos.

El círculo de monjes alzó el brasero y desapareció con él por el túnel, mientras una docena de monjes con los rostros cubiertos por capuchones se quedaba en la arena y permanecía respetuosamente inmóvil a la izquierda de la colosal plataforma de Zarel. Los cuatro Maestres de Casa se aproximaron desde los confines de la arena, esta vez a pie, pues la única magia permitida dentro del recinto de los combates era la de los luchadores en competición y la del propio Gran Maestre. Detrás de cada Maestre avanzaban cuatro guerreros que transportaban una pesada urna de oro que contenía discos de oro con los nombres de los luchadores de las Casas grabados en ellos. Zarel esperó, cada vez más irritado por los salvajes aullidos de la multitud y lo que sospechaba era una lentitud deliberada por parte de Kirlen, que avanzaba con paso cojeante y se apoyaba aparatosamente en su báculo. Los cuatro Maestres acabaron deteniéndose delante de la plataforma con ruedas, y Zarel por fin pudo bajar del trono acompañado por una fanfarria de trompetas y un redoble de tambores.

Al pie del trono había un círculo ceremonial de elección, una gruesa lámina de oro puro de cinco metros de anchura que había sido colocada sobre el suelo apisonado del estadio. Los monjes continuaban inmóviles y en silencio a un lado del círculo con las capuchas ocultándoles los rostros, mientras se colocaba ante ellos una mesa adornada con incrustaciones de plata. Zarel entró en el círculo, y los cuatro Maestres de Casa le siguieron mientras los sirvientes se acercaban con las urnas y las dejaban encima de la mesa.

Zarel contempló a los cuatro Maestres, y su gélida mirada acabó posándose en Kirlen.

--¿Está su nombre dentro de tu urna? --preguntó por fin.

--¿A quién te refieres? --replicó Kirlen.

Su voz estaba impregnada por un sarcasmo helado.

--¡Ya sabes de quién hablo, maldita seas!

--Forma parte de mi Casa por el derecho de mi elección, y no puedes interferir en ello.

--Es un criminal que debe ser juzgado y sentenciado.

--Era un criminal que debía ser juzgado y sentenciado --replicó secamente Kirlen--. ¿O es que has olvidado las reglas? Ningún luchador puede ser arrestado durante el Festival o sacado de su Casa en ningún momento.

La mirada de Kirlen recorrió los rostros de los Maestres en busca de apoyo a sus palabras.

--Es peligroso --dijo Jimak, de la Casa Púrpura--. Tendrías que haberle matado.

--Dices eso porque no lleva tus colores. Además, estuvo en tu Casa y te habría encantado poder traicionarle, entregándole a Zarel a cambio de una recompensa..., quizá otra de esas baratijas doradas que tanto te gustan.

--No hice tal cosa.

--Nos ha traicionado a todos --intervino Tulan.

--Por supuesto que sí --replicó Kirlen, y dejó escapar una risita helada--. Pero ahora está en mi Casa y luchará por mí, y ganará. Estás furioso porque será el Caminante quien acabe disponiendo de él y no tú, Zarel. Deja que sea él quien decida sobre el tuerto.

--Era mío, y tú te lo has llevado empleando la seducción y las malas artes --dijo secamente Varnel de Fentesk, y contempló a Kirlen con los ojos llenos de irritación--. Eso supone una violación de las reglas.

--Oh, qué pena --replicó sarcásticamente Kirlen--. Anda, ve a verle y pídele que sea buen chico y que vuelva contigo...

--¡Callad de una vez! --ordenó Zarel.

--¿Cómo osas...? --siseó Kirlen--. Puede que seas el Gran Maestre de la Arena, pero juntos tenemos más poder que tú.

--Intentadlo --replicó Zarel con ferocidad--. Vamos, ¿por qué no lo intentáis? Sin mí y sin la arena, no seríais nada.

--Creo que es más bien al revés --dijo Kirlen--. Ni siquiera eres capaz de controlar a un *hanin...* Eres patético y ridículo, y no mereces gobernar.

Zarel la fulminó con la mirada, y un instante después se dio cuenta de que la multitud se había sumido en un silencio tan extraño como repentino.

El aire se había cargado de tensión, como si los espectadores hubieran percibido que algo andaba mal dentro del círculo dorado.

--Me acordaré de lo que habéis dicho cuando todo haya terminado.

--Espero que no lo olvides --replicó Kirlen sin inmutarse.

Zarel dio la espalda a los cuatro Maestres mientras hacía un terrible esfuerzo de voluntad para controlar su rabia y movió una mano en una seña dirigida a los monjes, que habían permanecido inmóviles durante todo aquel tiempo, indicando que ya podían ser llevados hasta allí. Los ayudantes fueron hacia los monjes mientras otro grupo de sirvientes desenrollaba un tubo muy largo de una extraña sustancia negra en un extremo del cual había un embudo en forma de campana mientras que el otro desaparecía dentro del túnel de acceso a la arena.

Cuatro monjes fueron llevados hasta las urnas, y bajados sus capuchones para revelar que los cuatro eran ciegos y con los pabellones de las orejas cosidos con gruesas puntadas de hilo. Eran los Seleccionadores del Combate, uno de los cargos más honrados de la ciudad. A cambio de ese inmenso honor, les habían sacado los ojos y les cerrado las orejas para que no pudiesen ver lo que hacían ni escuchar murmullos de estímulo que pudiesen dirigir sus manos dentro de las urnas que contenían los nombres de los luchadores.

Una fanfarria de clarines atronó el aire, y la arena volvió a quedar sumida en un profundo silencio. Cada monje metió las manos en una urna y extrajo un disco de oro con el nombre de un luchador de una de las cuatro Casas. Después introdujeron los discos en una bolsa de cuero negro colocada a un extremo de la mesa. Un quinto monje ciego y sordo metió la mano en la bolsa, sacó dos discos y los puso a su izquierda. Después sacó los dos discos restantes y los puso a su derecha.

Un monje que no había renunciado a su sentido de la vista avanzó y cogió el embudo unido al tubo que serpenteaba hasta perderse dentro del túnel de acceso. Bajó la mirada hacia los dos primeros discos, con otros dos monjes inmóviles junto a él actuando como testigos.

--Haglin de Fentesk --anunció hablando por el embudo--, contra Erwina de Bolk, círculo uno.

Sus palabras fueron transportadas por el largo tubo hasta a los muchachos que manejaban un enorme tablero colocado en la cima de la parte oeste de la arena. La multitud guardaba silencio, y todas las cabezas se volvieron hacia el tablero. Poco después, una docena de muchachos trepó velozmente por la estructura del tablero transportando letras y símbolos que formaban los nombres de los dos primeros aspirantes, sus códigos personales, los colores de su Casa y

el círculo asignado para celebrar el combate.

--Lorrin de Kestha contra Naru de Bolk, círculo dos.

Los discos dorados fueron apartados, y sus asistentes llevaron a los monjes ciegos y sordos hasta las urnas para que extrajeran cuatro discos más, que después fueron divididos por el monje que ejercía la decisión final sobre los enfrentamientos.

--Alitar de Fentesk contra Olga de Bolk, círculo tres.

Sobre el gran tablero los muchachos terminaron de anunciar el primer combate y un clamor histérico formado por vítores hizo vibrar la arena mientras multitud de espectadores desplegaba sus hojas de apuestas para echar un vistazo a los historiales de los luchadores y calcular sus posibilidades. Después las miradas volvían expectantes hacia el tablero mientras el encargado oficial decidía qué apuestas se iban a ofrecer. Los números aparecieron por fin: tres a uno en favor de Erwina de Bolk contra Haglin de Fentesk.

La multitud reaccionó de la manera habitual, y lanzó gritos despectivos contra unas apuestas que, como siempre, estaban calculadas a favor del Gran Maestre. Al inicio de cada una de las escaleras que bajaban hacia la arena había cobertizos de apuestas, y millares de espectadores se levantaron de sus asientos para acudir a ellos mientras otros intentaban hacer sus apuestas privadas en los graderíos. Esas apuestas eran ilegales, naturalmente, ya que sólo estaban permitidas las apuestas reguladas por el Gran Maestre, y había centenares de agentes escondidos entre la multitud para hacer arrestos. La selección de los primeros veinticinco combates seguía adelante. Los porcentajes aparecían en el tablero, la multitud rugía su desaprobación ante algunas de las apuestas ofrecidas, y después corría a apostar sus monedas de cobre, plata y oro por los luchadores a los que creían ganadores seguros. También estallaron varias peleas cuando los agentes del Gran Maestre se llevaron a algunos apostadores ilegales, con los guerreros abriéndose paso a través de los bancos con su garrotes.

La primera ronda quedó decidida por fin, y Zarel dio la espalda a los cuatro Maestres sin decir una palabra, despidiéndolos como si fuesen meros sirvientes. Kirlen giró sobre sí misma para salir del círculo pero antes escupió aparatosamente en el suelo, lo que desató una ola de alaridos de aprobación, sobre todo desde su sector de la arena.

La anciana se detuvo, miró a su alrededor y dejó escapar una risita de deleite ante los gritos de apoyo. Después chasqueó los dedos

ignorando la prohibición de utilizar la magia salvo para combatir, y un círculo de fuego surgió de la nada y empezó a girar a su alrededor. Kirlen subió por los aires y volvió flotando a su sección. Los otros Maestres de Casa imitaron su acción, y el desafío colectivo hizo que toda la arena prorrumpiese en gritos de alegría y placer.

Kirlen llegó a la zona en la que estaban sentados sus luchadores, descendió lentamente hasta el suelo y atravesó sus filas con paso decidido, miró hacia Garth mientras subía a su trono.

--Quiere tu cabeza --le dijo, y se rió.

Garth asintió sin decir nada, y después volvió la mirada hacia el tablero de anuncios justo a tiempo de ver cómo se colocaban los nombres de los luchadores que librarían el último de los veinticinco combates.

--No estás en la primera ronda, amo --anunció Hammen.

--Mejor, todavía tengo un espantoso dolor de cabeza.

--Te dije que no salieras del baño helado hasta que se te hubiera pasado.

--Vuelve a hacerme aquello y te mataré. Odio el frío.

Hammen deslizó la mano debajo de su túnica y extrajo una botellita.

--Aún tardarás un rato en luchar. Quizá una pequeña dosis del cruel flagelo de la bebida ayude a curar tus males --replicó, y le ofreció la botellita.

Garth la aceptó haciendo caso omiso de la mirada de desaprobación de Naru, sentado junto a él, y tomó un largo trago. El líquido llameante bajó por su garganta y fue extendiendo un agradable calor por todo su cuerpo. Poco después sintió cómo el dolor empezaba a disiparse.

Hubo otro floreo de trompetazos para indicar el momento de hacer las apuestas, y Hammen miró a su alrededor con visible nerviosismo.

--Ese bastardo se vuelve más avaricioso a cada año que pasa --dijo--. Hacer una buena apuesta es casi imposible. Juega sobre seguro apostando por los ganadores que ha elegido su gente. Añade el porcentaje del diez por ciento que se lleva de cada apuesta, y el resultado es que gana una fortuna con cada combate. Está llevando demasiado lejos su codicia.

Garth sonrió y no dijo nada. Sóno la segunda trompeta, acompañada de un último frenesí de apuestas. Los que estaban al final de las colas empujaban y daban codazos en un salvaje intento de llegar a los cobertizos donde los apostadores no daban abasto

entregando pequeñas fichas de madera, que servían como resguardo, a cambio de los montones de monedas que eran depositadas en sus cajones giratorios.

Las muescas de cada ficha indicaban el círculo de combate y si la apuesta era a favor o en contra del favorito. El tamaño, forma y color de las fichas era un secreto celosamente protegido para evitar falsificaciones. Se las retiraba después de cada ronda, y podían transcurrir años antes de volver a ser empleadas.

Las trompetas sonaron por tercera vez y los luchadores elegidos para los combates de la primera ronda se pusieron en pie. Naru se levantó y se estiró perezosamente.

--Ella ser fácil de vencer --anunció en un tono casi de aburrimiento--. Vuelvo enseguida.

La multitud estalló en aclamaciones histéricas cuando Naru avanzó majestuosamente por el pasillo y salió al suelo de la arena, donde no tardaron en unírsele los otros luchadores de la Casa Marrón. Hammen estaba tan excitado que no pudo contenerse por más tiempo, y se subió a un asiento para poder ver mejor los combates.

--¡Maldición! Prefiero los graderíos... Se ve mejor desde allí --se quejó, bajando la mirada hacia Garth como si éste debiera procurarles asientos entre la multitud.

Naru fue hacia el círculo de combate asignado, que se encontraba a unos cien pasos de ellos, y el rugido de la multitud se hizo todavía más ensordecedor. Los luchadores de las otras tres Casas ya estaban avanzando por la arena en dirección a sus círculos respectivos, mientras el populacho cantaba y gritaba. Al llegar a los círculos, se colocaban en las zonas neutrales y entregaban sus capas a los sirvientes.

Algunos luchadores llevaron a cabo una rápida serie de ejercicios de precalentamiento físico, estirándose y haciendo flexiones; otros permanecieron inmóviles e impasibles; y otros se arrodillaron e inclinaron la cabeza mientras concentraban sus pensamientos. Un luchador del Gran Maestre fue hacia cada círculo para actuar como árbitro.

Las trompetas hicieron sonar su estridente llamada, advirtiendo una vez más a los luchadores y a la multitud de que los combates estaban a punto de empezar, y el rugir de la multitud se fue acallando rápidamente. Zarel se puso en pie y extendió los brazos delante de su trono. Su voz volvió a resonar nítidamente por toda la arena.

--En honor del Caminante...

Los luchadores de los círculos se volvieron hacia el trono del Gran Maestre y alzaron los brazos en señal de saludo.

--Los hechizos deben quedar limitados a los círculos --siguió diciendo Zarel--. Todos los combates del primer día se libran por la posesión de un hechizo, a menos que ambos luchadores declaren combate a muerte, por agravios personales.

Hubo un momento de silencio mientras los árbitros de cada círculo se volvían hacia los luchadores bajo su supervisión para preguntarles qué clase de combate librarían.

--Farnin de Bolk y Petrakov de Fentesk lucharán a muerte en el círculo siete --predijo Hammen--. El año pasado Petrakov mató a la amante de Farnin, y el populacho lleva mucho tiempo esperando ver este combate.

Tres banderas rojas subieron por otros tantos de los postes que se alzaban junto a cada círculo, y una de ellas estaba en el séptimo círculo. Un frenesí de gritos y aclamaciones hizo temblar toda la arena.

--Petrakov es hombre muerto --anunció Hammen con visible deleite.

Zarel alzó los brazos hacia el cielo.

--¡Preparaos!

Los luchadores salieron de sus cuadrados neutrales y fueron hacia la arena.

Se oyó sonar un silbato, y la multitud lanzó un rugido enfurecido.

Garth se volvió hacia Hammen.

--Es el círculo once --dijo Hammen--. El luchador Púrpura lanzó un hechizo antes de empezar el combate. Queda descalificado.

Garth volvió la mirada hacia el aquel círculo, al otro extremo de la arena, asombrado de cómo se las arreglaba Hammen para ver lo que estaba ocurriendo a tal distancia y cómo sabía al instante qué había ocurrido allí. El luchador de Ingkara salió del círculo y se dejó despojar de un hechizo, que fue sacado de su bolsa y entregado al ganador del combate. Cuando inició el regreso hacia el lado Púrpura de la arena, la multitud lanzó aullidos iracundos mientras el lado Gris prorrumpía en gritos de alegría, ya que el luchador Púrpura había sido el favorito.

Jimak se levantó de su trono mascullando una maldición y extendió la mano.

Hubo un cegador destello luminoso, y un instante después ya sólo quedaba un montón humeante de huesos calcinados allí donde se había alzado el luchador descalificado. La multitud empezó a aplaudir y Jimak se dio la vuelta y se inclinó ante los seguidores de Ingkara,

que se tranquilizaron rápidamente al haber recuperado el honor perdido.

--¡Oh, qué infiernos! Sólo era un inútil de segundo nivel... --resopló Hammen poniendo cara de aprobación--. Después de esa humillación, nadie habría pagado una moneda de cobre por contratarle.

La multitud se fue calmando poco a poco, y los ojos de todos los espectadores se volvieron hacia Zarel.

El Gran Maestre alzó los brazos y los mantuvo en esa posición hasta que el silencio fue absoluto, y después los bajó de repente mientras su voz retumbaba por toda la arena.

--¡Luchad!

Al instante la arena se convirtió en un confuso torbellino de luz, explosiones, rugidos de animales y gritos de ogros, enanos, demonios y demás criaturas invocadas mediante la magia y, por encima de todo ello, de los salvajes alaridos de placer y excitación que brotaban de las gargantas de los espectadores.

Hammen, que parecía haber enloquecido de alegría, daba saltitos sobre su asiento y aullaba de puro deleite.

--¡El combate del círculo cinco ya ha terminado! --exclamó de repente.

Garth volvió la mirada hacia donde estaba señalando Hammen. El luchador de Fentesk ya estaba inconsciente en el suelo, y los esqueletos que había invocado habían sido convertidos en polvo por un grupo de berserkers y una tempestad de fuego. El árbitro se estaba inclinando sobre el vencido para coger un hechizo de su bolsa y entregárselo al ganador.

--Naru también ha terminado --anunció Garth, y señaló al gigante.

Naru acababa de aplastar a dos enanos invocados por su oponente con sus manos desnudas, y después había lanzado un potente aullido demoníaco que derribó a la luchadora rival, arrojándola hacia atrás tan violentamente que acabó fuera del círculo.

Los graderíos detrás de Garth vibraron con los gritos de aclamación a su favorito. Naru volvió contoneándose a su sección después de haber reclamado su premio, y los luchadores de Bolk se pusieron en pie para aplaudir y rodear a su campeón.

La multitud gimió de sorpresa y consternación cuando Petrakov derribó a Farnin, el favorito sentimental del populacho y al que los pronósticos daban como ganador. Petrakov siguió castigándole con una flagelación psíquica que hizo que Farnin se retorciera frenéticamente de un lado a otro. Hammen, que ya había perdido el

control de sus emociones, empezó a gritar juramentos e insultos y Garth meneó la cabeza y frunció el ceño. Petrakov se dedicó a torturar a su oponente, y siguió con la flagelación a pesar de causarse daños a sí mismo durante el proceso. Después cruzó el círculo, desenvainó su daga y empezó a acuchillar a Farnin en la cara mientras la multitud se desgañitaba abucheándole. Petrakov acabó agarrando a su oponente por los cabellos, le alzó en vilo y le rajó la garganta de oreja a oreja, haciendo que un río escarlata se desparramara sobre la arena.

Los luchadores Marrones gritaron, y algunos de ellos se pusieron en pie para correr hacia la arena y lanzar un hechizo curativo sobre su camarada. Un muro de fuego, creado por los luchadores del Gran Maestre que montaban guardia junto a los sectores de las Casas, surgió de la nada y frenó a los camaradas de Farnin.

Petrakov arrojó el cuerpo de Farnin a un lado con una mueca desdeñosa. En el suelo, el luchador vencido agitó las piernas y se llevó las manos a la garganta desgarrada, pero la sangre brotó a chorros entre sus dedos, y un instante después quedó totalmente inmóvil. Petrakov se inclinó sobre él sin esperar al arbitro, cortó la tira de su bolsa y la alzó triunfalmente por encima de su cabeza. Después escupió sobre el cadáver, y salió del círculo.

--En los viejos tiempos eso nunca habría sido permitido, salvo en las últimas rondas --gruñó Hammen--. El Gran Maestre fomenta este comportamiento porque al populacho le gusta ver derramar sangre. Cuando Petrakov vuelva a luchar, la gente apostará por él mucho más de lo que han apostado ahora, sobre todo si combate a otro luchador de la Casa de Bolk.

El último combate llegó a su fin y los vencedores regresaron con sus trofeos, un solo hechizo para los combates normales; o toda la bolsa en el caso de que ser un combate a muerte, menos la cuota de maná que el Gran Maestre reclamaba cuando se derramaba sangre. Pero uno de los tres combates a muerte terminó sin que ninguno de los dos luchadores se alzara con la victoria, ya que ambos contrincantes perecieron. Los que no habían apostado en ese combate rieron con alegría, mientras quienes sí lo hicieron lanzaban aullidos de rabia, pues en esos casos el Gran Maestre se quedaba con todas las apuestas y además reclamaba las bolsas de los caídos.

Los luchadores de Bolk volvieron a sus, donde estaba Garth. Los ganadores irradiaban orgullo, pero los perdedores estaban sombríos y abatidos y lanzaban miradas llenas de nerviosismo a Kirlen, que las ignoraba con altivo desdén. Tras ser derrotados, sus contratos para el

próximo año valían ahora bastante menos y Kirlen no permitiría que lo olvidasen.

Los camilleros salieron corriendo a la arena en cuanto hubo terminado el último combate para llevarse a los muertos y heridos, y una multitud de artistas circenses salió de los túneles de acceso y se esparció por la arena: había enanos, malabaristas y devoradores de fuego. Varias docenas de carros remolcados por cebras, tigres, osos e incluso un mamut salieron al galope detrás de ellos. Cada carro transportaba una pequeña catapulta, y la multitud se puso en pie al verlas mientras todos se preguntaban sobre los motivos del Gran Maestre para introducir aquellas armas pesadas en la arena.

Los enanos que manejaban las catapultas tensaron las cuerdas, cargaron las armas con ollas de barro y las enfilaron hacia la multitud.

Gritos de ira se levantaron sobre la arena, y el populacho inició frenéticos esfuerzos para retroceder en todos los lugares donde se veía apuntado por las catapultas. Los enanos dispararon sus armas entre carcajadas de placer enloquecido. Un rugido ensordecedor subió hacia el cielo y Hammen, siempre curioso, se levantó para ver qué estaba ocurriendo. Las ollas chocaron con los graderíos y se hicieron añicos. La multitud lanzó jadeos de sorpresa y placer, y al instante hubo una frenética carrera hacia ellas, pues las ollas contenían toda clase de premios: abalorios, exquisitas golosinas, billetes de lotería y, lo más sorprendente de todo, monedas de cobre, oro y plata.

Los equipos de las catapultas se desplazaron por el perímetro de la arena con el ruidoso acompañamiento de los vítores y gritos de alegría de la multitud, recargaron sus armas con nuevas ollas y las lanzaron sobre el populacho, que corría de un lado a otro, dominado por un nuevo frenesí de codicia.

Hammen meneó la cabeza y volvió a sentarse.

--¿Te gustaría estar ahí arriba? --preguntó Garth.

--Por supuesto que sí, y sería mucho mejor que estar aquí abajo sin hacer nada.

Una catapulta remolcada por mamuts pasó por delante de ellos y lanzó a los graderíos una olla de barro casi tan grande como un hombre.

La multitud dejó escapar un aullido de deleite, y una oleada de vítores y aclamaciones a Zarel brotó de la arena.

--Una idea realmente genial --murmuró Garth, y meneó la cabeza.

--Reconquistar el favor del populacho nunca resulta muy difícil, sobre todo pagando con monedas de oro.

--¿Conoces a alguien que esté en las dotaciones de esas catapultas?
--No. ¿Por qué me lo preguntas?
--Oh, por nada.
Hammen miró a Garth, y sus labios se curvaron en una sonrisa maliciosa.
--¿Quieres robarles el dinero? Es eso, ¿verdad?
--No. Pura curiosidad, nada más.
--Tengo un amigo que podría hacer averiguaciones. Se gana la vida con un pequeño negocio ilegal.
--¿De qué clase?
--Pociones y similares, ya sabes... Te ayuda a librarse de una esposa que se ha vuelto insoportable o a seducir a una chica reticente, e incluso puede proporcionarte un poco de valor extra cuando más lo necesitas... Ese tipo de cosas.
--¿Y qué clase de clientela tiene?
Hammen volvió a sonreír maliciosamente.
--De lo mejorcito --dijo--. Nobles, grandes comerciantes..., y el mismísimo Uriah, capitán de los luchadores de Zarel --añadió bajando la voz--. No me costaría mucho averiguarlo a través de él. Mi primo dice que siempre está presumiendo de lo importante que es, y de como todos en la corte le respetan y le temen.
La mención del nombre del enano hizo que Garth se volviera hacia la arena.
--¿Ocurre algo, amo? --preguntó Hammen.
Garth sonrió melancólicamente y se volvió hacia Hammen.
--No, nada --replicó--. Quiero hablar con ese amigo tuyo cuando hayan terminado los combates de hoy. ¿Podrías concertarme una cita?
--¿Deseas una poción para cierta benalita, tal vez?
--No, maldito seas. Limítate a concertar esa cita, ¿entendido?
Hammen dejó escapar una risita ahogada y asintió.
Los nombres de la siguiente ronda estaban siendo colocados en rápida sucesión. Un estallido de vítores brotó de la multitud cuando dos favoritos, ambos luchadores de noveno nivel --Varena era una de ellos--, fueron enfrentados el uno contra el otro. La multitud se apresuró a hacer más apuestas, en un frenesí de excitación incontrolable.
Hammen lanzó una mirada expectante a los graderíos en los que se sentaba el populacho.

--Vuelvo en un momento --anunció de repente.
Se levantó del asiento y fue hacia la barrera, donde le esperaba un hombre encorvado que a Garth le resultaba vagamente familiar. Hubo un furtivo intercambio de palabras y un apretón de manos, y Hammen volvió junto a Garth.
--He apostado todo lo que teníamos por Varena --le dijo a Garth en voz baja.
Garth asintió y alzó la mirada hacia donde había estado el hombre de la espalda encorvada.
--Me resulta familiar.
--Estaba en la mazmorra, y su celda quedaba delante de la tuya. Le saqué de allí aprovechando la confusión.
--Y supongo que ahora no siente demasiado aprecio por el Gran Maestre, ¿verdad?
Hammen dejó escapar una risita ahogada, como si Garth acabara de decir algo increíblemente estúpido.
--¿Tiene tantas amistades y conocidos como tú? --preguntó Garth.
--Debería. Es el jefe de una de nuestras hermandades.
--Dile que se reúna con nosotros esta noche.
--Oh, amo, otra vez no...
--Haz lo que te digo, cuando vayas a recoger nuestras ganancias.
Los trompetas lanzaron su advertencia y los artistas circenses salieron de la arena seguidos por los carros, que dispararon su última salva de ollas antes de irse. Una de ellas pasó por encima de los luchadores de la Casa de Bolk y se hizo añicos al chocar con la primera fila de graderíos. Docenas de espectadores intentaron saltar el muro para recoger las monedas que contenía, pero fueron recibidos por los guardias del Gran Maestre, que los hicieron retroceder golpeándoles con sus garrotes. Los infortunados que padecieron los golpes empezaron a aullar y maldecir, y los espectadores sentados más arriba lanzaron rugidos de placer ante aquel inesperado espectáculo.
La trompeta sonó por última vez y los luchadores salieron a la arena. Garth se puso en pie y consiguió ver a Varena cuando se dirigía hacia un círculo del otro extremo del campo. Volvía a haber varias banderas rojas que indicaban los combates a muerte, y una de ellas hizo que la multitud soltara un jadeo de sorpresa... un luchador de segundo nivel retaba a muerte a uno del sexto. Tal combate suponía prácticamente un suicidio para el contrincante más débil.
--Algunos lo hacen porque están locos, y otros esperan tener un

golpe de suerte y ganar una bolsa llena de hechizos que hubiesen tardado décadas en obtener al viejo estilo, entrenando y acumulando maná --declaró Hammen con obvio desdén.

Zarel se puso en pie y volvió a hacer los anuncios rituales con los brazos levantados hacia el cielo, y los dejó caer bruscamente en cuanto hubo acabado.

--¡Luchad!

Y la arena volvió a quedar invadida por la salvaje explosión de hechizos y destellos de luz. Las criaturas surgieron de la nada para enfrentarse en feroz combate entre nubes de gases y ciclones de fuego. Una araña gigante apareció en uno de los círculos, pero el luchador que hizo la invocación fue descalificado cuando perdió el control de la criatura, que huyó del círculo de combate en cuanto fue atacada por una manada de lobos. La araña corrió hacia los graderíos y la multitud próxima sucumbió al pánico, abandonando sus asientos para escapar. Los luchadores del Gran Maestre se lanzaron a por la araña, atacándola repetidamente con fuego y consiguiendo pararla justo cuando había empezado a trepar a la grada. Pero unos cuantos espectadores sucumbieron bajo el rociado de veneno ácido lanzado por la horrible criatura y sus cuerpos se desintegraron en masas burbujeantes antes de que la bestia fuera destruida. El luchador salió de la arena consternado, tras ser despojado del hechizo de la araña como penalización, aunque muchos espectadores le obsequiaron con una salva de aplausos por un evento tan emocionante, del que se hablaría una y otra vez durante los próximos días.

Por toda la arena los duelos fueron terminando. El combate del luchador de segundo nivel contra el de sexto se prolongó mucho más de lo que todo el mundo había esperado, hasta que el luchador de segundo nivel giró repentinamente sobre sí mismo e intentó huir. Su oponente le persiguió a través de la arena lanzándole pullas y gritos despectivos hasta que Zarel, visiblemente disgustado, se puso en pie, alzó las manos y acabó con él un instante antes de que pudiera cruzar el círculo en el que Varena y su oponente estaban librando un ejemplo clásico de combate entre hechizo y contrahechizo que ya había conseguido poner en pie a toda la multitud.

Garth estaba observando el enfrentamiento con toda su atención, tomando nota mental de los hechizos que Varena se veía obligada a revelar.

--Espero que se esté guardando algunas cartas en la manga, o no le quedará ningún secreto para cuando lleguen los combates finales

--observó Hammen sin inmutarse--. Lo siento por ella... Pero tendrás que enfrentarte con esa mujer tarde o temprano, amo, y esto te dará algo de ventaja.

Los otros combates ya habían terminado, pero Varena y su adversario seguían luchando. La multitud se callaba cada vez que el encarnizamiento del combate disminuía un poco, y lanzaba vítores o gemidos según cual fuese el contrincante que parecía estar imponiéndose. Varena fue derribada en dos ocasiones, una por la carga de un berserker que atravesó su hilera de criaturas de fuego, y la segunda por el arrollador ataque de una sombra espectral. Pero logró dar la vuelta al curso del combate cuando su oponente lanzó un hechizo negro de absorción de vida, para el que Varena poseía un contrahechizo con el que, en vez de debilitarse, consiguió recuperar energías a costa de su rival. Después lanzó un terrible ataque, confiando en hechizos de fuego mezclados con una tormenta de hielo, hasta que su rival cayó inconsciente tras haber agotado todo su poder.

Varena se quedó inmóvil en el centro del círculo, oscilando debido al agotamiento, mientras el árbitro sacaba un hechizo de la bolsa de su oponente y se lo entregaba. Después Varena sorprendió a muchos espectadores con el gesto de poner las manos sobre su oponente para revivirle, una acción que gustó mucho a la multitud y que le ganó una aclamación cuando giró sobre sí misma y salió de la arena. Al pasar junto al trono del Gran Maestre, Garth vio a Zarel se inclinado hacia adelante observándola con gran atención, seguramente ya sabía qué papel había jugado Varena en su rescate.

--Hemos doblado el dinero que teníamos --siseó Hammen con placer mientras volvía a dejarse caer en el asiento al lado de Garth.

--¿Transmitiste el mensaje a tu amigo?

--No sé por qué, pero lo hice --replicó Hammen poniendo cara de irritación.

Garth se recostó en su asiento e ignoró las piruetas de los artistas circenses, que habían vuelto a salir a la arena. Parte de los graderíos quedaron vacíos cuando las muchedumbres fueron hacia los puestos de comidas y las letrinas, pero aun así quedaron muchos espectadores que empezaron a moverse de un lado a otro intentando ocupar los sitios en los que podían caer más ollas de barro.

--Tu combate --anunció Hammen, y lanzó una mirada llena de excitación a Garth.

Garth no dijo nada y clavó la mirada en el tablero, que ya estaba empezando a mostrar la nueva tanda de enfrentamientos.

--Apuesto a que ya nos toca a nosotros --dijo Hammen.

Estaba señalando el tablero mientras un chico correteaba por una pasarela y colgaba un símbolo consistente en un parche para ojo muy estilizado delante de la primera letra del nombre que acababa de ser colocado. La multitud empezó a lanzar vítores en cuanto vio el símbolo. Garth permaneció inmóvil con la mirada fija en el tablero y vio cómo los muchachos colocaban su nombre, que quedó reducido a «Tuerto». El de su oponente apareció en el poco después. Era de Ingkara, pero la multitud reaccionó con visible confusión.

--¿Quién es ese bastardo? --preguntó un luchador Marrón, volviéndose hacia Garth como si éste tuviera la respuesta.

Garth se volvió hacia Hammen, que seguía inmóvil y en silencio.

--Hace dos días no estaba en las listas --anunció por fin Hammen--. Espera un momento...

Se levantó de su asiento y fue corriendo hacia los graderíos, donde varios espectadores se separaron del gentío y bajaron para reunirse con él. Hubo una apresurada conferencia en voz baja, y Hammen volvió enseguida.

--Es una trampa --dijo con irritación--. Uno de los hombres de Zarel, como mínimo de nivel ocho o incluso más alto... Fue visto en el desfile de la arena. Jimak debe de haber aceptado un soborno para permitir que fuese incluido a última hora en las filas de los Púrpura.

--Así que lucharé contra él, ¿eh?

--Es un desconocido, uno de los lugartenientes de Zarel... Eso también significa que la selección ha sido amañada. Uno de los monjes debió hacer algún cambio con los discos de nombres.

--Bueno, así que lo han amañado todo. ¿Qué infiernos esperabas? --replicó Garth en voz baja y suave.

Garth se dio cuenta de que estaba siendo observado, y alzó la mirada y vio que Kirlen le estaba contemplando.

Kirlen sonrió e inclinó la cabeza.

El tablero mostró las apuestas, tres a uno contra Garth. Los murmullos de sorpresa y confusión que brotaban de la multitud se hicieron más ruidosos.

Hammen se volvió hacia los graderíos y formó bocina con las manos delante de la boca.

--¡Está amañado!

Su grito fue oído y coreado casi al instante, y la agitación no tardó en irse extendiendo por la arena.

Hammen se reclinó en su asiento, permaneció inmóvil durante

unos momentos y después se levantó para volver al muro.

--¿Qué apuestas vas a hacer? --preguntó Garth.

Hammen volvió la mirada hacia él y le contempló poniendo cara de sentirse dolido.

--¿Tres contra uno? --acabó replicando--. Vamos a dejarles limpios... Y además, si pierdes estoy muerto, así que tanto da.

--Gracias por la confianza.

Hammen soltó una risita ahogada y fue hacia el muro. Volvió pasados unos momentos, justo cuando sonaba el primer clarinazo de advertencia.

--Naru apuesta por Garth.

Garth se volvió hacia el gigante sonriente.

--Gano de las dos maneras --anunció Naru, como si hubiera logrado salir triunfante de un desafío lógico--. O gano dinero ahora, o no tengo que luchar y matarte después.

Naru celebró su chiste con estrepitosas carcajadas que más parecían rugidos.

La tercera trompeta sonó por fin y Garth se puso en pie, con Hammen al lado, y salió de debajo del toldo para emerger al sol de finales de la tarde. La arena prorrumpió en salvajes aclamaciones que se fueron difundiendo desde el sector Marrón hasta las otras tres cuartas partes del estadio.

Garth fue hacia el círculo asignado sin prestar atención a los vítores y entró en la zona neutral, que había quedado manchada de sangre durante el combate anterior. Hammen le quitó la capa y observó con recelosa cautela al oponente de Garth cuando fue hacia el círculo.

--Ya recuerdo a ese bastardo --susurró de repente--. Fue capitán de la guardia en Tantium... Es un auténtico asesino. Esto no tiene buen aspecto, Garth.

Zarel Ewine se recostó en su trono y dejó escapar una risita ahogada. El capitán sabía lo que se esperaba de él, y haría bien su trabajo. Y después... sería eliminado. Así se evitarían rumores sobre como se amañó el combate sobornando al monje, que también sufriría un accidente, o de como el propio Gran Maestre le entregó un poderosísimo hechizo para ganar el combate.

Zarel cogió su copa de vino, la contempló con expresión satisfecha y tomó un sorbo mientras esperaba a que los luchadores acabaran de prepararse.

El capitán de Tantium fue hasta su cuadrado neutral sin ningún

sirviente que le acompañara. Abrió el broche que sujetaba su capa y dejó que ésta cayera al suelo. Después se inclinó y se desperezó lánguidamente sin prestar ninguna atención a Garth. Los músculos ondularon en sus robustos brazos desnudos.

--Podría tratar de acabar contigo físicamente --susurró Hammen--. Ten mucho cuidado con su daga. Fíjate en su bota izquierda: lleva otra daga escondida allí para lanzarla cuando le haga falta. Ah, y seguramente la hoja está envenenada...

El último trompetazo hizo vibrar el aire, y el árbitro del combate fue hasta el centro del círculo y miró a Garth.

--¿Qué clase de combate vas a librar? --preguntó.

--Combate por un hechizo --dijo Garth en voz baja y suave.

El árbitro se volvió hacia el capitán.

--¿Qué clase de combate vas a librar? --volvió a preguntar.

--Combate a muerte --replicó el capitán.

El árbitro giró sobre sí mismo y fue hacia el poste que se alzaba al lado del círculo.

--Eh, ¿qué infiernos estás haciendo? --gritó Hammen.

El árbitro ignoró el grito de Hammen e izó la bandera roja que indicaba un combate a muerte.

--¡Han amañado el combate! --gritó Hammen volviéndose hacia los graderíos de la arena, pero sus palabras quedaron ahogadas por el estallido de gritos de entusiasmo.

Hammen se volvió hacia Garth.

--Si pierdo, sal de aquí lo más deprisa que puedas --murmuró Garth, y después inclinó la cabeza y cerró los párpados.

--¡Luchad!

Garth abrió los párpados y entró en el círculo. Se concentró y empezó a invocar el poder de su maná, con el cual iría construyendo sus hechizos..., y sintió la presencia de un bloqueo. El capitán ya había recurrido a su maná, y había lanzado un encantamiento que absorbía el poder de Garth. Aquel hombre era extremadamente poderoso, y además sabía utilizar sus técnicas con suma habilidad. Garth sintió una punzada de temor.

El centro del círculo se llenó de humo, y media docena de cadáveres putrefactos surgieron de la nube acompañados de la pestilencia de su podredumbre. El primer cadáver avanzó con paso tambaleante hacia Garth, que retrocedió mientras seguía haciendo esfuerzos desesperados para acceder a su maná. La palidez del hueso era visible a través de la fosforescencia de su rostro medio

podrido. Garth reprimió un acceso de náuseas, pero su concentración quedó rota cuando tuvo que echarse a un lado para esquivar las manos del no muerto que pretendían atraparle. Otro cadáver le agarró por el hombro, y unos dedos helados se hundieron en su carne e intentaron drenarle la vida. Garth se liberó con una sacudida y se apartó de ellos mientras sentía cómo iba perdiendo las fuerzas. Más formas aparecieron en el centro del círculo: ahora era una plaga de ratas, y sus ojillos verdes ardían con un resplandor malévolo. Las ratas atacaron, y Garth bailoteó de un lado a otro aplastando varias bajo sus botas, pero dos agarrarse a sus piernas y hundieron sus dientes en ellas. El veneno empezó a extenderse por su sangre. Garth se tambaleó, pero también logró quitárselas de encima.

Garth, por fin, consiguió recuperar su control sobre un maná de bosque. Alzó la mano, y una neblina color verde oscuro surgió de la nada arremolinándose a su alrededor y cegando a los no muertos. El ataque vaciló y fue desviado durante un momento, que Garth aprovechó para levantar las manos e invocar un torrente de agua fresca y curativa que cayó sobre su cuerpo y eliminó el veneno.

Ambos combatientes estaban utilizando cada vez más maná. Garth extendió las manos hacia adelante y dibujó una imagen en el aire. Un instante después hubo un estallido de luz que terminó de dispersar la neblina y una silueta cobró forma. La multitud lanzó un rugido de aprobación ante la aparición de un unicornio blanco que piafaba y se encabritaba ante el olor de la carne muerta. Cargó contra los cadáveres que volvían a rodear a Garth y empezó a pisotearlos. Después volvió grupas para atacar al capitán, pero su ataque se fue haciendo cada vez más lento y acabó deteniéndose del todo, como si el luchador lo hubiese atrapado en una telaraña oscura. Intentó erguirse sobre sus patas traseras mientras lanzaba relinchos de dolor, pero acabó desplomándose de lado. Su oponente había tenido un momento de distracción debido al ataque, y Garth pudo enfrentarse a las ratas que seguían persiguiéndole, lanzando sobre ellas un enjambre de avispas que las acosaron clavándoles sus aguijones con tal ferocidad que las ratas fueron muriendo una tras otra.

Otro ataque azotó a Garth, y sintió cómo su maná se marchitaba, mermando su poder. Garth comprendió que su oponente tenía a su disposición poderes tan grandes como los de un Maestre de Casa o incluso un Gran Maestre. Le miró fijamente mientras el pensamiento se abría paso en su mente, y percibió la mirada burlona del capitán, como si éste se estuviera jugando con él, totalmente seguro de cuál

iba a ser el desenlace del combate.

Garth movió las manos describiendo un círculo, y consiguió erigir una protección mágica para mantenerse a salvo de las embestidas de su oponente. Después redobló el poder del círculo. No causaba ningún daño a su enemigo, pero al menos ahora estaba mejor preparado contra sus ofensivas. Más no muertos surgieron de la nada, pero fueron repelidos por la pantalla. Su oponente lanzó un nuevo ataque contra el maná de Garth, pero éste también fue detenido por el círculo de protección. El capitán concentró su atención en las avispas, que estaban avanzando hacia él, y un instante después el enjambre cayó al suelo victima de una atadura que agotó su poder para volar. Las avispas se retorcieron frenéticamente y murieron enseguida.

Durante un momento no hubo ataques por ningún lado. Garth lanzó una rápida mirada a su alrededor y vio que casi todos los combates habían finalizado. Ahora la multitud estaba pendiente del combate a muerte que se libraba en el centro de la arena. Una masa de oscuridad apareció en la parte central del círculo y empezó a avanzar hacia Garth, quien comprendió que se enfrentaba a una sombra gélida y sintió cómo su círculo exterior de protección se desmoronaba bajo su ataque. Alzó las manos y un instante después empezó surgir del suelo un grupo de árboles que terminó rodeándole. Garth salió del círculo de protección y fue extendió más y más la hilera de árboles hasta que llenaron la mitad del círculo de combate. Pudo sentir cómo su poder iba creciendo, realimentándose de sus propias invocaciones, y extendió el brazo señalando más allá de la sombra gélida. Un árbol cobró vida y envolvió a la criatura espectral con brazos de ramas, apretándola hasta hacerla pedazos.

La multitud no podía ver lo que estaba ocurriendo, pero seguía lanzando vítores en un salvaje frenesí de sonidos que ahogaban los ruidos del enfrentamiento. Garth avanzó cautelosamente hasta el comienzo del bosque que acababa de crear. Su oponente estaba yendo hacia él con las manos levantadas. Un diluvio de rayos cayó del cielo y empezó a destruir el bosque en una rápida sucesión de impactos. Garth extendió la mano hacia el capitán, y el árbol que caminaba emergió del bosque. Se inclinó sobre el capitán y lo alzó en vilo por los aires. Un estallido de aclamaciones hizo temblar toda la arena cuando la lucha volvió a resultar visible. El capitán se retorció de dolor y extendió las manos hacia el rostro de la criatura arbórea, y ésta retrocedió tambaleándose recubierta ahora de llamas que empezaron a consumirla. Ante el sufrimiento de la criatura Garth alzó la mano y,

anulando su invocación, la hizo desparecer. Después se lanzó sobre el capitán y extendió un pie en una patada que pretendía romperle la rodilla. El capitán esquivó el golpe y le puso la zancadilla, consiguiendo que Garth cayera al suelo. Dejó escapar una carcajada sardónica y atacó a su vez, lanzando una patada al costado de Garth con tal fuerza que se pudo oír el crujido de las costillas al romperse. Este rodó sobre sí mismo, alejándose de su oponente y alzó las manos mientras lo hacía. Unas siluetas diminutas aparecieron de repente. Resultaban casi cómicas, pues no eran más que pequeñas hadas de los bosques. Las hadas revolotearon de un lado a otro con un veloz zumbido de alas y se agruparon de repente, lanzándose sobre los ojos del capitán para clavar sus minúsculas lanzas. El capitán aulló de dolor y retrocedió. El bosque creado por Garth ardía detrás de él, y espesas nubes de humo giraban y se enroscaban sobre sí mismas, alzándose hacia los cielos mientras las llamas siseaban y crujían.

Garth, jadeando en un desesperado intento de tragar aire, no deperdició tiempo en un hechizo de curación y, con una rápida invocación, envió un oso contra su oponente. Este, a su vez, había invocado un grupo de orcos Garra de Hierro que se enfrentaron al oso blandiendo sus pesadas cimitarras. Mientras los cuerpos eran desgarrados por zarpas y colmillos, un diluvio de piedras empezó a caer del cielo aplastando lo que quedaba del pequeño bosque, y Garth pudo sentir cómo su poder volvía a disiparse.

Erigió otro círculo de protección para ganar tiempo y poder sustituir el maná que su oponente acababa de inutilizar.

El capitán estaba inmóvil al otro lado del círculo. Por su cara y brazos corrían regueros sangre debidos a las heridas sufridas durante el ataque de las hadas, cuyos cuerpos diminutos yacían esparcidos sobre el suelo. El capitán se limpió la sangre de los ojos, y una mueca de rabia contorsionó sus rasgos. Garth desplegó sus poderes mentales intentando aturdir y sondear los pensamientos de su oponente, a la vez que lanzaba contra él otro enjambre de hadas.

El segundo enjambre también pereció, pero de nuevo lograron clavar sus lanzas en el capitán, que manoteaba frenéticamente contra los minúsculos atacantes, mientras el populacho acogió el espectáculo con risas cada vez más estruendosas.

El capitán señaló el suelo con una mueca de irritación, y un grupo de guerreros enanos apareció ante él. Después continuó gesticulando para invocar más seres. Garth, por su parte, empezó a acumular

poder, haciendo acopio de todas las reservas de maná de que disponía. Mientras el capitán preparaba su ataque, llamando a una criatura tras otra, hasta reunir un increíble despliegue mágico en el que había enanos, orcos, trasgos, esqueletos e incluso algunos demonios menores.

Garth se levantó y fue hasta el centro del círculo. Aquel acto de desafío arrancó frenéticas aclamaciones a la multitud, como si se dispusiera a luchar con las criaturas invocadas sin recurrir a la magia y con sólo la daga que desenvainó de repente.

El capitán dejó escapar una carcajada de desprecio, alzó las dos manos hacia el cielo y después las extendió delante de él. Una grieta apareció en el suelo justo ante sus pies. Un silencio expectante cayó sobre la arena, cuando una nube negra surgió de la grieta, subiendo tan velozmente como un sibilante chorro de vapor que brotara de las puertas del infierno. Una sombra giró y se arremolinó, y fue adquiriendo forma poco a poco.

--¡Un Señor del Abismo!

Garth miró por encima del hombro, y vio como Hammen retrocedía con el rostro lleno de terror.

--¡Un Señor del Abismo! ¡Un Señor del Abismo!

El grito era como un trueno que brotaba de las gargantas de la multitud, y los que habían apostado por Garth lanzaron gemidos de desesperación mientras se apresuraban a ponerse en pie para presenciar el final de aquel gran espectáculo.

El demonio siguió alzándose como una montaña y extendió sus gigantescas manos en forma de garra. Abrió su negra boca, y las llamas se desparramaron sobre sus dientes mientras sus rojos ojos ardían como ascuas dentro de un horno.

El demonio bajó la mirada hacia el capitán, y este le señaló a los guerreros enanos. El demonio se rió, giró sobre sí mismo y los alzó con sus garras, devorándolos después mientras los enanos chillaban y aullaban. Las otras criaturas invocadas comprendieron que habían sido traídas hasta allí para servir como ofrenda, para ser sacrificadas a este poder oscuro. Intentaron escapar, pero el capitán extendió las manos hacia ellas y las dejó paralizadas.

El demonio terminó su festín y avanzó hacia Garth con lentas y colosales zancadas, extendiendo hacia él sus inmensas garras. Garth alzó las manos y masas de hielo cayeron del cielo, esparciéndose sobre los brazos del monstruo. El hielo se convirtió en vapor muy caliente nada más entrar en contacto con el Señor del Abismo, y el

demonio lanzó un rugido de dolor y retrocedió tambaleándose.

El capitán extendió la mano hacia los berserkers, y la criatura los devoró. El banquete había doblado sus fuerzas y el demonio volvió a la carga profiriendo ensordecedores aullidos de furia. Garth movió las manos en torno a sí mismo, y múltiples rayos de luz se entrelazaron formando una armadura sagrada que envolvió todo su cuerpo. El monstruo intentó atraparle, pero cada vez que sus manos rozaban la armadura hacían surgir un chorro de vapor. Garth y el demonio siguieron enfrentándose de aquella manera hasta que el poder del demonio empezó a disiparse, aunque también la armadura se volvió traslúcida hasta casi desaparecer.

El frenesí del populacho alcanzó nuevas cimas de salvaje intensidad cuando el Señor del Abismo giró sobre sí mismo con los rasgos contorsionados por la rabia y regresó hacia el capitán. Este reaccionó al instante y extendió la mano hacia los orcos que controlaba. El demonio saltó sobre ellos y los devoró mientras se debatían y chillaban. Garth no hizo nada, y se limitó a observar las acciones de la criatura. Su enemigo había conjurado un ser que casi se encontraba más allá de su capacidad de control, y tenía que seguir alimentándolo continuamente para que no dejara de obedecerle. El capitán volvió a mover la mano en un intento de invocar nuevos sustitutos para el banquete de la criatura, pero esta vez sólo consiguió hacer aparecer una docena de ratas antes de que el agotamiento le obligara a inclinar la cabeza.

El Señor del Abismo, momentáneamente saciado, giró sobre sí mismo para atacar una vez más a Garth. Pero este había vuelto a emplear su hechizo vegetal, erigiendo un muro de árboles vivos y colocándose detrás de él. El Señor Oscuro fue hacia el bosque, rebosando odio ante una creación tan llena de paz y sosiego. Se irguió cuan alto era y empezó a hacer pedazos los árboles con sus terribles garras mientras Garth reforzaba su barrera de protección. Los atronadores rugidos del monstruo retumbaron por todo la arena, ahogando las frenéticas aclamaciones de una multitud extasiada ante tan asombrosa exhibición. El demonio lograba atravesar la masa de árboles, pero ahora aullaba de dolor cuando sus garras se cerraban sobre los troncos reforzados con gigantescas púas y espinos. El demonio siguió arrancando árboles y arrojándolos en todas direcciones, hasta llegar al otro lado.

Y después se detuvo, visiblemente exhausto. Luego giró sobre sí mismo y empezó a regresar lentamente hacia el lado del círculo

ocupado por su amo, sin apartar los ojos de los otros banquetes que el capitán había conjurado para mantenerle controlado.

Garth saltó hacia adelante, gesticulando hacia los diablillos, esqueletos y ratas que el capitán mantenía como ofrenda a su monstruosa criatura. Su hechizo se impuso con éxito y sus formas oscilaron hasta esfumarse, al haberse deshecho la invocación que las sometía.

El capitán titubeó, sorprendido por el tipo de ofensiva lanzada por Garth. El gran demonio volvió a erguirse y lanzó aullidos de rabia al ver que se le negaba la ofrenda debida. El capitán alzó las manos intentando una última invocación, pero había agotado su maná con el monstruo y las provisiones necesarias para controlarlo. Hubo un débil destello luminoso, y lo único que apareció fue un hada minúscula que emprendió el vuelo huyendo a toda velocidad nada más ver al Señor del Abismo. El demonio, que se había quedado boquiabierto, siguió su huida con la mirada y acabó volviendo la cabeza hacia el capitán. Y después saltó sobre él lanzando un alarido de ira.

Hubo un fugaz destello, como si el capitán hubiera logrado erigir algún círculo de protección. Garth se volvió hacia el trono del Gran Maestre y vio que Zarel se había puesto en pie y tenía los brazos extendidos. Hammen empezó a dar saltos sobre su asiento señalando al Gran Maestre, y un ensordecedor aullido de protesta brotó de la multitud ante aquella descarada interferencia. Zarel miró a su alrededor, y bajó las manos. El círculo de protección desapareció al instante.

El capitán fue alzado por los aires mientras lanzaba chillidos de terror. El Señor del Abismo contempló con satisfacción a su presa y después tiró de ella en direcciones opuestas, partiendo al luchador por la mitad y devorándolo de dos rápidos bocados. El poder controlado por el capitán se desvaneció al instante junto con su fuerza vital, y el demonio se esfumó entre un fogonazo de fuego y humo.

Garth atravesó lentamente el círculo sin esperar a que el árbitro llegase al premio. Se inclinó, cogió la bolsa manchada de sangre de su oponente y la alzó delante de su rostro. La multitud reaccionó con una oleada de aclamaciones. La sección de la Casa de Bolk se quedó vacía, y los ocupantes de las gradas saltaron las barreras sin prestar atención a los golpes de los guerreros que intentaban detenerles. Decenas de millares de cuerpos entraron a la carrera en el suelo de la arena.

--¡Tuerto! ¡Tuerto!

El árbitro del círculo se acercó y alargó la mano hacia la bolsa. Garth le detuvo con la mirada.

--Fuiste tú quien impuso un combate a muerte, y ahora el premio es mío --dijo.

--Pertenece al Gran Maestre --siseó el luchador.

--Pues entonces intenta llevárselo.

El hombre le contempló en silencio un momento y volvió la mirada hacia el trono de Zarel. La multitud se fue arremolinando en torno a Garth, sumergiéndole en una masa de cuerpos. Hammen logró abrirse paso hasta él.

--Demos gracias al Eterno por esta multitud, porque creo que Zarel estaba a punto de bajar de su trono y enfrentarse a ti --murmuró.

El árbitro retrocedió, y pronunció la fórmula ritual:

--Maná como pago por un combate a muerte --terminó diciendo de mala gana.

Garth abrió la bolsa, pero solo para sacar de ella un raro amuleto envuelto en seda negra y, con un gesto de desprecio, arrojó la bolsa entera al árbitro, que se apresuró a alejarse.

Después deslizó un brazo sobre los hombros de Hammen para apoyarse y se abrió paso a través de la multitud, percibiendo a su espalda la rabia de Zarel ante la humillación sufrida y la pérdida de uno de sus hechizos más poderosos.

--¿Qué tal estás, amo? --le preguntó Hammen con visible preocupación.

--Conseguí curarme las costillas, pero sigo teniendo una resaca terrible --replicó Garth--. Vamos a tomar una copa de vino, y después necesitaré que hagas unas cuantas cosas para esta noche.

--¿Qué cosas?

Garth se limitó a sonreír.

12

La ciudad se había convertido en un manicomio. Las bandas rivales aprovechaban los juegos y el hecho de que casi todo el mundo hubiese ido a la arena para lanzarse al saqueo. Los partidarios de Ingkara habían asaltado las zonas donde vivían los partidarios de la Casa de Fentesk, y una turba de kesthanos había intentado saquear el sector Púrpura, mientras que Bolk se había limitado a robar a todos los demás. Los incendios habían estallado en varios barrios de la ciudad, y el resplandor de las llamas inundaba el cielo de la medianoche.

--Ah, cómo adoro los días de Festival --gruñó Hammen, deteniéndose para asomar furtivamente la cabeza por una esquina, y volviéndose después para ver cómo las llamas envolvían la casa de un mercader muy odiado que vivía al otro extremo de la calle.

--El Festival no siempre fue así --dijo Garth, y su tono era más de afirmación que de pregunta.

Hammen escupió en el suelo.

--Los viejos tiempos están tan muertos como todos los viejos tiempos --Guardó silencio durante un momento y suspiró--. Bueno, la edad de oro tal vez no fuese tan dorada como algunos quieren recordarla --dijo por fin--, pero al menos los juegos de antes no servían para entretener al populacho. Por aquel entonces eran pruebas de habilidad y práctica, un tiempo de tregua antes de volver a las peregrinaciones y al estudio, o a cumplir un contrato con un príncipe que trataba a sus luchadores con honor. Ahora sólo se lucha por la sangre, los contratos y el deleite de la turba.

Hammen meneó la cabeza y después dejó escapar una risita impregnada de tristeza cuando unos saqueadores que cargaban con un pesado barril pasaron corriendo junto a ellos.

--Muy bien, Garth, el juego ha terminado --dijo alzando la mirada hacia él--. Hemos acabado el día con seis veces más dinero del que teníamos cuando empezó. Incluso descontando mi comisión, tienes suficiente para vivir como un príncipe durante un par de años. Además conseguiste un poderoso hechizo, más propio de un Maestre de Casa que de un simple luchador. ¿Por qué no te conformas con lo obtenido y te largas de esta enorme casa de locos?

Garth sonrió y meneó la cabeza.

--Todavía tengo algunas cosas que hacer --dijo.

--¡Maldita sea, hijo! El combate de hoy fue una trampa, todo estaba amañado. El capitán tenía ordenes de matarte, ese hechizo lo

debió aportar el Gran Maestre en persona, y te metieron en un combate a muerte tanto si querías como si no. ¿Acaso crees que mañana jugará más limpio?

--Pues la verdad es que sí --respondió Garth sin inmutarse--. El populacho está al corriente de lo ocurrido porque tus amigos se han encargado de que se supiera. Mañana jugará limpio..., por lo menos hasta que el Caminante vuelva para respaldarle.

Garth se detuvo y se volvió justo cuando la casa del mercader se derrumbaba lanzando un chorro de chispas y pavesas hacia el cielo. Una turba borracha que reía a carcajadas se había congregado alrededor de la casa, y estaba alzando jarras de cerveza y vino saludando el fuego mientras el mercader maldecía y soltaba juramentos, tan dominado por la angustia que se arrancaba la barba a puñados.

Hammen aflojó el paso, todavía preocupado por la conversación mantenida al salir de la arena al terminar los combates del día.

--Lo que le has pedido a mi amigo es una auténtica locura --dijo por fin.

--Me dijiste que odiaba al Gran Maestre, que no le había perdonado que su hijo muriera el año pasado, ¿no? Recuerda que fuiste el primero que me hizo ver la conexión.

--Estaba pensando en voz alta, nada más... Hablaba de lo que el Gran Maestre ha hecho.

--Es un camino para llegar a lo que yo quiero que se haga. Has estado llevando mi rubí de un lado a otro, y ya es hora de que sirva de algo.

--Supondrá un riesgo terrible para mi amigo. Podría ser denunciado y acabar muerto.

--El personaje a sobornar forma parte de su clientela y compra pociones ilegales, ¿no? --replicó Garth--. Resultaría muy divertido. No te preocupes, tu amigo puede ejercer cierta presión sobre él.

--El hombre... Bueno, quizá debería decir «la criatura»... En fin, el personaje al que quieres sobornar seguramente se guardará tu dinero en el bolsillo y se olvidará de todo.

Garth sonrió y meneó la cabeza.

--No conoces bien la naturaleza de emociones como la culpabilidad y la venganza --replicó--. Además, media docena de carros cargados con ollas de premios también son una tentación de peso. Nadie podrá seguirle la pista, y nuestro amigo acabará siendo mucho más rico. Aceptará el plan.

Hammen miró nerviosamente a su alrededor.
--Estamos hablando del capitán de los luchadores de Zarel, Uriah el Servil.
Garth sonrió melancólicamente.
--Sí... Uriah --dijo, y su voz parecía venir de muy lejos y estar llena de tristeza.
--Ese rubí valía un centenar de monedas de oro como mínimo --gimió.
Hammen.
Garth volvió la mirada hacia él como si sus palabras acabaran de hacerle regresar de una tierra muy lejana.
--Cuando sobornas a alguien importante, has de estar dispuesto a pagar un precio elevado --dijo.
--Y sin embargo tú apareciste ante mí sin tener ni una miserable moneda de cobre, y yo llegué a confiar en ti.
--Tenía que ser discreto y no llamar la atención.
--¿Y aún te queda algo de discreción?
--Un poquito --dijo Garth, y sonrió--. Quiero que salgas por la puerta de la ciudad donde nos vimos por primera vez en cuanto hayan terminado los combates de mañana. Camina exactamente mil quinientos pasos, y ni uno más ni uno menos. ¿Lo has entendido?
--¿Estás hablando de tus pasos o de los míos?
--¡De los míos, maldición! ¿Cómo infiernos puedo saber qué distancia recorres tú con un paso?
--De acuerdo, lo intentaré.
--Bien... Como te iba diciendo, tienes que andar mil quinientos pasos. A la derecha del camino hay una antigua tumba, a unos cien pasos subiendo por la colina. Las piedras de la parte de atrás están algo sueltas, y detrás de ellas hay un fardo envuelto en una piel embreada. Tráemelo, y por el Eterno que será mejor que no lo abras.
--Así que ahora también soy tu chico de los recados, ¿eh?
--Iría yo mismo, maldita sea, pero mañana pueden ocurrir muchas cosas.
--Como por ejemplo que te maten.
--En ese caso el fardo será tuyo. Digamos que... Bueno, así te acordarás de mí, ¿eh? Creo que su contenido te parecerá muy interesante.
Garth siguió abriéndose paso a codazos y empujones por entre el gentío, agradeciendo la llovizna que caía del cielo porque evitaba que su capucha levantada y su sombrero de ala ancha pareciesen fuera de

lugar.

Llegó a la Gran Plaza y siguió avanzando por entre la multitud, caminando con paso rápido y decidido.

--¡Oh, maldición! --siseó Hammen.

Pero se mantuvo pegado a Garth mientras su compañero se aproximaba al perímetro del palacio. Una hilera de guardias estaba apostada justo detrás de las fuentes, y observaba con cauteloso recelo al gentío que pasaba junto a ellas. Los altercados del día anterior había aumentado la tensión entre los guerreros del Gran Maestre y los habitantes de la ciudad, y cualquier insignificancia podía provocar una nueva explosión de disturbios.

Garth se abrió paso a través de las últimas filas de la multitud sin aflojar el paso, y de repente echó a correr hacia el guerrero más próximo. Garth le golpeó en el plexo solar antes de que el hombre tuviera tiempo de reaccionar, y el puñetazo hizo que el guerrero se doblara sobre sí mismo a pesar de su armadura de cuero. El guerrero que estaba a la derecha de la víctima se dio la vuelta, sobresaltado por el repentino ataque, y Garth giró sobre sus talones e incrustó su puño en el cuello del hombre justo detrás de la oreja. Después desenvainó su daga y separó la bolsa del guerrero de su cinturón, la abrió de un tajo y la lanzó sobre la perpleja multitud. La acción de Garth provocó una frenética carrera hacia las monedas que habían caído sobre el pavimento con un ruidoso tintineo. Tres guerreros más llegaron corriendo con las espadas desenvainadas. Garth se echó a un lado y derribó al primero con una zancadilla. El segundo se aproximó con más cautela y lanzó un mandoble bajo. Garth saltó por encima de su acero y pateó al guerrero en la cara aprovechando el mismo movimiento. El tercer guerrero acabó deteniéndose, giró sobre sí mismo y echó a correr mientras hacía sonar su silbato para dar la alarma.

El populacho, que había quedado paralizado de estupor ante la rapidez con que había finalizado el enfrentamiento, se lanzó sobre los guerreros caídos para robarles. Garth giró sobre sus talones y fue rápidamente hacia la oscuridad mientras la trompeta empezaba a sonar detrás de él dando la alarma general. Instantes después toda una compañía de guerreros salió del palacio a paso de carga y se lanzó sobre la multitud.

Aquella diversión inesperada empezó a atraer nuevos espectadores de toda la Plaza, y Garth tuvo que esquivar a la marea humana que se lanzaba hacia adelante para ver lo que ocurría. El

gentío que gritaba y corría se fue acercando y acabó viéndose metido en la pelea, que se generalizó rápidamente cuando los odios entre los guardias del Gran Maestre y el populacho estallaron de manera incontenible.

Garth siguió cruzando la Plaza, yendo hacia la Casa de Kestha. Estaba a punto de llegar al círculo exterior de grandes losas que marcaban el territorio de Kestha cuando se arrancó la capa de un manotazo, revelando el uniforme Naranja que llevaba debajo, aunque su rostro siguió oculto bajo el sombrero de ala ancha. Garth extendió la mano y señaló a uno de los centinelas que montaban guardia en la entrada de la Casa.

--¿Quién es? --preguntó.

Hammen entrecerró los ojos para ver mejor entre la neblina y la penumbra.

--Es Josega... --replicó--. Bueno, al menos eso creo. Cuarto nivel, o tal vez quinto.

--Suficiente. Ya sabes qué has de hacer.

Garth echó a correr, lanzándose a una rápida carga a través de las losas grises.

--¡Josega, bastardo cobarde! --gritó.

Josega, que había estado apoyándose en la pared de la Casa como si estuviera cansado y harto de montar guardia, se incorporó y alzó la mirada justo a tiempo de ver cómo una túnica Naranja corría hacia él. Empezó a levantar las manos, pero Garth le había pillado desprevenido y un chorro de fuego caído del cielo derribó a Josega, dejándole inconsciente sobre el pavimento. El otro guardia dio un paso hacia adelante para enfrentarse a Garth, sin ver a Hammen que se aproximaba por el otro lado. Hammen cayó sobre él por detrás y le dejó inconsciente golpeándole en la nuca con su báculo. Después desenvainaron sus dagas y huyeron a la carrera cuando ya se empezaba a dar la alarma en el interior de la Casa, con las bolsas de los dos centinelas caídos en las manos.

--¡Bueno, por lo menos ahora no les matarán en la arena! --jadeó Hammen mientras desaparecían entre el gentío, que ni siquiera se había enterado del robo porque tenía toda la atención concentrada en el cada vez más ruidoso clamor de los disturbios.

--¿Siempre sabes encontrar un bálsamo moral para tus pecados? --preguntó Garth.

--Ayuda a evitar los remordimientos de conciencia.

Garth se abrió paso a través de la plaza, que ya había empezado

a vibrar con los gritos de furia del populacho. Grupos de gente enfurecida pasaron corriendo junto a él, y Garth vio que muchos de los que los formaban iban armados con garrotes, picas, cuchillos de trinchar carne e incluso alguna que otra ballesta. El combate en los alrededores del palacio se había vuelto muy encarnizado, y los guerreros iban saliendo del edificio protegidos por su formación de escudos superpuestos mientras la turba respondía arrojándoles un diluvio de despojos, adoquines, leña ardiendo y todo aquello a lo que podía echar mano.

Garth dio un rodeo para esquivar el disturbio y fue hacia la Casa de Ingkara. Se detuvo antes de llegar a ella y se arrancó la túnica Naranja que llevaba puesta, revelando una túnica Marrón oculta debajo de ella.

--¿Es que no has tenido suficiente? --preguntó Hammen.

--Todavía no. Bien, vamos a repetir lo que acabamos de hacer al otro extremo de la Plaza...

Momentos después los dos huían a la carrera con dos bolsas más de hechizos en las manos mientras sus perseguidores eran detenidos por la turba.

Garth fue aflojando el paso hasta convertir su carrera en un tranquilo paseo, y volvió al territorio de la Casa de Bolk. Media docena de luchadores estaban inmóviles en la puerta y contemplaban los disturbios que se iban extendiendo por la Plaza.

--¿Qué está ocurriendo ahí? --preguntó Garth, yendo hacia Naru.

El gigante bajó la mirada hacia él y le contempló con curiosidad.

--Esta noche hay muchas peleas --gruñó con visible diversión--. ¿No lo sabías?

--No. He ido en busca de un poco de placer detrás de la Casa.

--¿Qué clase de placer?

--De la clase femenina.

--Ah... Te has saltado el entrenamiento. A la señora no le gusta eso.

Naru dejó escapar una estruendosa risotada y después alzó la mirada, y entrecerró los ojos al ver a una docena de luchadores de la Casa de Ingkara que acababan de entrar en el pavimento que pertenecía a Bolk.

--¡Fuera de nuestro territorio! --gritó, y salió de la puerta principal para encararse con los Púrpuras, que se detuvieron al ver al gigante.

--¡Uno de vuestros hombres le robó los hechizos a dos de los nuestros! --gritó un luchador Púrpura.

Naru no dijo nada, y se limitó a inclinar la cabeza y lanzarle una mirada despectiva. El luchador Púrpura pareció vacilar, y un instante después sus ojos se posaron en Garth.

--Fue él... ¡Ha sido el Tuerto!

Naru echó la cabeza hacia atrás y se rió.

--Tuerto es buen amigo, y estaba fuera robando su honor a las mujeres, no sus despojos a perros --replicó--. Los Púrpuras sois los perritos falderos del Gran Maestre.

Un ingkarano alzó la mano mientras lanzaba un grito de ira. Se formó un ciclón, y el viento que surgió de él era tan gélido como una noche ártica. El remolino fue deteniéndose a medida que una silueta cobraba forma dentro de él. Era un gigante de hielo, que avanzó hacia Naru moviéndose tan lentamente como si sus articulaciones todavía estuvieran envueltas en bloques de escarcha, pero su progresión era tan incontenible como letal. El gigante alzó su martillo de guerra, y un aullido atronador que hacía pensar en el viento de una noche invernal surgió de su boca abierta.

Naru rió y esquivó el ataque. Después golpeó al gigante de escarcha, incrustando su puño en él con tal fuerza que la cabeza del gigante se convirtió en un montón de diminutos fragmentos que cayeron al suelo con un tintineo musical..., y el combate terminó con ese golpe. Gritos dirigidos a los Púrpuras y llamadas a los Marrones resonaron en la Plaza. Los luchadores y los guerreros salieron corriendo de la Casa y se apresuraron a acudir en ayuda de sus camaradas. La multitud, que había estado corriendo hacia los disturbios alrededor del palacio, giró sobre sí misma para presenciar el espectáculo, y se hicieron apuestas a toda prisa. Los partidarios de Ingkara y Bolk se abrieron paso a empujones para no perderse el combate, y poco después ya estaban luchando entre ellos. Los gritos que llamaban a los luchadores de Fentesk y Kestha llegaron de la sección contigua un instante después. Una explosión desgarró la oscuridad y la multitud lanzó exclamaciones de asombro al ver los rayos que surgieron de la cima de la Casa de Fentesk.

Garth se mantuvo entre las sombras e ignoró los gritos de excitación que lanzaba Hammen mientras el enfrentamiento se iba extendiendo por toda la Plaza. El populacho se unió a la contienda, y los partidarios de los distintos bandos se lanzaron unos contra otros con alegre y frenético abandono. Ningún guerrero o luchador del Gran Maestre intervino para poner fin a las peleas, ya que todos estaban muy ocupados conteniendo a la multitud que rodeaba el palacio.

De repente hubo una gran explosión de luz alrededor del palacio del Gran Maestre, chorros de fuego surgieron desde el último nivel y empezaron a llover indiscriminadamente sobre el populacho, derribando a centenares de personas.

--Creo que entraré a echar una siesta --dijo Garth sin inmutarse. Después dio la espalda al espectáculo, y cruzó el umbral pasando por encima del cuerpo inconsciente de un luchador Púrpura al que Naru había lanzado por los aires, haciéndole volar más de una docena de pasos antes de caer. El hombretón, que estaba lanzando alaridos de deleite, continuaba internándose en la batalla y sus puños subían y bajaban implacablemente.

Garth cruzó el umbral, y se detuvo. Bajando la mirada hacia Hammen preguntó:

--¿Por qué no vas a hacerme la cama, Hammen?

Hammen, que estaba contemplando a Kirlen con los ojos muy abiertos, asintió y pasó a toda velocidad junto a la Maestre de Bolk, que seguía inmóvil delante de ellos.

--Ha sido magnífico, Garth el Tuerto. Una exhibición de astucia realmente genial...

--¿A qué os referís, mi señora?

--A los disturbios de ahí fuera. ¿Acaso crees que no sé cómo empezó todo? ¿Piensas que el Gran Maestre no lo sabe también?

--No tiene ninguna prueba. Quizá sencillamente está recogiendo los vendavales que ha sembrado con su incapacidad para gobernar como es debido.

--¿Y tú eres su juez moral? Ya sabrás que centenares de personas van a morir en la Gran Plaza esta noche, ¿verdad?

Garth asintió.

--Habría acabado ocurriendo de todas maneras --replicó--. Nadie les está obligando a enfrentarse a los guerreros del Gran Maestre, ¿no? No hacen más que imitar el comportamiento de quienes están por encima de ellos.

Kirlen dejó escapar una carcajada helada mientras se apoyaba pesadamente en su báculo.

--Bien, los dos estamos jugando al mismo juego y podemos ayudarnos el uno al otro..., de momento --acabó diciendo Kirlen, giró sobre sí misma y se alejó cojeando.

* * *

--¡Ah, ese bastardo...! ¡Sé que ha sido él!

Uriah alzó la mirada hacia Zarel.

--¿Cómo lo sabéis, mi señor?

Su voz estaba llena de una recelosa cautela.

--¿Cómo osas...? Debería castigar tu insolencia dejándote sin cabeza.

Un instante después Zarel vio con incrédula perplejidad que por una vez su amenaza no hacía palidecer a Uriah.

--Si me matáis ahora, mi señor, me temo que habrá una rebelión en el palacio. Nuestros luchadores se encuentran fuera del edificio conteniendo a la multitud. Si su capitán muriera por vuestras manos... Bueno, ¿qué dirían entonces?

--¿Acerca de ti? ¡No gran cosa!

--No, estaba pensando en lo que dirían sobre la situación en general --replicó Uriah, asombrado ante las palabras que salían de sus labios--. Durante los disturbios de los últimos días han muerto once luchadores, y más de doscientos guerreros. Están muy descontentos, mi señor, tal vez mi muerte no signifique nada... O quizá sí acabe teniendo importancia.

--¿Qué infiernos te ha ocurrido?

Uriah tragó saliva, e hizo un terrible esfuerzo de voluntad para controlar su miedo.

--Hoy habéis violado casi todas las reglas de la arena. Introdujisteis a Sumar en la Casa de Ingkara, amañasteis el sorteo, le proporcionasteis un poderoso hechizo, hicisteis que el árbitro declarase falsamente un combate a muerte, y después tratasteis de intervenir.

--¿Cómo sabes todo eso?

--Él me lo dijo esta mañana. Aceptó vuestra misión, pero temía que pudiera significar su muerte; así que me lo contó todo antes de incorporarse a las filas de la Casa de Ingkara.

Zarel empezó a levantar la mano.

--Adelante, mi señor. Hasta ahora todo eso sigue siendo un secreto. Pero matadme y toda la ciudad sabrá con certeza lo que por el momento no es más que una sospecha... Eso acabará con todas las apuestas, pues el populacho ya no tendrá la más mínima confianza en vos. Adelante... Veréis, mi señor, también yo he dejado instrucciones a cierta persona, y todo será revelado si muero.

Zarel vaciló, aturdido al ver como su segundo se volvía tan inesperadamente contra él.

--Y yo también podría revelarlo todo sobre tu papel en la caída de la Casa Turquesa --logró replicar por fin.

--Hace veinte años que mantenéis esa amenaza sobre mi cabeza, mi señor, y me he arrastrado ante vos durante todo ese tiempo. Pero en este momento quiero ser tratado como un hombre.

Zarel se rió.

--No eres más que un animal deforme.

--¿Y por qué me habéis nombrado capitán de vuestros luchadores?

Los labios de Zarel se curvaron en una sonrisa helada.

--Porque podía controlarte.

--Todavía podéis hacerlo, pero el precio ha cambiado.

--¿Qué quieres?

--El control de la Casa de Bolk --replicó Uriah sin inmutarse.

--No ejerzo ningún poder sobre la selección de los Maestres de las Casas.

--Pues encontrad alguna manera de ejercerlo. Tendréis que matar a Kirlen antes de que todo esto haya terminado, o ella os matará. ¿Acaso no resulta obvio que se encuentra detrás de todas las acciones del luchador tuerto?

--¿Y cómo podré confiar en ti después?

--No podréis confiar en mí. Y ya que hablamos de eso... Bueno, ¿cómo puedo confiar en vos? Tal vez esa sea el único tipo de relación que puede perdurar en este mundo.

Zarel asintió con una cansina inclinación de cabeza y se sentó.

--¿Puedes controlar al populacho?

--Resultará difícil, pero... Sí, puedo hacerlo, aunque me preocupa lo que pueda ocurrir mañana en la arena. Una sola chispa bastaría para provocar un estallido de las turbas.

Uriah vaciló.

--Si esa chispa llegara a surgir, entonces tendrás que matar a millares de ellos y hacer que muerdan el polvo --dijo Zarel--. Habrá que ser implacable.

Uriah asintió.

--¿Acabaréis con él mañana, mi señor? --preguntó por fin.

--He planeado matarle durante la procesión hasta la arena. Mis asesinos ya están ocupando sus posiciones en estos mismos instantes. No saldrá vivo de la ciudad.

--Y suponiendo que consiga eludir esa trampa...

--¿Matarle en la arena? No, es demasiado arriesgado --dijo Zarel,

y se quedó callado.

--Dejad que el Caminante se lo lleve como sirviente y os habréis librado de él. Tiene algún plan secreto, y no sólo contra vos, sino también contra el mismísimo Caminante.

--¿Cómo lo sabes?

--Me habéis ordenado que averiguase cuanto pudiera sobre él --replicó Uriah--. Ese hombre es incalculablemente peligroso.

Zarel inclinó la cabeza.

--Sal de aquí --ordenó pasados unos momentos.

--¿Estamos de acuerdo?

--Sí, maldito seas... Y ahora, vete de una vez.

Uriah giró sobre sí mismo con la cabeza inclinada y salió cojeando de la habitación.

--¡Y controla de una vez a esas condenadas turbas!

La puerta se cerró detrás de él y el enano tuvo que apoyarse contra la pared, repentinamente incapaz de seguir reprimiendo el temblor de sus miembros. Uriah luchó contra el súbito deseo de vomitar. Llevaba años soñando con plantar cara a Zarel, y siempre había temido que la muerte sería toda la respuesta que recibiría.

Se sentía como si estuviera poseído por un demonio, y se preguntó si no sería aquello lo que le estaba ocurriendo en realidad. Su visita al vendedor de pociones había tenido como propósito obtener unos polvos que le permitieran poseer a una de las mujeres de la corte, ya que sólo podían ser suyas si las drogaba antes. Uriah aceptó sin recelo la copa que se le ofrecía, y desde entonces aquella nueva sensación de poder y orgullo desafiante se había adueñado de él.

Sintió una repentina tentación de salir del palacio, encontrar a aquel hombre y matarle.

Pero... Bueno, ¿por qué tenía que matarle? Todo había salido a las mil maravillas, aunque el bebedizo quizá no tuviera nada que ver con lo que estaba ocurriendo. Metió la mano en el bolsillo y acarició la bolsita de cuero, sintiendo el peso del rubí que contenía. La propuesta que acompañó al rubí era bastante sencilla de llevar a cabo, por sí solo este soborno ya bastaba para disfrutar de docenas de noches de placer sin necesidad de recurrir a las pociones, y además el botín de los carros era toda una fortuna.

«Y ahora se me ha prometido la Casa de Bolk en cuanto Kirlen caiga --pensó con una hosca sonrisa--. Tendré mi Casa, y quedaré libre de los tormentos de Zarel...» Aquel sueño maravilloso se adueñó de él, y Uriah pudo verse a sí mismo siendo transportado sobre un

palanquín de oro, como Jimak, y rodeado por concubinas que harían babear de envidia a Tulan. El pensamiento le hizo sonreír.

Pero de repente Uriah se preguntó de dónde había surgido aquel soborno. Había una sospecha agazapada en su mente, y bastó para que un escalofrío recorriese su cuerpo; pues aún guardaba algunos recuerdos de un tiempo muy, muy lejano, y de cómo por aquel entonces había sido una fuente de inocente diversión e, incluso, había sido amado.

Uriah bajó la cabeza y se alejó por el corredor hasta desaparecer entre la oscuridad.

Zarel permanecía sentado, inmóvil y en silencio. ¿Qué infiernos le había ocurrido a Uriah? ¿Sería simplemente locura, o tal vez había percibido que el poder y el trono del Gran Maestre ya no eran tan firmes como antes? Pero además de todo eso había un miedo más profundo, y la intuición de que aquel luchador tuerto era algo muy distinto a todo lo que se le había enfrentado en el pasado. Tenía que aceptar la innegable verdad de que el luchador tuerto pretendía acabar con él, y tal vez Uriah tuviese razón. Sí, también cabía la posibilidad de que quisiera algo del Caminante...

Zarel suspiró y se inclinó hacia adelante en su trono. Se preguntó si el luchador tuerto habría descubierto que todo el Festival era un complejo fraude. Que uno de sus propósitos era ir seleccionando a los mejores luchadores para que el Caminante se los llevara de este plano de existencia..., matándolos después para eliminar amenazas en potencia, no sólo al orden de cosas existente sino también para el mismísimo Caminante. El luchador tuerto ya había demostrado ser muy astuto, y no dar por sentado que ya lo sabía todo sería una estupidez por parte de Zarel.

Volvió a alzar la mirada, y estuvo a punto de llamar de nuevo a Uriah.

No. Él no. Y no en aquel momento. Esa sería otra maniobra que debería llevarse a cabo en el momento adecuado. Tenía que haber otra manera de destruir al luchador tuerto...

De repente Zarel se echó hacia atrás y empezó a reír.

Ahora todo encajaba, y era tan maravillosa y sencillamente obvio, que tenía que hacerse precisamente de aquella manera..., y además, al hacerlo había muchas posibilidades de que abriese el camino para la ascensión de un nuevo Caminante.

_____ 13 _____

Garth se desperezó lánguidamente y vio cómo iban apareciendo la nueva lista de nombres en el gran tablero de anuncios. La primeros combates del segundo día del Festival acababan de terminar, y Garth aguardó a ver contra quién se enfrentaría en la siguiente tanda de combates, después de no haber tomado parte en la primera. Su símbolo apareció en el tablero, y la multitud lanzó un rugido de aprobación que fue seguido por una tempestad de carcajadas despectivas cuando el nombre de un luchador de segundo nivel de Kestha fue colocado junto al suyo como rival de Garth.

Se volvió hacia Hammen, que se encogió de hombros.

--Quizá ha cambiado de parecer y hoy ha decidido jugar limpio --dijo Hammen--. El populacho odia más que nunca a ese bastardo.

La insatisfacción resultaba evidente en toda la ciudad. Varios centenares de viviendas y comercios habían ardido durante los disturbios de la noche anterior, y hubo veintenas de muertos y centenares de heridos. La tensión había estallado con una intensidad todavía más incontenible en los combates entre Fentesk y Kestha, que habían terminado con media docena de luchadores muertos, uno de ellos el segundo mejor luchador de Kestha, y los combates entre Bolk e Ingkara, que habían provocado la muerte de ocho luchadores más. Garth había seguido los consejos de Hammen y había salido cautelosamente de la Casa antes del amanecer para esconderse junto a la arena, evitando así tomar parte en el gran desfile y la posibilidad de caer en una trampa tendida por Zarel. Antes de irse había dejado una nota dirigida a Kirlen pidiéndole que no se le excluyera de los combates del día.

El consejo de Hammen demostró ser de lo más prudente y acertado cuando estalló una pelea durante el desfile hacia la arena. La mitad de los luchadores de Zarel surgieron rápidamente de un callejón lateral y convergieron sobre las filas de los luchadores Marrones. Después miraron a su alrededor con expresiones expectantes, y Kirlen rió con una alegría implacable y llena de gélido sarcasmo cuando quedó claro que esa supuesta pelea no había sido más que una excusa para atacar a Garth, que no se hallaba en la columna que avanzaba lentamente hacia el estadio.

La multitud de la arena esperaba impaciente, preguntándose dónde estaba su favorito y temiendo que se hubiera marchado tan misteriosamente como había llegado. La trompeta que llamaba a los

luchadores esparció sus ecos por el inmenso estadio, y todos se pusieron en pie para contemplar cómo los luchadores que iban a combatir en la segunda ronda de eliminación entraban en la arena.

--Será una trampa --dijo Hammen con voz lúgubre--. No te dejará salir de ese campo de combates con vida.

--Siempre puedes quedarte en los graderíos.

--¡Y un infierno! Sólo el Eterno sabe por qué he aguantado hasta ahora.

--Bien, pues entonces tendremos que seguir adelante --anunció Garth.

Se puso en pie y arrojó a un lado la gruesa capa debajo de la que se había estado manteniendo oculto. Se abrió paso a través de los graderíos, llegó a la barrera que indicaba el comienzo del campo de combates y saltó el muro, volviéndose después para ayudar a bajar a Hammen. Media docena de guerreros echaron a correr hacia él, suponiendo que era un seguidor dominado por el exceso de entusiasmo, y Garth se volvió hacia ellos.

Un salvaje griterío de alegría y deleite surgió de la multitud, extendiéndose velozmente desde el lugar en el que acababa de aparecer Garth.

--¡Tuerto!

Los guardias fueron aflojando el paso hasta acabar deteniéndose, y le contemplaron boquiabiertos por la sorpresa. Garth pasó junto a ellos como si no estuviesen allí.

Los espectadores quedaron tan encantados al comprender que Garth había estado sentado entre ellos que prorrumpieron en un aplauso atronador mientras atravesaba el campo para ir al círculo que se le había asignado.

El círculo se encontraba directamente debajo del trono de Zarel, y Garth alzó la mirada hacia él, sonrió y no dijo nada.

Zarel se puso en pie y le contempló sin tratar de disimular su odio, y Garth le dio la espalda en una clara muestra de desprecio. El rugido de la turba se hizo todavía más estrepitoso.

--¡Podría matarte aprovechando que estás de espaldas a él! --gritó Hammen, intentando hacerse oír por encima de los aullidos de la multitud.

--No tiene las agallas necesarias para matarme ahora --dijo Garth en voz baja mientras entraba en la zona neutral--. Si me toca ahora, medio millón de personas destrozarán este lugar.

--No confíes en el populacho.

--No lo hago, pero confío en el odio que les inspira Zarel.

Su oponente, una joven luchadora de Kestha, avanzó hacia el círculo, entró en la zona neutral que le correspondía y contempló a Garth con visible nerviosismo.

--¿Qué clase de combate deseas librar? --preguntó el árbitro.

--Combatiré por un hechizo --respondió Garth.

El árbitro del círculo giró sobre sí mismo y volvió la mirada hacia la mujer, que dio la misma contestación que Garth.

El combate fue breve. Un mamut invocado por Garth cargó contra la luchadora antes de que ésta hubiera podido hacer acopio del maná suficiente para montar su defensa. La mujer alzó la mirada hacia la enorme criatura con los ojos desorbitados por el terror, y levantó la mano en un gesto de sumisión. Garth apartó al mamut y lo hizo desaparecer anulando el hechizo. El árbitro del círculo fue hacia la mujer para despojarla del amuleto que había intentado usar, pero Garth extendió la mano izquierda con la palma vuelta hacia el suelo para indicar que no lo aceptaba. La multitud acogió aquel acto de caballerosidad con un rugido de aprobación.

Garth se encaminó sin apresurarse hacia las gradas ocupadas por los luchadores de Bolk. Muchos de ellos le contemplaron con suspicacia, pero Naru le recibió con ruidosos gritos de deleite.

--¡Bien! Todavía podré luchar contigo... Creí que te habías escapado.

Garth rió y fue hasta una mesa en la que había fruta, queso y jarras de vino para los luchadores que desearan comer o beber algo. Cogió un puñado de granadas y una jarra de vino, y fue hacia un asiento vacío mientras movía la mano indicando a Hammen que le siguiera.

Kirlen, sentada en su trono, bajó la mirada hacia él.

--No has asistido a la procesión de la mañana --dijo.

--Pensé que no me convenía hacerlo, por razones de salud --replicó Garth.

Kirlen dejó escapar una risita helada.

--Habría sido muy divertido ver cómo te las arreglabas.

--Sólo los idiotas se meten en líos cuando no hay necesidad de ello.

--¿Y qué fue entonces lo que hiciste anoche?

Garth sonrió pero no dijo nada, y se puso a contemplar el espectáculo.

La tercera ronda de eliminación empezaba en unos instantes, y

Garth fue incluido en tanda de combatientes. Cuando volvió a su asiento, poco tiempo después, traía un hechizo rojo de bola de fuego obtenido del oponente al que acababa de dejar sin sentido. El frenesí de la multitud alcanzaba a extremos de auténtica histeria, a pesar de que el historial de Garth hacía que ya fuese necesario apostar una moneda de plata para ganar una de cobre.

Se anunció el descanso del mediodía, y la multitud formó grupos en los graderíos discutiendo a gritos las posibilidades de los cuarenta luchadores que seguían en la competición. Varios favoritos habían caído durante las primeras rondas, como Ornar de Kestha, o el legendario Mina de Ingkara que había sido sacado inconsciente del campo después de que unos trasgos le hubieran arrancado una pierna a mordiscos. La competición se había vuelto más interesante por las muertes de luchadores durante los disturbios de la noche anterior, pues nueve de los muertos habían sobrevivido a la primera ronda de eliminaciones. Lo que habían trastornado las variedades de apuestas más sofisticadas, y millares de espectadores se llevaron una desagradable sorpresa al ver aparecer símbolos negros junto a los nombres de los fallecidos.

Las apuestas no se hacían sólo sobre peleas individuales, sino también sobre una amplia gama de opciones que incluían combinaciones de luchadores y promedios de victorias de las Casas. Como resultado la multitud estaba bastante irritada. Muchas apuestas hechas al final del primer día habían quedado anuladas y todas aquellas monedas fueron a parar a los cofres de Zarel, lo que fomentaba la creencia entre el populacho de que el Gran Maestre había provocado los disturbios para llenarse los bolsillos y vengarse de los ciudadanos.

Pronto estallaron discusiones entre los partidarios de un grupo u otro, y algunas de ellas se convirtieron en peleas que se fueron desplazando a través de los graderíos y, en un momento dado, incluso se extendieron a la arena hasta que una fila de guerreros hizo retroceder al populacho.

La hora del mediodía fue transcurriendo, y grupos de trabajadores borraron los círculos utilizados para las primeras series de combates. Sólo veinte parejas lucharían en la próxima eliminación en dos conjuntos de diez combates, y se trazaron nuevos círculos. Cada uno de ellos era el doble de grande que los anteriores y medía cien pasos de diámetro. Eso significaba que ahora los luchadores podrían utilizar los hechizos de más poder, difíciles de manejar dentro de los círculos

de cincuenta pasos de las rondas anteriores.

Una trompeta anunció el final del descanso y la multitud volvió a ocupar sus asientos. Carros con las catapultas salieron por los túneles de acceso y empezaron a desplazarse por el perímetro de la arena. Se dispararon ollas de barro sobre la multitud, y ésta las acogió con vítores y aclamaciones cuando se hicieron añicos.

Hammen se volvió hacia los graderíos, no queriendo perderse el espectáculo, y ladeó la cabeza para poder escuchar los gritos de la multitud.

--Las ollas están llenas de monedas de oro --anunció después con la voz repentinamente impregnada de anhelo, como si deseara estar en los graderíos del populacho.

Garth dejó escapar una risita ahogada y no dijo nada.

La noticia de que las ollas estaban llenas de monedas de oro se fue difundiendo a gran velocidad, y el gentío estuvo a punto de lanzarse a una estampida incontrolable para poder ocupar posiciones ventajosas. No tardaron en producirse peleas cuando los espectadores se lanzaron unos sobre otros para hacerse alguna moneda de oro, que les proporcionaría mucha cerveza o vino. Los enanos azotaron a sus tiros de caballos mientras iban disparando sus armas por toda el estadio, y el frenesí se adueñaba de la multitud en los lugares donde habían caído las ollas.

Decenas de jóvenes vestidas con velos transparentes surgieron de los túneles de acceso. Empezaron a danzar por el borde de la arena. Metiando la mano en las bolsas que rebotaban sobre sus caderas desnudas y arrojaban puñados de objetos de oro e incluso gemas a los graderíos. La nueva entrega de regalos provocó un incontrolable estallido de aclamaciones, que se volvió todavía más frenético cuando cuatro dragones de veinte varas de largo cada uno entraron en la arena desde el norte. La multitud alzó la mirada, temiendo que las gigantescas bestias estuvieran fuera de control y se dispusieran a atacar a los espectadores. Pero los dragones se transformaron en nubes doradas que sobrevolaron las gradas dejando caer un diluvio de abalorios de plata y todavía más monedas.

Las nubes flotaron lentamente hasta el centro de la arena después de haber descargado su lluvia y se enroscaron alrededor del trono del Gran Maestre. Las masas gaseosas se fundieron en una sola, que empezó a girar sobre sí misma. Hubo un destello deslumbrante acompañado por un rugido atronador y Zarel Ewine, el Gran Maestre, apareció sobre su trono.

La multitud prorrumpió en aclamaciones histéricas, y Zarel se fue volviendo hacia los cuatro confines de la arena e hizo una gran reverencia ante cada uno.

Hammen meneó la cabeza con expresión disgustada y escupió en el suelo.

--Ah, el populacho... --dijo con voz gélida--. Ahora todo ha quedado perdonado.

--Pero no por mucho tiempo --replicó Garth.

Las últimas danzarinas desaparecieron por los túneles de acceso seguidas por las dotaciones de enanos de las catapultas, y un gemido de desilusión brotó de la multitud.

--No os preocupéis, amigos míos --dijo Zarel, y su voz retumbó por toda la arena gracias al poder mágico con que las respaldaba--. Volverán al final de las festividades del día, y traerán consigo todavía más oro.

Sus palabras fueron acogidas con vítores de nerviosa expectación.

Garth se volvió hacia Hammen y sonrió.

--¿Está todo preparado? --preguntó.

--No puedo prometértelo --replicó Hammen--, pero creo que has pagado lo suficiente para que así sea.

--Estupendo.

--Ya han empezado a sacar los nombres --dijo Hammen, y señaló el otro extremo del campo de la arena, donde un monje estaba metiendo la mano en una urna de oro--. A partir de ahora ya no se hace por colores --explicó--, y eso quiere decir que puedes tener que luchar con alguien de tu misma Casa.

Naru miró a Garth y sonrió.

--Puede que luchemos, y me llevaré todos tus hechizos --dijo.

--Puede ser --replicó Garth sin inmutarse.

--¡Tuerto! ¡Tuerto! --aulló la multitud.

Garth alzó la mirada y vio que tendría que enfrentarse con un luchador ingkarano.

--¿Quién es? --preguntó.

--Se llama Ulin --replicó Hammen--. Es bueno, y puede que ya sea del octavo nivel. Es increíblemente rápido acumulando su maná. Te sugiero el ataque físico, o tendrás serias dificultades desde el comienzo del combate.

Garth se puso en pie y miró a Naru.

--Bien, tendrá que ser en otra ronda --dijo.

--No pierdas, tuerto. Sigo queriendo luchar contigo.
El nombre del adversario de Naru apareció en el tablero y el gigante se levantó, rió y se desperezó.
Salieron juntos a la arena y el populacho se puso en pie y aplaudió a dos de sus campeones favoritos. Garth alzó la mirada hacia los graderíos donde algunos espectadores llevaban puestos parches, que eran ofrecidos a gritos por los vendedores de recuerdos del Festival. El nuevo y peculiar adorno, fruto de la caprichosa fantasía de la multitud, dejó tan sorprendido a Garth que sólo pudo menear la cabeza.
Naru le dio una afable palmada en la espalda, con el resultado de que Garth estuvo a punto de perder el equilibrio mientras el gigantón le daba la espalda para ir a su círculo.
La trompeta volvió a sonar cuando Garth llegó al círculo y entró en su propia zona neutral. Su oponente, inmóvil al otro lado del círculo de cien pasos de ancho, estaba preparado y ya tenía los brazos extendidos.
Zarel se puso en pie.
--He decidido que habrá una nueva regla para los combates. Y empezará a aplicarse con la cuarta eliminación --dijo.
La multitud se sumió en un silencio expectante.
--Si cualquiera de los dos luchadores declara que el combate se librará a muerte, así se hará --siguió diciendo Zarel--. El pago de todas las apuestas en un combate a muerte quedará libre de mi tasa, por lo que podréis quedaros con todas las ganancias. No se podrá usar ningún hechizo curativo sobre los que caigan en combate.
Hubo un momento de silencio perplejo, y luego toda la arena vibró con un estallido de vítores histéricos.
--Ah, el populacho... --dijo Hammen, y sorbió aire por la nariz con visible irritación--. Ya se los ha vuelto a meter en el bolsillo.
--Con la excepción de los apostadores --replicó Garth--. Acaba de estropearles el día a menos que puedan ofrecer unas condiciones todavía mejores.
--Y una cosa más, amigos míos... --siguió diciendo Zarel--. Cualquier luchador que haya declarado combate a muerte y acabe con su oponente, recibirá un hechizo de mi tesoro personal que le entregaré con mis propias manos, o quinientas monedas de oro.
Muchos luchadores alzaron los puños en la arena, saludando al Gran Maestre con visible alegría.
--Se va a gastar una fortuna en volver a congraciarse con ellos

--dijo Hammen.

--Y los Maestres de las Casas perderán a sus mejores luchadores --dijo Garth en voz baja--. Sí, un auténtico golpe de genio por su parte.

Garth volvió la cabeza hacia Kirlen, y pudo percibir la rabia que se había adueñado de ella. Si los Maestres de las Casas se atrevían a protestar ante lo que iba a ser una auténtica carnicería de luchadores, la multitud se amotinaría..., pero esta vez contra ellos. Zarel había conseguido ser más listo que los Maestres impidiéndoles reaccionar, al menos de momento, y mientras aprovechaba para debilitarles aún más.

La mujer que iba a arbitrar el combate de Garth fue hacia él y extendió la mano. En su palma había una ficha blanca y una ficha negra.

--Escoge: a muerte o por un hechizo --dijo con voz gélida.

--¿Qué ha sido de la declaración pública? --preguntó Hammen.

--Dile a tu sirviente que se calle, o haré que le arranquen la lengua --gruñó la mujer.

Garth la contempló sin inmutarse y acabó cogiendo la ficha blanca.

--Combate por un hechizo --dijo.

La mujer le contempló con abierto sarcasmo, y después giró sobre sí misma y empezó a cruzar el círculo hacia donde la esperaba el oponente de Garth.

--Realmente brillante... --murmuró Hammen--. Cada luchador supondrá que su adversario va a escoger el combate a muerte, así que también optarán por luchar a muerte y poder ganar el premio que ofrece el Gran Maestre. La arena se va a convertir en un matadero.

La mujer se detuvo delante de Ulin, extendió las manos y Ulin cogió una de las dos fichas. Su elección haría que el combate se librase a muerte o solo por un hechizo. La mujer volvió a cruzar el círculo, cogió una bandera roja y la izó en el poste. Banderas rojas aparecieron por toda la arena, y la multitud enloqueció en un estallido de sed de sangre.

--¡Luchad!

Garth saltó a la arena, y se lanzó sobre su oponente moviéndose a toda velocidad. Ulin ya tenía los brazos extendidos y acumulaba su maná para crear el primer hechizo. Garth siguió corriendo hacia él y desenvainó su daga. Ulin alzó la mirada hacia Garth, y se dispuso a señalarle con la mano en el mismo instante en que Garth chocaba con él y le golpeaba en un lado de la cabeza con la empuñadura de la

daga. Ulin se desplomó sobre su espalda.

--¡Quédate en el suelo, como si te hubiera dejado sin sentido, maldito seas! --rugió Garth.

Pero un instante después Ulin ya estaba en pie y desenvainaba su daga con un aullido de rabia. Parecía impulsado por una furia incontrolable y, tras girar para encararse hacia el lado ciego de Garth, se lanzó sobre él con una finta hacia la garganta y luego agachándose para asestar un tajo bajo. Garth lo esquivó saltando a un lado y Ulin se dejó rodar sobre suelo y deslizó una mano para recoger un puñado de tierra apisonada. Se lo lanzó al rostro de Garth que, cegado, retrocedió tambaleándose. Los gritos de la multitud alcanzaron tal intensidad de histeria que le impidieron oír desde qué dirección se aproximaba su contrincante. Guiado por el instinto Garth se dejó caer hacia atrás, y sintió cómo Ulin se abalanzaba por encima de él. Rodó sobre sus hombros y se irguió de un salto, mientras se quitaba la tierra del ojo.

Ulin siguió atacando implacablemente, moviéndose a tal velocidad que Garth no tuvo tiempo ni de erigir un simple círculo de protección. Garth volvió a rodar sobre sí mismo y pero ahora la hoja de Ulin le rajó el hombro. La visión de la sangre hizo que los alaridos en las gradas se volvieran todavía más ensordecedores.

Garth apenas podía ver, pero presintió que estaba a punto de recibir otro tajo y alzó el brazo izquierdo para detener el golpe. El filo de la daga le abrió la muñeca, y el gélido dolor de la herida le dejó aturdido y confuso.

Ulin retrocedió y volvió a atacar. Garth se agachó para esquivar el golpe, y contraatacó extendiendo las piernas. Logró patear a Ulin justo debajo de la rodilla izquierda, y el luchador se desplomó. Ulin se recuperó enseguida y saltó sobre Garth, tratando de inmovilizarle en el suelo. Los dos rodaron sobre la tierra apisonada del estadio. Ulin trató de hundir su daga en el ojo de Garth, este ladeó la cabeza y la daga le desgarró la mejilla.

Ulin lanzó un aullido de deleite, arrancó su daga del suelo y la alzó para asestar un golpe letal. Garth logró liberar su mano derecha justo cuando la daga ya descendía e impulsó su hoja hacia arriba. La daga entró por debajo del mentón de Ulin, subiendo hasta quebrar la base del cráneo. La empuñadura se le quedó hundida en la mandíbula inferior y hubo de soltarla. Ulin, aunque falló el blanco, logró levantarse en una prodigiosa exhibición de fuerza casi sobrenatural.

Un jadeo de asombro escapó de la multitud al ver cómo el Ulin se tambaleaba de un lado a otro, intentando sacarse la daga de Garth.

Después las piernas se le fueron doblando con lentitud y acabó derrumbándose. Garth logró ponerse de rodillas mientras recobraba el aliento. Los alaridos de la multitud atronaron a su alrededor envolviéndole en una oleada de sonidos tan ensordecedora que deseó taparse los oídos para escapar de ella.

Sintió como unas manos le agarraban por los hombros.

--Cúrate... ¡Vamos, cúrate, o morirás desangrado!

Garth miró a Hammen, y acabó volviéndose hacia Ulin.

--No tienes tiempo para él, maldita sea... ¡Cúrate de una vez!

Garth asintió con un jadeo entrecortado y se concentró en su maná. El poder llegó muy despacio a su organismo debilitado, pero por fin estuvo allí y Garth extendió lentamente las manos. La sangre que brotaba de su muñeca, brazo y cara dejó de manar, y la carne desgarrada se unió mientras Garth sentía cómo iba recuperando las fuerzas perdidas.

Pero el trueno de la multitud seguía retumbando sobre él. Garth se puso en pie, jadeando y tosiendo, y entrecerró el ojo para protegerlo del resplandor abrasador del sol de la tarde, que se reflejaba en el suelo de la arena.

--¿Por que no le clavaste la daga con tu primer golpe? --preguntó Hammen.

--Porque pensé que podría dejarle sin sentido --murmuró Garth.

--Olvídate de la caballerosidad, ¿de acuerdo? --replicó secamente Hammen--. Esto es una lucha a muerte.

Garth recorrió la arena con la mirada y vio que media docena de combates aún no habían terminado. Al sur de la arena una araña gigante correteaba por un círculo alzando entre sus patas delanteras a un luchador que se retorcía agónicamente. En el lado este, dos pequeños ejércitos de esqueletos y no muertos se enfrentaban. Y al norte de Garth un luchador estaba paseándose orgullosamente por su círculo mostrando la cabeza del oponente al que acababa de matar.

Garth fue hacia el cuerpo de Ulin y le miró.

--Maldito seas... --suspiró.

Se inclinó, consiguió extraer su daga y la limpió en el suelo. Después cortó la bolsa del luchador, y arrojó un paquetito de maná al árbitro, mientras la multitud seguía con sus frenéticos aplausos.

Garth giró sobre sí mismo y se dispuso a volver a la sección de los Marrones.

--Es una pena que no quisieras luchar a muerte, tuerto --dijo la mujer que había arbitrado su combate, hablándole en un tono

claramente sarcástico--. Podrías haber obtenido el premio del Gran Maestre.

--No necesito más hechizos, y al infierno con el dinero manchado de sangre --replicó secamente Garth.

Mientras los últimos combates iban terminando, Garth, que todavía jadeaba, atravesó lentamente la arena sin prestar atención a los alaridos de la multitud que se ponía en pie para ovacionarle. Llegó al toldo de la Casa Marrón, fue hasta la mesa llena de comida y vino y se sirvió una copa.

--¿Qué tal le ha ido a Varena? --preguntó volviéndose hacia la inmensa explanada.

Hammen señaló el tablero de anuncios.

--Ganó --dijo.

Garth asintió y no dijo nada.

Naru volvió a los graderíos de los Marrones. Estaba cubierto de sangre, y llevaba la bolsa de un luchador de la Casa de Fentesk en la mano.

--Hacía años que no veía tantas muertes --anunció con alegre jovialidad--. Muchos buenos hechizos.

Fue hasta la mesa, se detuvo al lado de Garth y cogió una jarra de vino, que apuró con una larga serie de tragos a los que siguió un atronador eructo de satisfacción en cuanto hubo apagado la sed que le devoraba.

--Ah... Mucho mejor. Quizá lucharemos, y entonces me quedaré con tu bolsa.

Garth alzó la mirada hacia Naru.

--Resulta difícil de admitir, pero... Bueno, creo que estás empezando a caerme bien, Naru.

El gigante dejó escapar una risita.

--Tú también empiezas a caerme bien --dijo con tristeza--. Lástima.

--No hagas amistades entre los luchadores, luchador.

Garth se volvió y vio a Kirlen inmóvil detrás de él.

--Tú tienes la culpa de esta carnicería --dijo Kirlen--. Lo sabes, ¿verdad? Todas las Casas perderán a sus mejores luchadores entre hoy y mañana.

--Pues entonces detenedle.

--No podemos --Kirlen movió una mano en un gesto que abarcó a toda la multitud, que seguía en pie y jaleaba a los dos últimos luchadores de la arena, que habían agotado todos sus hechizos se

tambaleaban dentro del círculo lanzándose tajos con sus dagas--. Está matando a más luchadores de los que habríamos perdido en media docena de Festivales sólo para acabar contigo y volver a congraciarse con el populacho.

Garth tomó un sorbo de su vino.

--Y eso debilitará terriblemente a los cuatro Maestres, ¿eh? --dijo después--. Ya os he dicho lo que creo que deberíais hacer: detenedle de una vez.

Kirlen meneó la cabeza y no dijo nada.

--Espera, a ver si lo adivino... --siguió diciendo Garth--. Os ha sobornado, ¿verdad? La pérdida de contratos os será compensada a lo largo de los dos años próximos.

--Maldito bastardo... --murmuró Kirlen, y su voz apenas resultó audible por encima de los alaridos.

--Y tú aceptaste su soborno, naturalmente.

--Los otros también aceptaron.

--Oh, por supuesto --replicó Garth, su voz llena de desprecio--. Bien, ¿por qué no intentas matarme ahora mismo para conseguir el resto del soborno?

--A su debido tiempo... A su debido tiempo.

Garth meneó la cabeza y volvió a su asiento.

Una explosión de sonido barrió la gradas cuando el último combate terminó con la muerte de los dos contrincantes. Ambos luchadores se habían apuñalado salvajemente, y a ninguno le quedaba un solo hechizo curativo, por lo que se retorcieron de dolor hasta perecer. Los espectadores lanzaron gritos histéricos ante el espectacular final de la cuarta ronda. Incluso los que habían perdido su dinero apostando en aquel combate acogieron con vítores un final que sería comentado durante años en las tabernas.

--Bueno, hoy sí que le sacan provecho al dinero de la entrada --dijo Hammen con voz gélida antes de apurar una jarra de vino.

La urna que contenía los nombres de los supervivientes fue expuesta de nuevo, y el monje empezó a sacar los discos de oro para formar las nuevas parejas de combatientes. Los primeros nombres empezaron a llegar al gran tablero, y toda la arena se puso en pie.

--Vas a luchar con Naru --murmuró Hammen.

--Maldición...

Garth se irguió lentamente y miró al gigante, que estaba contemplando el tablero con la boca abierta hasta que su sirviente le explicó el significado de los símbolos. Naru giró sobre sí mismo y miró

a Garth. Salió de debajo del toldo y, en la claridad deslumbrante que bañaba la arena, habló con Kirlen en voz baja. Después le dio la espalda y regresó hasta donde estaba Garth.

--Será a muerte, tuerto --dijo el gigante.

--Lástima --replicó Garth--. Ya te he dicho que empezabas a caerme bien. A pesar de que eres más cabezota que un buey.

Naru echó la cabeza hacia atrás y rió.

--Todos creen que eso tiene mucha gracia --dijo--. ¿Cómo es posible que Naru sea tan tonto y controle tan bien el maná? No sé cómo lo hago.

--Una broma de la naturaleza --resopló Hammen.

--Tú también me caes bien --dijo Naru, bajando la mirada hacia Hammen--. Serás mi sirviente cuando el tuerto haya muerto.

--No lo creo --dijo Hammen.

--¿Qué te ha ofrecido Kirlen? --preguntó Garth.

--Podré escoger entre sus hechizos si te mato.

--¿Tienes alguna idea de por qué quiere verme muerto?

--Causas muchos problemas.

Naru volvió a bajar la mirada hacia Garth y meneó la cabeza.

--Hay algo que no me gusta... --dijo--. A Naru le gusta luchar, pero hoy han muerto muchos amigos. Demasiados... Cuando esto acabe, Naru no tendrá con quien divertirse.

Llegaron a su círculo, y Garth miró a su alrededor y vio que Varena avanzaba lentamente hacia el círculo que se le había asignado y que un luchador Púrpura iba hacia el otro lado de éste.

--¿Quién va a luchar con ella? --preguntó.

--Mal asunto, Garth... --murmuró Hammen--. Ese tipo es el luchador favorito de Jimak. Tal como están las cosas, seguramente le habrá prestado algunos de sus hechizos. Espero que ella haya recibido la misma oferta del Maestre de su Casa.

--Y la muy estúpida la habrá rechazado, claro --dijo Garth--. Demasiado sentido del honor.

--No te preocupes por ella ahora --replicó Hammen--. La última vez pillaste por sorpresa a esa montaña de músculos, pero Naru no dejará que vuelva a ocurrir. Que no se te acerque, si acabáis luchando cuerpo a cuerpo, te hará trocitos y luego se limpiará los dientes con tus costillas. ¿Qué tal te encuentras?

--Aún no me he recuperado del todo del último combate.

--Oh, estupendo --suspiró Hammen.

La última trompeta lanzó su llamada, y la mujer que arbitraría el

combate fue hacia Garth y le mostró las dos fichas. Garth volvió a escoger la ficha blanca. La mujer fue hacia Naru, y un momento después alzó una bandera roja que fue acogida con vítores ensordecedores por la multitud.

--Buena suerte, amo --dijo Hammen.

--Es la primera vez que me deseas suerte.

--Es la primera vez que la necesitas.

--Gracias por la confianza.

--No es cuestión de confianza --replicó Hammen--. Es ser realista, nada más.

--¡Luchad!

Garth entró en el círculo, concentró su voluntad y empezó a hacer acopio de su maná. No lanzó ningún ataque, y decidió mantenerse en guardia e ir acumulando el máximo de fuerzas posible. Naru hizo la primera ofensiva, invocando un mamut para enviarlo contra él. Garth respondió empezando a levantar un muro de árboles, entrelazados con una aglomeración de espinos, impenetrable para el mamut y le hizo lanzar trompeteos de rabia cuando su carga lo ensartó contra los espinos. Un instante después Garth se sorprendió al ver que Naru lanzaba una manada de lobos contra él, atacándole mediante un maná que no había sospechado que el gigante fuera a utilizar. Los lobos se deslizaron por entre los troncos, y Garth se apresuró a invocar otros lobos para que se enfrentaran a ellos. Una explosión procedente de otro círculo hizo vibrar el aire y estuvo a punto de hacer caer a Garth, que se arriesgó a lanzar una rápida mirada hacia atrás para ver cómo Varena y su oponente libraban una encarnizada contienda dentro de un círculo envuelto en llamas.

Garth volvió a concentrar la atención en su combate y se sobresaltó al descubrir que no podía ver a Naru. ¡El gigantón parecía haber desaparecido!

Hubo un repentino estrépito entre los árboles y Naru apareció por el borde del círculo a la izquierda de Garth. Los árboles se resecaban y morían a su alrededor. Garth dio vida a un árbol, transformándolo en un criatura arbórea. Naru se echó a reír y se encaró con el ser en un feroz combate cuerpo a cuerpo, arrancándole los miembros rama y arrojándolos a un lado hasta que la criatura arbórea acabó derrumbándose y pereció.

Una oleada de ataques cayó sobre Garth. Sobre él avanzaban orcos y trasgos enfurecidos que hacían girar sus hachas de guerra, e incluso algunas criaturas sin nombre surgidas de la oscuridad.

Garth replicó dirigiendo su ofensiva primero contra el maná de Naru, debilitando su conexión con las tierras que daban sostén a su magia, y luego invocando contraataques de criaturas aladas y osos que se lanzaron con salvaje entusiasmo sobre los esbirros de Naru y no pararon de luchar hasta haberles aplastado.

El progresivo debilitamiento de su maná acabó obligando a Naru a retirarse a su mitad del círculo, donde desplegó un muro de fuego. Los dos contendientes se quedaron inmóviles respirando entrecortadamente por el esfuerzo. Naru meneó la cabeza y rió con una carcajada enronquecida, semejante al jadear de un toro.

--Eres un buen tipo --dijo--. Lástima que debas morir ahora...

Naru movió las manos e inició una nueva ofensiva. Criaturas surgidas del aire, de la arena y de las profundidades se fueron sucediendo en una serie de feroces ataques. La multitud, ya enloquecida por la histeria, notaba que el combate estaba llegando a un impresionante clímax y lanzó rugidos de deleite.

Garth fue retrocediendo poco a poco, erigió más árboles y continuó rechazando los ataques que lograban abrirse paso a través de su protección, pero daba la impresión de tener menos poder a cada momento que pasaba. Naru llegó al comienzo del bosque y movió la mano. Unos cuantos árboles quedaron envueltos en llamas, y Garth los sustituyó al instante por otros. Las llamas volvieron a surgir de la nada, y Garth volvió a restaurar los troncos consumidos por otros intactos.

Naru meneaba la cabeza con visible frustración. Buscó a Garth al otro lado del círculo..., y lo vio doblándose lentamente sobre las rodillas, como si estuviera consumiendo su última reserva de poder mágico. Dejó escapar un feroz grito y echó a correr por entre los árboles que se alzaban sobre él. La multitud parecía haber enloquecido y rugía de placer, esperando ver cómo Naru se abría paso y eliminaba a Garth con las manos desnudas.

Garth se levantó y extendió las manos hacia el bosque. Un nuevo sonido se impuso al rugir de la multitud y el bosque en miniatura tembló y se estremeció. Un rugido ululante hizo vibrar el aire, y una gran cabeza verde emergió del bosque con sus colmillos destellando bajo los rayos de sol de la última hora de la tarde. Era la cabeza de una Sierpe Dragón, que onduló de un lado a otro buscando su presa. La criatura gigante se arqueó y su largo y sinuoso cuerpo se curvó por encima del bosque y volvió a bajar, con un ruido atronador.

Un rugido atronó en el bosque. Los árboles se balancearon de un

lado a otro y acabaron cayendo. Un gigante de piedra empezó a formarse en un extremo del bosque, pero la materialización sólo duró unos instantes. Pues Garth movió las manos, y la cola de la Sierpe Dragón salió disparada hacia el gigante y lo derribó, luego siguió controlando a la gigantesca Sierpe y redirigió su ataque hacia Naru.

Más árboles se derrumbaron, y la Sierpe Dragón salió del bosque. Naru estaba apresado entre sus anillos escamosos y se debatía frenéticamente mientras lanzaba alaridos de dolor. La Sierpe Dragón deslizó otro anillo alrededor de las piernas del gigante, y empezó a aplastarle bajo su peso.

El populacho aullaba como si se hubiera vuelto loco de emoción por todo lo que estaba viendo. Naru siguió luchando e intentó hacer caer otro diluvio de fuego desde el cielo, pero Garth contraatacó bloqueando las llamas y después aumentó la fortaleza de la Sierpe Dragón. La Sierpe Dragón envolvió a Naru en otro anillo escamoso que le inmovilizó los brazos, y empezó a apretar.

El rostro del gigante se volvió de un púrpura oscuro, y de su boca surgió un prolongado grito de angustia como si lo hubieran exprimido de su cuerpo. Naru perdió el conocimiento, y su cabeza cayó fláccidamente hacia atrás.

Vítores y aclamaciones retumbaron por toda la arena a pesar de que el derrotado había sido siempre uno de sus luchadores favoritos.

La Sierpe Dragón alzó la cabeza, preparándose para bajar las fauces y devorar a su presa.

El griterío de la multitud se volvió atronador.

Garth el Tuerto alzó una mano.

La Sierpe Dragón pareció quedar paralizada, y un momento después se desvaneció entre una nube de humo.

Naru, que seguía inconsciente, cayó al suelo y permaneció inmóvil. Garth fue hacia el gigante y desenvainó su daga.

La multitud calló de repente al no entender aquella acción, parecía que Garth pretendía asestar el golpe de gracia con su propia mano. Hubo unos cuantos vítores, pero casi todos los espectadores permanecieron en silencio. Aquello era muy distinto a matar en el encarnizamiento del combate, y una ondulación de nerviosa incertidumbre se fue extendiendo por todo el estadio.

Garth alzó su daga..., y la arrojó con fuerza fuera del círculo. Un jadeo ahogado brotó de la arena.

--¡Ha sido un digno rival, y es mi amigo! --gritó Garth. El populacho se sorprendió al ver que un simple luchador poseía el raro

hechizo de ser oído a distancia--. No asesinaré a Naru para complacer a un Gran Maestre que ha pervertido todas las reglas de la arena.

--Mátale. Es un desafío de sangre.

Garth giró sobre sí mismo y miró a Zarel.

--He ganado el combate, y no lo puedes negar --replicó--. Pero no cometeré un asesinato por ti.

Zarel dejó escapar un aullido de rabia, se puso en pie y empezó a alzar la mano hacia él.

--¿También violarás esa regla? --se burló Garth.

--¡Deja que vivan!

Una voz de mujer rompió el silencio que había creado las palabras de Garth, y éste dirigió la mirada a una silueta que llevaba la armadura de cuero oscuro de una guerrera benalita. El grito de Norreen fue coreado por la multitud.

--¡Deja que vivan! ¡deja que vivan!

Garth empezó a crear un escudo de protección a su alrededor sin apartar la mirada de Zarel mientras aguardaba en silencio. Zarel se volvió hacia la multitud, y se enfureció todavía más al ver que todo el mundo estaba de pie. Algunos espectadores ya habían empezado a saltar el muro y para irrumpir en el suelo de la arena. El Gran Maestre volvió a sentarse con los rasgos blancos a causa de la furia.

Garth se inclinó sin apartar la mirada de Zarel y rozó la frente de Naru con las yemas de los dedos. El gigante se removió y abrió los ojos.

--Qué raro... ¿Esto es el otro mundo?

Garth sonrió y meneó la cabeza. Después extendió la mano hacia Naru y estuvo a punto de perder el equilibrio cuando Naru se agarró a ella y se incorporó con visible dificultad.

--Quieres decir que he perdido y que sigues vivo --murmuró el gigante.

--Algo por el estilo.

--He sido humillado, tuerto.

--Elegí combate por un hechizo, así que dame un hechizo y estaremos en paz, maldita sea.

Naru hurgó en su bolsa. Vaciló un momento y acabó extrayendo un amuleto de ella.

--Te entrego el Juggernaut... Es el más poderoso de todos mis hechizos --murmuró.

Garth cogió el amuleto y después estrechó la mano de Naru, con lo que la multitud prorrumpió en un nuevo y todavía más frenético

estallido de vítores y aclamaciones.
Después volvieron juntos a su sección, con una mano de Naru sobre el hombro de Garth para que el debilitado gigante no perdiera el equilibrio.
Kirlen estaba apoyada en su báculo e ignoró a Naru cuando entraron en la sombra del toldo. El gigante fue con paso tambaleante hacia la mesa de las vituallas, cogió una pesada ánfora de vino y le dio la vuelta encima de su boca abierta. El vino se derramó como un río oscuro sobre su rostro pálido.
--Tu sentimentalismo no te ha ganado ningún amigo aquí --dijo Kirlen.
--Te he devuelto a tu mejor luchador --replicó Garth.
--Y sigues vivo.
Garth sonrió y no dijo nada.
Hubo un nuevo estallido de vítores. Garth se volvió hacia la arena y sintió una opresión en el pecho. Varena había caído al suelo, pero su oponente también había caído, y un instante después Garth vio cómo Varena se incorporaba lentamente y alzaba el puño en un gesto de triunfo.
Garth se volvió hacia Kirlen.
Los labios de Kirlen se curvaron en una sonrisa helada, y no dijo nada.
Garth fue hacia su asiento. La arena retumbaba con la estrepitosa celebración del final de la quinta ronda de eliminatorias.
--Bien, ha llegado el momento de que los ganadores reciban sus coronas --anunció Hammen, apareciendo al lado de Garth.
--Pues tendré que ir a por la mía.
--Me parece que el Gran Maestre te reserva algo especial.
Garth sonrió.
--Entonces esperemos que nuestro plan salga bien --dijo.
--Quizá deberías largarte y olvidarte de todo esto.
Garth se rió y entró en la arena. Fue acogido con una ensordecedora ovación y avanzó lentamente hacia el trono de Zarel. Las catapultas manejadas por enanos surgieron de los túneles de acceso, y los rugidos de la multitud se hicieron todavía más atronadores. Presenciar cómo los ganadores favoritos recibían honores siempre había sido un buen espectáculo, pero la oportunidad de obtener oro gratis era mucho más importante.
--Planea distraer al populacho con sobornos mientras te capturan --dijo Hammen.

--Creo que la sorpresa que le hemos preparado resultará muy interesante --replicó Garth--. Esperemos que empiece pronto.

Los otros luchadores supervivientes se fueron alineando detrás de Garth cuando éste se acercó al trono. Garth volvió la mirada hacia Varena, que estaba pálida y visiblemente exhausta, y la saludó con una inclinación de cabeza. Una fugaz sonrisa iluminó los rasgos de Varena durante un momento, y después desvió la mirada. Garth se volvió hacia los otros luchadores, que le lanzaron miradas gélidas. Las nuevas reglas lo habían cambiado todo, los vencedores de hoy serían mañana víctimas o verdugos.

Zarel se puso en pie y flotó lentamente desde su trono hasta el suelo de la arena. Cuatro de sus luchadores avanzaron transportando una bandeja de oro sobre la que estaban los laureles que eran entregados a quienes habían llegado al último día de eliminaciones. Garth vio como una falange de guerreros estaba surgiendo de los túneles de acceso, seguida por casi todos los luchadores del Gran Maestre. Los contingentes de guerreros y luchadores entraron en el suelo de la arena y empezaron a rodear el círculo dorado.

--Todos vosotros seréis mis invitados en el palacio esta noche --anunció Zarel con voz firme y tranquila.

--Ya he estado allí en una ocasión, y ceo que prefiero rechazar la invitación --replicó Garth sin inmutarse.

Zarel se volvió hacia él, y todos pudieron oír el chasquido de docenas de ballestas alzándose a su espalda.

El populacho seguía lanzando aullidos de placer, pero no eran motivados por una simple y aburrida ceremonia que pondría fin al día, sino por los cuarenta carros con catapultas que habían salido a la arena. Las dotaciones de enanos cargaron la primera andanada de ollas y las catapultas fueron disparadas. La multitud aulló de alegría cuando las ollas trazaron un arco hacia los graderíos.

--Si luchas... Bueno, me sorprendería que llegaran a enterarse --dijo Zarel--. Voy a llenarles de oro hasta que queden saciados. Además, a algunos de tus oponentes les encantaría verte desaparecer. De hecho, si desaparecieses, mañana incluso podríamos prescindir de la sangre y volver a la forma tradicional de los combates.

Garth lanzó una rápida mirada de soslayo a sus rivales potenciales, y vio que sólo Varena inclinaba la cabeza en señal de que contaba con su apoyo. Garth se estiró y se limitó a sonreír.

Las dotaciones de enanos recargaban y disparaban una y otra vez. Pero los gritos del populacho estaban cambiando. La anterior

alegría, frenética y exuberante, fue sustituida por alaridos de pánico y dolor.

Zarel titubeó y apartó la mirada de Garth. Las ollas continuaban cayendo sobre los espectadores..., y se rompían para dejar en libertad escorpiones, avispas enfurecidas por el agitado viaje al que acababan de ser sometidas y víboras venenosas que lanzaban siseos de furia.

Durante un momento todo pareció quedar inmóvil, desde Zarel que contemplaba a la multitud sin entender lo que estaba ocurriendo hasta los guardias que rodeaban a Garth con las armas preparadas. Los aullidos de ira de la multitud se fueron haciendo cada vez más ensordecedores.

Más ollas cayeron del cielo y se rompieron. Los aterrorizados espectadores se debatieron alrededor de los lugares donde habían caído, y lanzaron alaridos de pánico y rabia mientras las víboras se enroscaban sobre la presa más cercana y los enjambres de avispas clavaban sus aguijones en toda la carne que encontraban.

Una benalita se levantó en la sección de los graderíos más cercana al trono del Gran Maestre y saltó hacia el muro que circundaba la arena.

--¡Zarel! --gritó--. ¡Zarel nos está matando! ¡Matadle!

Desenvainó su espada y saltó al suelo de la arena. Fue como si una presa invisible acabara de derrumbarse. La multitud empezó a descender por las hileras de graderíos, llegó al muro y lo dejó atrás como si no existiera, y la incontenible marea humana empezó a esparcirse por el suelo de la arena.

Las dotaciones de enanos, pensando que la multitud estaba tan impaciente que no podía esperar a que fuesen lanzadas, continuaron disparando sus ollas sobre los espectadores. Cuando el populacho llegó a ellos arrojaron el resto de ollas al suelo. Sus acciones enfurecieron todavía más al gentío, y los carros no tardaron en desaparecer bajo las oleadas de cuerpos.

Los guerreros que rodeaban a Zarel se volvieron hacia la loca embestida y se prepararon para detenerla. El pánico ya había empezado a adueñarse de ellos, y muchos dispararon sin vacilar. Zarel comprendió por fin lo que ocurría y, dando por supuesto que el luchador tuerto estaba detrás de ello, se volvió hacia Garth.

Y se encontró contemplando una nube de humo verde.

Garth corría alrededor del trono seguido por Hammen, y desapareció casi al momento entre la frenética agitación de los guerreros que intentaban enfrentarse al enfurecido populacho, que

iban llenando la arena con miles y miles de cuerpos frenéticos.

--¡Detrás de ti!

Garth se dio la vuelta mientras Varena derribaba a un guerrero que intentó descargar su espada sobre los hombros de Garth. Garth saltó a un lado para esquivar el cuerpo calcinado por las llamas que se derrumbaba sobre él. Los tres siguieron abriéndose paso por entre los guerreros, que retrocedían tambaleándose bajo la implacable presión de la masa humana que se lanzaba contra ellos.

Garth alzó las manos, y los guerreros se apartaron al sentir cómo un terror incontrolable les oprimía el corazón. Garth siguió abriéndose paso a través de las filas, utilizando el terror para despejar un sendero ante él mientras Varena corría a su lado. Lograron llegar hasta el populacho, y la multitud se apresuró a dejarles pasar nada más ver a Garth, acogiéndole con vítores y aclamaciones. Siguieron corriendo, mientras la multitud reanudó su avance entre nuevos gritos de rabia lanzados contra los hombres del Gran Maestre.

Garth llegó al perímetro de la arena y escaló el muro. Los graderíos aún estaban bastante llenos, salvo por los abundantes círculos de asientos vacíos, controlados por las alimañas surgidas de las ollas. Garth fue subiendo por los peldaños hasta que llegó al final del estadio.

Los garitos de apuestas habían quedado destruidos, y el gentío estaba muy ocupado saqueándolos. Debajo de cada garito había un conducto por el que se dejaba caer el dinero apostado, que luego era cargado en carros para llevar las ganancias al palacio por túneles ocultos. Algunos espectadores estaban intentando abrirse paso por los agujeros con las manos desnudas y lanzaban maldiciones hacia los conductos. Otros descargaban su rabia sobre los garitos, haciéndolos pedazos tablón a tablón.

El caos se había adueñado del suelo de la arena. Un grupo de guerreros seguía resistiendo en el centro y los luchadores del Gran Maestre se unieron a la contienda, creando muros de fuego para hacer retroceder a la multitud.

--Vuelvo a mi Casa --dijo Varena.

Garth se volvió hacia ella, la miró y la cogió del brazo.

--Quizá deberías irte de la ciudad --dijo.

Varena se liberó de un tirón.

--Me he pasado la vida preparándome para tener la oportunidad de servir al Caminante --replicó--. No voy a echarme atrás ahora.

Hammen soltó un bufido y no dijo nada.

--Eso significa que mañana tendremos que combatir --murmuró Garth.

--Lo sé --replicó Varena.

--Y si hay que matar... ¿Qué harás entonces? Ya sabes ese bastardo exigirá que se luche a muerte, ¿no?

Varena le miró fijamente y no dijo nada.

--Vete, Varena... En nombre del Eterno, vete de aquí.

--Te veré mañana --murmuró ella, y giró sobre sí misma y desapareció entre la multitud.

--Es el mismo consejo que no paro de darte --dijo Hammen.

--Y yo soy tan cabezota como ella y tampoco voy a hacer caso --replicó Garth--. Ven, tenemos trabajo que hacer.

14

La puerta de la buhardilla giró sobre sus goznes y Garth se volvió hacia ella.

--¿Has conseguido encontrarla? --preguntó.

Hammen meneó la cabeza.

--Maldición... --murmuró Garth.

--Algunos dicen que la mataron al comienzo de los disturbios, y otros afirman que fue hecha prisionera por los guerreros del Gran Maestre. Por ahora, lo único seguro es que nadie sabe nada de la benalita.

Garth no dijo nada y se volvió hacia la angosta ventana. La Plaza por fin volvía a estar tranquila. Los carros iban y venían por entre las sombras, y monjes encapuchados iban recogiendo los centenares de cadáveres que habían quedado esparcidos por los alrededores del palacio. Las llamas de los incendios todavía parpadeaban por toda la ciudad, y se podía oír el rugir de las turbas en la lejanía. Una columna de guerreros desfilaba por la avenida que llevaba al puerto con sus lanzas y escudos destellando bajo la luz. El ajetreo normal en el burdel había cesado casi del todo, cosa que Garth agradecía.

--Zarel ha hecho venir tropas de Tantium, y las naves todavía siguen llegando en estos mismos momentos --siguió explicando Hammen--. Está dejando desprotegidos todos los alrededores de la ciudad. Dicen que más de dos mil personas murieron en la arena, así como varios centenares de guerreros... Cuando me fui el populacho todavía ocupaba el estadio, pero supongo que las tropas por fin habrán conseguido vaciarlo.

Garth asintió.

--¿Y el paquete que escondí a las afueras de la ciudad?

Hammen alzó el fardo envuelto en una piel embreada y lo dejó en el suelo.

Garth le dio las gracias con un asentimiento de cabeza, y después se inclinó para recoger el fardo como si se tratase de un tesoro muy frágil.

--Amo...

Garth se volvió hacia Hammen.

--Creo que voy a dejar de servirte.

--¿Por qué?

Hammen meneó la cabeza.

--Venga, suéltalo.

--Al comienzo todo era distinto --dijo Hammen--. Pensaba que sólo querías divertirte un poco... Ya sabes, dejar en ridículo a Zarel y obtener algunos beneficios. Nunca has dicho nada, pero siempre he sospechado quién eras.

--Pero las cosas han cambiado mucho, ¿verdad?

Hammen asintió melancólicamente.

--Esta noche he pasado por delante del puerto --replicó por fin--. Estaban descargando los carros, y arrojaban los muertos al agua para que la marea se llevase los cadáveres... Los tiburones y las lampreas se están dando un banquete, hay tantos que las aguas parecen hervir.

Hammen guardó silencio durante unos momentos.

--¿Es que no sientes ningún remordimiento? --preguntó después.

Garth le dio la espalda para echar un vistazo por la ventana. Una compañía de guerreros acababa de pasar corriendo por debajo de ella y se esfumaba en la noche.

--Sí --acabó murmurando.

--Bien, entonces... ¿Por qué? Ha habido miles de muertos.

--Tus simpatías están del lado del populacho, ¿verdad?

--Formaba parte de él --replicó Hammen.

--¿Y qué eras por aquel entonces? Si no hubieras estado a mi lado, habrías estado en los graderíos aullando y pidiendo sangre a gritos, temblando de éxtasis mientras veías cómo un luchador le sacaba las tripas a su oponente... Esa era tu vida, ¿verdad? ¿Cuáles son las apuestas de mañana? ¿Conseguiré dar con la combinación acertada y ganar un millar de monedas gracias a la muerte de un luchador?

Hammen inclinó la cabeza.

--Tenía que sobrevivir --murmuró.

--¿Y a eso le llamas sobrevivir? Ese bastardo ha pervertido todo aquello para lo que se usaba el maná en un principio. Lo ha convertido en negocio corrupto y opresión, y el Caminante lo ha permitido. Ahora el populacho sólo vive para eso.

--¿Y Garth el liberador ha venido a cambiarlo todo? Y, de todas formas, ¿qué derecho tienes tú a cambiar las cosas? En los últimos cuatro días hubo más muertes de las que provoca Zarel en todo un año. ¿Eres mejor que él, o haces todo esto sólo para vengarte?

Garth meneó la cabeza y desvió la mirada.

--¡Mírame a la cara, maldito seas! --gritó Hammen.

Garth se sobresaltó y alzó la vista hacia el viejo.

--¿Es que no sientes nada? --preguntó Hammen.

--Estoy harto y siento deseos de vomitar, pero no hay otra forma --replicó Garth en voz baja y suave--. Intenté pensar en otro camino, pero no conseguí encontrarlo. Sí, quiero acabar con ese bastardo y con toda la corrupción que ha provocado... Ha administrado un opiáceo a los habitantes de este reino. Los circos, el Festival... Ha corrompido a los gremios de luchadores y a todo cuanto existe a su alrededor. Todos se han dejado seducir por lo que ofrecía. No conozco ninguna otra manera de poner fin a esto que la de perforar el absceso de corrupción y dejar que el pus salga a chorros hasta que haya quedado curado. Era preferible a esconderse en la cloaca como hacías tú.

Hammen se puso en pie y derribó su silla de una iracunda patada.

--No tienes ni idea de cómo me las he arreglado para sobrevivir... --murmuró--. No sabes qué tuve que hacer para... ¿Quién eres tú para presentarte en la ciudad y decidir que hay que destruirlo todo? He perdido a cuatro amigos por ti, y he visto cómo mi ciudad quedaba sumida en el caos. Por lo menos antes de que llegaras había orden, y el populacho era feliz.

Garth metió la mano en su bolsa, extrajo de ella un paquetito envuelto en seda y se lo arrojó a Hammen. El viejo lo pilló al vuelo y lo sostuvo en la palma de su mano. Garth le miró fijamente y sonrió.

--Puedes controlar el maná, ¿verdad? --murmuró--. Sí, puedo sentirlo...

Hammen inclinó la cabeza y dejó caer el paquetito.

--Hubo un tiempo en el que eras Hadin gar Kan, el mejor luchador de la Casa de Oor-tael, ¿no? --siguió diciendo Garth.

Hammen empezó a temblar y bajó la cabeza.

--Maldito seas... --gruñó Garth--. Eras el mejor luchador de la Casa de Oor-tael, ¿verdad?

Hammen suspiró, cogió la silla y se dejó caer pesadamente en ella.

--Y te has convertido en esto... Un ladrón de bolsas que vive en la calle, un payaso..., un ser insignificante y mezquino --añadió Garth.

--¿Y quién eres tú para juzgarme ahora? --susurró Hammen--. Escapé a la Noche de Fuego. Pasé semanas ocultándome en las alcantarillas, y cuando salí de ellas ya no quedaba nada. Nunca pude volver a tocar el maná. Había traicionado a mi Maestre huyendo cuando más me necesitaba. Si me capturaban sería torturado hasta morir, y volver a coger mi bolsa era la forma más segura de que descubriesen quién era en realidad..., así que la arrojé al mar.

Un sollozo desgarrador hizo temblar todo el cuerpo de Hammen.

--Déjame en paz --susurró de nuevo Hammen--. Ya casi lo había olvidado después de todos estos años... ¿Por qué has tenido que aparecer y desenterrar los cadáveres del pasado? La Casa estaba muerta, el Maestre estaba muerto, y todos mis camaradas estaban muertos... Ya no quedaba nada. ¿Qué tendría que haber hecho según tú? ¿Tal vez atacar el palacio yo solo y matar a ese bastardo?

Hammen dejó escapar una carcajada llena de tristeza mientras las lágrimas seguían fluyendo de sus ojos.

--¿Para qué seguir? --preguntó--. Todo había terminado, y él había vencido.

Hammen alzó la mirada hacia Garth. El llanto se deslizaba por sus mejillas grisáceas.

--¿Y quién eres tú, Garth el Tuerto? --murmuró--. Tengo mis sospechas, pero... ¿Quién eres?

--Un recuerdo, nada más. Sólo un recuerdo --respondió Garth en voz baja--. Un recuerdo que se ha negado a morir...

--Pues entonces vete. No necesito recuerdos, ni pesadillas que me despierten de mi sopor. El Caminante vendrá mañana, y nada puede resistirse a su poder. Zarel no es más que un títere, una máscara de papel detrás de la que acecha el verdadero mal... El Caminante te barrerá tan fácilmente como el vendaval dispersa un montón de paja. La pantomima ha terminado. Anda, vete de una vez...

--Creo que me quedaré a ver qué ocurre --replicó Garth sin alzar la voz.

Hammen se levantó, moviéndose despacio y con visible cansancio.

--Me marcho --anunció--. No quiero tener nada más que ver con esto. Mañana estarás muerto, Garth, y entonces todas las muertes de los últimos días no habrán servido de nada. No quiero saber nada más de ti. Se acabó.

Hammen fue hasta la puerta y la abrió.

--Hadin...

El viejo se volvió hacia Garth.

--Hadin murió hace veinte años --murmuró.

--Hammen...

Hammen giró sobre sí mismo con tal rapidez que pilló totalmente desprevenido a Garth. Su báculo le golpeó en la sien, derribándole y haciéndole perder el conocimiento.

Hammen bajó la mirada hacia Garth y le contempló con los ojos

llenos de tristeza. Metió la mano en su bolsillo, sacó un trozo de cuerda y le ató las manos detrás de la espalda. Después metió la mano en la bolsa de Garth y sintió el poder del maná. Le bastó con tocarlo para que un escalofrío recorriese su cuerpo, conjurando recuerdos de la misma manera que el olor de una flor puede reavivar el sueño perdido de un primer amor. Cogió la bolsa de Garth y se incorporó. Los recuerdos inundaron su mente, llenándole de una feroz alegría mezclada con una tristeza infinita por todo lo que pertenecía al pasado y todo aquello que había desaparecido para no volver jamás.

Volvía a ser joven y a estar lleno de fuerzas, y era el primer luchador de la Casa de Oor-tael. Todo volvió a desplegarse ante él, y el poder de los recuerdos hizo que los ojos se le llenaran de lágrimas.

Bajó la mirada hacia el cuerpo que yacía en el suelo delante de él y sintió cómo una aguda punzada de dolor y melancolía le desgarraba el corazón. La visión penetrante y límpida del maná se lo mostró todo, volviendo a revelarle todas aquellas cosas que había sabido desde el principio, pero que había sido incapaz de creer.

Apartó los ojos de Garth, recurrió al maná y encontró el hechizo que deseaba emplear. Después lo arrojó sobre Garth, y el poder hizo que quedara atrapado en el suelo. Garth permanecería paralizado allí durante varias horas incluso después de que despertara, y no podría moverse hasta que el hechizo perdiera su poder y se esfumara.

Fue hacia la puerta, pero se detuvo antes de llegar a ella y volvió sobre sus pasos y se arrodilló junto a Garth.

--Galin...

El nombre apenas había sido un susurro. El viejo extendió una mano y apartó un mechón de cabellos de la frente de Garth con una inmensa dulzura, como había hecho muchos años antes cuando Galin no era más que un niño, el hijo del Maestre de la Casa de Oor-tael, que aprovechaba cualquier momento libre para ir a ver al luchador favorito de su padre y sentarse en sus rodillas a escuchar historias llenas de aventuras y grandes hazañas.

--Que el Eterno te guarde, muchacho --murmuró.

Después se puso en pie, se echó la bolsa al hombro y salió de la habitación. La puerta se cerró detrás de él sin hacer ningún ruido.

* * *

--Ya casi ha amanecido.

Zarel alzó la mirada y asintió.

--¿Y?
Uriah miró nerviosamente a su alrededor.
--Sigue --ordenó Zarel.
--Abandonó los graderíos de la Casa de Bolk durante los disturbios, y no se ha presentado en ninguna de las otras Casas.
--¿Hasta qué punto confías en la veracidad de ese informe? ¿Estarías dispuesto a jugarte la vida?
Uriah guardó silencio.
--¡Maldito seas, Uriah! Responde a mi pregunta.
--Sí, mi señor. Lo haría.
--Quiero que los Maestres de las Casas queden totalmente convencidos de que hablo en serio. Si el luchador tuerto aparece para combatir llevando el uniforme de alguna Casa, lanzaré a mis luchadores sobre ellos en la misma arena. Hoy he vencido al populacho, y las turbas no se atreverán a intervenir. ¿Ha quedado claro?
--Sí, mi señor.
--Uriah...
--¿Sí, mi señor?
--Las ollas, las ollas de barro... ¿Cómo ocurrió?
Uriah sintió que se le helaba la sangre en las venas.
--Alguien las añadió al cargamento --replicó--. Las criaturas fueron conjuradas, y su poder fue mantenido gracias a un paquetito de maná introducido en cada olla.
--¿Y cómo llegaron allí?
--No lo sé, mi señor.
Zarel clavó la mirada en Uriah, y el sondeo mental cayó sobre él. Uriah permaneció totalmente inmóvil mientras hacía un terrible esfuerzo para controlar sus pensamientos.
--Estás asustado, Uriah...
--Siempre lo estoy cuando me hallo ante vos, mi señor.
--Siento que me estás ocultando algo, algún conocimiento... Algo que tú sabes y que yo ignoro.
--Jamás osaría hacerlo --murmuró Uriah.
Zarel acabó asintiendo y dejó escapar una carcajada que apenas llegaba a ser un murmullo enronquecido.
--No. Eres demasiado cobarde para tratar de engañarme --dijo por fin.
Zarel giró sobre sí mismo y apartó la mirada de Uriah, satisfecho al ver que el enano seguía siéndole leal en su terror.

--Ya has comprendido lo que debe hacerse, ¿no? --siguió diciendo--. En cuanto el Caminante se haya marchado con la puesta de sol, atacaremos la Casa de Bolk y mataremos a Kirlen. Quiero que la cabeza de Kirlen sea depositada encima de mi regazo antes de que la noche haya terminado. La Casa de Bolk debe pagar su insolencia con la destrucción.

--¿Y el Caminante?

--Se habrá ido, y pasará otro año antes de que regrese. ¿Qué podrá hacer entonces?

Uriah no dijo nada.

«También tendré los libros de esa vieja arpía y su maná --pensó Zarel--. Tal vez eso bastará para conseguir lo que me propongo... Si no, las otras Casas caerán también, y su maná engrosará la gigantesca reserva de poder que se precisa para atravesar el Velo. Tiene que ser ahora... Mi posición se debilita por culpa de ese condenado luchador tuerto. Sí, tiene que ser ahora...»

--¿Y el populacho? --preguntó Uriah de repente--. Una cuarta parte de la ciudad y todos los partidarios de la Casa Marrón querrán venganza.

--Que intenten cobrársela --replicó secamente Zarel--. Los seguidores de Fentesk siempre han odiado a Bolk más que los demás. Asegúrate de que los graderíos de Fentesk acaben inundados de regalos. Quiero que queden saciados de sangre y vino. Me respaldarán.

--¿Y yo?

--Todo se hará tal como te he prometido. Te convertirás en el nuevo Maestre de Bolk --dijo Zarel.

Uriah sonrió.

--El Caminante no debe enterarse de lo que ha ocurrido aquí durante esta semana --siguió diciendo Zarel--. Si Kirlen intenta acercarse a él, quiero verla muerta al instante. Podemos echarle la culpa de todos los problemas y disturbios.

--¿Y si aparece el tuerto?

Zarel titubeó antes de responder. Sus hipótesis podían corresponder a la verdad, pues era muy posible que el tuerto anduviera detrás de una presa más grande y que hubiera tramado alguna clase de plan contra el Caminante. «Tal vez... Sí, tal vez podría acabar beneficiándome de ello. Pero siempre queda la posibilidad de que quiera acabar conmigo, naturalmente...»

--Creo que se ha ido --dijo Zarel en voz baja--. Tiene que haberse

ido. Ya no le queda ningún lugar en el que esconderse.

Y Uriah se dio cuenta de que las palabras de su amo y señor pretendían tranquilizarle y, al mismo tiempo, que habían sido concebidas para tratar de convencer a otro.

Uriah salió de la habitación, y por fin pudo relajar el férreo control que había impuesto a sus pensamientos. El recuerdo de lo que había visto en la arena aún continuaba obsesionándole. Durante los otros combates el luchador tuerto sólo había sido una silueta lejana, pero por fin había acabado presentándose delante del trono. Y Uriah lo había comprendido todo en aquel momento. El luchador tuerto era Galin, aquel chiquillo que había cabalgado sobre su espalda jorobada hacía tanto tiempo mientras reía y lanzaba chillidos de deleite infantil, para cubrirle de besos y abrazos después.

«Pero ahora es un hombre --pensó Uriah--, un hombre que debe ser traicionado si es que he de sobrevivir.»

* * *

Garth el Tuerto gimió y se agitó débilmente. Intentó estirarse, pero descubrió que no podía moverse. Tenía los brazos atrapados, e intentó mover las muñecas. Podía sentir la presión de la cuerda que las ataba, pero había algo más que le retenía.

--¡Oh, maldito sea! --exclamó.

Garth intentó darse la vuelta e hizo un esfuerzo desesperado para salir del círculo del hechizo, pero siguió atrapado en el suelo. Se hallaba tan indefenso como un bebé envuelto en pañales.

La segunda campana de la mañana sonó cuando el sol asomaba por encima del horizonte, alzando su esfera rojo oscuro a través del telón de humo que flotaba sobre la ciudad y haciendo que su luz entrara en una trayectoria casi horizontal a través de los postigos de la buhardilla.

--Ayúdame durante este día --susurró Garth--. Ayúdame a darte por fin el descanso que mereces, tanto en mi alma como en las tierras que recorres ahora... ¡Ayúdame!

Permaneció inmóvil y en silencio, concentrándose e intentando romper el hechizo mediante pura fuerza de voluntad. Pero el hechizo se resistió. Gotitas de sudor perlaron el rostro de Garth y se metieron en sus ojos produciéndole un agudo escozor, y Garth siguió rezando y envió sus pensamientos hacia el exterior..., hasta que acabó sintiendo una presencia, muy cerca de él.

La puerta se abrió con un crujido y una silueta oscura se alzó ante Garth.

Garth dejó escapar el aire que había estado conteniendo en un jadeo entrecortado.

--Anoche percibí que estabas buscándome --dijo la silueta con voz baja y suave--. Sabía dónde te estabas escondiendo. Te seguí al salir de la arena anoche... Tenía que venir.

Garth oyó sus pasos, y un instante después la mujer se arrodilló junto a él.

--¿Es obra de Hammen?

--Sí.

La voz surgió de los labios de Garth en forma de un murmullo enronquecido. El poder del hechizo seguía reteniéndole.

La mujer desenvainó su daga, y Garth entrevió que la movía de un lado a otro como si estuviera ejecutando un ritual. Después se movió a su alrededor agitando la daga y hendiendo el aire con la hoja por encima de él, y volvió a agitar la daga de un lado a otro. Garth sintió que el hechizo se desmoronaba, y tuvo la sensación de que acababan de quitarle un gran peso de encima. Se irguió, jadeando y tosiendo, y dejó que la mujer cortara sus ligaduras.

--Me llamaste, ¿verdad? --murmuró ella.

Garth asintió. Sus terribles esfuerzos le habían dejado agotado, y la cabeza aún le palpitaba a causa del golpe.

--Vi a Hammen saliendo de aquí con tu bolsa.

--¿Y por qué tardaste tanto en venir? Hace horas que se ha ido.

--Me pareció que había hecho lo más adecuado, pero... Después sentí tu llamada y... --Guardó silencio durante un momento--. ¡Maldito seas, Garth! No podía dejarte aquí.

Se inclinó sobre él y le besó suavemente en los labios.

--No tenemos tiempo para eso ahora --murmuró Garth--. ¿Dónde infiernos ha ido ese bastardo?

--Hacia la arena.

--El fardo del rincón, el que está envuelto en la tela embreada... ¿Puedes traérmelo?

La mujer atravesó la habitación y le trajo el fardo.

Garth quitó la tierra que se le había pegado en el agujero donde lo había escondido antes de entrar en la ciudad. Desató la cuerda de cáñamo con que estaba envuelto el fardo, lo abrió lentamente y desplegó su contenido. Después se inclinó ante él e intentó reprimir las lágrimas que habían inundado su ojo.

Garth recuperó la compostura, se puso en pie y empezó a desnudarse lentamente. Después vaciló y bajó la mirada hacia la mujer.

--Puede que no lo recuerdes, pero ya te he ayudado a vestirte antes --dijo ella, e hizo una breve pausa antes de seguir hablando--. Varena también te ayudó.

--¿Podrías volver a ayudarme? --preguntó Garth en voz baja y suave.

* * *

La procesión serpenteaba a lo largo de la gran avenida que nacía en el centro de la ciudad, llegaba hasta la puerta y terminaba en el estadio. La multitud que se agolpaba a ambos lados de la calle contemplaba su lento avance en silencio y con expresión hosca, y apenas lanzó alguna que otra aclamación apática al pasar los campeones que aún seguían con vida.

Zarel estaba observando al populacho. No se atreverían a intentar nada, no aquel día y con la inminente llegada del Caminante. La multitud le devolvió la mirada en silencio, y apenas se agitó cuando las jóvenes que flanqueaban el palanquín del Gran Maestre empezaron a arrojar monedas.

La procesión llegó a la puerta, y Zarel contempló el puerto. El agua estaba oscurecida por los cuerpos que subían y bajaban lentamente, y las manchas rosadas indicaban los lugares en que los tiburones y lampreas gigantes seguían alimentándose frenéticamente. Había tanta comida que el puerto no estaría limpio para cuando llegara el Caminante. Habría que darle alguna explicación, y Zarel pensó en atribuirlo a un brote de plaga.

La procesión siguió avanzando hasta llegar a la arena, que ya estaba llena a rebosar. Las colinas que se alzaban sobre el inmenso estadio también estaban cubiertas por masas de espectadores que habían acudido a presenciar el último día del Festival y la llegada del Gran Señor.

El largo cortejo entró por el túnel de acceso, y poco después emergió a la cegadora claridad solar que inundaba el suelo del estadio. La arena blanca reflejaba la luz de media mañana con una deslumbrante intensidad. Unos vítores casi inaudibles brotaron de la multitud, más debido a la expectación por los inminentes acontecimientos que por la presencia del Gran Maestre.

--Malditos bastardos... Ojalá tuvierais un solo cuello --gruñó Zarel, mascullando el deseo que acudía a su mente cada vez que contemplaba al populacho.

La procesión recorrió el perímetro de la arena, pero esta vez se mantuvo alejada del muro para que ningún objeto lanzado desde los graderíos pudiera alcanzar a Zarel. Hubo una andanada de gritos burlones y un pequeño diluvio de botellas de vino y jarras de cerveza, y los agentes del Gran Maestre esparcidos por los graderíos se apresuraron a perseguir a los culpables mientras la multitud se agitaba en un breve espasmo de irritación. El recorrido del círculo llegó a su fin y los mamuts fueron desenganchados del trono de Zarel y sacados de la arena a través del túnel de acceso. Un silencio expectante descendió sobre la multitud.

Zarel esperó mientras las cuatro Casas ocupaban sus posiciones alrededor del círculo dorado y los siete campeones restantes formaban una hilera directamente detrás del trono del Gran Maestre. Después fue hacia el círculo dorado trazado en el suelo de la arena, y los cuatro Maestres se reunieron con él ocupando sus respectivas posiciones.

Zarel fue volviendo la cabeza lentamente, y su mirada recorrió los cuatro rostros: Kirlen de Bolk, Jimak de Ingkara, Tulan de Kestha y Varnel de Fentesk.

--Vuestro comportamiento ha sido incalificable --dijo Zarel con visible irritación.

Kirlen dejó escapar una risita sarcástica.

--Dile eso al Caminante --replicó--. Explícale que eres incapaz de controlar la situación por más tiempo. Cuéntale que eres un estúpido incompetente cuyo reino puede ser convertido en un caos por la intervención de un simple *hanin* solitario.

--¿Y dónde está ahora?

La mirada de Zarel fue recorriendo sus rostros, y no tardó en estar seguro de que el luchador tuerto no se había refugiado en ninguna Casa.

--¿Y vuestras ofrendas de maná? --preguntó.

Los cuatro Maestres se removieron de mala gana, y acabaron girando sobre sí mismos para volver la mirada hacia las filas de sus luchadores. Dos luchadores surgieron de cada contingente transportando una gran arca entre ellos. Los cuatro arcones fueron colocados en el suelo, y la concentración de maná era tan fuerte que el aire empezó a brillar con destellos iridiscentes. Los arcones fueron abiertos y su contenido quedó esparcido en el suelo, y una lluvia de

paquetitos de maná se desparramó sobre el círculo dorado.

Zarel bajó la mirada hacia ellos y asintió.

--¿Y las tuyas? --preguntó Kirlen sin tratar de ocultar su sarcasmo.

Zarel dejó escapar una gélida carcajada y movió una mano para indicar a uno de sus luchadores que trajese una urna. El luchador le dio la vuelta y esparció su contenido sobre el montón de ofrendas de las Casas.

--Cien ofrendas de maná --afirmó Zarel.

--Meramente una fracción de lo que obtienes con la extorsión --siseó Kirlen--. Creo que te estás guardando maná porque tratas de convertirte en un Caminante.

--¡Cómo te atreves a...!

--Me atrevo porque estoy diciendo la verdad --replicó Kirlen.

--¿Y dónde has oído esa falsedad?

Kirlen sonrió.

--De la boca del luchador tuerto.

Y mientras pronunciaba aquellas palabras se volvió hacia los otros tres Maestres de Casa, y todos ellos inclinaron la cabeza indicando que la apoyaban.

--Por eso te haces más fuerte a cada día que pasa mientras que nosotros nos vamos debilitando poco a poco --gruñó Jimak--. Pagamos el tributo, pero tú robas muchísimo más y sólo devuelves una pequeña parte.

--¿Y creéis en la palabra de un *hanin*? --preguntó Zarel con voz gélida.

--Tal vez más que en la tuya --intervino Tulan--. ¿Qué clase de trato hiciste con el Caminante cuando te convertiste en Gran Maestre y la Casa de Oor-tael fue destruida? ¿Que robarías el maná de nuestras tierras para entregárselo a cambio de tu poder, tal vez? ¿Cuántos años llevas acumulando un maná que no te pertenece?

--¿Acaso no os dais cuenta de quién es ese hombre? --rugió Zarel--. No se conformará conmigo. Quiere acabar con todos nosotros.

--Hay una cosa que está muy clara, la máscara ha caído por fin --replicó Tulan sin inmutarse.

Zarel clavó su gélida mirada en los cuatro Maestres de Casa.

--Ya hablaremos de todo esto más tarde --dijo, y movió una mano indicándoles que se alejaran del círculo.

Los cuatro retrocedieron con desafiante lentitud mientras Zarel iba hacia el centro del círculo dorado. Movió las manos sobre el maná ofrecido y atrajo el poder hacia él. Durante un fugaz instante casi se

sintió capaz de atravesar el Velo, tan grande era la concentración de poder; pero seguía ignorando los hechizos y encantamientos precisos, y el umbral permaneció cerrado. Zarel pudo distinguir la expresión de avidez que había en el rostro de Kirlen mientras le contemplaba a través de la claridad iridiscente.

«Vieja arpía... --pensó con una gélida sonrisa mental--. Pronto tendré todas las respuestas que necesito.»

La multitud, que había estado aguardando en un silencio expectante, se removió por fin y se fue poniendo en pie.

Zarel pareció hacerse cada vez más alto y quedó envuelto en un resplandor iridiscente. El Gran Maestre alzó las manos hacia el cielo y empezó a mover los labios, articulando en silencio las palabras que flotarían a través de los Planos y que invocarían al Gran Señor, el Caminante, pidiéndole que acudiera a la celebración y para la ofrenda de poder.

Pasado un momento, hubo una agitación en el aire, como la primera y todavía débil brisa matinal que baja desde las cimas de las montañas. Los estandartes que se alzaban sobre el perímetro del estadio temblaron con un lánguido chasquido, se retorcieron y volvieron a tensarse. El silencio era absoluto y la atmósfera quedó cargada por una repentina tensión, como si se estuviera incubando una tormenta al otro lado del horizonte. El sol pareció palidecer en el cielo matinal, su luz se volvió fría y débil, y el firmamento se oscureció aunque no había ninguna nube en él.

La oscuridad se fue intensificando y acabó cobrando forma en el cielo, concentrándose en un punto de negrura sobre el cenit que se fue extendiendo como una mancha negra sobre aguas límpidas y cristalinas. La oscuridad siguió difundiéndose a través de toda la bóveda celeste. Un viento helado bajó de ella con un retumbar ahogado, haciendo temblar el mundo con su rugido ultraterreno.

La oscuridad se retorció y se precipitó sobre sí misma, convirtiéndose en un ciclón negro como la tinta, que siguió espesándose y creciendo mientras los cielos eran desgarrados por rayos que lo envolvieron en un fantasmagórico resplandor verde azulado. La nube oscura descendió del cielo y ahogó los gritos de miedo y excitación de medio millón de voces. La nube negra quedó suspendida sobre la arena, una masa oscilante a la que los rayos envolvían en cegadoras guirnaldas de fuego.

La nube siguió enroscándose hacia dentro y pareció ir cobrando forma al hacerlo. Una cabeza oscura se inclinó sobre la arena, ojos de

fuego, barba de relámpagos y frente de llamas aterradoras. La multitud había sucumbido a un éxtasis de locura y todos señalaban la oscuridad y la contemplaban con la boca abierta. Las manos temblorosas se alzaban hacia el cielo, y el frenesí se fue adueñando de los espectadores haciendo que lanzaran rugidos de terror y abandono.

La oscuridad bajó en un veloz remolino y tocó el círculo dorado. Zarel retrocedió con la cabeza inclinada. La oscuridad se había convertido en un gran pilar negro de doscientas varas de altura rodeado por un círculo de llamas que bailaban y atronaban a su alrededor. La cabeza se fue inclinando lentamente hacia atrás y la boca se abrió. Una gélida carcajada llena de sarcasmo envolvió las colinas en ecos atronadores. Ojos de fuego contemplaron con hambrienta avidez a quienes los adoraban y a quienes los temían, y también a quienes apartaban la mirada de ellos porque les parecían aborrecibles.

La columna descendió en un veloz movimiento giratorio y pareció ir derrumbándose sobre sí misma. Hubo un rugido atronador y un destello cegador que deslumbró a todos los que la estaban contemplando y les obligó a taparse los ojos, haciendo que desviaran la vista entre gritos de dolor.

Y el centro del círculo dorado acogió al Caminante de los Planos en su forma humana, una silueta alta y sinuosa que producía la vaga e inexplicable impresión de no ser del todo real y que parecía temblar y ondular envuelta en su túnica negra. Parecía estar presente y ser real y al mismo tiempo no serlo, como si fuese una voluta de humo que desaparecería de un momento a otro. La cabeza del Caminante giró lentamente para contemplar lo que le rodeaba, y una sonrisa curvó sus labios exangües. La sonrisa tan pronto parecía estar llena de afabilidad y de una cálida diversión como ser una mueca de astucia y poder letal, impregnada por un profundo desprecio hacia quienes nunca podrían comprender qué era realmente el Caminante en todo su oscuro poderío y majestad.

El Caminante bajó la mirada hacia el montón de maná que había a sus pies e inclinó la cabeza en señal de aprobación. Los paquetitos de maná le permitirían acceder al poder psíquico que controlaba la tierra.

--La ofrenda es aceptada --dijo por fin.

Su voz parecía ser un suspiro, pero llegó hasta los confines más alejados del estadio y todos pudieron oírla. Aquella voz grave e

impregnada de poder hizo que la multitud lanzara un rugido de histeria salvaje, y pareció disipar el terror que se había adueñado de ella.

El Caminante echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar una estruendosa carcajada llena de placer, pues volvía a tener forma humana y se sentía invadido por el placer que ello le producía. La naturaleza insustancial y sombría de su existencia se había esfumado, y volvía a ser una criatura de carne y hueso. Aquella aparición que se alzaba ante ellos como un joven dios dorado lleno de poder y terrible vitalidad hizo que los espectadores enloquecieran de emoción.

El Caminante salió del círculo, y de las filas de guerreros surgieron porteadores cargando todavía más urnas que inclinaron sobre sus hombros para hacer caer una cascada de oro. El Caminante dejó escapar una carcajada llena de placer, y se inclinó para coger unas monedas y las acarició mientras sus ojos ardían con un fuego cegador. Jimak le contempló en silencio con la respiración acelerada ante todas aquellas riquezas. El Caminante alzó las manos hacia el cielo, y las monedas giraron como impulsadas por un viento surgido de la nada y se arremolinaron en una lluvia dorada, una precipitación de oro que cayó sobre el estadio y fue acogida con vítores y aclamaciones por la multitud. Más porteadores se acercaron, trayendo los mejores vinos, y el Caminante bebió con ávida sed y apuró una copa detrás de otra, y el olor del vino hizo que Tulan se lamiera los labios. Las filas de guerreros volvieron a abrirse para dejar pasar a mujeres vestidas con velos tan tenues que apenas existían y que eran tan traslúcidos como una telaraña. Algunas eran altas y tenían el cabello dorado y la tez muy pálida; otras eran morenas y llevaban la negra cabellera recogida en gruesas trenzas; y también había criaturas de exótica belleza procedentes de tierras tan lejanas que se las consideraba simples reinos de fábula. Varnel permaneció en silencio y se estremeció al verlas. El desfile de mujeres contenía todas las estaturas y formas posibles, y las había de cuerpo tan esbelto como el de un muchacho, o voluptuosas y opulentas, o altas y oscuramente sensuales, y el Caminante extendió las manos hacia ellas con anhelante pasión, y las acarició y las abrazó sin dejar de reír ni un instante, y la multitud lanzó nuevos alaridos de lujuria enronquecida.

Después el Caminante volvió la mirada hacia Kirlen, y la anciana permaneció en silencio y le contempló con los ojos llenos de odio. El Caminante rió y le dio la espalda.

--¡Ya es hora de que empiecen los juegos! --anunció con voz

atronadora en la que vibraba el temblor de la sed de sangre, y el populacho lanzó aullidos de deleite.

El Caminante extendió los brazos en un gesto de saludo y sus robustos músculos ondularon, y la sensación le resultó tan placentera que se estiró lánguidamente y rodeó a la mujer que había escogido para aquel momento con un brazo, acariciándola con abierto abandono mientras cogía una copa de vino con la otra mano y la obligaba a tomar un trago, después de lo cual alzó la copa en un nuevo saludo dirigido a las masas que no paraban de aullar.

El Caminante subió al trono que Zarel acababa de dejar libre para que lo ocupara. Se recostó en él, alzó la mirada hacia el cielo azul que se desplegaba sobre su cabeza y guardó silencio durante un momento en el que sus rasgos adquirieron una expresión extraña y distante. Después se inclinó hacia adelante y su oscura risotada ahogó la voz del populacho, y el estadio entero vibró con los ecos de sus ensordecedoras carcajadas.

El Caminante besó a la mujer con una lujuria frenética e incontenible y la manoseó como si fuese un animal en celo, arrancándole los velos y arrojándolos en todas direcciones. Después la soltó tan rápidamente como la había agarrado, y la apartó de un empujón mientras movía la mano reclamando más vino y comida. El Caminante se lanzó sobre las exquisitas viandas, y las devoró como si acabase de despertar de un sueño febril y necesitara un sustento del que llevaba mucho tiempo sin poder disfrutar.

Después arrojó la copa a un lado, volcó de una patada la bandeja que había sido colocada delante de él y recorrió la arena con la mirada.

--¡Que se elija a la primera pareja de contendientes!

Zarel, que se había quedado junto a la base del trono, movió una mano indicando que el monje ciego y sordo ya podía hacer la primera selección.

--Azema de Kestha contra Jolina de Ingkara.

La multitud gritó y aulló, cada vez más enloquecida por la sed de sangre, y echó a correr hacia los garitos para apostar sus monedas. Todo el suelo de la arena estaba disponible para la última ronda de combates, y pasados unos minutos Jolina apareció en el otro extremo mientras Azema de Kestha entraba en el cuadrado neutral del lado norte para empezar a prepararse.

El Caminante se irguió en el trono. Sonrió, contempló la arena y esperó a que la multitud acabara de hacer sus apuestas.

--¿Cómo va a ser la competición de hoy? --preguntó.

--Todos los combates del día de hoy se librarán a muerte en vuestro honor, Gran Señor --respondió Zarel.

El Caminante miró fijamente a Zarel y sondeó sus pensamientos.

--¿Por qué? --preguntó, y su voz era un susurro que sólo Zarel pudo oír.

--Puedo explicároslo más tarde, mi señor.

--Eso creará nuevos odios y rencores en las Casas.

--Los odios y los rencores están allí desde hace mucho tiempo, mi señor. Ya va siendo hora de que se haga un poco de limpieza.

--¿Y aquel del que me hablaste?

--Será vuestro tanto si gana como si pierde, mi señor. Las Casas estaban volviendo a hacerse demasiado fuertes, y es preciso desangrarlas un poco. Así no podrán alzarse contra mi poder..., o contra el vuestro.

--Espero que estés en lo cierto, Zarel, o éste será tu último día como Gran Maestre.

--Estoy en lo cierto, mi señor, y todo lo hago para serviros.

El Caminante asintió y volvió a alzar la mirada.

--En ese caso... ¡A muerte!

Hammen, en otros tiempos conocido como Hadin gar Kan, bajaba lentamente por los graderíos de la arena. La multitud se había puesto de pie sobre los asientos y le obstruía la visión, dejándole ver solo fugaces atisbos del combate. Las explosiones retumbaban en el estadio mientras los dos contrincantes se enfrentaban en un violento conflicto que había llenado toda la arena con fuego, ejércitos de criaturas que luchaban encarnizadamente, demonios, bestias voladoras y nubes de oscuridad ultraterrena. Los luchadores ya no se veían limitados por el reducido espacio de los círculos utilizados durante los combates de eliminación, ahora disponían de todo el suelo de la arena para luchar lo que les permitía emplear mayores poderes mágicos.

Hammen iba encontrando pequeños huecos entre la multitud y se deslizó por ellos, acercándose lentamente a la arena. Avanzaba con cautela evitando encontrarse con los grupos de guerreros dispersos por el estadio, y se mantenía alerta para detectar a los agentes de Zarel. El viejo se movía como una sombra, algo que seguía siendo capaz de hacer aunque habían transcurrido veinte largos años desde la última vez que manejó el poder del maná. El recuerdo de lo que había sido no había dejado de obsesionarle durante todo aquel

tiempo.

Garth, Garth... ¿Por qué había tenido que volver a entrar en su vida? ¿Por qué había evocado de nuevo el pasado, aquel tiempo en el que la Casa de Oor-tael aún existía y representaba todo lo que había sido el mundo de los luchadores? Hammen se sentía como si estuviera viviendo un sueño mientras se movía por un mundo oscuro de ruinas y abandono. Un sueño que moriría en cualquier momento.

No..., que ya había muerto. Hammen se lo había estado repitiendo durante veinte años. Había muerto la noche en que el Caminante obtuvo el poder suficiente para dejar de ser un simple mortal, y convertirse en un semidiós, capaz de moverse entre los mundos. El único obstáculo que se interpuso en su camino fue la Casa de Oor-tael y la negativa del Maestre, el padre de Garth, a entregar el maná que controlaba para que el Caminante pudiera completar el círculo del poder.

Y la Casa de Oor-tael había sido atacada la última noche del Festival, hacía ya veinte años. Y las otras Casas habían conspirado para provocar la caída de su rival, dejando que el Caminante obtuviera lo que deseaba. Y el Caminante había abandonado aquel mundo, dejándolo en manos de su lugarteniente para que lo gobernara en su nombre, y para que retorciese y pervirtiera cuanto existía en él.

La pesadilla de la Noche de Fuego volvió a adueñarse de la mente de Hammen, cuando la Casa fue asaltada y él, en aquellos tiempos primer luchador de Oor-tael, había huido. En aquel entonces creyó que ya no quedaba nada por lo que luchar, y por eso había huido.

«Tendría que haber muerto entonces --pensó--. Tendría que haber permanecido al lado de mi Maestre y de su familia, y haber muerto con ellos... Pero huí a las entrañas de la tierra para esconderme en ellas y acabé saliendo de mi escondite convertido en Hammen el ladrón, el jefe mezquino e insignificante de una hermandad de la escoria. Tendría que haber muerto. Sí, tendría que haber muerto...»

Llegó al muro cuando el combate que se libraba en la arena alcanzaba su clímax. Varena de Fentesk acababa de derribar la última barrera protectora de su oponente de la Casa de Kestha, y el luchador cayó al suelo. Varena tuvo un momento de vacilación, y volvió la mirada hacia el trono.

--¡Acaba con él!

La multitud coreó las atronadoras palabras del Caminante.

--¡Acaba con él! ¡Acaba con él!

Varena alzó la mano, y el luchador Gris desapareció en una nube escarlata. Fue hacia donde había estado el cuerpo de su oponente y recogió su bolsa. Después salió de la arena con la cabeza baja y sin prestar atención a la ovación que saludó su victoria.

--Así acaba la sexta ronda --anunció Zarel--. Igun de Ingkara gana el cuarto combate, por descalificación de su ausente rival. Y ahora empieza la séptima ronda.

Hammen se abrió paso hasta el muro del estadio, se encaramó a él y saltó a la arena. Varios luchadores fueron hacia él, y Hammen alzó la mano y los derribó.

--¡Vengo aquí a testimoniar en nombre de Garth el Tuerto, que se ha ganado el derecho a combatir! --gritó Hammen.

Había recurrido al maná de la bolsa que llevaba encima de la cadera derecha, y su voz creó ecos por toda la arena. La multitud guardó silencio, asombrada y confusa ante aquella repentina intrusión.

--¡Es un *hanin* y no tiene colores! --gritó Zarel--. No puede luchar.

El Caminante se puso en pie y bajó la mirada hacia Hammen.

--Soy Hadin gan Kar, primer luchador de la Casa de Oor-tael y sirviente de Garth el Tuerto, y he venido a testimoniar en su nombre.

--Hadin...

La voz del Caminante fue un susurro amenazador, como si un recuerdo a medio formar se estuviera agitando en su memoria.

Hammen fue hasta el centro de la arena.

--Ganó el derecho a combatir --dijo.

--¿Y dónde está entonces? --murmuró el Caminante, y su voz creó ecos que resonaron por toda la arena.

--Se ha ido.

El Caminante dejó escapar una risita.

--¿Y qué quieres tú, mendigo?

--Como sirviente suyo, reclamo el derecho a combatir en su lugar. Esas son las antiguas reglas, que ya existían antes de que oscurecieses este mundo con tu presencia.

El Caminante se recostó en su trono y soltó una carcajada helada.

--Estupendo --dijo--. Será divertido verte morir.

Pero aún no había acabado de hablar cuando hubo un estallido de vítores en el lado sur de la arena. Los gritos empezaron en la parte de arriba de los graderíos, y fueron bajando rápidamente. Por un momento el Caminante pensó que las aclamaciones iban dirigidas a él, y miró por encima de su hombro con una sonrisa en los labios.

Los vítores se fueron difundiendo cada vez más deprisa y un sendero apareció entre la masa de cuerpos de un lado del estadio. La multitud se apresuraba a apartarse de él, y todos retrocedían empujándose unos a otros.

Garth el Tuerto llegó al muro de la arena y saltó al suelo del estadio, seguido por la mujer de Benalia.

--¡Tuerto!

El grito fue coreado al instante en todo el estadio, y se convirtió en una incontenible marea de sonido. Garth cruzó el suelo de la arena y acabó deteniéndose delante de Hammen.

--¿Qué infiernos estás haciendo? --murmuró.

--Intentaba salvarte la vida, maldito estúpido --replicó Hammen con voz cansada.

--¿De esta forma?

--Si me mataban, tu bolsa habría desaparecido. Y sin poderes, hubieses tenido que marcharte.

Hammen titubeó antes de seguir hablando.

--Te fallé hace mucho tiempo, Garth... No logré salvarte, y pensé que ahora sí podría hacerlo --acabó diciendo por fin, y bajó la cabeza.

--Nunca he tenido nada que reprocharte --murmuró Garth--, y mi padre nunca tuvo nada que reprocharte. Huiste cuando ya no quedaba nada por lo que luchar..., cuando mi padre ya había muerto.

Hammen alzó la mirada hacia él y sus labios se curvaron en una sonrisa llena de melancolía.

--Bien, al menos te lo he oído decir. Y, una vez más, no puedo hacer nada...

--Puedes empezar devolviéndome mi bolsa.

Hammen descolgó la bolsa de su cinturón y se la alargó a Garth.

Garth retrocedió y se arrancó la capa, revelando el uniforme de la Casa de Oor-tael. Un jadeo de asombro brotó de los graderíos cuando los espectadores vieron los colores prohibidos. Garth se colgó la bolsa del hombro.

--¡Reclamo el derecho a combatir! --gritó--. Se me conoce como Garth el Tuerto, y soy el hijo de Cullinarn, Maestre de la Casa de Oor-tael.

Zarel dio un paso adelante mientras agitaba un brazo para indicar a sus luchadores que avanzaran, pero fue detenido de repente, como por una mano invisible.

Los ecos de la carcajada sardónica del Caminante resonaron por toda la arena.

--Muy divertido... --dijo--. Me encantan las buenas bromas. Puedes luchar.

Garth giró sobre sí mismo como si el Caminante no estuviese allí y empezó a avanzar hacia el otro extremo de la arena.

--Garth, maldita sea... --murmuró Hammen--. O saldrás de aquí con los pies por delante, o te irás con ese bastardo.

--Lo sé --replicó Garth.

--¿Y entonces para qué infiernos estás haciendo todo esto?

Garth volvió la mirada hacia Hammen y sonrió.

--¿Aún no aprendiste que has de seguir a mi lado si quieres averiguar porqué hago todo esto?

Hammen se volvió hacia Norreen y le lanzó una mirada llena de irritación.

--Muchísimas gracias --refunfuñó.

--Tendrías que haberme dicho que no metiera las narices --replicó Norreen.

--¿Habría servido de algo?

--No.

--Los dos estáis locos --dijo secamente Hammen mientras apretaba el paso para mantenerse a la altura de Garth.

Garth rió y meneó la cabeza.

--¿Todavía tienes nuestro dinero? --preguntó.

--Sí --replicó Hammen.

--Pues entonces ve a apostarlo por una victoria. Necesitarás muchas monedas cuando esto acabe.

--¡Y un infierno! Me voy a quedar aquí abajo, y no pienso separarme de ti.

Garth se volvió hacia Norreen.

Norreen meneó la cabeza.

--Me quedo --afirmó.

--Muy bien, pero cuando todo haya terminado y me haya ido... Bueno, me temo que os matarán --dijo Garth.

--Es un gran detalle por tu parte preocuparte por nosotros ahora, después de todo lo que has hecho --gruñó Hammen.

Ya estaban cerca del cuadrado neutral del otro extremo de la arena, cuando pasaron por delante de los graderíos de la Casa de Bolk. Naru estaba en primera fila, y saludó a Garth alzando un puño. El gigante le contemplaba con visible preocupación.

--Mal asunto --dijo--. O mueres, o se te lleva.

--Entonces el año próximo serás el campeón --replicó Garth, y el

gigante sonrió.

Garth entró en el cuadrado neutral y el populacho subió a toda prisa por los graderíos para hacer sus apuestas, pero el Caminante no les dio tiempo.

--¡Luchad!

El combate terminó rápido, y la multitud se sumió en un silencio asombrado mientras veía cómo Garth se lanzaba al ataque y bloqueaba los hechizos oscuros de su oponente con despreocupación, haciendo añicos el poder de su maná primero y lanzando una ofensiva incontenible después con otro ataque de una Sierpe Dragón. Garth se detuvo un instante antes de asestar el golpe de gracia, pero su oponente intentó aprovechar aquella vacilación para lanzar un ataque demoníaco. Garth bajó la cabeza, y la Sierpe Dragón saltó sobre el luchador y lo devoró.

Garth permaneció silencioso en el centro de la arena e ignoró la ovación que celebraba su victoria. Después cogió la bolsa de su oponente caído y fue hasta un lugar de la arena situado entre los graderíos de Ingkara y Kestha..., un lugar que hacía mucho tiempo había sido la sección del estadio reservada a los luchadores de la Casa de Oor-tael.

Zarel alzó la mirada hacia el Caminante.

--Ese hombre es peligroso --dijo.

--Por supuesto que es peligroso --replicó el Caminante--, o no habría logrado sobrevivir escondido durante veinte años. Me dijiste que había muerto.

Zarel desvió la mirada, y la voz se abrió paso a través de su mente.

--Me dijiste que había muerto.

--Sí.

--Pero no viste el cuerpo.

Zarel titubeó antes de responder.

--¿Y bien? --preguntó el Caminante.

--Sólo tenía cinco años... No podía sobrevivir a aquel incendio.

Zarel intentó proteger sus pensamientos y los recuerdos de aquella noche que guardaba en su memoria. Se acordó del niño que había sido llevado a rastras hasta su presencia, de cómo le había sacado el ojo para atormentar a su padre y de cómo el niño le había contemplado sin inmutarse después de haber perdido la mitad de su visión. Su padre había luchado desesperadamente, y seguía dentro de la Casa cuando ésta quedó envuelta en llamas.

Y también recordaba el gemido de agonía que oyó cuando el padre vio al chico y suplicó que se le permitiera intercambiar una vida por otra. El niño había logrado escapar de las manos del guardia que le estaba sujetando, y había entrado corriendo en el edificio en llamas.

Estaba muerto. Se suponía que estaba muerto.

«¿Cómo es posible que no me diera cuenta de que era él?», se preguntó. Pero tampoco había que olvidar que por aquel entonces el chico no tenía ninguna importancia, no era más que un peón utilizado durante un regateo.

--¡Estúpido! Sigue vivo, y está ahí.

--Y saldrá de la arena muerto, o convertido en vuestro sirviente para acompañaros entre los planos --se apresuró a replicar Zarel.

--Ya lo sabe --replicó el Caminante, y Zarel percibió el nerviosismo que se estaba adueñando de él.

Y comprendió que el Caminante tenía miedo.

--Sí, lo sabe... --siguió diciendo el Caminante--. Sabe que no puede escapar, y eso quiere decir que debe de tener un plan oculto. No vendría aquí después de todos esos años meramente para suicidarse.

--¿Tenéis miedo, mi señor? --preguntó Zarel en silencio.

Alzó la mirada hacia el trono, y sintió el latigazo de rabia que surgió de él un instante después.

--¡Le mataré como mato a todos los vencedores del torneo! Y tal vez acabe decidiendo que tú mereces el mismo destino, por no haber sabido controlar mejor este mundo...

Zarel intentó reprimir el miedo que se agitaba en su interior y percibió la gélida risa de su amo y señor. Giró sobre sí mismo y miró a Uriah, y lo entendió todo de repente. El enano lo había sabido desde el comienzo. Ah, maldito estúpido... Uriah había ocultado lo que sabía, impulsado por el sentimentalismo y alguna perversa variedad de lealtad.

Uriah le miró, y Zarel le sonrió como si todo fuera bien y no hubiese ningún motivo de preocupación. Ya habría tiempo después para inventar algún tormento especial.

--Haz lo necesario para que el próximo combate me divierta --dijo secamente el Caminante.

Garth se volvió hacia el tablero y lanzó un suspiro de alivio al ver que todavía no tendría que enfrentarse con Varena. Esta vez lucharía con alguien de su misma Casa. Garth dejó escapar ruidosamente el aire que había estado conteniendo dentro de sus pulmones y dio la

espalda al tablero, y al hacerlo vio que Norreen le estaba mirando.

--Somos amigos, ¿sabes? He de hacerlo, pero eso no significa que vaya a gustarme.

--Tendrías que haberlo pensado antes --dijo Hammen.

--Sea cual sea el resultado final, quien ponga hoy los pies en la arena morirá. Es sólo que... Bueno, no quiero ser yo quien la mate, ¿entiendes?

Se volvió hacia Norreen, que seguía mirándole.

--¿Estás celosa? --se burló Hammen--. ¿Es eso?

--Una benalita no necesita a nadie de fuera de su clan.

Hammen dejó escapar una risotada sarcástica y escupió en el suelo.

--De todas maneras los dos estaréis muertos dentro de poco, así que da igual que estés celosa o no --dijo.

Garth sonrió y no dijo nada.

La arena ya estaba acogiendo la batalla siguiente, y Varena se puso a la defensiva nada más empezar el combate. Su oponente, que también era de la Casa de Fentesk, lanzó un salvaje ataque de fuego líquido. Varena erigió un muro para bloquearlo, y su oponente respondió con un terremoto que hizo temblar toda la arena y provocó el derrumbamiento de la barrera. Varena replicó con ataques aéreos de insectos gigantes, pero fueron abatidos por un grupo de artilleros orcos cuyas andanadas de dardos se convertían en bolas de llamas.

El combate continuó y Varena fue derribada en dos ocasiones por su oponente. La multitud se levantó y empezó a lanzar alaridos, creyendo que era el final. Pero Varena se recuperó en ambos casos, y la segunda vez logró acumular maná suficiente para un violento contraataque, que su oponente fue bloqueando con creciente dificultad y menos energías cada vez. Varena siguió aproximándose a su enemigo, derribando sus defensas una detrás de otra. Después le destruyó con una última ofensiva, combinando fuego llovido del cielo con una ráfaga psíquica que agotó sus fuerzas, pero que su oponente fue incapaz de soportar.

Varena salió de la arena caminando muy despacio, y fue su ayudante quien tuvo que reclamar la bolsa del luchador muerto.

--Bueno, esto significa que tendré que enfrentarme a ella --murmuró Garth.

--Si sobrevives a tu próximo combate...

--Gilganorin de Ingkara contra Garth de Oor-tael --dijo el Caminante, y su voz estaba llena de sarcasmo y diversión.

Garth se levantó y fue hasta su rincón neutral mientras la multitud enronquecía aclamándole y ramos de flores llovían a su alrededor. Entró en el cuadrado neutral y empezó a concentrarse en la preparación para el combate.

--¡Luchad!

Garth se sobresaltó y alzó la mirada. El Caminante reía a carcajadas, celebrando el haber iniciado el combate sin advertencia como si fuese una broma graciosísima.

Garth se agazapó y corrió hacia un lado de la arena mientras una nube negra surgía de la nada y se detenía sobre el lugar en el que había estado su cabeza para dejar caer una lluvia de ácido. Después se abrió una grieta en el suelo y Garth tuvo que retroceder de un salto cuando dos gigantes de piedra emergieron de ella, blandiendo sus pesados garrotes de granito y descargando golpes terribles que resquebrajaron el suelo a su alrededor. Garth intentó alzar un muro de protección, pero los gigantes se abrieron paso a través de él y sus voces hicieron vibrar el aire como ecos surgidos de una cueva fantasmagórica.

Garth lanzó un conjuro contra el maná de su oponente que fueron disipando la fuerza mágica de las tierras de Gilganorin. Los gigantes de piedra cayeron al suelo y se convirtieron en montones de rocas. Garth saltó sobre la grieta y desplegó una hilera de zarzales y árboles vivientes para que formaran una barrera ante él. Volvió a recurrir a la Sierpe Dragón, pero los ataques de ésta fueron contestados con ofensivas de fuego que hicieron arder los bosques de Garth. La Sierpe Dragón fue destruida por un elemental oscuro, al que Garth destruyó invocando a su vez otro elemental que lo aniquiló.

Gilganorin avanzó lentamente y fue distrayendo a Garth con ataques menores de insectos, lobos y no muertos. Garth bloqueó cada ataque y empleó la misma táctica de ofensiva, recurriendo a criaturas cuya invocación exigía poco maná mientras iba acumulando poder para asestar un golpe de gracia. Se dio cuenta de que estaba imponiéndose poco a poco, ya que Gilganorin se veía obligado a gastar su mana en bloquear a las criaturas que le asaltaban, hasta que no le quedó más remedio que recurrir a pantallas protectoras para desviar ataques que podrían haberle causado graves daños.

Y de repente Gilganorin asombró a Garth dejando de luchar y extendiendo las manos con las palmas hacia el suelo en el gesto de rendición. Garth detuvo su ataque, haciendo que sus elementales volvieran a la nada de la que habían sido conjurados. Después

extendió la mano izquierda con la palma hacia abajo como señal de que aceptaba la rendición mientras alzaba la derecha como gesto de victoria.

La multitud dejó escapar un jadeo de asombro. En tiempos pasados ese acto significaba el final de un combate, pues indicaba que uno de los dos contrincantes sabía que había sido vencido y que no le serviría de nada seguir luchando; pero se suponía que Garth y Gilganorin estaban librando un combate a muerte.

--¡No he pedido un combate a muerte! --gritó Garth--. Acepto tu rendición. Puedes conservar tus hechizos.

Gilganorin se inclinó ante él y giró sobre sí mismo para volver a su sitio... y dejó de existir. Un cilindro de negrura surgió de la nada y envolvió su cuerpo. Una fina llovizna de sangre salió despedida en todas direcciones y el cilindro de oscuridad se esfumó tan deprisa como había aparecido. Lo único que quedaba de Gilganorin era una mancha de sangre que ya empezaba a ser absorbida por la arena.

--Cuando digo «a muerte», hay que luchar a muerte --dijo secamente el Caminante con visible irritación, y volvió a concentrar su atención en la mujer con la que se había estado divirtiendo mientras se libraba el combate.

Un grito ahogado brotó de la multitud, gran parte del populacho se sintió afrentado pues Gilganorin era un viejo favorito del Festival, que llevaba décadas alcanzando las últimas rondas, y que además era famoso por gastar el dinero que ganaba invitando a beber a sus partidarios durante varias semanas después de terminado el Festival.

El Caminante se enfadó ante las protestas, dio la espalda a su diversión y movió una mano. Sobre la arena se formó una nube y la multitud se calló, no muy segura de lo que iba a suceder. Después de todo, no había que olvidar que se trataba del Caminante; y que podía matar a millares de espectadores sin apenas esfuerzo. La nube se oscureció y descargó un diluvio de abalorios de plata sobre el estadio. El populacho se agitó y se debatió para hacerse con ellos, pero ni siquiera había gratitud. La inesperada lluvia de regalos era meramente dinero al que había que echar mano, y nada más que eso.

El Caminante se reclinó en su trono y contempló a la multitud.

--¿Qué les ocurre a esos bastardos? --preguntó mientras bajaba la mirada hacia Zarel.

--Acabáis de matar a uno de sus favoritos.

--¿Y qué? Me desobedeció.

--Puede que ellos no lo vean de la misma manera.

--Supón que hago arder la ciudad como réplica.

--Eso os causaría un perjuicio, mi señor, pues sin campesinos ni populacho el maná de estas tierras se resentiría, y el tributo del año próximo no sería tan grande.

--Malditos sean... --siseó el Caminante.

Se volvió hacia la mujer, que seguía esperando sus atenciones, y la señaló con la mano mientras lanzaba un juramento irritado. El cuerpo joven se marchitó en un instante, convirtiéndose en un montón de fláccidos pliegues de carne leprosa colgando sobre los huesos, y el rostro se distorsionó en una máscara obscena repleta de llagas. La mujer empezó a lanzar chillidos histéricos. El Caminante la apartó mientras reía a carcajadas, y la mujer rodó por los escalones del trono hasta llegar al suelo de la arena, donde siguió con sus gemidos lastimeros hasta que el irritado Caminante volvió a señalarla con la mano. La mujer se derritió y quedó convertida en una burbujeante masa de carne. La multitud había estado contemplándolo todo en silencio, y cuando el Caminante se volvió hacia los graderíos torció el gesto al ver que los espectadores no percibían el sutil humor que había en sus acciones.

Extendió el brazo hacia otra muchacha y la llamó con un lánguido movimiento de la mano. La muchacha empezó a subir los escalones sin poder reprimir los estremecimientos que recorrían su cuerpo.

--Bien, disfrutemos del último combate --dijo el Caminante--. Eso debería de gustarles, ¿no?

--Es hora de comer, mi señor.

--Que luchen primero, y ya comeremos después.

Garth, que se había acostado bajo la sombra del muro de la arena, se removió y alzó la mirada. Se irguió y entrecerró los párpados para proteger su ojo del deslumbrante sol de mediodía. Un silencio extraño reinaba en la arena mientras el tablero anunciaba que Garth se enfrentaría a Varena. Se volvió hacia los graderíos al oír como los espectadores discutían la veracidad de un rumor sobre que habían sido amantes.

Se volvió hacia Norreen, que estaba sentada con la espalda apoyada en el muro y afilaba impasiblemente su espada con una piedra de amolar.

--Oye, ya te lo he dicho antes --suspiró Garth--. Varena no significa nada para mí.

--En el sitio del que vengo, escogemos pareja y nos mantenemos fieles a ella hasta que llega la rotación de castas y la persona elegida

queda por encima o por debajo de nosotros --replicó Norreen--. Quebrantar esa regla supone exponerse a la venganza de tu pareja y de su familia.

--Aún no hemos formado pareja permanente, por usar tus mismas palabras, así que ninguna ley ha sido quebrantada.

--Deseabas hacer el amor conmigo, ¿verdad?

--El deseo y el llegar a convertirlo en realidad son cosas bien distintas.

--Pero una cosa lleva a la otra.

--¿Y tú? ¿Me deseabas?

Norreen deslizó su hoja sobre la piedra de amolar con un ademán salvaje y alzó la mirada hacia Garth.

--Ahora ya es demasiado tarde, tuerto.

--Tendrías que haberle dejado atado en aquella habitación --intervino Hammen--, y haber aprovechado para hacer lo que te diera la gana con él.

--Y ahora tú estarías muerto --replicó Garth.

--Tal vez no. Recuerda que era el primer luchador de Oor-tael.

--Ya hace veinte años de eso. Creo que estás un poquito oxidado, Hammen...

--Muchas gracias por ese voto de confianza.

Una trompeta hizo vibrar el aire y la multitud, que había estado contemplando al Caminante sumida en un hosco silencio, se removió lentamente en sus asientos.

Hammen se volvió hacia el tablero.

--Están colocando el anuncio --dijo.

--¡El último combate! --proclamó la voz del Caminante, retumbando por toda la arena--. Garth de Oor-tael y Varena de Fentesk... Acercaos al trono.

Garth se levantó y se puso bien la bolsa, que estaba muy abultada por todos los trofeos que había obtenido. Después bajó la mirada hacia Norreen.

--Será mejor que te quedes aquí. Según el ritual, sólo el luchador y su sirviente pueden aproximarse al trono. Si atraes la atención del Caminante... Bueno, me temo que podrías pasarlo muy mal.

Norreen asintió con una lenta inclinación de cabeza.

--Me gustaría pensar que tienes algún plan para salir bien librado de todo esto, y que tal vez volvamos a vernos algún día --murmuró.

Garth dejó escapar una risita ahogada.

--¡Vaya, por fin una admisión de afecto! --exclamó.

Norreen se puso en pie dejando que su espada cayera al suelo. Después extendió las manos hacia Garth, le abrazó con todas sus fuerzas y le besó con pasión enloquecida. La multitud, que se había inclinando sobre el muro para tratar de escuchar y ver lo que ocurría, prorrumpió en vítores y aclamaciones.

Norreen rompió su abrazo y retrocedió.

--Oh, maldito seas... ¡Mira lo que me has obligado a hacer! He infringido las reglas de casta --murmuró, haciendo un esfuerzo para que no se le quebrara la voz.

--Cuando todo haya acabado, no te separes de Hammen. Asegúrate de que ese viejo carcamal sale vivo de la arena, ¿entendido? Te estoy pidiendo que lleves su escudo.

--¡Maldición! Eso es sólo para la realeza --bufó Hammen.

Garth sonrió, giró sobre sí mismo y entró en la arena. Mientras cruzaba el suelo de tierra apisonada con Hammen caminando junto a él, la multitud se puso en pie y empezó a aplaudir. Garth lo agradeció agitando la mano de un lado a otro. Dio un rodeo para evitar la grieta del combate anterior, que estaba siendo rellenada con carros de tierra remolcados por media docena de mamuts.

Al ver a Varena aproximándose desde el otro extremo de la arena, dio la espalda al trono y fue hacia ella.

Varena le miró y sonrió.

--Sabes que lucharé para ganar, ¿no? --preguntó--. Tengo que hacerlo.

--¿Tienes alguna idea de por qué estás luchando en realidad? --replicó Garth en voz baja y suave mientras empezaba a caminar junto a ella.

--Lucho porque he sido adiestrada para ello y porque llevo toda mi vida esperando este momento.

--¿Y después de eso?

--Para servir al Caminante en otros mundos, para que los misterios me sean revelados y para saltar de un mundo a otro como una diosa junto a él.

Garth meneó la cabeza, visiblemente entristecido.

--¿Y vas a matarme por eso? --preguntó.

Varena le miró y sonrió.

--¿Acaso no es lo que tú pretendes hacer conmigo? --replicó--. Ya viste lo que le ocurrió a Gilganorin... No podemos echarnos atrás, Garth. Sólo uno de nosotros puede ir con el Caminante, y lamento que deba hacerte esto precisamente a ti.

--No escojas a tus amistades entre los luchadores, luchadora --replicó Garth sin inmutarse.

Varena sonrió melancólicamente y no dijo nada.

Llegaron al trono, y los dos se detuvieron en silencio delante de él mientras sus sirvientes se colocaban allí donde empezaba el círculo dorado.

El Caminante, que estaba mordisqueando una pata de cochinillo asado, bajó la mirada hacia ellos y les sonrió.

--Bien, ¿qué va a ser? --preguntó.

Ninguno de los dos respondió.

--Verás, Garth, la verdad es que todo esto resulta bastante divertido... --siguió diciendo el Caminante--. Creo que sientes algo por esta mujer, y que ella también siente algo por ti. ¡Y sin embargo los dos estáis dispuestos a sacrificar vuestros sentimientos para servirme y poder conocer los misterios finales!

--¿Estarías dispuesto a compartir esos misterios ahora, y ahorrarnos así la molestia de un combate? --preguntó Garth.

El Caminante sonrió y dejó escapar una suave carcajada.

--A muerte --murmuró por fin--, y la respuesta a todos los enigmas para quien venza.

Movió una mano indicándoles que ya podían irse, y mientras se daba la vuelta Garth vio el brillo helado de satisfacción que iluminaba los ojos de Zarel.

--Perderás ocurra lo que ocurra --le susurró Zarel.

--Tal vez seas tú quien pierda --replicó secamente Garth.

Garth se volvió hacia Varena y sonrió.

--Lo siento --dijo.

Después giró sobre sus talones y volvió a cruzar la arena en dirección a su rincón neutral.

Los espectadores se habían puesto en pie y permanecían en silencio, conteniendo el aliento al ver cómo se aproximaba el clímax del Festival.

Garth llegó al cuadrado neutral y se volvió hacia Hammen.

--Después todo irá muy deprisa. Creo que se marchará enseguida --le dijo--. He captado algo, como si estuviera bajo alguna clase de presión...

Hammen asintió.

--Sí, hay algo que no encaja --murmuró--. Normalmente se comporta como un bufón. Come, apuesta, se divierte con las mujeres... Hoy no parece el Caminante de siempre.

--Sí, es posible... Bueno, creo que ya sabes lo que quiero que hagas, ¿no?

Garth metió la mano en su bolsa, sacó un paquetito y se lo arrojó a Hammen.

Hammen entró en el cuadrado neutral, extendió los brazos y puso las manos sobre los hombros de Garth.

--Galin... Todos estos años creí que habías muerto --dijo, y se le quebró la voz--. Recuerdo el día de tu nacimiento, con tu padre llevándote en brazos con aquella expresión de orgullo en la cara. Recuerdo el día en que nos llamó para que viéramos cómo dabas tus primeros pasos, y aquel día en que nos reímos tanto cuando utilizaste el maná por primera vez y te quemaste los deditos, te echaste a llorar y volviste a intentarlo enseguida...

--Eh, no te pongas sentimental ahora --dijo Garth.

--Si hubiera sabido que estabas vivo entre las llamas, habría vuelto a buscarte.

--No me habrías encontrado --murmuró Garth--. Antes de morir, mi padre utilizó los restos de su poder para enviarnos a mi madre y a mí lejos de allí. No me habrías encontrado a menos que yo lo hubiese querido, y no quedé en libertad de hacer lo que mi madre me había prohibido hasta que murió.

Garth permaneció en silencio unos momentos antes de seguir hablando.

--Quería vengarme, y eso voy a hacer --dijo por fin.

Sus rasgos estaban rígidos e inexpresivos, como si su rostro se hubiese convertido en una máscara de hielo. Garth apartó las manos de Hammen de sus hombros.

--Cuídate, Hadin gar Kan --murmuró.

--Que el Eterno sea contigo, Galin.

La trompeta sonó un instante después y Garth giró sobre sí mismo. Llenó de calma el centro de su ser hasta que tuvo la sensación de estar flotando a la deriva por otro mundo.

--¡Luchad!

Las palabras llegaron como un susurro en el viento, y los gritos de la multitud eran como un murmullo fantasmagórico que flotaba a la deriva sobre un mar congelado.

Garth salió del rincón neutral. El maná fluyó hacia él, envolviéndole en el poder de tierras lejanas con las que estaba vinculado a través de los paquetitos de seda que llevaba en su bolsa, el poder de las montañas y las islas que se encontraban al otro lado

de los Grandes Mares, las llanuras, los bosques, y los pantanos.

Esperó, mientras contenía parte del poder para evitar que le llegara demasiado de golpe, y aguardó a que Varena hiciera su primer movimiento. Podía percibir como ella también estaba acumulándolo en grandes reservas..., y de repente Garth movió la mano y lanzó un conjuro de destrucción, el Armagedón destruyó todo el maná que habían acumulado los dos. Garth percibió el sobresalto de Varena por la sorpresa, pero su confusión desapareció casi enseguida. Garth volvió a formar sus poderes lo más rápidamente posible, permitió que la fuerza recorriese todo su ser y ascendiera surgiendo de él, y lanzó un ataque. Empleó el cetro disruptor, que mermó poder a Varena. Después recurrió a otro raro artefacto que le permitiría de controlar todavía más poder del que un luchador podía manipular en circunstancias normales. Gastó parte de ese poder y, proyectando su mente durante un momento, pudo leer los pensamientos de Varena y supo lo que planeaba hacer. Eso permitió a Garth anular el hechizo de Varena antes incluso de que terminara de lanzarlo, y un muro de espadas envueltas en llamas que se derrumbó sobre la arena, donde se derritieron.

Varena prosiguió su ofensiva con una lluvia de fuego, que Garth extinguió invocando una gran ola oceánica que avanzó como una muralla. Pero la masa de océano se precipitó por una grieta que Varena abrió en el suelo de la arena. Garth respondió enviando criaturas que volaron por encima de la grieta. Una forma de otro mundo surgió de los abismos, una hidra, que con sus muchas cabezas acabó con los atacantes enviados por Garth tan deprisa como iban llegando. Garth se sirvió de un muro de espadas para intentar decapitar de golpe a la hidra. Las hojas entraron en acción, pero solo consiguió que bestia desarrollara el doble de cabezas que antes. La hidra salió de la grieta y avanzó lentamente hacia Garth.

La multitud acogió aquel raro prodigio con una nueva oleada de vítores y aclamaciones.

Garth contempló la aproximación de la hidra durante un momento, luego hizo una invocación y bajó la cabeza desviando la mirada... ante él apareció la silueta encorvada de una mujer cubierta de la cabeza a los pies por una larga capa. Risas de perplejidad surgieron de los graderíos ante una defensa tan sorprendente. Garth extendió las manos y arrancó la capa que cubría a la anciana sin mirarla en ningún momento.

La Medusa se irguió con un grito triunfal, y las víboras que eran su

cabellera sisearon y ondularon de un lado a otro. Las cabezas de la hidra se alzaron ante la nueva amenaza sobrenatural, y un coro de gritos brotó de ellas un instante antes de que tanto las cabezas como el cuerpo de la hidra quedaran petrificados.

La Medusa dejó escapar una carcajada helada y se giró hacia Garth, quien volvió a arrojar la capa sobre la cabeza de la criatura, manteniendo la mirada desviada de ella. Después metió la mano en un bolsillo, y extrajo un espejito circular que alzó ante su rostro mientras la Medusa apartaba la capa de un manotazo y se disponía a atacarle; pero el ver su imagen reflejada hizo que lanzara un grito angustiado, y un instante después también ella se había convertido en piedra.

La multitud que había presenciado aquel contraataque tan inusual, más allá del alcance de los horrendos poderes de la Medusa, prorrumpió en aplausos de entusiástica apreciación ante el ingenio empleado por Garth al controlar un hechizo que resultaba tan peligroso para el rival como para su dueño.

Varena había consumido gran parte de su poder al invocar a la hidra. Contempló ahora como Garth cogía impulso corriendo hacia la grieta y saltaba por encima hasta aterrizar de este lado del campo de combate.

Garth, a la vez que acumulaba más reservas de poder, recurrió a unos simples hechizos defensivos para desviar los débiles ataques que Varena lanzó contra él en un intento de frenarle. Un momento después Garth se llevó la sorpresa de ver cómo Varena también utilizaba un conjuro de destrucción que acabó con el maná de ambos al mismo tiempo, y continuó atacando con una ráfaga psíquica que le causó cierto daño, pero que dejó mucho más malparado a Garth que a ella. El terrible impacto hizo que Garth retrocediera tambaleándose, y poco le faltó para caerse al interior de la grieta. Garth erigió un círculo de protección para bloquear los ataques de Varena, y después actuó para disipar los daños que había sufrido.

Varena volvió a atacar, pero esta vez Garth estaba preparado e invirtió el hechizo devolviéndolo hacia ella. Varena cayó de rodillas.

Garth reanudó su avance y empezó a envolverla con un muro de zarzales y espinos. Varena los derribó con chorros de llamas, pero Garth ya había invocado a varias criaturas arbóreas esperando detrás de ellos. Los árboles vivientes avanzaron hacia Varena con su lento y pesado caminar. Varena corrió de un lado a otro intentando esquivar sus golpes, pero uno de ellos logró agarrarla por una pierna y la alzó en vilo.

Apareció un gigante, invocado por Varena, y descargó su hacha sobre el árbol que la había capturado. Después se volvió para enfrentarse a los otros, y las criaturas arbóreas respondieron con una profusión de brotes y raíces que se enroscaron alrededor de los brazos y las piernas del gigante. El gigante dejó escapar un salvaje alarido de furia y siguió lanzando golpes potentísimos. Garth se apresuró a sustituir los árboles animados que caían abatidos.

La multitud estaba fascinada ante aquel espectáculo y vitoreaba primero al gigante y luego a los árboles mientras uno y otros libraban una encarnizada batalla entre una montaña cada vez más grande de astillas y miembros vegetales destrozados.

Varena se fue recuperando y, apartándose de la terrible contienda, conjuró rayos para que cayeran del cielo y prendieran fuego a los árboles vivientes. Las criaturas arbóreas lanzaron aullidos de ira cuando sus ramas empezaron a arder, y la repentina conflagración no tardó en hacer que toda la arena se llenara de humo.

Después Garth creó una tempestad de hielo y lluvia para apagar los fuegos y a continuación también él invocó a un gigante, y las dos criaturas se enfrentaron en una implacable batalla entre las nubes de humo y vapor.

De repente Garth sintió un doloroso aguijonazo en la nuca y giró sobre sí mismo para encontrarse con un enjambre de avispas, mágicamente agigantas, alguna de ellas casi tan grande como un puño. Los insectos se lanzaron sobre su cara hundiendo en ella sus aguijones. El dolor era tan grande que Garth perdió el control de sí mismo y empezó a mascullar maldiciones mientras su rostro se hinchaba rápidamente a causa del veneno. El ataque le había pillado desprevenido, y Garth perdió la concentración. El veneno empezó a extenderse por sus venas, haciendo que se sintiera débil y mareado. Garth cayó de rodillas y se protegió el rostro con las manos. Los aguijonazos que recibía eran tan profundos que sus manos y brazos quedaron empapados de sangre. Garth logró concentrar algo de energía e invocó a unas diminutas hadas, que se enfrentaron a las avispas blandiendo sus lanzas en un feroz combate. Garth rodó sobre sí mismo hasta salir de debajo de la nube de cuerpos voladores, se puso de rodillas y apartó las manos de su cara.

Estaba ciego. Sus párpados se hallaban tan hinchados que no podía ver nada, pero sus sentidos mágicos le indicaron que Varena corría hacia él con la daga levantada para asestar el golpe final. Garth hizo acopio del poco poder que conservaba y erigió un muro de piedra,

sabiendo que solo detendría a Varena un momento. Después se puso en pie y recurrió al único hechizo que había estado manteniendo en reserva.

Todo el poder que controlaba Varena quedó instantáneamente en manos de Garth. Fue un revés tan inesperado que Varena se tambaleó, y Garth pudo oír el grito de frustración que escapó de sus labios, al verse despojada de toda la magia que podía controlar en aquel momento.

Había llegado el momento de poner fin al combate, y Garth empleó el hechizo que había tomado de la bolsa de Naru el día anterior. Una nube negra surgió de la nada, arremolinándose delante de él, y una silueta gigantesca emergió de ella. La aparición se desplazaba sobre enormes ruedas, de dos veces la altura de un hombre, protegidas por llantas de hierro negro tan gruesas como una mano. El enorme Juggernaut avanzó lentamente y se abrió paso a través del muro de protección que Varena había alzado para frenarlo. Con los escasos restos de poder que le quedaban, Varena los concentró sobre el propio Juggernaut, en un desesperado intento de quebrarlo. La gigantesca estructura tembló y se detuvo tras estallar una explosión en su interior, luego quedó envuelta en una nube de humo rojizo y llamas.

Fue entonces cuando Garth lanzó todo su poder contra Varena, haciéndola tambalearse bajo los repetidos impactos de varias ráfagas psiónicas que, aun debilitándole, causaron daños mucho más devastadores a Varena. El tercer impacto fue tan terrible que salió despedida por los aires, y quedó inmóvil al golpear el suelo.

Garth fue lentamente hacia ella, haciéndose a un lado para esquivar la mole del Juggernaut que se desplomó con un rugido explosivo tan ensordecedor que casi consiguió ahogar los alaridos de la multitud.

Bajó la mirada hacia Varena y contempló sus rasgos pálidos y agotados en los que apenas quedaba una leve chispa de vida.

--¡Acaba con ella!

Garth levantó la mirada hacia el Caminante.

--¡Acaba con ella o muere!

Garth alzó la mano y señaló a Varena con un dedo. Una ráfaga psiónica se estrelló contra su cuerpo y un estremecimiento convulsivo recorrió a Varena desde la cabeza hasta los pies, expulsando el último hálito de su alma de sus restos mortales.

Garth bajó la cabeza, giró sobre sí mismo y después volvió a alzar

la vista hacia el Caminante para lanzarle el desafío helado de su mirada.

--Soy vuestro fiel sirviente, mi señor.

_____ 15 _____

El Caminante bajó la mirada hacia Garth, sonrió y volvió su atención hacia Zarel.

--Me marcho --susurró su voz.

Zarel, visiblemente sorprendido, alzó la mirada hacia el Caminante, que se había puesto en pie, y le contempló sin poder disimular el alivio que sentía.

--¿No volveréis al trono para seguir disfrutando de las diversiones y placeres, mi señor? --preguntó.

--Quizá regrese después de que me haya ocupado de él --dijo el Caminante, y movió la cabeza señalando a Garth--. También volveré para revisar tu gobierno sobre este Plano, y espero por tu bien que todo esté en orden.

El Caminante se volvió hacia la mujer desnuda reclinada sobre el diván de seda. Podía ver el terror en sus ojos. Alzó la mano, y los rasgos de la mujer palidecieron a pesar de su intento de lanzarle una mirada lo más seductora posible. El Caminante chasqueó los dedos. Un diamante magníficamente tallado del tamaño de una pequeña nuez apareció entre su pulgar e índice, y lo arrojó entre los pechos de la mujer. Bajó los peldaños de la plataforma del trono mientras apuraba su copa y luego la arrojó a un lado. Después fue hacia Garth.

--Bien, tuerto... Has vencido --dijo.

Garth no dijo nada, y clavó la mirada en el rostro del Caminante.

--Eso significa que te has convertido en mi sirviente de este año --siguió diciendo el Caminante--. Ven conmigo y te mostraré todo cuanto deseas y mereces conocer.

El Caminante giró sobre sí mismo y empezó a cruzar la arena.

--Proclamo a Garth, al que llamáis el Tuerto, vencedor de este Festival.

Hubo una ondulación de vítores y aclamaciones, pero la mayoría de espectadores permanecieron en silencio. El Caminante frunció el ceño y se volvió hacia Garth.

--Creo que tu victoria no les ha complacido demasiado --dijo.

--Quizá sean otras cosas las que no les gustan, mi señor --replicó Garth en voz baja y suave.

El Caminante miró hacia Varena, cuyo cuerpo estaba siendo sacado a rastras de la arena por su sirviente y Hammen.

--Deberías reclamar su bolsa. Tienes el derecho a hacerlo.

--Sospecho que no voy a necesitarla allí donde iré.

El Caminante dejó escapar una risita ahogada y asintió.
Bajó la mirada hacia los dos monjes arrodillados junto al círculo que sostenían una gran saca de seda que contenía el tributo de maná. La bolsa parecía palpitar con una deslumbrante irradiación luminosa. Kuthuman alargó codiciosamente las manos hacia ella, la cogió y se volvió hacia Zarel.
--Sospecho que no hay tanto como esperaba --murmuró.
Zarel inclinó la cabeza y no dijo nada.
--Si es así, no tardaré mucho en volver --siguió diciendo el Caminante.
--¿Por qué no averiguarlo ahora? --preguntó Garth.
Kuthuman se volvió hacia él, y una sombra de preocupación ensombreció sus rasgos durante un momento.
--Más tarde --dijo, pronunciando aquellas dos palabras en un tono helado mientras se volvía nuevamente hacia Zarel, quien mirando fijamente a Garth con un odio nada disimulado--. Es hora de irse --anunció después, y clavó su gélida mirada en Garth--. Esto va a resultar muy divertido... --murmuró.
El Caminante alzó las manos.
Garth sintió como si acabaran de colocar una cortina a su alrededor, y el mundo que había más allá de ella se convirtió en una sombra borrosa medio oculta entre neblinas. Los sonidos quedaron distorsionados, como si la multitud estuviera gritando desde el fondo de una gigantesca caverna subterránea. El mundo se oscureció. Alzó la mirada y vio que el sol, que había estado ardiendo con un resplandor llameante sobre su cabeza, se había convertido en un círculo rojo oscuro. El cielo se ennegreció rápidamente y la noche se fue extendiendo por él.
Y un instante después sintió que caía. Notó un repentino vacío en el estómago y tuvo que reprimir el impulso de lanzar un grito de pavor. Durante un momento se preguntó si estaría muerto. El suelo ya no se hallaba debajo de sus pies, pero no podía oír el siseo del viento y no había ninguna sensación de estar volando. La sombra opaca pareció espesarse a su alrededor, y todo se volvió más oscuro. Garth volvió a alzar la mirada hacia el sol, y vio que había desaparecido. Un angosto cono de cegadora claridad púrpura del que escapaban deslumbrantes trazos de luz flotaba sobre su cabeza, y sin embargo Garth tuvo la extraña sensación de que en realidad no podía ver la luz y de que se limitaba a percibirla con otro sentido que no era la vista. Quería extender las manos hacia aquellas luces y tocarlas, pero sabía que se

encontraban demasiado lejos. Bajó la vista hacia sus pies. Un disco rojo oscuro se estaba empequeñeciendo a gran velocidad por debajo de él, y Garth vio cómo se iba encogiendo hasta convertirse en un puntito luminoso, y las luces que desfilaban velozmente junto a él pasaron en un instante del púrpura al rojo y desaparecieron.

Garth se sintió invadido por una oleada de poder, y un nuevo deleite de una intensidad que jamás había podido imaginar se adueñó de él. Era como si el universo infinito hubiera quedado reducido a un juguete que reposaba en la palma de su mano. Disfrutó de aquel poder y se entregó a él, y permitió que fuese recorriendo toda su alma. El tiempo perdió todo sentido o significado, y Garth ya no estuvo seguro de si sólo había transcurrido un instante o varios eones.

--Ahora conoces el poder del infinito --le susurró una voz.

Garth tomó consciencia de que no estaba solo, de que había una presencia junto a él. Era oscura e imponente, pero en aquel momento casi pudo percibir una benigna diversión, como si el Caminante fuese un afable anciano que mostraba nuevos prodigios a un niño.

--El poder que puedes controlar no es nada comparado con lo que soy --dijo el Caminante.

La luz que brillaba delante de él volvió a cambiar pasando del púrpura a la gama de los azules y los verdes, y desplegó una variedad infinita de un millón de matices. Garth tenía la sensación de estar avanzando a toda velocidad hacia el corazón de un sol que estuviera estallando en un sinfín de arcos iris de fuego.

Era como si pudiera extender las manos y hacer que los soles salieran despedidos de sus rumbos con un leve empujón de un dedo, como si las palmas de sus manos pudieran dar forma a los mundos y su aliento fuese capaz de hacer girar el firmamento. Se sentía como si se hubiera convertido en un dios, y el poder que acompañaba a aquella nueva sensación era capaz de consumirlo todo y se infiltraba en su alma con una fuerza terriblemente seductora.

Rió, y su voz creó ecos que resonaron en la noche.

La sensación de estar cayendo desapareció, y Garth sintió una repentina presión en las plantas de los pies. Al principio todo estaba muy oscuro, pero una luz caliginosa fue apareciendo poco a poco y Garth quedó envuelto en una difusa claridad, como si estuviera contemplando el sol desde las profundidades del mar. La luz giró y centelleó, y acabó cobrando forma.

Se encontraba en un bosquecillo lleno de frescor y sombras, y los árboles que se alzaban a su alrededor extendían sus troncos hacia un

cielo de un azul cristalino salpicado de nubecillas blancas que flotaban a la deriva por él. El aire estaba impregnado por los perfumes de las flores de primavera.

Pájaros tropicales en cuyo plumaje brillaban el rojo, el verde, el amarillo y un blanco tan impoluto que casi cegaba revoloteaban velozmente de un lado a otro, y sus canciones lo envolvían todo en ecos que parecían surgir de un coro celestial.

Garth giró sobre sí mismo y sonrió mientras los contemplaba.

--Es como el paraíso --murmuró, y se sorprendió ante el temblor de su voz y la lágrima que le cegó de repente.

Y el recuerdo surgió con increíble claridad. Era cálido y suave, y estaba impregnado por la delicada luz de la infancia. Estaba en el jardín del palacio de invierno de su padre, allá en las lejanas tierras del sur. Miró a su alrededor y vio uno de sus juguetes favoritos sobre la hierba, un caballo balancín encima del que pasaba horas mientras soñaba con cargas heroicas llenas de gloria. Junto a él había un mamut de suave peluche que había perdido el colmillo derecho y cuyos flancos estaban llenos de los pequeños nudos que sus deditos habían ido creando al retorcer y entrelazar el pelaje.

«Es un sueño...»

Pero no lo era. Se arrodilló sobre la hierba y extendió la mano, y sus dedos rozaron el caballito e hicieron que se balanceara lentamente hacia atrás y hacia adelante.

Y entonces oyó una risa suave, un sonido maravillosamente cálido y lleno de amor.

--Papá...

Se puso en pie y miró a su alrededor con nerviosa expectación. Una sombra se movió detrás de unos matorrales repletos de enormes flores amarillas y anaranjadas.

Y durante un momento sintió como si los años se hubieran esfumado, como si nunca hubieran transcurrido.

«Puedo ver. ¡Puedo ver con los dos ojos!»

Avanzó como en un sueño, corriendo sobre piernas repentinamente acortadas y rió, y su voz estridente hizo vibrar el aire con sus chillidos de placer.

Volvió a oír aquella risa maravillosa.

--Ven, Galin... Mamá te está esperando.

La sombra surgió de entre los matorrales y los troncos. Era un hombre alto y pelirrojo de barba y bigote recortados. Su frente estaba ceñida por una diadema de turquesas, y llevaba una holgada túnica

con delicados bordados azules.

--¡Papá!

Corrió alrededor de una fuente cuyos bailaban y caían con un alegre chapoteo. Una suave brisa hizo temblar los chorros y le roció con una fina niebla de agua, y su frescor y los destellos de luz que flotaban en ella hicieron que riese de puro placer.

Alzó las manos hacia su rostro para secarse los ojos.

Y su mano encontró el parche que tapaba el agujero en el que había estado su ojo izquierdo.

Apartó la mano sintiéndose perplejo, y todo en torno a él se fue desvaneciendo. El jardín dejó de existir con una última ondulación, y durante un fugaz instante le pareció estar viendo a su padre inmóvil delante de él, con las manos extendidas y sus ojos llenos de tristeza y amor clavados en su rostro. La imagen se alejaba rápidamente como si estuviera precipitándose por un túnel muy largo lleno de negrura, y echó a correr hacia ella mientras extendía los brazos para que no se le escapara.

--¿Papá?

La imagen se detuvo durante un momento. Los ojos llenos de tristeza seguían clavados en su rostro y una mano se extendía hacia él como si le llamara, y dio un paso hacia ella.

«¡No! Está muerto, fue asesinado...»

La imagen se desvaneció y Garth giró sobre sí mismo mientras las lágrimas se deslizaban por su rostro. Volvió a alzar la mirada.

Estaba inmóvil en una llanura llena de sombras que se extendía interminablemente hasta perderse en la eternidad. No había ningún sol brillando en el cielo, y el mundo parecía estar iluminado por una enfermiza claridad cuyo origen no podía ser detectado. Nubes color verde oscuro que se movían con una rapidez imposible se agitaban y temblaban sobre su cabeza. El viento era húmedo y frío, y estaba saturado por un humo acre en el que se agazapaba la pestilencia de la podredumbre. Una oscuridad ondulante y a medio formar se agitaba ante él, una masa de penumbra y tinieblas tan impalpable como la niebla. La masa se movió de repente y una túnica negra aleteó en la brisa, y Garth entrevió un rostro tan delgado y anguloso que parecía una calavera. La visión sólo duró un instante, pero bastó para que sintiera cómo se le helaba la sangre en las venas.

La silueta oscura se fue acercando lentamente.

--Quería evitar que sufrieras y hacértelo lo más fácil posible --susurró una voz--. Habrías muerto creyendo que abrazabas a tu

padre.

--Así que ésta es la recompensa por vencer --replicó Garth en voz baja y suave.

--Lo sabías desde el principio, ¿verdad?

Garth asintió.

El Caminante dejó escapar una risita ahogada.

--Me interesas, Garth... ¿O debo llamarte Galin?

--Llámame Garth. Galin murió hace mucho tiempo.

--Lástima... No te he olvidado. Eras listo y ardías en deseos de aprender, y fuiste capaz de usar el maná prácticamente desde el día en que naciste. Ah, sí, llevas una sangre magnífica en las venas...

--Hubo un tiempo en el que mi padre y tú erais amigos. En una ocasión te salvó la vida.

La sombra asintió.

--Cuando todo era joven, cierto... --murmuró Kuthuman--. Y por eso quería que tuvieras una muerte lo más dulce posible, en memoria de una amistad que existió en otra era.

Kuthuman suspiró, y había un cansancio infinito en su voz.

--Pero por desgracia eres demasiado fuerte, y fuiste capaz de descubrir el espejismo.

Garth no dijo nada. El poder del espejismo había sido tan inmenso que aún sentía deseos de llorar, y jamás admitiría que hubo un momento en el que se había dejado engañar por completo.

--Matas a todos los vencedores del Festival, ¿verdad?

--¿Albergas la esperanza de que haga una excepción contigo, tal vez?

--No. Te conozco lo suficiente como para no esperar algo así... Y además, hay demasiadas cuentas pendientes entre nosotros.

La sombra suspiró, y Garth se sorprendió al ver que se sentaba ante él.

--Sólo puede haber un final para ti, pero no tiene por qué llegar ahora mismo. Siéntate. Debes de estar muy cansado.

Garth titubeó.

--Oh, no temas: nada de trucos, ¿de acuerdo? Ahora que lo sabes... Bien, eres el hijo de un amigo y te debo una explicación. Además, será un placer poder hablar como lo hacía en el pasado, sin miedo abyecto y sin mentiras. Cuando te llegue el fin, permitiré que te enfrentes a él como un hombre y con un arma en la mano. Tienes derecho a ello.

Garth se sentó sobre aquel suelo helado.

La sombra suspiró.
--Siempre mato al vencedor del Festival.
--Quieres eliminar posibles competidores futuros.
--Por supuesto. Esos pobres estúpidos que compiten con tanto entusiasmo ya tendría que haberlo adivinado a estas alturas, ¿verdad? En tu mundo, que en tiempos fue mi único reino, el maná es escaso... Va emanando lentamente de las tierras después de haber sido creado por la fuerza vital de cada criatura existente, y después es domesticado por los pocos que han nacido con el don de percibirlo y utilizarlo. Necesité una gran cantidad de maná para derribar las barreras entre los mundos y caminar por ellos como un semidiós. Hace falta el tributo de muchos mundos para que mi poder se mantenga y continúe creciendo. El poder de un Caminante se sostiene sobre eso. Si permitiera que otros obtuvieran acceso, se convertirían en una amenaza a medida que fueran volviéndose más poderosos.
--Y lo que haces es estrangularles en la cuna. Dejas que seleccionemos al mas fuerte, aquel que podría llegar a convertirse en la próxima amenaza. Después te lo llevas y acabas con él.
La sombra asintió.
--Verdaderamente lamentable, ¿verdad? --murmuró, como si las oscuras necesidades de la realidad le resultasen muy desagradables--. Si no lo hiciese, llegaría un día en el que otros conseguirían acumular maná suficiente para atravesar el velo entre los mundos. Y si lo hicieran, ¿qué ocurriría entonces? Pues que habría una contienda más en un universo que ya está lleno de ellas...
--Sabes que Zarel está acumulando el maná..., tu maná..., para intentarlo, ¿verdad?
--Vaya, vaya... ¿Te dedicas a difundir rumores?
Garth sonrió.
--Tengo un motivo para hacerlo.
--¿Volverme contra mi sirviente?
--Tal vez.
La sombra se rió.
--Zarel es ambicioso, desde luego, y lo he sabido desde el principio. Es tan ambicioso que estuvo dispuesto a ayudarme a matar a tu padre no por lealtad a mí, sino sencillamente para quitarme de en medio, sabiendo que eso le permitiría prepararse para dar el último paso. No me dices nada que no sospechase ya.
--¿Y...?
La sombra guardó un repentino silencio y pareció hacerse un

poco más pequeña. Garth mantuvo la mirada clavada en ella y fue sintiendo cómo el poder iba abandonando a Kuthuman hasta que éste casi hubo desaparecido. Después transcurrieron largos momentos en los que ninguno de los dos se movió, y finalmente el poder regresó.

--¿Un enfrentamiento en algún otro lugar? --preguntó Garth.

La sombra asintió.

--Es igual en todas partes, ¿verdad? --preguntó Garth con voz suave, y en un tono que casi parecía simpatía.

--Sí. Cuando atravesé la barrera... No sé por qué, pero pensé que era libre.

Garth tuvo la impresión de ver una sonrisa melancólica en el rostro de la sombra.

--Ah, aquellos primeros momentos... --siguió diciendo Kuthuman--. Estuvieron llenos de un deleite más allá de cuanto puede concebir la imaginación. Era como una alegría infantil por todo lo que se mostraba nuevo, fresco e inocente ante mis ojos, como si estuviese viviendo el primer día de la creación... Volé de un lado a otro igual que un águila, abriéndome paso a través del velo del tiempo y de la eternidad. Creía que la muerte ya nunca sería capaz de tocarme. Sería eternamente joven, me dedicaría a recorrer el pasillo del tiempo y controlaría todo lo que estaba contemplando.

Kuthuman guardó silencio durante un momento. Luego añadió:

--Y después me encontré con los otros...

--Que eran Caminantes, al igual que tú.

La sombra asintió.

--Tendrías que habértelo imaginado --dijo Garth--. Nuestras leyendas hablan de los días más jóvenes en los que había semidioses que se enfrentaban entre sí por el control de nuestro mundo, y de cómo desaparecieron de repente y nos encontramos solos. Tendrías que haber supuesto que te encontrarías con esas criaturas.

--Estaba bajo los deliciosos efectos de la embriaguez del poder. Pensé que las leyendas no eran más que eso, meras leyendas... O, en el peor de los casos, que en el pasado hubo otros como yo que se habían matado entre ellos, y que después el universo había quedado vacío salvo por el poder del Eterno.

--Descubriste que no era así.

--El universo está lleno de batallas y enfrentamientos. Estoy sentado ante ti, hablo contigo, y, en este mismo instante, lucho desesperadamente para conservar lo poco que tengo. Estoy recorriendo los otros reinos, combatiendo y utilizando el maná,

obteniendo maná como recompensa a mis victorias y perdiéndolo por mis derrotas. Existen poderes muy superiores a mí y tan terribles que incluso yo aparto la mirada y palidezco ante ellos, y hay quienes me despojarían de mi fuerza como si estuvieran extrayendo la sangre de mis venas. Y si me vencen... Bien, entonces me convertiré en un cascarón reseco que vagará a la deriva impulsado por los vientos de la eternidad, condenado a no vivir jamás y, al mismo tiempo, condenado a no morir nunca.

--El mismo destino que tú has impuesto a otros.

La sombra dejó escapar una risita tan helada como la noche eterna.

--Ah, cómo he hecho huir a mis enemigos ante mí y cómo he reído al escuchar sus lamentos... He irrumpido en sus mundos, y me he adueñado de ellos. Aquello que no podía conservar fue destruido o corrompido para que no les sirviera de nada, y el maná extraído de sus tierras y pasó a mis manos. Ahora controlo muchos planos, y soy señor de un número inimaginable de reinos...

--Pero tú nunca tendrás suficiente. Nunca llegarás a conocer la paz, ¿verdad?

La sombra se removió.

--Quizá seas demasiado sabio, Garth. Pero no hay otra elección... O crecer o ser expulsado al vacío, despojado de todos los poderes y con la eternidad extendiéndose ante ti o hasta que el Eterno regrese y trace el final del círculo cerrando la creación. No hay ninguna otra opción que escoger. La contienda continúa sin descanso y sin tregua.

--Y en este mismo instante ya estás llegando al límite de tus capacidades, y apenas si eres capaz de conservar lo que tienes.

--¿Cómo lo sabes?

--Porque de no ser así te habrías quedado más tiempo después del Festival. Te habrías acostado con mujeres, habrías bebido ríos de vino y habrías disfrutando de la adoración de la multitud; pero apareciste para recoger tu tributo de poder, y sólo te quedaste un momento antes de regresar a toda prisa a este lugar... --La mano de Garth señaló hacia las oscuras llanuras en las que no existía el tiempo--. A este mundo muerto y en tinieblas.

La sombra asintió.

--¿Y por qué aquí? --prosiguió Garth--. Este lugar parece un infierno... Te imaginaba cruzando el infinito a grandes saltos o habitando palacios de oro en mundos llenos de placeres y deleites insuperables. ¿Por qué este mundo de pesadilla?

--Porque este lugar es el corazón de mi reino. Desde aquí puedo llegar al resto de mundos sin importar lo lejos que estén, y desde aquí puedo erigir los muros que mantienen a raya a los otros. Cuando camino por un reino y asumo la forma mortal, quedo cegado y no puedo percibir qué planes urden mis enemigos. Sólo he estado fuera un breve instante para visitar el plano en el que nací a recoger mi tributo, pero bastó para perder el dominio de todo un plano de existencia, y ahora debo luchar para recuperarlo..., es lo que estoy haciendo mientras hablamos.

La voz de la sombra estaba impregnada de un cansancio tan enorme que Garth casi sintió una punzada de compasión. Como si le fuera posible compadecer a la criatura que le había arrebatado todo cuanto amó en el pasado.

Garth se echó a reír, y la carcajada pareció extrañamente fuera de lugar en aquellas llanuras áridas y tenebrosas. Se puso en pie, giró sobre sí mismo y miró a su alrededor.

--Te he odiado durante toda mi vida --dijo--. Hubo un tiempo en el que eras Gran Maestre, y llevabas casi un milenio siéndolo. Hasta que llegó un momento en el que empezaste a temer a la muerte, y deseaste el poder del infinito... Pervertiste todo aquello que las Casas habían sido. Robaste su poder para atravesar el telón que se interpone entre los mundos, y llegar a ser inmortal como un semidiós. ¡Y ahora resulta que éste es el reino que has conquistado!

Garth se echó a reír y señaló la oscuridad caliginosa.

La sombra se puso en pie.

--Te he dejado seguir vivir un poco más porque me divertía hacerlo --dijo--. Tu padre había sido mi amigo, y por eso te he concedido esta merced. Pero tu presencia ha dejado de divertirme.

--Piensa en eso. Hubo un tiempo en el que mi padre, un simple mortal, tenía un concepto tan elevado de ti y te amaba tanto que estuvo a punto de morir para salvarte de un asesino. Las señales de esa daga envenenada siguieron siendo visibles en su cuerpo hasta el día en que murió. ¿Sabes una cosa? Hubo un tiempo en el que alguien como mi padre te llamó amigo, cuando una mujer te amó con una intensidad tan apasionada que su corazón se rompió en mil pedazos cuando la abandonaste, y ahora sólo es capaz de sentir odio y amargura porque todavía no te ha olvidado. Renunciaste a todo eso..., a cambio de esto.

La emoción enronqueció la voz de Garth.

--Mi padre confiaba y creía en ti hasta que murió entre las llamas

después de que Zarel, tu rastrero sirviente, le hubiese arrebatado los últimos vestigios de su poder para utilizarlos en tu oscura empresa --siguió diciendo--. La perspectiva de perder lo que ahora dominas te resulta tan aterradora que te has desterrado a ti mismo a este mundo oscuro, y te has vuelto incapaz de disfrutar ni siquiera de los placeres de un mendigo: la caricia del sol en el rostro, la risa de los niños, el sabor del vino o el del pan...

--No sabes nada --siseó la sombra--. Tu padre podría haber sido el Gran Maestre después de mi ascensión, y tú podrías haberle sucedido como Maestre de Oor-tael. Fue su arrogancia la que provocó su destrucción y la que hizo caer la maldición de la semiceguera sobre tu cabeza.

--Mi padre escogió la muerte porque la prefería a la esclavitud.

--¡Ya basta! Tu valor como diversión se ha agotado. Por un instante llegué a pensar en perdonarte la vida... Habría sido un gesto sentimental dirigido a un universo implacable que no conoce la compasión. No creo que vaya a hacerlo.

--Entonces adelante --dijo Garth sin inmutarse.

La sombra empezó a erguirse y extendió los brazos.

Garth sonrió y también empezó a alzar los brazos.

La sombra titubeó y se echó a reír.

--No has respondido a mi primera pregunta. Puesto que ya suponías que mato a los vencedores del Festival ¿por qué has seguido combatiendo hasta alcanzar la victoria final?

--Porque creo que también puedo vencerte --dijo Garth con voz firme y tranquila.

La sombra se rió.

--Y entonces serás como yo, ¿eh? No te faltan cualidades... Para llegar hasta aquí asesinaste a una mujer a la que amabas, y dejaste abandonado a tu sirviente para que lo mataran.

--Tú la habrías matado --replicó Garth sin inmutarse--. Me gustaría pensar que la salvé.

--Y además estás hecho un filósofo... Pero aun así la mataste ¿eh?

Garth lanzó un grito de ira, alzó la mano y atacó.

La sombra dejó escapar una risita despreocupada y esquivó la bola de fuego sin ninguna dificultad.

--¿No tienes nada mejor para empezar? Me temo que esto va a resultar aburrido... Llévale mis saludos a tu padre.

Garth sintió el repentino impacto de un vendaval surgido de la

nada, y el aire se esfumó a su alrededor. Intentó respirar, se dobló sobre sí mismo y empezó a jadear y toser, asfixiado por la nube verde de humo sulfuroso que había caído sobre él.

* * *

Hammen había rodeado los hombros de Varena con sus brazos y estaba intentando llevarse el cuerpo mientras Zarel y todos los demás se hallaban distraídos por la presencia del Caminante. La sirviente de Varena apenas parecía capaz de moverse, y todo su cuerpo temblaba a causa del llanto.

--Calla y ayúdame, muchacha --ordenó Hammen.

--Aparta tus sucias manos de ella --replicó la joven--. Deja que descanse en paz.

--¡Maldita seas, muchacha! Estoy intentando salvarla antes de que su cordón espiritual se rompa, así que ayúdame de una vez.

La joven le contempló con los ojos muy abiertos, incapaz de moverse.

--Ah, que el Eterno se lleve a todas las mujeres... --masculló Hammen. Sintió la tentación de dejar caer el cuerpo y huir antes de que fuera demasiado tarde. Pero continuó esforzándose, apartándolo poco a poco del trono.

No quería hacerlo, pero acabó alzando la mirada y vio que el Caminante iba hacia Garth.

No, maldición...

Dejó a Varena en el suelo y empezó a erguirse. El Caminante ya estaba alzando las manos.

Hammen se sintió desgarrado entre dos lealtades, y acabó tomando una decisión. Cogió el amuleto y el maná que Garth le había dado y puso el amuleto sobre la frente de Varena. Después utilizó el poder del maná para llamar a su espíritu. Percibió que sólo seguía unido al cuerpo por una hebra tan delgada que resultaba casi imperceptible. Hammen se sorprendió al notar como el espíritu le oponía resistencia y que intentaba liberarse rompiendo el cordón que le unía su forma mortal. Hubo de emplear todas sus fuerzas para imponerse y capturar del espíritu de Varena. Luego tiró, y siguió forcejeando con él hasta que logró obligarlo a volver al cuerpo.

La sirviente de Varena jadeó de asombro cuando un gemido ahogado surgió de los labios de su señora. Una nube oscura ocultó la luz del sol y Hammen alzó la mirada hacia la tormenta que había

empezado a girar y agitarse en el cielo, y después se volvió rápidamente hacia la joven.

--¡Mantén el amuleto sobre su frente!

Hammen desenvainó su daga y cortó la tira de cuero que unía la bolsa de hechizos al cinturón de Varena, y después se irguió, revisando los poderes de que disponía.

Lanzó una rápida mirada por encima de su hombro y vio un grupo de luchadores de la Casa Naranja que se aproximaban. Hizo un gesto, indicándoles que debían llevarse el cuerpo.

Después se puso en pie y extendió la mano.

--¡Zarel, maldito bastardo!

Su voz resonó por toda la arena y la multitud, que había estado contemplando la ascensión del Caminante, se removió nerviosamente en los graderíos al escuchar el grito de desafío de Hammen.

Zarel se volvió hacia Hammen y empezó a levantar las manos.

--Eres un bastardo, Zarel... ¡Los juegos son un fraude! Tú y los Maestres de las Casas sabéis que el ganador no es llevado para servir al Caminante, sino para ser asesinado por él. ¡Y tú eres su cómplice!

Zarel lanzó un grito de rabia y extendió las manos hacia Hammen, pero éste empleó uno de los amuletos de Varena para desviar las llamas mientas hacía una mueca burlona. Después alzó las manos y un relámpago golpeó la plataforma derribando a Zarel.

El caos se adueñó de la arena. Norreen surgió de la sección en la que había estado Garth antes de librar el último combate. La benalita alzó la espada sobre su cabeza y se lanzó al ataque mientras gesticulaba hacia la multitud, apremiándola a que la siguiese. Los espectadores salieron de los graderíos en incontenibles oleadas.

Mientras los luchadores y guerreros de Zarel se apresuraban a proteger a su señor, Hammen se envolvió en una nube de humo verde y fue retrocediendo hacia Varena. Lanzó un grito de rabia al ver como los hombres de Zarel frenaban el avance de los luchadores de Fentesk que se disponían a ayudarla y que ahora se retiraban. Pero la multitud seguía avanzando, y poco después Hammen se encontró en el centro de una encarnizada pelea cuerpo a cuerpo. Intentó mantener a Varena en pie apoyada contra él, para que no fuese pisoteada en aquella confusión. Alguien le apartó a un lado sin ningún miramiento, y unas enormes manazas recogieron a la mujer. Hammen alzó la vista y se encontró contemplando a Naru, que sonreía de oreja a oreja.

--Yo llevo a la mujer donde tú quieras.

Norreen se abrió paso a través del gentío para reunirse con ellos,

y fueron retrocediendo hacia uno de los túneles de acceso; pero cuando llegaron a él Hammen aflojó el paso y acabó volviendo la cabeza para mirar hacia atrás.

--Esos pobres bastardos necesitan alguien que les guíe en el combate --murmuró.

--Deberías limitarte a pensar como salvar tu pellejo, anciano --dijo Norreen.

Hammen meneó la cabeza.

--Ya lo hice en una ocasión, y he tenido que llevar ese peso sobre mi conciencia desde entonces --replicó--. Supongo que estoy cansado de vivir... --Alzó la mirada hacia el cielo--. Sobre todo ahora.

--Estás loco, viejo --dijo Naru--. Pensé que serías un buen sirviente para mí, ahora que el tuerto se ha ido, pero estás loco.

El gigante se echó a reír.

--Enséñale a este montón de músculos dónde ha de llevarla, Norreen --dijo Hammen--. Creo que ya no estaría a salvo en la Casa.

--¡Y un infierno! He de luchar, y además la odio.

--Condenada benalita... Haz lo que te he dicho, ¿de acuerdo? Es lo que Garth hubiese querido.

Norreen bajó la cabeza.

--Muchísimas gracias.

Hammen sonrió.

--Y ahora marcháos.

El viejo giró sobre sí mismo y se internó entre la multitud. Su voz se alzó por encima del tumulto, llamando a gritos a los miembros de su antigua hermandad para que se reunieran con él.

--Vamos --dijo Naru. Bajó la mirada hacia Norreen y sonrió--. Naru es muy afortunado. Ahora tiene dos mujeres.

La espada de Norreen se movió con la velocidad del rayo y el filo se deslizó sobre la pierna de Naru. El gigante chilló y dio un paso hacia atrás.

--Adelante, buey estúpido --dijo Norreen--. Encontraremos un sitio donde dejarla y luego volveremos a la batalla.

16

Garth avanzó tambaleándose a través de la nube oscura. Apenas podía ver, y el aire impregnado de venenos le estaba asfixiando. Erigió un círculo de protección que filtró los venenos, lo que hizo un poco más respirable aquel aire, que sus pulmones necesitaban tan desesperadamente.

Un nuevo ataque cayó sobre él, y el círculo se desmoronó.

Garth masculló una maldición y levantó las manos por encima de la cabeza trazando otro círculo, y la barrera volvió a quedar erigida a su alrededor. Esperó con todo el cuerpo en tensión, pero no llegó ningún ataque. Garth desplegó sus sentidos e inició un cauteloso sondeo.

El Caminante estaba allí, y sin embargo no estaba. Garth se dio cuenta de que estaba luchando, pero sus esfuerzos iban dirigidos contra otro contrincante al que percibió como un ser oscuro y poderosísimo. Por fin disponía de un poco de tiempo, y Garth lo aprovechó mientras su enemigo se veía distraído por otra contienda con un adversario mucho más insidioso y peligroso.

Hizo acopio de fuerzas, y después recurrió a hechizos que hicieron que esas fuerzas se doblaran y volvieran a doblarse. Alzó la mano, con el índice y el pulgar formó un círculo delante de su ojo, y lanzó un conjuro que le permitiría ver los hechizos de su oponente.

Garth quedó asombrado por todo lo que vio. Había centenares de hechizos, muchos de ellos nunca imaginados y obviamente tomados de planos de existencia desconocidos para los mortales..., y sin embargo también había una debilidad.

El maná, el precioso maná que alimentaba el poder de los hechizos, se encontraba muy disperso, y estaba debilitado tras emplearse una y otra vez para librar una miríada de batallas. Sus sospechas no habían estado erradas.

Todo lo que había averiguado durante años de estudio y de urdir planes era verdad. Aquellos viejos libros escondidos en el refugio, adonde el niño y su madre habían llegado teleportados por su agonizante padre, hablaban de aquello. La notas que su padre les había añadido estaban en lo cierto. Y ahora acababa de comprobar que el control de los Caminantes sobre sus poderes tenía un punto débil después de todo.

Garth sonrió para sus adentros y siguió haciendo acopio de fuerzas.

La contienda entre el Caminante y su otro enemigo llegó a su fin y el poder del Caminante volvió a concentrarse en aquel plano, y la sombra se volvió hacia Garth.

--Lamento esta interrupción --dijo el Caminante de los Planos, y su voz apenas era un murmullo fantasmal--. Uno de mis enemigos pensó que era el momento adecuado para tratar de recuperar lo que le había arrebatado. Comprenderás que esa irrupción en mis dominios era mucho más importante que nuestro insignificante jueguecito.

--Por supuesto.

--Ah... Veo que has sabido aprovechar el tiempo. Tu poder es más grande. Excelente, excelente... Eso hará que el desafío resulte más divertido. Normalmente cuando traigo a un ganador aquí, siempre se arrastra ante mí y gimotea al enterarse del destino que le aguarda, pero en tus venas llevas la sangre de tu padre. Eso me gusta. ¿Empezamos?

Garth extendió las manos.

El Caminante le imitó, y la llanura tenebrosa en la que se encontraban quedó repentinamente iluminada por una claridad iridiscente. Las nubes verdosas retrocedieron para revelar un sol rojo oscuro que ocupaba la mitad del cielo. Un círculo dorado surgió de la nada para delimitar una explanada que se extendía hasta perderse en el horizonte, que parecía estar imposiblemente lejano.

--He aquí una arena donde podremos disfrutar de nuestra diversión --anunció el Caminante.

Un parpadeante resplandor rojizo iluminó el campo, y fue dejando paso a una horda demoníaca armada con tridentes y cimitarras sobre la que se alzaban estandartes adornados con cráneos quedó desplegada encima de él. Los demonios lanzaron un estridente alarido y cargaron contra Garth.

Garth extendió las manos, y un muro viviente se alzó ante él, deteniendo momentáneamente el ataque. Un Señor del Abismo controlado por el Caminante surgió del suelo, y se volvió contra las hordas demoníacas, soltando rugidos de placer mientras desgarraba a las criaturas y las devoraba. Garth respondió invocando a una gigantesca fuerza de la naturaleza que se enfrentó al demonio. Mientras las dos monstruosas criaturas batallaban haciéndose pedazos, sobre sus cabezas luchaban bandadas de dragones que iban aparecieron en el cielo invocadas por ambos contrincantes. Cada hechizo era replicado con otro de poder semejante. Los doppelgangers se enfrentaron entre sí, las hidras entablaron batalla

sobre el muro, que se derrumbó con un estruendo ensordecedor, y los djinns combatieron en el suelo entre los dos oponentes.

--Resultas mucho más entretenido que los demás --anunció el Caminante--. Si no tuviera compromisos que atender en otros planos, creo que permitiría que esta diversión durase más tiempo.

--Pues entonces ponle fin de una vez --se burló Garth--. ¿O quizá no tienes la fuerza necesaria? Hazlo, y vete al infierno.

El Caminante alzó las manos mientras mascullaba una maldición iracunda y dio un paso hacia adelante. Garth retrocedió tambaleándose, empujado por un poder invisible que desgarró su alma. Invocó guardaespaldas para que soportaran el castigo, pero momentos después se habían derrumbado y morían entre convulsiones agónicas.

Nuevos golpes llovieron sobre Garth erosionando más y más sus fuerzas. Empezó a desfallecer, llegó un momento en el que fue incapaz de seguir erguido y acabó quedando de rodillas en el suelo.

El Caminante avanzó y bajó la mirada hacia él. Garth estaba doblado sobre sí mismo y jadeaba intentando tragar aire.

--Lástima, Garth el Tuerto... Tu visita me ha resultado muy agradable. Ah, percibo que tu fuerza vital casi se ha agotado.

Garth alzó la mirada hacia él. Su rostro estaba muy pálido y tenso.

--Vete al infierno, bastardo.

El Caminante suspiró.

--Ya estoy en él.

Alzó la mano y empezó a bajarla para descargar el golpe final.

Garth extendió un brazo y recurrió al único hechizo que había estado manteniendo oculto hasta aquel momento.

El golpe de su oponente cayó sobre él, y durante un momento Garth pensó que su conjuro no había surtido efecto y que estaba cayendo hacia las tierras de los muertos..., y entonces el hechizo actuó. Todo el castigo que había sufrido se disipó y Garth se recuperó por completo, y todos los daños que había padecido cayeron sobre su oponente en ese mismo instante. El Caminante dejó escapar un estridente alarido, y retrocedió tambaleándose mientras su cuerpo de sombras siseaba y parecía empequeñecerse para acabar cayendo al suelo, donde empezó a retorcerse y temblar. Lanzó tales aullidos de agonía que Garth hubo de proteger su ojo y oídos para evitarles daños.

Un instante después ya estaba en pie y corría hacia el Caminante. La sombra estaba cambiando, y empezaba a adquirir una forma casi

humana. Garth volvió a utilizar su poder para ver dentro de ella y percibir los recursos con que contaba su oponente.

Encontró lo que buscaba, y se proyectó para capturar una forma de poder en concreto, aquel que controlaba el maná de su mundo.

Garth aferró con su mente el hechizo que abría la puerta de los mundos y cambiaba la realidad, que era capaz de torcer el flujo del tiempo y hacer posibles todas las cosas. Después enfrentó su poder al del Caminante para arrebatarle el maná que ataba y controlaba el hechizo.

El Caminante aulló de rabia, e intentó curarse mientras se debatía frenéticamente tratando de recuperar lo que le estaba siendo arrebatado, el acceso a su mundo de origen.

Garth persistió, ignorando el dolor que palpitaba en sus manos, intentando no sentir el fuego que estaba ennegreciéndole los dedos. La presa que había logrado establecer sobre el hechizo del Caminante empezaba a debilitarse a medida que su enemigo iba recuperando las fuerzas. Garth se retiró al núcleo de su ser y recurrió a las escasas reservas que le quedaban. Y, por fín, Garth logró arrancar el control de la puerta de los planos a su oponente y retrocedió tambaleándose. El Caminante se irguió, lanzó un alarido de rabia demoníaca y alzó las manos hacia Garth.

«Lo tengo, maldita sea, pero no sé cómo infiernos se utiliza...», pensó Garth en el mismo instante en que el ataque caía sobre él.

Sintió cómo un fuego abrasador envolvía su cuerpo. Garth el Tuerto empleó las últimas fuerzas de su ser en intentar abrir el umbral entre los mundos. El Caminante volvió a atacar, y Garth se encontró precipitándose en el vacío.

* * *

--Matadles a todos --gruñó Zarel, y lanzó a Uriah una mirada llena de irritación--. Quien no está conmigo está contra mí.

--¿Debemos acabar con todas las Casas?

--Sí. Si les damos tiempo para organizarse pueden aliarse con el populacho. Quiero acabar de una vez con todo esto. Ya oíste al Caminante, ¿no? Dijo que volvería.

--¿Y qué dirá de esta masacre?

Zarel clavó sus gélidas pupilas en el enano.

«No estaré aquí para oírlo, así que no importará lo que diga --pensó mientras sonreía con satisfacción para sus adentros--. En

cuanto disponga del maná y haya conseguido hacerme con los libros de Kirlen, el camino quedará abierto ante mí.»

--Que nuestros luchadores y guerreros se preparen para salir del palacio en cuanto suene la campana de la medianoche.

--¿Contra las cuatro Casas, mi señor? A pesar de las deserciones y las muertes en la arena, todavía cuentan con más de doscientos cincuenta luchadores que oponer a los doscientos de que disponemos.

Zarel lanzó una maldición ahogada y clavó la mirada en las filigranas de oro que adornaban el suelo. Kirlen no podía ser sobornada salvo con ofertas de poder y, además, ella era el objetivo más importante de todos. Tulan y Varnel... No, le odiaban demasiado y nada podría hacer que dejaran de odiarle. Pero Jimak... Sí, a Jimak siempre se le podía sobornar para que cambiara de bando, y ya tendría tiempo de eliminarle más tarde.

--Vacía los cofres de oro como oferta de soborno. Envíaselo inmediatamente a Jimak a cambio de su juramento de que se pondrá de mi parte.

--¿Y qué le diréis al Caminante si destruís a las otras Casas?

--Le diré que amontonaré el maná de los muertos alrededor de sus pies, y eso bastará para persuadirle de que no tome represalias contra mí. Cuando todo haya acabado, podrás crear una nueva Casa y convertirte en su Maestre.

Uriah asintió y salió lentamente de la habitación.

Zarel le siguió con la mirada.

--Y entonces tú también tendrás lo que te mereces --murmuró.

Zarel dio la espalda a la puerta. El corazón le estaba latiendo a toda velocidad.

«¿De cuánto tiempo dispongo? --se preguntó--. Y además, ¿qué pretende el tuerto? Tal vez Kuthuman haya sido su auténtico objetivo desde el principio, y puede que ahora mismo esté intentando acabar con él... En ese caso, tanto mejor para mí. Kuthuman tardará más en poder volver, y yo ya me habré ido cuando lo haga. Por otro lado, si Kuthuman es vencido, entonces el tuerto estará muy debilitado y resultará mucho más fácil acabar con él. Pero mi primer paso está muy claro: debo asegurarme de que Kirlen muera y, sobre todo, he de conseguir que todos esos inapreciables libros y pergaminos suyos caigan en mis manos.»

* * *

Kirlen de Bolk estaba encorvada sobre su trono.

--¿Habéis encontrado a Naru?

El mensajero meneó la cabeza.

--Ha desertado junto con once de nuestros luchadores.

Kirlen masculló una maldición y escupió en el suelo de la sala del trono.

--Enviad mensajeros a las otras tres Casas --ordenó--. Zarel ha conseguido calmar a la multitud, al menos por el momento, y resulta obvio que ahora planea alguna acción contra nosotros. Podemos estar unidos..., o morir por separado. Pretendo atacar cuando suene la campana de la medianoche. Diles que hagan lo mismo y podremos derrotarle. Que ataquen el palacio sin ninguna vacilación. Quiero que te garanticen que así lo harán. ¡Vete!

El mensajero salió corriendo de la gran sala.

Kirlen permitió que sus labios se curvaran en una leve sonrisa.

El tuerto había interpretado su papel a la perfección. El populacho había atacado a Zarel, y el Gran Maestre había replicado con una masacre tan implacable que las turbas fueron obligadas a dispersarse y huir. Pero después Zarel no había seguido atacándolas. Kirlen le conocía bien y sabía el motivo: necesitaba conservar las fuerzas que le quedaban para enfrentarse a las Casas. Zarel temía que las Casas pudieran impedir su triunfo, ya fuera entrando en acción para derrocarle y adueñarse de su maná, o bien aliándose con el populacho para provocar su caída. El equilibrio se había roto y ya no podía ser restaurado, pues había demasiados odios hirviendo en todos los bandos.

Había llegado el momento de atacar a Zarel. Ponerse al frente del ataque le permitiría sucederle en el cargo de Gran Maestre cuando expusiera la nueva y ya irrevocable situación al Caminante una vez hubiera regresado.

«O, todavía mejor --pensó--, podría desafiarle más allá del Velo y cobrarme mi venganza.»

Pensó en Garth, que había creado aquella magnífica oportunidad para ella. Sí, el tuerto le había resultado muy útil... Todos los odios de todos los bandos, reprimidos durante tanto tiempo, habían acabado emergiendo gracias a él. «Que toda la corrupción hierva y estalle de una vez», pensó Kirlen con una salvaje alegría.

Y de repente se preguntó por qué Garth se había puesto en manos del Caminante sin oponer resistencia y, en realidad, de tan buena gana. La única explicación era que tuviese un plan, desde

luego, y Kirlen comprendió que ésa era la respuesta obvia. Garth siempre había planeado desafiar al Caminante, derrotarle de alguna manera y convertirse en Caminante por derecho propio. Si ese era el caso, estaría muy débil después de tan terrible lucha, y su propia ocasión de alzarse con el triunfo estaba más próxima de lo que Kirlen había creído.

La oportunidad exigía actuar sin demora. Kirlen se puso en pie y llamó a sus luchadores para que empezaran a prepararse.

* * *

Tulan de Kestha y Varnel de Fentesk permanecían inmóviles entre las sombras mientras contemplaban la Plaza con el rostro lleno de preocupación.

--Esa vieja arpía tiene razón --dijo Tulan con voz temblorosa--. Zarel planea acabar con todos nosotros, desde luego... Este juego del equilibrio de poder ya ha durado demasiado. O le matamos o él nos matará.

--Tal vez haya otra opción más beneficiosa para nosotros --replicó Varnel sin inmutarse--. Kirlen atacará. Esto no es un truco para hacernos salir de nuestras Casas mientras ella se reserva. Su pasión por el poder ha acabado consumiéndola, y además... Bueno, tiene razón, y tú lo sabes. Nuestros mejores luchadores han muerto en la arena durante estos tres últimos días. De haber un momento en el que Zarel pueda vencernos, es ahora.

--Y sin embargo... --murmuró Tulan.

--Y sin embargo... Bueno, supongamos que ninguno de los dos logra imponerse al otro. Nos bastaría con dejar que se vayan debilitando entre sí. Atacamos y así demostramos nuestras intenciones, Kirlen se lanzará a la ofensiva; pero lo que haremos después será permanecer en la retaguardia y permitir que se vayan desangrando mutuamente. Cuando llegue el momento adecuado, podremos acabar con los dos.

--¿Y qué hay de Jimak?

--¿A qué viene esa pregunta? Sabemos que codicia el oro que Zarel guarda en sus cofres. Atacará con entusiasmo, y se desangrará al hacerlo. Dejemos que ataque.

Varnel sonrió.

--Y en cuanto a lo que nosotros podemos anhelar --Tulan suspiró--, las mujeres de Zarel serán tuyas. Todas ellas, en su multitud

de colores, formas, olores y prácticas perversas...

Varnel se lamió los labios con nerviosa impaciencia.

--Y cuando hayamos terminado, será el turno de acabar con los luchadores que nos han traicionado y se han unido al populacho --dijo después con voz gélida.

* * *

Jimak de Ingkara estaba solo en su sala de recuentos y contemplaba la montaña de oro esparcida delante de su trono. Los cofres que acababan de llegar traídos en carros eran el pago a su juramento de que lucharía al lado de Zarel. Pensar en ello le hizo soltar una risita. Lucharía, desde luego, y cuando las otras Casas hubieran sucumbido y hubieran sido saqueadas... Bueno, entonces le tocaría el turno a Zarel.

* * *

Hammen echó un cauteloso vistazo a través de una grieta en los restos del postigo. La campana de la medianoche estaba repicando con su llamada grave y melancólica. La Plaza se hallaba sumida en el silencio, y continuaba iluminada por los incendios tras las feroces batallas con el populacho libradas durante toda la tarde.

Hammen se volvió hacia un desertor de Kestha que se había unido al populacho y había traído consigo la información de que las Casas planeaban atacar el palacio del Gran Maestre a medianoche.

--Aún nada.

Justo entonces un destello cegador surcó el cielo y detonó sobre la Plaza con chorros de chispas, iluminándola con una deslumbrante luz blanca. Las trompetas resonaron en el palacio en forma de pirámide y una hueste armada surgió de los cinco portalones. Los guerreros iban delante con sus ballestas preparadas para hacer fuego, y detrás avanzaban catapultas móviles montadas sobre carros, con los luchadores en último lugar. Cuando la hueste cargaba a través de la Plaza, luchadores de los cuatro colores surgieron de las puertas de las Casas para hacerles frente.

Hammen dejó escapar una risita de puro placer, abrió el postigo de par en par y se asomó para contemplar el espectáculo. Naru, Norreen y los lugartenientes de su hermandad, que habían estado imponiendo orden al populacho, se reunieron con él un instante

después.

La Plaza se convirtió en un mar embravecido de combates cuando prácticamente todos los hechizos conocidos en las Tierras del Oeste fueron empleados por los más de cuatrocientos luchadores que se enfrentaban en el enorme recinto. La concentración de maná era tan intensa que la Plaza empezó a palpitar con una claridad ultraterrena que centelleaba como los relámpagos de una tormenta de verano.

Los luchadores de Bolk lanzaron una violenta serie de ataques que les llevaron hasta las puertas del palacio mientras los de Fentesk y Kestha defendían encarnizadamente sus posiciones en el centro de la Plaza.

Naru lanzó un rugido de placer mientras contemplaba la carga de sus antiguos camaradas, y golpeó la jamba de la ventana con tal fuerza que agrietó los tablones.

--¡La Casa Púrpura está cambiando de bando! --jadeó Hammen. Señaló el otro extremo de la Plaza, donde las filas de Ingkara se habían vuelto repentinamente contra el flanco de Fentesk atacando a sus luchadores.

Los luchadores Marrones se enfurecieron tanto ante aquella traición que interrumpieron el ataque contra el palacio y cargaron sobre el flanco de los Púrpuras. Hammen entrevió a Kirlen sobre su palanquín, la cabellera blanca revoloteando al viento mientras extendía una mano hacia la Casa de Ingkara. Un chorro de fuego líquido se desparramó sobre los muros de la Casa, y telones de llamas subieron por los flancos del edificio.

Hammen meneó la cabeza y dio la espalda a la Plaza.

--Locura... --suspiró--. Locura y nada más que locura...

Zarel lanzó un rugido de alegría al contemplar como los luchadores de Bolk, impulsados por un odio todavía más profundo, respondían salvajemente a la traición de Ingkara. Kirlen, visiblemente enfurecida, empezó a gritar para que se volvieran hacia el palacio de Zarel a pesar de que ella también había perdido el control de sí misma concentrando su poder en otro lugar justo cuando su ataque estaba a punto de triunfar.

Resultaba evidente que Kestha y Fentesk estaban conservando sus fuerzas, y que aplastarían a quien lograse sobrevivir a aquel nuevo enfrentamiento.

Zarel se volvió hacia sus reservas de luchadores y guerreros y les ordenó que atacaran a Fentesk y Kestha mientras los luchadores de

Ingkara y Bolk combatían encarnizadamente. Los guerreros se lanzaron a la carga con sus ballestas preparadas. Chorros de fuego llovieron sobre ellos, y los luchadores que iban detrás erigieron cortinas de protección. Una grieta se abrió en el suelo de la Plaza y lo recorrió de un lado a otro con un rugido ensordecedor. Incluso los edificios alrededor de la Plaza se tambalearon. Un grupo de guerreros, que ya estaban preparados para enfrentarse a ese tipo de defensa, echó a correr hacia la grieta cargando largos troncos de madera para improvisar puentes de paso. Cuando los atacantes empezaron a cruzar, criaturas de la noche surgieron de la grieta y se abatieron sobre los guerreros. Algunas de criaturas disputaron por un mismo cuerpo, pataleando y gritándose entre ellas hasta hacerlo pedazos.

Zarel concentró su furia en Varnel e hizo llover oleadas de ataques del cielo: dragones y otras bestias aladas, rayos, cortinas de fuego, diluvios de piedras... Los luchadores de Fentesk respondieron conjurando hechizos de fuego.

Zarel atravesó la grieta de un salto, y fulminó a un demonio surgido de ella que pretendió apresarle. La furia con que atacaba hizo palidecer a varios luchadores enemigos, que emprendieron la huida. Los guerreros que habían conseguido cruzar la grieta supieron aprovechar aquella oportunidad y dispararon sus dardos contra las espaldas de los luchadores, abatiéndolos. Muchos de los caídos intentaban generar hechizos curativos, pero los guerreros de Zarel, lanzando gritos salvajes, cercenaban todas las cabezas y las arrojaban al fondo de la grieta. Luego cogían las bolsas de los caídos de todos los bandos, convirtiendo sus hechizos y maná en trofeos para Zarel. Los hombres de Kestha y Fentesk no tuvieron más remedio que retroceder ante una ofensiva que se tornó incontenible.

Zarel y Varnel entablaron un duelo personal delante de las puertas de la Casa de Fentesk. Zarel, reforzados sus poderes con la cosecha de bolsas, no tardó en hacer caer de rodillas a Varnel. El Maestre de Casa alzó la mirada hacia él con los ojos llenos de aturdida incredulidad y dejó escapar un grito de angustia mientras su oponente lanzaba el hechizo final, que en un momento hizo que Varnel envejeciera cien años. Aquel que había vivido exclusivamente para los placeres de los sentidos lanzaba ahora amargos gemidos mientras su cuerpo se marchitaba, hasta parecer un cadáver reseco de piel amarillenta y cabellos blanquecinos.

Las puertas de la Casa de Fentesk cayeron derribadas, y los guerreros entraron a saquear el edificio. Zarel observó un grupo de

sirvientes que intentaba huir y señaló hacia a una silueta, una joven que quedó paralizada y luego avanzó hacia Zarel con el paso vacilante de una sonámbula. Zarel extendió las manos hacia ella, la agarró y la sacudió hasta sacarla del sopor mágico. Después la obligó a bajar la mirada hacia Varnel, mientras sus labios se curvaron en una sonrisa cruel.

--Ahí tienes a tu Maestre --dijo, y se echó a reír--. ¿Te apetece darle un rato de placer?

Varnel alzó sus manos temblorosas.

--Malina...

Su voz era un croar siseante, y su aliento apestaba a podredumbre.

La joven retrocedió, después lanzó una carcajada despectiva y deslizó el brazo alrededor de la cintura de Zarel.

--¡Maldice a tus hados y muere! --exclamó Zarel.

Extendió la mano hacia Varnel y volvió a lanzarle el mismo hechizo.

Varnel dejó escapar un grito de angustia y siguió envejeciendo. Finalmente la carne se desprendió de los huesos y se convirtió en polvo, hasta que lo único que quedó de él fue un esqueleto envuelto en prendas de seda y una calavera con la boca abierta.

Zarel apartó a la joven de un empujón y giró sobre sí mismo para volver a la batalla. Un rugido atronador hizo retumbar toda la Plaza y Zarel avanzó en esa dirección.

La Casa de Ingkara estaba envuelta en llamas, y los luchadores se agitaban sobre sus baluartes, luchando encarnizadamente a pesar de que sus capas estaban ardiendo. Unos cuantos se lanzaron desde lo alto de la muralla y se precipitaron al suelo de la Plaza, dejando regueros de humo y fuego detrás de ellos.

--¡Uriah!

El capitán de luchadores acudió a la llamada de Zarel abriéndose paso por entre la confusión.

--Sigue acosando a Tulan --le ordenó--. Si tomas su Casa, su bolsa personal será tuya. Voy a acabar con Kirlen.

El enano sonrió sardónicamente, giró sobre sí mismo y volvió a lanzarse a la contienda con un salvaje grito dirigido a sus hombres.

Zarel le siguió con la mirada mientras sus labios se curvaban en una sonrisa helada. Le había prometido la bolsa de Tulan, pero nada había dicho sobre cuánto tiempo le permitiría conservarla. Llamó a su guardia personal con un gesto de la mano y cruzó la Plaza a la

carrera. Se horrorizó al descubrir que el lado norte de su palacio estaba envuelto en llamas debido al nuevo ataque que habían iniciado los luchadores de Bolk.

Zarel vio a su enemiga y echó la cabeza hacia atrás mientras lanzaba un aullido de rabia.

--¡Kirlen!

* * *

Hammen estaba fascinado por la locura que se había adueñado de la Plaza, y no podía apartar la mirada de ella.

--Deberíamos atacarle ahora.

Miró por encima de su hombro. Varena estaba detrás de él, el rostro pálido y tenso.

--Te di a beber una poción para que durmieras, mujer, así que aprovéchala --replicó--. Todavía estás muy débil.

--¡Devuélveme mi bolsa! --exigió Varena mientras extendía la mano hacia él.

--¿Para qué? ¿Para que puedas salir ahí fuera y suicidarte después de todo lo que he tenido que hacer para salvarte? Estás tan débil como un gatito recién nacido... Anda, ve a acostarte.

--Zarel se ha dejado dominar por la sed de sangre y ha enloquecido --replicó Varena--. No se conformará con las cuatro Casas, Hammen... En cuanto haya acabado con ellas le tocará el turno al populacho, y tú lo sabes. Tienes a decenas de miles de personas dispuestas a luchar. Lánzalas sobre Zarel antes de que se alce con la victoria.

--Es justo lo que intentamos hacer mientras tú dormías plácidamente, mi joven dama..., y ahora todas las calles que llevan de la arena a la Plaza están llenas de cadáveres. Tuvimos que retroceder porque no podíamos enfrentarnos a hechizos y ballestas con garrotes y cuchillos como únicas armas. Quizá acaben debilitándose mutuamente lo bastante para que podamos acabar con Zarel cuando la batalla haya terminado.

Varena suspiró y extendió las manos hacia el alféizar de la ventana para apoyarse en él. Miró hacia fuera, y vio cómo la fachada de su Casa se derrumbaba entre chorros de llamas y quedaba convertida en un montón de ruinas.

--Debiste dejar que mi espíritu se fuera en paz --dijo, volviéndose de espaldas a la ventana con los ojos llenos de lágrimas--, en vez de

haberme hecho regresar para presenciar todo esto.

Después se alejó de la ventana con paso tambaleante y cayó al suelo.

Hammen volvió a asomarse por la ventana. La Casa de Kestha estaba siendo asediada y el edificio soportaba el ataque de una veintena de gigantes de piedra y gigantes de las colinas que golpeaban los muros con sus enormes garrotes, mientras un Juggernaut avanzaba implacablemente abriéndose paso a través de las puertas de la Casa. Guerreros y luchadores intercambiaban golpes en un feroz combate cuerpo a cuerpo. Tulan apareció en lo alto de los baluartes y sus manos lanzaron una lluvia de fuego y rayos que destruyó la mayor parte de los gigantes; pero una fuerza oscura surgida repentinamente de la nada sorprendió al Maestre de Kestha. Tulan lanzó un grito de rabia y empezó a debatirse mientras la oscuridad se espesaba a su alrededor e iba absorbiendo las fuerzas de su cuerpo, con lo que su corpulenta silueta empezó a encogerse y sus prendas de seda colgaron de sus miembros tan fláccidamente como si estuvieran vistiendo a un esqueleto.

Tulan se tambaleó de un lado a otro del baluarte mientras su agonía hacía surgir ásperas carcajadas entre los luchadores de Zarel que la contemplaban desde la Plaza. Tulan lanzó una feroz maldición, se arrancó la bolsa y la arrojó al aire. Después alzó las manos hacia ella, y la bolsa desapareció en una nubecilla de humo.

Uriah lanzó un grito de rabia, y extendió las manos hacia Tulan mientras éste iba hacia el borde del baluarte y se arrojaba al vacío con una última maldición. El hechizo de Uriah hizo que su cuerpo quedara envuelto en un estallido de llamas mientras caía, y Tulan acabó chocando con el pavimento de la Plaza en pedazos ardientes.

Hammen apartó la mirada con una mueca de asco.

--Tal vez fuese el menos dañino de los cuatro --murmuró.

Una oleada de guerreros entró en la Casa de Kestha para terminar la carnicería que habían iniciado fuera. Uriah iba y venía de un lado a otro de la Plaza lanzando gritos de rabia, y acabó ordenando a sus luchadores que volvieran sobre sus pasos para unirse al combate que se estaba librando contra Bolk.

--Las Casas han muerto --dijo Norreen, apareciendo junto a Hammen para contemplar la matanza--. Zarel vencerá, y ya no quedará nada que haga de contrapeso a su poder. Si tenemos alguna oportunidad, ha de ser ahora.

--¿Estás pensando en «nosotros»? Creía que pensabas largarte

de este manicomio.
--He acabado involucrada en todo esto, aunque sólo sea en memoria de Garth.
Hammen giró sobre sí mismo y contempló a su abigarrado grupo de lugartenientes.
--Juka, reúne al populacho en la calle de los fabricantes de espadas --ordenó--. Valmar, haz lo mismo en la calle de los curtidores. Pultark se encargará de la calle de los mercaderes de sedas, y Seduna se ocupará de la calle de los carniceros. No hay forma de coordinarles adecuadamente, así que dejad que se lancen al ataque como quieran. Quizá podamos aplastarles con la fuerza del número mientras siguen en la Plaza. Si ese bastardo acaba con los demás y consigue volver a su palacio, entonces todo habrá acabado... ¡En marcha!
Los cuatro hombres asintieron y salieron rápidamente de la habitación con el rostro lleno de preocupación.
Hammen se volvió hacia Naru, que se había sentado en el suelo al lado de Varena.
--No te preocupes, cretino descomunal: todavía queda una pelea más de la que disfrutar.
Naru sonrió con visible placer.

* * *

--¡Kirlen!
Zarel avanzó hacia la más odiada de todos sus rivales mientras sentía la embriaguez del triunfo y la masacre. La anciana le contempló en silencio, silueteada por las conflagraciones que estaban consumiendo a las otras Casas, y comprendió que su sueño de acabar con el poderío de Zarel se había esfumado para siempre. Se levantó del trono para enfrentarse al momento de su derrota, sabiendo que todo estaba perdido. La agonía le desgarró el alma.
Se volvió hacia Zarel y apenas se dio cuenta de que la mayor parte de sus luchadores habían echado a correr, arrancándose los uniformes mientras huían. Cruzó el umbral con paso cojeante y oyó las ásperas risotadas de sus enemigos. Las puertas se cerraron con un golpe seco detrás de ella, y Kirlen volvió la mirada hacia los dos guardias temblorosos.
--¡Resistid cuanto podáis! --gritó.
Siguió avanzando a lo largo del pasillo sumido en la penumbra, y

ni siquiera se percató de que los dos jóvenes luchadores que habían estado montando guardia en la puerta se daban la vuelta y huían a la carrera por otro pasillo en un desesperado intento de escapar a la destrucción final.

Kirlen llegó a su habitación y se detuvo en el umbral.

Sus libros, sus inapreciables libros y manuscritos... Todo el conocimiento arcano que había ido acumulando a lo largo de su búsqueda estaba allí, amontonándose a su alrededor.

Oyó los golpes que hicieron temblar las puertas exteriores hasta romperlas, y los gritos de desprecio de los enemigos que irrumpían en el edificio.

Después extendió las manos y empezó a moverlas en círculos alrededor de su cuerpo marchito, acercándolas lentamente a ella.

Zarel estaba inmóvil en la entrada de la Casa de Bolk contemplando cómo el edificio empezaba a derrumbarse. Un luchador corrió hasta Zarel y bajó la cabeza.

--¿Y bien?

--Se ha ido. Su habitación estaba llena de hielo.

--¿Qué?

Zarel echó a correr por el pasillo. Podía sentir cómo el edificio en ruinas oscilaba lentamente, preparándose para desmoronarse. Llegó hasta los aposentos privados de Kirlen. Creyó oír una carcajada, una burla final surgida del parpadeo luminoso que se agitaba en el centro de la habitación. Kirlen había conseguido huir. Seguía atrapada en aquel Plano, pero había escapado. Algunos trozos de papel revoloteaba de un lado a otro de la habitación, pero también acabaron absorvidos hacia la luz para desaparecer en ella.

La habitación quedó vacía, sumida ahora en la negrura, y más fría que una tumba.

Una parte del techo se derrumbó, y Zarel tuvo que saltar hacia atrás mientras lanzaba un juramento enfurecido. Regresó corriendo por el pasillo hasta salir a la Plaza. Los muros de la Casa de Bolk se derrumbaron detrás de él, y el edificio sucumbió a la ruina y quedó convertido en un montón de cascotes.

Zarel se sentía consumido por una rabia incontrolable. Kirlen había escapado, pero tenía que estar en algún lugar de aquel Plano y, por lo tanto, podía volver a ser localizada. En cuanto dispusiera del maná suficiente, Zarel emplearía los conjuros que le permitirían dar con ella.

Ya sólo le faltaba ocuparse de Jimak de Ingkara, y Zarel se volvió

hacia la Casa justo a tiempo para ver salir a Jimak.

La Plaza estaba iluminada por una claridad fantasmagórica que procedía tanto de la tremenda concentración de maná como de las inmensas piras que consumían a las otras tres Casas. Aún había combates, y seguiría habiéndolos mientras los últimos supervivientes eran perseguidos, acorralados y destruidos.

--¿Ya tienes lo que querías? --preguntó Jimak.

Zarel le miró fijamente, y una mueca de desprecio burlón contorsionó sus facciones.

--Traicionaste a los tuyos por un puñado de oro --replicó.

--Pensé que vencerías.

Zarel no dijo nada, y se limitó a disfrutar de aquel momento.

--Tendríamos que habernos unido contra ti en cuanto declaraste que los combates serían a muerte --siguió diciendo Jimak--. Pero estábamos obsesionados con el luchador tuerto... Todos queríamos contar con él, y al mismo tiempo le odiábamos porque no éramos capaces de controlarle. Si nuestros mejores luchadores no hubiesen perecido en la arena, podríamos habernos enfrentado a ti y haber resistido. Ah, si hubiéramos sido capaces de comprenderlo...

El anciano empezó a tambalearse de un lado a otro. Zarel vio que su bolsa estaba abierta, y no estaba llena de amuletos y maná, sino de oro.

Jimak sonrió.

--He esparcido mi maná a los cuatro vientos --dijo--. No lo tendrás, y tu victoria no significa nada. Me gustaría pensar que Kirlen también ha logrado huir y sigue viva, y que el odio que le inspiras continúa ardiendo dentro de ella...

El anciano se desplomó y dejó escapar un jadeo entrecortado.

Jimak alzó la mirada hacia Zarel.

--Creía que el veneno me mataría sin dolor, pero ahora veo que me he equivocado... No importa, porque todo terminará pronto. Te veré en el infierno.

Zarel bajó la vista hacia Jimak y vio cómo se contorsionaba sobre el suelo. Su respiración convertida estertores agónicos.

Lanzó un alarido de rabia, le pateó ferozmente el costado y le dio la espalda.

--¡Destruid la Casa de Ingkara! --gritó--. No dejéis piedra sobre piedra, y haced lo mismo con las otras Casas. Traedme todo el maná de las bolsas de los caídos. Si alguien intenta quedarse con un solo amuleto, juro que le mataré con mis propias manos.

Uriah, que había permanecido en silencio contemplando a Zarel y Jimak, dio un paso hacia adelante.

--Me prometiste una Casa y los poderes que contenía la bolsa de Tulan --dijo con voz enfurecida--. Tulan destruyó todos sus hechizos antes de morir, y ahora reclamo como mío el botín de los otros luchadores de Kestha.

Zarel giró sobre sí mismo y derribó a Uriah de un puñetazo. El enano cayó al suelo. Uriah intentó levantarse, y Zarel volvió a derribarle con una ráfaga psiónica que lo dejó sumido en la inconsciencia.

Después se volvió hacia los luchadores y les fulminó con la mirada.

--¡Obedeced! --ordenó, pero los ecos de su grito todavía no se habían extinguido cuando al otro lado de la Plaza los combates volvieron a recrudecerse--. ¡Maldición! ¿Qué pasa ahora? --rugió.

Un guerrero se abrió paso a través del grupo de luchadores que acababan de presenciar cómo Zarel dejaba sin sentido a su capitán.

--¡Es el populacho, mi señor! --gritó el guerrero--. Las turbas vuelven a atacarnos...

Zarel giró sobre sí mismo y se volvió hacia sus luchadores.

--Esta vez no dejéis a nadie con vida --dijo--. Aplastad las revueltas aunque haya que convertir a toda la ciudad en una pira funeraria... ¡Adelante!

Los luchadores permanecieron inmóviles y en silencio.

--Podéis escoger entre servirme ahora o morir --siseó Zarel--. Podéis intentar acabar conmigo entre todos, pero con el poder de que ahora dispongo muy pocos sobreviviréis; y después el populacho os hará pedazos... ¡Id a detenerles de una vez!

Varios luchadores fueron hacia los sonidos del combate, con paso cansino. Los demás les siguieron con la mirada durante unos momentos y acabaron imitándoles.

Zarel fue detrás de ellos, mientras seguía tomando el maná de las docenas de bolsas de los caídos de todos los bandos, que le traían sus todavía leales guerreros. A medida que acumulaba maná sentía extenderse por su cuerpo el nuevo poder, dotándole de tanta energía que ni siquiera notó el peso con que se iba cargando.

Utilizó sus fuerzas renovadas y envió un chorro de fuego al otro extremo de la Plaza mientras lanzaba un alarido de placer. Las llamas chocaron contra la multitud con una fuerza tal que más de un centenar de cuerpos fueron derribados, y sus siluetas incandescentes

empezaron a retorcerse en las frenéticas convulsiones de la agonía.

La furia que había estado empujando a la multitud en su avance por la calle de los mercaderes de seda se desvaneció y fue sustituida por el pánico, y las turbas se apresuraron a huir. Pero por las otras avenidas que llevaban a la Plaza iban llegando nuevos ríos de cuerpos, y Zarel hizo llover más tormentos sobre ellos, matando a centenares de personas mediante un poder que tenía poco que envidiar al de un semidiós. Varias veces prorrumpió en salvajes carcajadas para acompañar la carnicería en la que estaba consumiendo sus energías.

Y todos huían ante su rostro sombrío y amenazador.

--¡Todo está perdido, maldición, todo está perdido!

Hammen se tambaleó ante el impresionante poder de Zarel, y tuvo que apoyarse en la pared de un edificio medio en ruinas, atónito ante la masacre que estaba teniendo lugar en la Plaza. Su plan, que nunca tuvo muchas esperanzas de triunfar, era ya evidente que estaba condenado al fracaso. El populacho, muy castigado el día anterior por los disturbios en la arena, huía ahora en todas direcciones.

Pero el contraataque no cesó. Zarel estaba embriagado por una salvaje alegría, y recorría Plaza quemando todo lo que veía. Sus guerreros, y también muchos de sus luchadores, habían sucumbido al frenesí de la destrucción y corrían de un lado a otro como si se hubieran vuelto locos matando a los heridos y quemando todo lo que aún estaba en pie, y luego marcharon hacia los callejones laterales para seguir destruyéndolo todo en su camino.

--Locura, nada más que locura... --murmuró Hammen.

Sintió que unas manos se posaban sobre sus hombros y le daban la vuelta. Alzó la mirada, y vio primero a Naru y luego a Norreen.

--Ahora el mundo es suyo --gimió--. Al menos antes... Antes de que viniera Garth había cierto equilibrio, pero ha desaparecido. ¡Oh, maldición! Todo se ha esfumado, y estamos en manos de un loco...

--El viejo debe irse --dijo Naru, con su voz impregnada de melancolía--. Si os encuentra, Zarel te matará y matará a la mujer Naranja, y a la otra mujer. Marchaos.

Hammen estaba temblando de fatiga, y permitió que le sacaran de la Plaza.

Un chorro de llamas cayó sobre el edificio al lado del que estaban. Naru dejó escapar un aullido de dolor y se tambaleó hacia el centro de la calle con sus ropas ardiendo, y girando locamente sobre sí mismo mientras intentaba apagar las llamas. Una carcajada enronquecida

surgió de las sombras y Hammen alzó la mirada para ver a Zarel viniendo hacia ellos. El Gran Maestre se movió con una velocidad increíble, y su segundo ataque hizo que Naru cayera al suelo.

Hammen se volvió hacia Norreen.

--¡Huye! Busca a Varena y sácala de la ciudad...

--Todos estamos perdidos --replicó secamente Norreen--. Deja que escoja mi muerte.

Desenvainó su espada y fue hacia Naru, que seguía retorciéndose en el suelo.

Hammen dejó escapar un suspiro y fue a reunirse con ella.

Zarel ya se había dado cuenta de a quién se enfrentaba, y aflojó el paso mientras una sonrisa de gélido deleite iluminaba sus facciones.

Alzó las manos y fue lentamente hacia ellos, disponiéndose a asestar el golpe final.

* * *

La interminable caída se prolongó tanto que ya no sabía si se había extraviado en la eternidad o si el propio tiempo había dejado de existir. También percibía la persecución de que estaba siendo objeto, aunque el adversario se encontraba muy lejos. Había cerrado la puerta de acceso al mundo del que había venido, pero una percepción inexplicable le reveló que no la había protegido con el maná suficiente para mantenerla cerrada hasta el fin de los tiempos.

Fue recuperando las fuerzas poco a poco y encontró una repentina alegría al percatarse de que había atravesado la ultima barrera, y supo que se había convertido en un Caminante de los Planos. El universo le aguardaba con toda su multiplicidad de realidades..., si se atrevía a recorrerlo. Pero también percibió la presencia de barreras por todos lados, y detras de ellas a otros Caminantes, muchos de ellos extrañamente distintos. Con sus nuevos y aún incomprendidos sentidos podría percibir su existencia. Algunos se habían encerrado dentro de sus reinos, como avaros enloquecidos por la codicia que atrancaran las puertas de sus miserables dominios temiendo que alguien pudiera arrebatarles lo poco que habían creado. Otros luchaban con una alegría salvaje y enloquecida, combatiendo por el mero placer de hacerlo. Había triunfos y derrotas, exaltación y desespero y también, aunque era muy rara, tranquilidad detrás de muros tan fuertes y levantados hasta tal altura que nadie era capaz de entrar en los jardines que ocultaban. Pudo percibir su existencia, y

también comprendió cómo habían conseguido que llegasen a surgir.

Sintió cómo la tentación empezaba a adueñarse de él ofreciéndole todos los poderes de un semidiós, pues ya no cabía duda de que aquello era precisamente en lo que se había convertido. Era un Caminante que podía recorrer todos los universos, capaz de entablar combate con las fuerzas oscuras o con las de la luz, según quisiera.

Permaneció suspendido entre aquellos deseos opuestos, pero dejando de lado el dilema al percatarse de otra cosa. Volvió la mirada hacia el lugar del que había venido, y comprendió que la barrera podía caer y que su enemigo podía volver a quedar en libertad. Eso no tenía porque importarle cuando todo el universo era suyo para que lo recorriese a su antojo..., y aun así sintió algo más. Descubrió que sentía una vaga tristeza, como un niño al que se le ordena dejar de jugar para que atienda algún deber pendiente, una tarea que preferiría no tener que cumplir pero que ha de ser llevada a cabo para así poder olvidarse de ella.

Sabía que aún le quedaba algo que hacer, y la convicción era tan apremiante e imposible de rechazar que tiró de él haciéndolo regresar en un rápido descenso.

* * *

Hammen ni siquiera se tomó la molestia de levantar las manos, sabiendo que no podría hacer nada y no queriendo ni intentarlo. Norreen moriría como una benalita, luchando con la espada en la mano y honrando a su casta con ello. Y en cuanto a él... Hammen comprendió que estaba muy cansado, que era muy viejo, y que estaba harto de las injusticias de aquel mundo y ya sólo deseaba abandonarlo para siempre.

--Hazlo y acaba de una vez, bastardo --gruñó.

Zarel alzó la mano para atacar mientras reía con una furia demoníaca, pero una sombra cobró forma junto a él. Zarel titubeó y alzó la mirada.

La sombra giró velozmente sobre sí misma en un rápido descenso en espiral, y Zarel retrocedió.

La sombra se solidificó, y Hammen quedó tan perplejo que se dejó caer de rodillas al suelo al lado de Naru.

Garth el Tuerto acababa de aparecer en el centro de la calle.

Zarel le contempló en silencio, boquiabierto de asombro.

--¿Te acuerdas de la noche en que murió mi padre? --preguntó

secamente Garth--. ¿Me recuerdas inmóvil ante ti, un niño al que tus manos acababan de dejar medio ciego? Pretendías utilizarme como peón en un intercambio, pero no pensabas hacer honor a tu palabra. Nos habrías matado a los dos, primero a mi padre y luego a mí... ¿Recuerdas cómo logré soltarme de tus manos y corrí hacia las llamas? Mis gritos infantiles te hicieron reír.

Garth guardó silencio durante un momento.

--¿Lo recuerdas? --gritó, y su voz fue como un latigazo.

Zarel alzó la mano y un elemental de fuego pareció surgir de su cuerpo. Las llamas envolvieron a Garth y su cuerpo desapareció envuelto en un torbellino de calor, y Zarel dejó escapar una gélida risotada y dio un paso hacia adelante.

Una ráfaga de viento helado barrió la Plaza expulsando al elemental. Garth seguía estando allí. Los feroces combates que se libraban en las calles se fueron deteniendo poco a poco. Los luchadores y guerreros de Zarel salieron de su frenesí destructivo y volvieron la cabeza hacia Garth. El temor se adueñó de ellos al ver quién era el adversario al que se estaba enfrentando su señor. El populacho, que había estado huyendo en todas direcciones, también se quedó inmóvil. Las turbas que aún no habían logrado escapar de la Plaza fueron acercándose lentamente a los dos enemigos.

Zarel retrocedió hacia la Plaza y Garth le siguió. El ataque fue sucedido por el contraataque, y los dos adversarios se enzarzaron en una oscura contienda que estaba llena de odio y afán de venganza. Todos los poderes que controlaban fueron lanzados al combate. Su enfrentamiento pareció superar en intensidad y salvajismo incluso a la encarnizada batalla que había tenido lugar antes entre las fuerzas de las distintas Casas.

Las llamas subieron hacia el cielo lleno de humo, los dragones y las bestias aladas giraron sobre sus cabezas, los gigantes combatieron, y las criaturas de la oscuridad surgieron de los abismos.

Zarel iba cediendo terreno lentamente, y todos pudieron ver como el terror que adueñaba de sus ojos. El miedo del Gran Maestre erosionó la decisión de sus guerreros y reavivó el valor del populacho.

Los guerreros de Zarel empezaron a huir. Primero fue uno y después varios más, y luego las deserciones se convirtieron en una fuga masiva de guerreros y luchadores hacia la supuesta seguridad del palacio. La multitud lanzó un rugido ensordecedor y se apresuró a perseguirlos, cayendo sobre los que huían para apuñalar, golpear y matar sin ningún remordimiento a quienes habían estado

atormentándoles desde hacía tanto tiempo. En algunos lugares los lugartenientes de Hammen lograron reprimir la furia de las turbas, despojaron a los hombres de Zarel de sus poderes --las bolsas de los luchadores y las armas de los guerreros-- y les dejaron que huyeran en la noche.

Zarel, tambaleándose bajo los ataques de su oponente, fue retrocediendo hacia su palacio, del que empezaban a surgir columnas de humo después de que el populacho lograra abrirse paso al interior para entregarse al saqueo y el pillaje.

Zarel lanzó un último chorro de llamas contra Garth. El ataque detuvo a Garth durante un momento, pero un círculo de protección se encargó de desviar las llamas hasta quedar extinguidas.

Zarel se quedó inmóvil, jadeando para recuperar el aliento. Sus reservas de maná habían quedado reducidas a un mero chisporroteo de poder, como si no fuese más que un luchador del primer nivel.

Garth avanzó hacia él, se llevó la mano a la daga y la desenvainó.

Zarel también desenvainó su daga, y se abalanzó sobre él lanzando un grito de furia. Garth detuvo el golpe, y las dos hojas siguieron chocando una y otra vez hasta que Garth dio un paso atrás, con la mejilla abierta hasta el hueso en una herida de la que brotaban chorros de sangre.

--¡Ahora te arrancaré el ojo que te queda! --rugió Zarel.

Garth se dispuso a detener el golpe y Zarel alzó la mano. Un destello de luz al rojo blanco ardió con una terrible intensidad ante el rostro de Garth y le dejó cegado durante unos momentos. Garth retrocedió tambaleándose.

Zarel rugió y avanzó para hundir su acero en la garganta de Garth..., pero su mano se detuvo de repente, y Zarel retrocedió tambaleándose mientras lanzaba un grito de dolor. Zarel manoteó torpemente hasta que logró arrancar la pequeña daga que acababa de hundirse en su espalda. La arrojó a un lado y desperdició unos instantes preciosos en un hechizo curativo.

Garth recuperó la visión y vio a Uriah caído en el suelo al lado de Zarel.

Uriah le miró y sonrió. Durante un breve instante Garth tuvo la sensación de que el tiempo había dejado de existir, y Uriah volvía a ser aquel enano que había sido su amigo hacía tantos años.

--Lo siento... --murmuró el enano justo cuando Zarel giró sobre sí mismo y le hundió la daga en el corazón con un aullido de rabia.

Garth dejó escapar un grito en el que había años de dolor y

remordimiento y saltó sobre Zarel.

Zarel arrancó su daga del corazón del enano y trató de esquivar el ataque, pero Garth hundió su daga con un alarido de furia incontenible.

Zarel retrocedió tambaleándose con el rostro lleno de perplejidad y bajó la vista hacia la empuñadura de la daga que Garth había enterrado en su pecho. Movió la mano en un gesto vacilante intentando otro hechizo curativo. Garth le contempló sin inmutarse, titubeó un momento y después alzó la mano para bloquearlo.

--Tendría que haberte cortado la garganta aquella noche, en vez de solo sacarte un ojo... --siseó Zarel.

--Ése fue tu gran error --murmuró Garth.

Zarel se derrumbó sobre las losas del pavimento.

--¿Qué tienes ahora? --susurró desde el suelo--. Has vivido tantos años esperando este momento... ¿Qué te quedará ahora que todos tus enemigos han desaparecido?

--No lo sé --replicó Garth con tristeza mientras Zarel cerraba los ojos y se precipitaba en la oscuridad.

Hammen había permanecido en silencio contemplando cómo se desarrollaba el último acto de aquel drama. Garth se giró lentamente y le miró, y Hammen tuvo la impresión de que volvía a ser un niño perdido y lleno de confusión.

Garth se volvió nuevamente hacia Zarel, meneó la cabeza y fue hacia Hammen, que le observaba con una sonrisa melancólica en los labios. Norreen logró abrirse paso a través del gentío y se lanzó a los brazos de Garth.

Y entonces la oscuridad se arremolinó a su alrededor y los dos desaparecieron como si no hubieran sido más que una ilusión. La perplejidad ensombreció el rostro de Garth durante un momento para enseguida ser sustituida por la luz de la comprensión. Su enemigo le había alcanzado y le arrastraba a otros reinos.

Y Garth sonrió mientras él y Norreen eran arrebatados por aquel poder, y las palabras que se formaron en sus labios llegaron hasta los oídos de Hammen en forma de un susurro.

--Sois libres...

Y desapareció.

La Plaza había quedado sumida en el silencio salvo por el chisporrotear de las llamas y los gritos quejumbrosos de los heridos y los agonizantes.

Hammen se volvió hacia la multitud, que estaba inmóvil y perpleja.

--¿Y ahora qué? --preguntó alguien en voz baja.

--No lo sé --suspiró Hammen--. Creo que nunca llegó a pensar en lo que habría que hacer después.

Hammen contempló la ciudad que ardía a su alrededor.

--No lo sé, y de momento..., no me importa en lo más mínimo --concluyó.

Y el anciano se dejó caer sobre las cenizas y lloró en silencio.

_____ 17 _____

El camino que se extendía ante él era una cinta plateada iluminada por la luz de la luna que se desplegaba sobre las colinas envueltas en la oscuridad. Ya podía ver la taberna que se alzaba sobre la cima que tenía delante. Era uno de sus lugares favoritos, y se estiró perezosamente en la silla de montar mientras se alegraba de que la jornada ya casi hubiera concluido.

Lanzó una mirada por encima del hombro a los jóvenes acólitos que cabalgaban detrás de él. Estaban muy cansados, pero seguían parloteando nerviosamente porque sabían que mañana llegarían a la ciudad. Escuchó sin demasiada atención su charla y cómo alardeaban de lo que harían en el Festival, de los hechizos que esperaban obtener y los laureles de la victoria que ceñirían sus frentes cuando volvieran a recorrer aquel camino una vez hubiese terminado el Festival.

El anciano escuchó y sonrió aprovechando que no podían verle. Después de todo, era su Maestre y nunca le habían visto sonreír, y nunca le verían hacerlo..., por lo menos hasta que hubieran obtenido una victoria.

Entraron en el patio de la taberna y el anciano desmontó. Sus articulaciones crujieron estrepitosamente y lanzó un juramento ahogado dirigido a uno de los jóvenes, que no había reaccionado lo bastante deprisa para poder ayudarle a bajar del caballo.

Entró en la taberna y miró cautelosamente a su alrededor. Ya era muy tarde, pero algunos viajeros seguían levantados y estaban charlando junto al fuego. Todos volvieron la cabeza para mirarle, y las sonrisas enseguida iluminaron sus rostros.

Un hombre se levantó y fue hacia él con su jarra en la mano. El anciano había conocido a muchos como él, y esperó en silencio.

--Bien, ¿qué tal van a ir las cosas este año? --preguntó el hombre.

Los ojos del anciano le recorrieron de la cabeza a los pies.

--Ganaremos --dijo secamente, y su tono dejó muy claro que no estaba de humor para hablar de historiales de combate o de las probabilidades de obtener alguna victoria, y mucho menos de quién acabaría venciendo en el último enfrentamiento del Festival.

El hombre retrocedió, un poco alicaído, y volvió con sus amigos.

El anciano se volvió hacia el posadero.

--Ocúpate de que mis muchachos cenen y tengan un sitio donde dormir.

Metió la mano en una pequeña faltriquera que colgaba de la tira

de su bolsa, sacó una moneda de oro y se la arrojó.

Después giró sobre sí mismo y fue hacia la puerta.

--Maestro...

El anciano miró a la joven que se le había acercado cautelosamente y que acababa de detenerse junto a él.

--¿Qué ocurre?

--¿Adónde vais?

--A dar un paseo y respirar un poco de aire fresco.

--No deberíais ir solo.

El anciano se echó a reír.

--Creo que sabré cuidar de mí mismo. Y ahora come algo y vete a la cama, mañana queda un buen trecho de camino para llegar a la ciudad.

La joven vaciló.

--Nos ha parecido que hay algo ahí fuera esta noche --murmuró por fin.

--Vamos, vamos... No temas, jovencita. Te aseguro que no me ocurrirá nada.

La joven acabó dándose la vuelta con visible reluctancia y fue a reunirse con sus amigos.

El anciano abrió la puerta y salió a la luz de la luna y el camino solitario.

La chica tenía razón. Había algo siguiéndoles, eso estaba claro. Había estado sintiendo su presencia durante toda la tarde, y había notado cómo se iba acercando poco a poco. La sensación le había resultado curiosamente familiar, pero no podo reconocerla. Si presagiaba algo malo, quería que sus jóvenes acólitos estuvieran lo bastante lejos como para no correr peligro. No eran más que un grupito de novatos del primer y segundo nivel, y si había que luchar morirían todos. Pero después de todo, no había que olvidar que los luchadores por encima de aquel nivel eran muy pocos, pues casi todos habían muerto durante el Tiempo de las Calamidades.

Fue subiendo lentamente la cuesta por la que había bajado con su caballo, y acabó llegando a la cima de la colina.

Y entonces les vio. Eran dos jinetes que avanzaban sin ninguna prisa, como si dispusieran de todo el tiempo del mundo, y supieran que no hubiera absolutamente nada que temer en él.

El anciano se metió entre las sombras de los árboles y observó cómo se aproximaban. Un jinete puso su montura al paso. El anciano oyó una suave carcajada y el chasquido del acero surgiendo de una

vaina.
--¿Quieres luchar, abuelo? En ese caso, tal vez deberías salir de las sombras y dejar de acecharnos...
El anciano salió al camino y alzó la mirada hacia los dos jinetes. La luna que brillaba a su espalda quedó oculta por una nube, y todo lo que les rodeaba fue quedando sumergido en la oscuridad.
--¿Quién eres? --preguntó uno de los dos jinetes que se acercaban.
Era una mujer, y habló en un tono frío y altivo.
--¿No crees que es a mí a quien corresponde hacer esa pregunta? --replicó el anciano--. Lleváis varias horas siguiéndonos.
--El camino es de todos. Bien, ¿quién eres?
--Soy Hadin gan Kar, Maestre de la Casa de Oor-tael.
La mujer dejó escapar una risita ahogada, y un instante después se oyó el sonido de una hoja que volvía a ser introducida en su vaina.
--¿Vas al Festival? --preguntó.
--Ésa era mi intención.
--¿Venceréis?
En su tono sólo había interés, y Hammen se relajó un poco.
--Eso es lo que planeamos hacer --dijo--. La competición debería resultar interesante... Casi todos los luchadores son nuevos y tienen poca experiencia. Después del Tiempo de las Calamidades... Bueno, hemos tenido que conformarnos con eso.
--Sí, he oído hablar de esa época --dijo la mujer--. ¿Qué ocurrió?
--¿No lo sabes?
--Hemos estado viajando, y llevamos mucho tiempo fuera.
--El antiguo Gran Maestre fue aniquilado, las cuatro Casas fueron destruidas, y se han formado nuevas Casas. Los combates han cambiado mucho, y ahora vuelven a librarse como en los viejos tiempos. Pruebas de habilidad con la pérdida de un hechizo y nada más... La gente puede apostar si quiere hacerlo, pero eso es asunto suyo. Quien vence en el último combate se va a casa después de que el Festival haya terminado. Soy el Maestre de Oor-tael, y otro viejo luchador está al frente de la Casa de Bolk.
--Ah, ¿sí? ¿Cómo se llama?
--Es un buey sin sesos llamado Naru.
El otro jinete abrió la boca por primera vez desde su llegada para dejar escapar una risita gutural, y Hammen sintió cómo un escalofrío le recorría la espalda. Se acercó un poco más a los dos jinetes, y la mujer volvió a hablar mientras lo hacía.

--¿Y quién ocupa el cargo de Gran Maestre?
--Varena, que había pertenecido a la Casa de Fentesk.
--¿Esa perra?
--¡Malditos seáis! --gritó Hammen--. Bastardos asquerosos, ¿dónde infiernos habéis estado?
Norreen bajó de un salto de la silla de montar, fue hacia Hammen riendo a carcajadas y le abrazó. Pero Hammen apenas le prestó atención y siguió con la mirada clavada en el otro jinete.
--¿Garth? --murmuró.
--Sí, viejo amigo... Soy yo.
Garth bajó de su caballo, y un instante después estrechó a Hammen entre sus brazos.
--Creía que los dos habíais muerto --jadeó Hammen, sintiéndose repentinamente débil y mareado.
--Nosotros también lo creímos --replicó Norreen.
--Bien, ¿y qué ocurrió?
--Luchamos --dijo Garth después de un momento de silencio, y su voz sonó extrañamente lejana, como si surgiera de los reinos en los que se habían librado todos aquellos combates inimaginables--. Pensé que todo había terminado, pero un ataque llegado de otro lugar bloqueó su poder durante unos instantes. Utilicé todo el maná que me quedaba para sellar la puerta.
Garth titubeó unos momentos antes de seguir hablando.
--Fué extraño... --murmuró después--. Al final pareció como si se rindiera porque en el fondo ya nada le importaba, y entonces casi sentí compasión por él.
--Así que os convertisteis en Caminantes --dijo Hammen--. Estabais al otro lado del Velo, y todos los Planos se hallaban abiertos ante vosotros.
Garth se rió.
--Todos los sitios son más o menos iguales --replicó--, y puedes creerme cuando te digo que éste es mejor que la gran mayoría. Y además... Ahí fuera las luchas no acaban nunca --siguió diciendo, y su voz volvió a sonar extrañamente lejana--. Después de todo lo ocurrido, lo único que deseaba era disfrutar de un poco de paz, y este sitio me ha parecido tan bueno como cualquier otro para encontrarla.
--Pero renunciasteis a la inmortalidad.
--Disfrutaremos de los años que nos toque vivir. ¿Y qué es la inmortalidad cuando te enfrentas a la eternidad? No, le dejo todo eso al Eterno... Creo que no hizo un mal trabajo, y que debemos

conformarnos con el mundo que nos dio. He visto lo que les ha ocurrido a los otros, y sé que si nos hubiéramos quedado habríamos acabado siendo como ellos. Percibí la presencia de unos cuantos que comprendieron la verdad y decidieron volver a vivir como mortales en el mundo de su elección, y acabé convenciéndome de que habían hecho bien.

»Y de todas formas, el vínculo que sometía a este reino ha quedado roto, y sellado el umbral --murmuró, como si fuese preferible olvidar todo lo que había visto y hecho--. Creo que pasará mucho tiempo antes de que tengamos que preocuparnos por si algún otro intenta imitarlo.

Hammen meneó la cabeza.

--Maldito seas, Garth... Te he estado llorando durante tres años. Al menos podrías haberme hecho saber de alguna manera que estabas vivo, ¿no?

--Eso es lo que acabamos de hacer --replicó Norreen sin inmutarse.

--Oh, os agradezco mucho que os hayáis dado tanta prisa --resopló Hammen--. Bien, ¿vais al Festival?

Norreen se volvió hacia Garth, y éste se aclaró la garganta con un carraspeo un poco nervioso.

--Creo que todavía es un poco pronto para que vuelva a poner los pies ahí --dijo.

--¿Y adonde vais entonces?

--Hay un jardín y una vieja casa en las Tierras del Sur --dijo Garth, y una repentina melancolía impregnó su voz--. Es un buen sitio para formar una familia.

--¿Una familia? --murmuró Hammen, y se rió.

Norreen se ruborizó y desvió la mirada.

--¿Y de qué casta será el chico? --preguntó Hammen, mirando fijamente a Norreen.

--Si nace bajo el signo que queremos para él, será un Tarmula de Benalia.

Hammen les contempló en silencio. Tenía los ojos llenos de lágrimas y no podía hablar.

--Nunca he aguantado las despedidas largas. Tienes que venir a visitarnos algún día, aunque... Bueno, ya sé que siempre hay imprevistos --dijo Garth, y su voz sonó repentinamente enronquecida y estuvo a punto de quebrarse.

Abrazó a Hammen y volvió a montar. Norreen también le abrazó,

y se rió cuando Hammen le dio una suave palmadita en el estómago.

--Le llamaremos Hadin --dijo.

--Oh, no... Llamadle Hammen, por favor.

Norreen le besó en la mejilla, y después le sorprendió saltando ágilmente a la grupa de su caballo.

--¿No queréis quedaros a pasar la noche aquí? --preguntó Hammen.

--Nos desviamos para seguirte mientras guiabas a tus jovencitos, y tenemos un largo camino que recorrer.

Hammen suspiró y fue hasta el caballo de Garth. Se detuvo junto a su estribo, alzó el brazo y le cogió la mano.

La luna emergió de entre las nubes, y Hammen dejó escapar un jadeo de asombro.

--Tu ojo, amo... Está intacto. Vuelves a tener dos ojos.

Garth se rió.

--Ah, ésa es una de las pequeñas ventajas de ser un Caminante..., aunque en mi caso sólo lo fuese durante un día.

Hammen se apartó del caballo de mala gana, como si no quisiera dejarle marchar. Garth bajó la mirada hacia su viejo amigo y dijo:

--Ya sabes que todo estuvo planeado desde el principio, ¿no? Ese encuentro casual en la calle... Todo era parte de mi plan.

--Digamos que ya me lo había imaginado.

--Y si vuelvo a entrar en tu vida algún día, eso también será parte de otro plan. Cuídate mucho, amigo mío, y apuesta bien mi dinero.

Garth espoleó a su montura y los dos se alejaron al galope. La luna volvió a ocultarse entre las nubes, y las dos siluetas dejaron de ser visibles.

Hammen meneó la cabeza y echó a andar lentamente por el camino que llevaba a la taberna, y mientras lo hacía empezó a pensar en el próximo Festival y en todas las apuestas que llegarían con él.

FIN